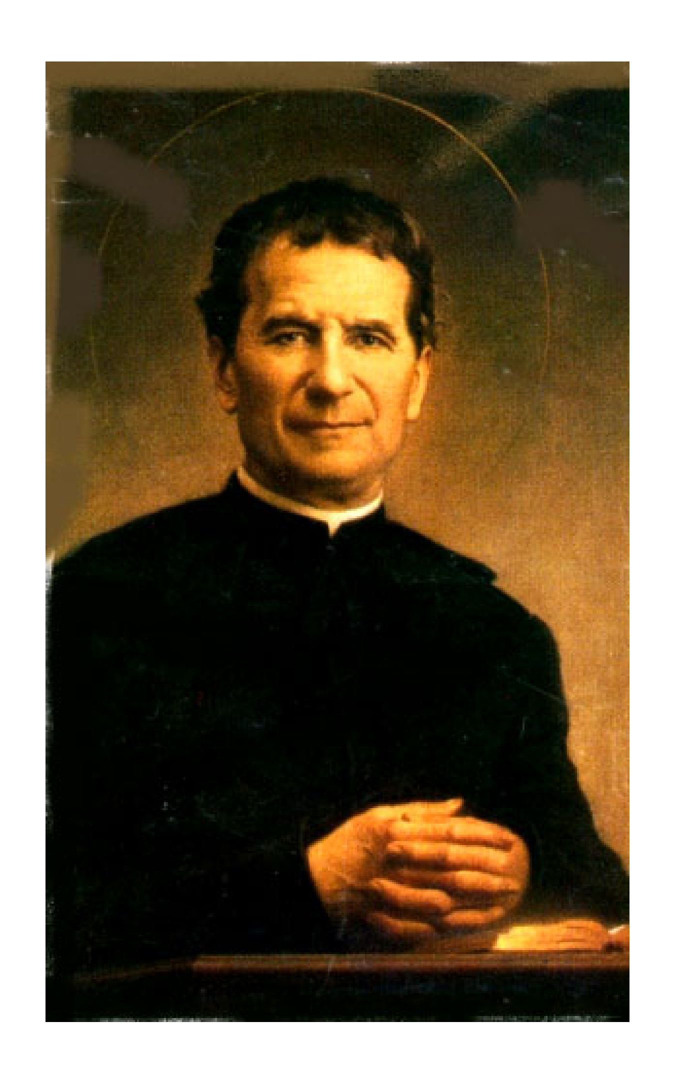


LOS SUEÑOS DE SAN JUAN BOSCO

TRADUCCIÓN DEL P. FRANCISCO VILLANUEVA, S.D.B.

PARTE I
SUEÑOS 1>49

LA MISIÓN FUTURA[1]

SUEÑO 1.—AÑO DE 1824.[2]

(M. B.[3] Tomo 1, págs. 122-126.—M. O. págs. 22-26)

Este ***primer sueño que se ha de considerar como el «gran sueño», como el «sueño-clave», de los muchos con que la Divina Providencia ilustró la vida de San Juan Bosco, tuvo lugar en el año 1824, cuando el santo apenas contaba nueve años de edad; siendo su escenario la aldeíta de Becchi, perteneciente al partido de Castelnuovo de Asti, en el Piamonte. Vivía a la Sazón el niño Juanito Bosco con su madre Margarita Occhiena, con la abuela paterna*** **y** ***con dos hermanos más: Antonio, fruto del primer matrimonio del padre difunto,*** **y** ***José, primogénito de Margarita*** **y** ***de Francisco Bosco.***

He aquí el texto del sueño, tal como nos lo ofrecen las Memorias Biográficas en el tomo **y** ***páginas arriba indicados.***

****

[[1. Como observará el lector, cada «sueño» va dividido en tres partes: La primera es una especie de introducción o ambientación. La segunda, la narración del «sueño», y la tercera, el cumplimiento, explicación, comentarios..., del mismo.

El empleo de los caracteres cursivos en la primera y tercera parte y de los redondos en la segunda, no tiene otro fin que el hacer mas patente la separación de dichas partes. El lector sabrá valorarlas fácilmente, si bien las preciosas enseñanzas de los «sueños» casi siempre van repartidas a lo largo de las tres partes. Naturalmente las

palabras de los misteriosos personajes y las de Don Bosco interpretando lo visto u oído en sus «sueños» son las que merecen la máxima atención y estudio por parte del lector.

2. Con la denominación general de «sueño», como ya se advierte en la Introducción, exponemos no sólo los fenómenos extraordinarios que tuvieron lugar durante el sueño, sino también aquellos que se realizaron estando Don Bosco despierto, mientras trabajaba en su despacho, confesaba, viajaba, etc.

3. M. B. Memorias *Biográficas de San Juan Bosco,* dieciocho tomos, por los PP. Lemoyne, Amadei, Ceria, todos ellos salesianos. (Societá Editrice Internazionale, Torino.)

M. O. *Memorias del Oratorio,* por San Juan Bosco.
Las páginas citadas corresponden solamente al texto del sueño.]]

«Apenas contaba nueve años —dice el mismo Don Bosco— cuando tuve un sueño que me quedó profundamente impreso durante toda la vida.

Me pareció estar cerca de mi casa; en un amplio patio en el que una gran muchedumbre de niños se divertía. Unos reían, otros jugaban y no pocos blasfemaban. Al oír aquellas blasfemias me arrojé inmediatamente en medio de ellos, empleando mis puños y mis palabras para hacerlos callar. En aquel momento apareció un Hombre de aspecto venerado, de edad viril, noblemente vestido. Un manto blanco cubría toda su persona y su rostro era tan resplandeciente, que yo no podía mirarlo con fijeza. Me llamó por mi nombre y me ordenó que me pusiese al frente de aquellos muchachos añadiendo estas palabras:

—No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad deberás ganarte a estos amigos tuyos. Ponte, pues, inmediatamente a hacerles una instrucción sobre la fealdad del pecado y sobre la belleza de la virtud.

Confuso y aturdido le repliqué que yo era un pobre niño ignorante; incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En aquel momento los muchachos cesaron en sus riñas, gritos y blasfemias, rodeando al que hablaba. Yo, sin saber lo que me decía, añadí:

—¿Quién es Usted que me manda cosas imposibles?

—Precisamente porque te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y con la adquisición de la ciencia.

—¿Dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la Maestra bajo cuya guía podrás llegar a ser sabio y con la cual toda ciencia es necedad.

—Pero ¿quién es Usted que me habla de esa manera?

—Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día.

—Mi madre me ha dicho que no me junte con quien no conozco sin su permiso; por eso, dime tu nombre.

—Mi nombre, pregúntaselo a mi Madre.

En aquel momento vi junto a Él, a una Señora de majestuoso aspecto, vestida con un manto que resplandecía por todas partes como si cada punto de él fuese una fulgidísima estrella. Al verme cada vez más confuso en mis

preguntas y respuestas, me indicó que me acercara a Ella; y tomándome de la mano bondadosamente:

—¡Mira! —Me dijo.

Observé a mi alrededor y me di cuenta de que todos aquellos niños habían desaparecido y en su lugar vi una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros animales diversos.

He aquí el campo en el que debes trabajar —continuó diciendo la Señora—. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que veas en este momento que sucede a estos animales, tendrás tú que hacerlo con mis hijos.

Volví entonces a mirar y he aquí que, en lugar de los animales feroces aparecieron otros tantos corderillos que, retozando y balando, corrían a rodear a la Señora y al Señor como para festejarles.

Entonces, siempre en sueños, comencé a llorar y rogué a Aquella Señora que me explicase el significado de todo aquello, pues yo nada comprendía. Entonces Ella, poniéndome la mano sobre la cabeza, me dijo:

—A su tiempo lo comprenderás todo.

Dicho esto, un ruido me despertó y todo desapareció.
****

Yo quedé desconcertado. Me parecía que me dolían las manos por los golpes que había dado* y *la cara por las bofetadas recibidas de aquéllos golfillos. Además, la presencia de Aquel Personaje* y de *Aquella Señora; las cosas dichas* y oídas, *me absorbieron la mente de tal modo,

que en toda la noche no me fue posible volver a conciliar el sueño. A la mañana siguiente conté inmediatamente el sueño, en primer lugar, a mis hermanos, que comenzaron a reír; después, a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretó a su manera. Mi hermano José dijo:

—Sin duda serás pastor de cabras, de ovejas y de otros animales.

Mi madre:
—¡Quién sabe si algún día llegarás a ser sacerdote!

Antonio dijo con acento burlón:

—Tal vez llegues a ser capitán de bandoleros.

Pero la abuela, que sabía mucha teología aunque era analfabeta, dio la sentencia definitiva diciendo:

—No hay que hacer caso de los sueños.

Yo era del parecer de la abuela; con todo, no me fue posible borrar de la mente aquel sueño.

Lo que expondré a continuación prestará alguna aclaración a lo que antecede. Nunca más volví a contar este sueño; mis parientes no le dieron importancia; pero cuando en el año 1858 fui a Roma para tratar con el Papa Beato Pío IX de ia Congregación Salesiana, él Sumo Pontífice me hizo contarle minuciosamente todo aquello que tuviese, aunque sólo fuese apariencias de sobrenatural. Entonces narré por primera vez el sueño que tuve a la edad de nueve años. El Papa me ordenó que lo consignase todo por escrito en su sentido literal y de forma detallada, para mayor estímulo de los hijos de la Congregación, en cuyo

interés había yo realizado aquel viaje a Roma».

AMONESTACIÓN DEL CIELO

SUEÑO 2.—AÑO DE 1830.

(M. B. Tomo I, pág. 218.—M. O. Década 1 -4, págs. 43-44)

El presente sueño está solamente esbozado en las Memorias del Oratorio con estas palabras:
****

«Por aquel tiempo tuve otro sueño, en el cual fui severamente amonestado, por haber puesto mi esperanza en los hombres y no en el Padre Celestial».
****

Para comprender el significado de estas palabras, hemos de recordar un hecho decisivo de la niñez del soñador.

Era una tarde del año 1825; volvía Juan de Butigliera, alegre aldea próxima a Becchi. Había ido sólo con el piadoso fin de asistir a una Misión que allí se daba, para disponer a ios fieles a lucrar el Jubileo del Año Santo, concedido por León XII y extendido ya al orbe católico.

Su porte era grave y sereno; su compostura y recogimiento, llamaron poderosamente la atención de un sacerdote que le seguía: Don José Calosso, capellán a la sazón de la aldea de Murialdo. El sacerdote, haciendo al niño señal de que se le acercara, le preguntó quién era, de dónde venía y por qué siendo de tan corta edad acudía a los sermones de la Misión, añadiendo:

—Seguramente tu madre te habría hecho una plática

mejor y más adecuada a tu edad y condición.

Juanito afirmó que, en efecto, las pláticas de su madre eran muy provechosas, pero que a él le agradaba oír a los misioneros; a los cuales entendía perfectamente, y para demostrarlo fue repitiendo al sacerdote, casi literalmente, los sermones oídos punto por punto.

Maravillado el virtuoso capellán de las dotes de ingenio del pequeño, le preguntó emocionado:
—¿Te gustaría estudiar?

—¡Mucho! —replicó Juanito—. Pero no puedo.

—¿Quién te lo impide?

—Mi *hermano Antonio, pues dice que estudiar es perder el tiempo; que es mejor que me dedique a las faenas del campo.*

—¿Y tú, para qué querrías estudiar?

—Para ilegar a ser sacerdote.

—¿Y para qué deseas ser sacerdote?

—Para poder instruir a muchos de mis compañeros que no son malos, pero que llegarán a serlo si nadie se ocupa de ellos.

Don Calosso, conmovido ante semejante manera de razonar, tomó bajo su protección al niño, dándole clase durante ios inviernos de 1827 y 1828.

Mas una mañana de otoño de 1830, mientras Juan se

encontraba en su aldea nativa visitando a su madre, recibe aviso de volver rápidamente a Murialdo, pues su buen maestro Don Calosso, atacado repentinamente de enfermedad mortal, le llama con urgencia. Voló Juan al lado de su bienhechor, al que encontró desgraciadamente en el lecho, perdido ya el uso de la palabra. El moribundo pudo reconocer al amado discípulo a quien hizo señal de aproximarse, y haciendo un esfuerzo supremo le consignó una llave que guardaba debajo de ia almohada, señalando a ia vez la mesa de su escritorio. El discípulo tomó la llave, se arrodilló junto al lecho de su bienhechor y allí permaneció afligido y suplicante hasta que el maestro, el amigo de su alma hubo espirado, sin haber podido articular palabra.

Muerto Don Calosso, llegaron los sobrinos; Juan les entregó la llave recibida de su maestro diciendo:

—Vuestro tío me entregó esta llave indicándome que no se la diera a nadie. Varias personas me aseguran que es mío cuanto bajo ella se contiene, pero Don Calosso nada me dijo expresamente. Prefiero mi pobreza a ser causa de disgustos. Ellos tomaron la llave y cuanto bajo ella había.

La muerte del bienhechor fue un verdadero desastre para Juan. Amaba a Don Calosso tiernamente. Su recuerdo quedó grabado para siempre en su alma, dejando consignados estos sentimientos en sus Memorias con estas palabras:

«Siempre he rogado a Dios por este bienhechor mío, y, mientras viva, no dejaré de rezar por él».

Conocido este episodio y el estado de ánimo del joven estudiante, es fácil comprender el significado y alcance de

este sueño.

MIRANDO HACIA EL PORVENIR

SUEÑO 3.—AÑO DE 1831.

(M. B. Tomo I, págs. 243-244.—M. O. Década 1, pág. 4.)

Estando Juan como estudiante en Castelnuovo, entabló relaciones amistosas con un joven llamado José Turco, que lo puso en contacto con su familia. Esta poseía una viña situada en un paraje denominado Renenta, próximo a la aldehuela de Susambrino. A dicha viña solíase retirar Juan con frecuencia, por ser lugar apartado del camino que atravesaba el valle y, *por tanto, más tranquilo. Desde un altozano podía darse cuenta de quién entraba en la viña de los Turco,* y, *sin ser visto, defendía las uvas contra cualquier agresión, sin dejar por eso los libros de ia mano.*

El padre de José Turco, que profesaba gran estima al amigo de su hijo, encontrándose en cierta ocasión con Juan, le dijo mientras le ponía una mano sobre la cabeza:

—Animo, Juanito, sé bueno y *estudioso* y *verás cómo la Virgen te protege.*

—En Ella he puesto toda mi confianza —replicó el muchacho— ; *pero me asaltan frecuentes dudas. Desearía seguir los cursos de latín* y *hacerme sacerdote, pero mi madre no tiene medios para ayudarme.*

—No temas, muchacho, ya verás cómo el Señor te allana el camino.

—Así *lo espero —concluyó Juan—*. Y *despidiéndose de*

su interlocutor fue a ocupar su puesto, en actitud pensativa, mientras iba repitiendo:

—¿Quién sabe si...?

Mas he aquí que algunos días después, el señor Turco y *su hijito vieron a Juan atravesar la viña* y *venir alegre* y *presuroso al encuentro de ambos dando visibles muestras de satisfacción.*

—¿Qué novedades hay?, —preguntóle el propietario—; pues estás tan alegre, siendo así que hace algunos días te mostrabas tan preocupado.

—¡Buenas noticias! ¡Buenas noticias!, —exclamó Juan—.
****
Esta noche he tenido un sueño, según el cual continuaré mis estudios, llegaré a ser sacerdote y me pondré al frente de numerosos niños, dedicándome a la educación de los mismos durante toda la vida.
****
—Así que todo está arreglado y pronto seré sacerdote.

—Pero, eso no es más que un sueño —observó el señor Turco— y *ya sabes que del dicho al hecho hay un gran trecho.*

—¡Oh! Lo demás nada me interesa. Sí; —concluyó Juan—, seré sacerdote; me pondré al frente de muchísimos jovencitos, a ios que haré mucho bien.

Y así diciendo, muy contento, se dirigió a ocupar su puesto de vigía.

A ia mañana siguiente, ai regresar de ia parroquia,

donde había estado oyendo Misa, fue a visitar a ia familia de Turco; y la señora Lucía, llamando a sus hermanos, con los cuales Juan solía hablar frecuentemente, preguntó al muchacho sobre el motivo de la alegría que se le reflejaba en el semblante. Juan entonces aseguró a sus oyentes que había tenido un hermoso sueño. Como le pidiesen que lo contase dijo:

****

Que había visto venir hacia sí a una majestuosa Señora que conducía un rebaño numerosísimo y que acercándosele y llamándole por su nombre, le había dicho:

—Juanito, aquí tienes este rebaño; a tus cuidados lo confío.

—¿Y cómo haré yo para guardar y cuidar tantas ovejas y tantos corderillos? ¿Dónde encontraré pastos suficientes?
La Señora le respondió:
—No temas; yo estaré contigo.
Y desapareció.

****

Don Juan Bautista Lemoyne, biógrafo de San Juan Bosco, escribe en las Memorias: «Esta narración la oímos de labios del señor Turco y está perfectamente de acuerdo con la siguiente declaración consignada por Don Bosco en las Memorias del Oratorio:

«A los dieciséis años tuve otro sueño».

Y concluye don Lemoyne: «Tengo la seguridad de que supo y vio muchas cosas de las narradas por él y que conservaba en su corazón como premio de su perseverante confianza. En efecto: la asistencia que la Madre Celestial le prodigó en este mismo año, hubo de hacerse muy sensible».

EL TEMA MENSUAL

SUEÑO 4.—AÑO DE 1831.

(M. B. Tomo I, pág. 253)

Durante sus cuatro años de estudiante en Chieri, Juan dio muestras de que, además de su prodigiosa memoria* y *de* su *ingenio*, *ayudaba le en sus estudios alguna otra secreta virtud. Tal es la opinión de muchos de sus antiguos condiscípulos que dieron fe del hecho siguiente:

****

Una noche soñó que el profesor había señalado el tema para determinar los puestos de mérito de la clase y que él estaba haciéndolo.

****

Apenas se despertó, saltó del lecho y escribió el trabajo señalado, que era un dictado en lengua latina; después, comenzó a traducirlo, haciéndose ayudar de un sacerdote amigo suyo. A la mañana siguiente el profesor dictó el tema en la clase para señalar el orden de mérito entre los alumnos, trabajo que era precisamente el mismo con que Juan había soñado; de forma que, sin necesidad del diccionario y en muy breve tiempo, lo escribió inmediatamente tal como recordaba haberlo hecho en el sueño, con las oportunas correcciones que le hiciera el amigo, consiguiendo un completo éxito. Interrogado por el maestro, expuso ingenuamente lo sucedido, causando en éste verdadera admiración.

En otra ocasión Juan entregó la página de su trabajo tan pronto, que al profesor no le parecía posible que hubiese podido superar, en tan breve tiempo, tantas, dificultades de orden gramatical; por eso leyó atentamente el tema que Juan le había entregado. Dudando del origen

de aquel trabajo, le pidió que le presentase el borrador. Juan obedeció causando nuevo estupor en el profesor. Este había preparado el tema la tarde anterior y como lo considerase demasiado largo, había dictado a los alumnos solamente la mitad. En el cuaderno de Juan lo encontra completo; ni una sílaba más, ni una sílaba menos. ¿Cómo se podía explicar aquel fenómeno? No era posible que en tan poco tiempo el alumno hubiese copiado el original, ni que hubiese penetrado en su habitación, pues ia pensión en que se hospedaba Juan estaba muy lejos de la casa del profesor. ¿Por tanto? Bosco puso las cosas en claro:

—He tenido un sueño en el que vi el tema.

Por éste y por otros acontecimientos semejantes, los compañeros de la pensión le llamaban el soñador.

ENFERMEDAD DE ANTONIO BOSCO

SUEÑO 5.—AÑO DE 1832.

(M. B. Tomo I, pág. 269)

En una ocasión Don Bosco soñó que su hermano Antonio, mientras hacía el pan en casa de la señora Damevino, próxima a la suya, fue asaltado por la fiebre, y que habiéndolo encontrado en el camino y al preguntarle sobre el particular, le había dicho:

—Hace un momento ha comenzado a darme fiebre; no puedo mantenerme en pie. Tendré que irme a la cama.
****

Al día siguiente contó este sueño a sus compañeros, que exclamaron:

—Puedes tener la seguridad de que ha sucedido como nos has referido.

Y así fue, en efecto. En la tarde siguiente llegó a Chieri el hermano José, al cual preguntó Juan inmediatamente:

—¿Y Antonio, está mejor?

José, maravillado de aquella pregunta, replicó:

—Pero ¿sabías que estaba enfermo?

—Sí, *que lo sabía —contestó Juan.*

—Creo que no es cosa de importancia —continuó José—. Ayer comenzó a darle un poco de fiebre mientras hacía el pan en casa de ia señora Damevino; pero ya está mejor.

Sin dar gran importancia a este sueño, haremos notar cómo en él el Santo de Dios pone de manifiesto los sentimientos más íntimos de su corazón; más adelante dio nuevas pruebas interesándose por la familia de su hermanastro, apenas tuvo oportunidad de hacerlo, según atestigua Don Rúa.

SOBRE LA ELECCIÓN DE ESTADO

SUEÑO 6.—AÑO DE 1834.

(M. B. Tomo I, págs. 301-302. —M. O. Década 1,14; págs. 79-81)

Se *acercaba el final del Curso de humanidades 1833-34, época en la que los estudiantes que terminan dichos*

estudios suelen deliberar sobre el rumbo de su vocación.

«El sueño de Murialdo —escribe Don Bosco en sus Memorias— perduraba grabado en mi mente, de tal manera que la visión del mismo se renovaba en mí, cada vez con mayor claridad. Por tanto, si quería prestarle fe, debía elegir el estado eclesiástico, al cual sentía verdadera inclinación; mas al encontrarme falto de las virtudes necesarias, mi decisión se hacía difícil y dudosa. ¡Oh, si hubiese tenido entonces un guía que se cuidase de mi vocación! Disponía de un confesor que quería hacer de mí un buen cristiano, pero quejamos quiso mezclarse en los asuntos de mi vocación.

Consultando conmigo mismo y después de leer algún libro que trataba sobre la elección de estado, me decidí a entrar en la Orden Franciscana. Si me hago clérigo secular —me decía a mí mismo— mi vocación corre grande riesgo de naufragio. Abrazaré el estado religioso, renunciaré al mundo, entraré en un claustro, me entregaré al estudio, a la meditación y en el retiro podré combatir las pasiones, especialmente la soberbia, que había echado hondas raíces en mi corazón. Hice, por tanto, la petición al Convento de Reformados; sufrí examen; fui aceptado, quedando todo preparado para mi ingreso en el Convento de La Paz, en Chieri.

Pocos días antes de la fecha establecida para mi entrada, tuve un sueño de lo más extraño».
****

Me pareció ver una multitud de religiosos de dicha Orden con los hábitos sucios y desgarrados, corriendo en sentido contrario unos de otros. Uno de ellos se acercó a mí para decirme:

—Tú buscas la paz y aquí no encontraras la paz. Ya ves la situación de tus hermanos. Dios te tiene preparado otro lugar y otra mies.

Quise hacer algunas preguntas a aquel religioso, pero un ruido me despertó y no volví a ver cosa alguna.

Lo expuse todo a mi director que no quiso oír hablar ni de sueños ni de frailes:

—En este asunto —me dijo— es necesario que cada uno siga sus inclinaciones y no los consejos de los demás.

****

Tal es la traducción del texto de las Memorias de Don Bosco.

Don Lemovne se expresa en estos términos en las Memorias Biográficas al relatar el mismo sueño:

«Aproximándose la fiesta de Pascua, cuenta el mismo Don Bosco, que en aquel año de 1834 cayó en 30 de marzo, hice la petición para ser admitido entre los Franciscanos Reformados. Mientras aguardaba la respuesta* y sin *haber manifestado a nadie mis propósitos, he aquí que un buen día se me presenta un compañero llamado Eugenio Meco, con el cual tenía poca familiaridad* y *me pregunta:

—¿Qué, has decidido hacerte franciscano?

Lo miré maravillado* y *le dije:

—¿Quién te ha dicho eso?

Y enseñándome una carta, replicó:

—Me comunican que te aguardan en Turín para rendir

examen juntamente conmigo, pues yo también he decidido abrazar el estado religioso en esta Orden.

Fui pues, al Convento de Santa María de los Ángeles, de Turín; hice el examen y fui aceptado para la mitad de abril, quedando todo preparado para ingresar en el Convento de La Paz, de Chieri. Pero poco antes de la fecha señalada para mi ingreso en dicho Convento, tuve un sueño de lo más extraño».

Y a continuación sigue el relato del mismo tal y como lo hemos consignado anteriormente, traducido de las Memorias personales de Don Bosco.

Los Padres Franciscanos conservan un certificado relacionado con este hecho que dice así:
****

«Anno 1834 receptus fuit in conventu S. Mariae Angelorum Ord. Reformat. S. Francisci, juvenis Joannes Bosco, a Castronovo, natus die 17 augusti 1815, baptizatus, et confirmatus. Habet requisita et vota omnia.—Die 18 aprilis.

Ex libro II, in quo describuntur juvenes postulantes ad Ordinem acceptati et aprobati ab anno 1638 ad annum 1838. Padre Constantino de Valcamonica».

SACERDOTE Y SASTRE

SUEÑO 7.—AÑO DE 1836.

(M. B. Tomo I, págs. 381-382)

Mientras se entregaba al ejercicio de las más sólidas virtudes y a los estudios de la filosofía, Juan sentía crecer siempre más y más en su corazón el deseo de dedicarse a

los jóvenes que acudían a su alrededor para aprender el Catecismo y *ejercitarse en la oración; aprovechando para ello las ocasiones en que los superiores lo enviaban a la Catedral para intervenir en las funciones religiosas.*

La divina bondad, que tenía los ojos puestos en él con amorosos designios, comenzó a manifestarle en forma más detallada el género de apostolado que había de ejercer en medio de la juventud.

Así io hizo saber él mismo en el Oratorio, en forma reservada, a algunos de los suyos, entre los que se encontraban Don Juan Turchi y *Don Domingo Ruffino.*

****

—¿Quién iba a imaginar —decía— la manera cómo me vi cuando estudiaba el primer curso de filosofía?

Y uno de los presentes le preguntó:

—¿Dónde, en sueño o en la realidad?

—Eso no hace al caso—replicó Don Bosco.

Lo cierto es que me vi ya sacerdote, con roquete y estola y qué así revestido trabajaba en un taller de sastrería; pero, no haciendo prendas nuevas, sino zurciendo algunas ropas muy deterioradas y uniendo entre sí una gran cantidad de pequeñas piezas de paño. De momento no pude comprender el significado de todo aquello, ni dije nada a nadie de cuanto había visto, hasta que siendo ya sacerdote se lo conté a mi consejero Don Cafasso.

****

Este sueño —escribe Don Lemoyne— quedó indeleble en la mente de Don Bosco. Con él se le quiso significar que su misión no se limitaría simplemente a seleccionar jóvenes virtuosos ayudándoles a conservarse en la virtud, sino que

también habría de reunir a su alrededor a otros jovencitos descarriados y amenazados por los peligros del mundo, los cuales, merced a sus cuidados se trocarían en buenos cristianos, cooperando ellos, después, a la reforma de la sociedad.

EL SUEÑO A LOS VEINTIÚN AÑOS

SUEÑO 8.—AÑO DE 1831.
(M. B. Tomo I. págs. 423-425)

Hasta llegar al sacerdocio, el clérigo Bosco solía subir todos los días a la colina que dominaba la viña propiedad del señor Turco, pasando muchas horas a la sombra de los árboles que la coronaban.

En dicho lugar se dedicaba a estudiar las materias que no había podido ver durante el año escolástico; especialmente la Historia del Antiguo y del Nuevo Testamento de Calmet, la Geografía de los Santos Lugares y los rudimentos de la lengua hebrea, consiguiendo notables conocimientos sobre cada una de estas disciplinas.

Aún en el 1884 se recordaba de los estudios hechos sobre dicha lengua y así lo oímos en Roma, con gran estupor, discutir sobre esta materia con un sacerdote profesor de hebreo y hablar sobre el valor gramatical y el significado de ciertas frases de los Profetas, confrontando varios textos paralelos de diversos libros de la Biblia. Ocupábase también de la traducción del Nuevo Testamento del griego y de preparar algunos sermones. Previendo la necesidad que tendría en el futuro de las lenguas modernas, se dio en este tiempo al estudio de la lengua francesa. Después del latín y del italiano, profesó una

predilección especial a los idiomas hebreo, griego y francés. Muchas veces le oímos decir:

—Mis estudios los hice en la viña de José Turco, en la Renenta.

Y la finalidad que perseguía al estudiar, era hacerse digno de su vocación, capacitándose para instruir y educar a la juventud.

En efecto, como un día se acercase a José Turco, con el cual le unía una estrecha amistad, mientras trabajaba en la viña, éste comenzó a decirle:

—Ahora eres clérigo y pronto serás sacerdote. ¿Que harás entonces?

Juan le contestó:

—No siento inclinación hacia el cargo de párroco o de vicario-coadjutor; en cambio me gustaría congregar a mí alrededor a muchos jovencitos abandonados para instruirlos y educarlos cristianamente.
****

Habiéndose encontrado otro día con el mismo, Juan le confió que había tenido un sueño en el cual se le indicaba que al correr de los años se establecería en cierto lugar, donde recogería un gran número de jovencitos para instruirlos y orientarlos por el camino de la salvación. Nada dijo del sitio que le había sido indicado, pero parece ser que aludiese a cuanto contó por primera vez a sus hijos del Oratorio en el año de 1858, entre los cuales se hallaban presentes Cagliero, Rúa, Francesia y otros. Le pareció ver el valle que se extendía al pie de la granja de Susambrino convertido en una gran ciudad, por cuyas calles y plazas discurrían grupos de muchachos alborotando, jugando y

blasfemando.

Como sentía un gran horror a la blasfemia y estaba dotado de un carácter un poco vivo e impetuoso, se acercó a aquellos muchachos echándoles en cara su proceder y amenazándoles con pasar a los hechos si no cesaban de proferir blasfemias. Y como en efecto, aquellos jovenzuelos prosiguiesen en sus insultos contra Dios y contra la Santísima Virgen, Juan comenzó a golpearlos. Más ellos reaccionaron y arrojándose sobre él lo abrumaron a pescozones y puñetazos. Juan entonces se dio a la fuga; pero al punto le salió al encuentro un Personaje, que le intimó a que se detuviese, ordenándole que volviese entre aquellos rapazuelos y les persuadiese de que fuesen buenos y evitasen el mal. Hizo después referencia a los golpes que había recibido, objetando que si volvía entre aquellos muchachos tal vez le sucediera algo peor. Entonces el Personaje le presentó a una nobilísima Señora, que en aquellos momentos se acercaba hacia ellos, y le dijo:

—Esta es mi Madre; aconséjate con Ella.

La Señora, fijando en él una mirada llena de bondad, le habló así:

—Si quieres ganarte a esos rapazuelos, no debes hacerles frente con los golpes, sino que los has de tratar con dulzura y has de usar de la persuasión.

Y entonces, como en el primer sueño vio a los jóvenes trasformados en fieras y después en ovejas y corderillos, al frente de los cuales se, puso como pastor por encargo de aquella Señora.
****

Este sueño tuvo lugar en las vacaciones del 1838, cuando Juan acababa de terminar el primer curso de Teología; contaba, pues, entonces Don Bosco, veintiún años, por eso a este sueño se le conoce con el nombre de "El sueño de los veintiún años", no siendo otra cosa que ia confirmación del que había tenido a los nueve años. Manifestándole así la Providencia de una manera superabundante la finalidad y el carácter de su futura misión.

Don Lemoyne, después de hacer el relato del sueño, añade estas palabras: "Probablemente fue en esta ocasión cuando Don Bosco vio el Oratorio con todas sus dependencias, preparadas para acoger a sus muchachos.

En efecto: Don Bosio, natural de Castagnole, párroco de Levone Canavés, compañero de Don Bosco en el Seminario de Chieri, habiendo visitado por primera vez el Oratorio en 1890, al llegar al patio central del Oratorio y estando rodeado de los miembros del Capítulo Superior de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, girando la vista a su alrededor y observando el conjunto de los edificios, exclamó:

"De todo esto que ahora estoy viendo, nada me resulta nuevo. Don Bosco, cuando estábamos en el Seminario me lo describió todo, como si estuviese viendo con sus propios ojos cuanto describía y como yo lo estoy viendo ahora, comprobando al mismo tiempo la exactitud de sus palabras». Y al decir esto se sintió presa de una profunda emoción al recordar al compañero y al amigo.

También el teólogo Cinzano aseguraba a Don Joaquín Berto y a otros sacerdotes, que el joven Bosco le había asegurado, plenamente convencido de ello, que en el porvenir tendría a su disposición numerosos sacerdotes,

clérigos, jóvenes estudiantes y artesanos y una hermosa banda de música.

He aquí las palabras con que cierra Don Lemoyne el Capítulo XLVII del primer tomo de las Memorias Biográficas: "Al llegar aquí no podemos por menos de echar una mirada retrospectiva al progresivo y racional sucederse de los varios y sorprendentes sueños. A los nueve años se le da a conocer la grandiosa misión que le será confiada; a los dieciséis se le prometen los medios materiales, indispensables para albergar y alimentar a innumerables jovencitos; a los diecinueve, una orden imperiosa le hace saber que no es libre de aceptar o rechazar la misión que se le encomienda; a los veintiuno se le manifiesta claramente la clase de jóvenes de cuyo bien espiritual deberá cuidarse; a ios veintidós se le señala una gran ciudad, Turín, en la cual deberá iniciar sus apostólicas tareas y sus funciones. No finalizando aquí estas misteriosas indicaciones, sino que continuarán de una manera intermitente hasta que la obra de Dios quede establecida".

LA PASTORCILLA Y EL REBANO

SUEÑO 9.—AÑO DE 1844.

(Tomo II, págs. 243-245. —M. O. Déc. II, págs. 134-136)

Cuenta Don Bosco en sus Memorias:

«El segundo domingo de octubre de aquel año de 1884, tenía que comunicar a mis muchachos que el Oratorio había de ser trasladado a Valdocco. Pero la incertidumbre del lugar, de las personas, de los medios con que había de contar me tenían grandemente preocupado. La noche

precedente fui a descansar con el corazón lleno de inquietud. Durante toda ella tuve un sueño que me pareció como un apéndice del que tuve por primera vez en Becchi cuando apenas contaba nueve años.

Mi deseo es exponerlo aquí literalmente».

«Soñé que me encontraba en medio de una gran cantidad de lobos, de cabras, cabritos, corderos, ovejas, cameros, pájaros, perros... Todos al mismo tiempo hacían un ruido, un estrépito, o mejor dicho, un estruendo diabólico, capaz de infundir espanto al más animoso. Yo quise huir, cuando una Señora, admirablemente vestida de pastorcilla, me indicó que siguiese y acompañase a aquella extraña grey, mientras Ella iba delante. Anduvimos vagando de un lugar a otro: hicimos tres estaciones o paradas; en cada una de ellas muchos de aquellos animales se trocaban en corderos, cuyo número iba progresivamente en aumento. Después de haber caminado mucho, me encontré en un prado, en el que aquellas bestezuelas comenzaron a triscar y a comer al mismo tiempo, sin que las unas molestasen a las otras.

Abrumado por el cansancio, quise sentarme al borde de un camino cercano, pero la Pastorcilla me invitó a que prosiguiese adelante. Después de recorrer un breve espacio de terreno, me encontré en un amplio patio con un pórtico alrededor, en cuyo extremo había una iglesia. Entonces me di cuenta de que las cuatro quintas partes de aquellos animales se habían convertido en corderos. Su número se había hecho grandísimo. En aquel momento llegaron algunos pastorcillos para custodiarlos, pero después de detenerse un poco, se marcharon. Después sucedió algo maravilloso. Muchos corderos se trocaban en pastores, que, al crecer en número, cuidaban de los demás.

Al aumentar tan considerablemente el número de los pastores, se dividieron en grupos y marcharon a diversos lugares, para reunir á otros animales extraños y guiarlos a distintos rediles.

Yo quise marcharme porque me parecía que era la hora de celebrar la Santa Misa, pero la Pastorcilla me invitó a dirigir la mirada al mediodía. Entonces vi un campo sembrado de maíz, patatas, repollos, remolachas, lechugas y otras hortalizas.

—Mira otra vez, —me dijo la Pastorcilla.

Y al dirigir mi vista a aquel mismo lugar, vi una magnífica iglesia.

Una orquesta y una banda de música instrumental y una agrupación coral me invitaron a cantar la Misa. En el interior de aquella iglesia se veía una franja blanca, en la cual se leía escrito con caracteres cubitales: *Hic domus mea, inde gloria mea.*

Continuando el sueño, quise preguntar a la Pastora dónde me encontraba; qué significaban aquella caminata, las paradas, la casa, la primera iglesia y la segunda.

—Todo lo comprenderás —me dijo— cuando con los ojos materiales veas cuanto has podido apreciar con los ojos de la mente.

Pero, pareciéndome que estaba despierto, dije:

—Yo lo veo todo claramente con mis ojos materiales; sé adonde voy y lo que hago.

En aquel momento sonó la campana del Ángelus de la iglesia de San Francisco de Asís y me desperté.

****

Este ***sueño me ocupó casi toda la noche; vi durante él otros muchos detalles. Entonces comprendí poco de su significado, pues, desconfiando de mí daba poco crédito a cuanto había visto; pero todo io fui comprendiendo cuando se impuso la realidad de los hechos.***

Las tres paradas indicadas en este sueño representan el traslado del Oratorio al Refugio de la Marquesa Barolo, donde se instaló la primera capilla dedicada a San Francisco de Sales; la marcha de este lugar a San Martín de los Molinos Dora y, por último, la ida a la Casa Moretta, alquilada por San Juan Bosco en noviembre del 1845 y ocupada hasta la primavera del año siguiente.

El patio con sus pórticos y con la iglesia que vio **en** ***el sueño,*** **son** ***los del Oratorio instalado ya definitivamente en el cobertizo Pinardi; nos referirnos a la primera iglesia contemplada en la visión.***

La segunda iglesia, a laque califica de magnífica, no es otra que lá de San Francisco de Sales, consagrada el 20 de junio de 1852.

La frase latina que aparece en el sueño, fue vista por San Juan Bosco en tres ocasiones y formas distintas.

La primera en la "magnífica iglesia" del sueño que acabamos de narrar en la que pudo ver escrito en caracteres cubitales **«HIC DOMUS MEA, INDE GLORIA MEA».** ***La segunda vez le pareció contemplar un mote parecido en la Capilla Pinardi:*** **«HAEC EST DOMUS MEA, INDE GLORIA MEA».** ***La tercera vez leyó en la fachada de una casa capaz para dar acogida a varios centenares de***

jovencitos, casa que aún no existía: **«HIC NOMEN MEUM, HINC INDE EXIBIT GLORIA MEA».**

EL PORVENIR DEL ORATORIO

SUEÑO 10.--- AÑO DE 1845.

(M. B. Tomo II, págs. 298-300)

Al presente* sueño *se le conoce también con el título de "El sueño de ia cinta mágica". He aquí el texto del mismo tal como nos lo ofrecen las Memorias Biográficas en el tomo* y *página anteriormente citados:

****

Pareció encontrarme en una gran llanura ocupada por una inmensa multitud de jóvenes. Unos reñían entre sí, otros blasfemaban.

Acá se robaba, allá se ofendían las buenas costumbres. Una nube de piedras surcaba los aires, lanzadas por los que hacían guerrillas los unos contra los otros. Eran, pues, jóvenes corrompidos, abandonados por sus padres. Yo estaba para alejarme de aquel lugar cuando vi junto a mí a una Señora que me dijo:

—Ponte en medio de esos jóvenes y trabaja.

Yo obedecí, pero ¿qué hacer? No había local alguno para acogerlos; deseaba hacerles un poco de bien y me dirigí a algunas personas que me contemplaban desde lejos y que me habrían podido ayudar muy eficazmente; pero nadie me hacía caso, ni me quería socorrer. Entonces me dirigí a aquella Matrona, la cual me dijo:

—Aquí tienes el local, —y me señaló un prado.

—Pero, esto no es más que un prado —observé yo. Ella me respondió:

—Mi Hijo y los Apóstoles no tuvieron un palmo de terreno donde reclinar la cabeza.

Comencé, pues, a trabajar en aquel prado, amonestando, predicando, confesando, pero comprobé que con la mayor parte de aquellos jóvenes mis esfuerzos eran inútiles si no encontraba un lugar cerrado y algunos edificios para albergarlos; sobre todo para los que habían sido abandonados por sus padres y repudiados y despreciados por la sociedad. Entonces aquella Señora me condujo un poco más hacia el septentrión y me dijo:

—¡Mira!

Y al dirigir mi vista hacia el lugar indicado, vi una iglesia pequeña y baja, un trozo de patio y muchos jóvenes. Recomencé mi labor. Pero como la iglesia era insuficiente, recurrí de nuevo a la Señora y Ella me hizo ver un templo mayor y junto a él una casa. Después, llevándome hacia un lado, a un trozo de terreno cultivado, casi frente a la fachada de la segunda iglesia, añadió:

—En este lugar, donde los Santos Mártires de Turín, Aventor y Octavio sufrieron el martirio, sobre esta tierra bañada y santificada ron su sangre, deseo que Dios sea honrado de un modo especialísimo.

Y al decir esto, adelantó un pie señalando el lugar donde dichos santos fueron martirizados, indicándomelo con toda precisión. Yo quise colocar alguna señal para recordarlo cuando volviese a aquel lugar, pero no encontré nada a mi alrededor; ni un palo, ni una piedra; con todo, se

me quedó fijo en la memoria con toda precisión. Corresponde dicho lugar exactamente al ángulo interno de la capilla de los Santos Mártires, antes de Santa Ana, situada al lado del Evangelio en la iglesia de María Auxiliadora.

Entretanto me vi rodeado de un número cada vez más creciente de jovencitos; pero dirigiendo la mirada a aquella Señora, aumentaban también los medios y el local. Vi después una grandísima iglesia, precisamente en el lugar en que me había dicho haber sufrido el martirio los santos de la Legión Tebea y alrededor de ella numerosos edificios y un monumento en el centro.

Mientras sucedían estas cosas, yo siempre en sueños, vi que me ayudaban en mi labor algunos sacerdotes y clérigos, que después de estar conmigo algún tiempo, me abandonaban. Yo procuraba con gran empeño atraérmelos, pero ellos poco a poco se marchaban dejándome solo.

Entonces me dirigí a la Señora nuevamente, la cual me dijo:

—¿Quieres saber lo que has de hacer para que no te abandonen? Toma esta cinta y átales con ella la frente.

Tomé con toda reverencia una cinta blanca de la mano de la Señora y vi que en ella estaba escrita esta palabra: OBEDIENCIA.

Probé a hacer inmediatamente lo que Ella me había indicado y comencé a atar la cabeza de mis auxiliares voluntarios con la cinta, comprobando que se producía seguidamente un efecto maravilloso; efecto que iba en aumento mientras yo continuaba entregado a la misión que

me había sido señalada, pues aquellos sacerdotes y clérigos desechaban el pensamiento de marcharse a otra parte, quedándose conmigo ayudándome en mi labor. Así quedó constituida la Congregación.

Vi también otras muchas cosas que no es del caso relatar en estos momentos; baste decir que desde entonces proseguí la ruta emprendida con seguridad, ya respecto al Oratorio, ya respecto a la Congregación; bien sobre la manera de conducirme en mis relaciones con las personas externas revestidas de alguna autoridad. Las grandes dificultades que sobrevendrán están todas previstas y conozco los medios que he de emplear para superarlas. He visto detalladamente cuanto nos sucederá y prosigo adelante a plena luz. Después de haber contemplado iglesias, casas, patios, jóvenes en gran número, clérigos y sacerdotes que me ayudaban y la manera de llevarlo todo adelante, comencé a dar a conocer a algunos ciertas cosas como si ya existiesen, por eso muchos llegaron a creer que yo había perdido la cabeza.

Uno de los detalles que más llama la atención en este sueño es el relacionado con el lugar indicado por la Santísima Virgen como escenario del martirio de ios Santos Adventor y Octavio. Nuestra Señora no menciona a Solutor, porque parece ser que este santo mártir al ser herido por una lanza logró escapar, yendo después a morir a Ivrea.

Sobre esta circunstancia de la designación del sitio preciso en que sufrieron el martirio Adventor y Octavio, San Juan Bosco dejó consignado lo siguiente: «Jamás quise contar este sueño a nadie y mucho menos dar a conocer mi fundada opinión sobre el lugar exacto del glorioso martirio de Adventor y Octavio».

«Más tarde, en 1865, sugerí al Canónigo Gastaldi la idea de que escribiese las vidas de los tres santos mártires de la Legión Tebea e hiciese indagaciones para encontrar el lugar preciso de su martirio, sirviéndose de los datos suministrados por la historia, la tradición y la topografía. El docto eclesiástico aceptó la idea; redactó y dio a la imprenta unas memorias sobre el martirio de los intrépidos confesores de la fe, sacando como conclusión de su documentado estudio que se ignoraba el lugar preciso del mismo, pero que se sabía con toda certeza que se habían refugiado fuera de la ciudad, cerca del río Dora y que fueron descubiertos y sacrificados por sus perseguidores en las proximidades del lugar en que se habían escondido.

El gran trecho existente entre los muros de la ciudad y el río Dora, hacia el occidente del barrio de este nombre, fue conocido en la antigüedad con la denominación latina de Vallis o Vallum occisorum, *que se transformó con el tiempo en Val d'occo, aludiendo quizá a los mártires allí sacrificados.*

Según el Canónigo Gastaldi, teniendo a la vista la topografía de la ciudad de Turín, el Oratorio de San Francisco de Sales se levanta precisamente en el lugar bendito regado con la sangre de los confesores de Cristo».

San Juan Bosco se alegró mucho de esta opinión que venía a confirmar cuanto había visto en el sueño; profesando desde entonces una gran devoción a los santos mártires. Todos ios años, en la festividad de San Mauricio, incorporando el nombre y la gloria del jefe al de los componentes de la Legión Tebea y de una manera especial a sus tres esclarecidos soldados, Adventor, Solutor y Octavio, quiso que se celebrase dicha festividad con solemnes actos religiosos.

LOS MÁRTIRES DE TURIN

SUEÑO 11 .—AÑO DE 1845.

(M. B. Tomo I!, págs. 342-343)

Un nuevo sueño había de ilustrar la mente de San Juan Bpsco sobre el fin glorioso de los esclarecidos mártires de Turín, Adventor, Octavio y Solutor, cuyo martirio había tenido como escenario, según lo indicara la Señora de sus pensamientos, el mismo lugar en que sus obras comenzaban a incrementarse prodigiosamente.

He aquí lo que nos dice Lemoyne, que recogió el relato de labios del Santo:
****

Le pareció encontrarse en el extremo septentrional del Rondó o Círculo Valdocco y dirigiendo la mirada hacia el Dora, entre los esbeltos árboles que en aquel tiempo adornaban, perfectamente alineados, la avenida hoy denominada Regina Margherita, vio hacia la parte baja, a una distancia de unos setenta metros de la contigua calle Cottolengo, en un campo sembrado de patatas, maíz, fréjoles y repollos, a tres bellísimos jóvenes resplandecientes de luz. Estaban a pie firme en el mismo espacio que le había sido indicado en el sueño precedente, como teatro de su glorioso martirio. Los tres le invitaron a bajar y a unirse a ellos. San Juan Bosco se apresuró a hacerlo, y cuando, estuvo en su compañía le condujeron amablemente hasta el extremo del lugar en el que ahora se eleva la majestuosa iglesia de María Auxiliadora. El Santo, después de recorrer un breve espacio, yendo de maravilla en maravilla, se encontró en presencia de una Matrona magníficamente ataviada y de una indecible hermosura, de

extraordinario esplendor y majestad, junto a la cual se veía un venerable senado de ancianos con aspecto de príncipes. A Ella como a Reina formábanle cortejo innumerables personajes de una belleza y de una gracia deslumbradoras. La Matrona, que había aparecido en el lugar que hoy ocupa el altar mayor de la iglesia grande, invitó a San Juan Bosco a que se le acercara. Cuando lo tuvo junto a sí, le manifestó que aquellos tres jóvenes que le habían conducido a su presencia, eran los Mártires Solutor, Adventor y Octavio, y con esto parecía quererle indicar que ellos serían los patronos especiales de aquel lugar.

Después, con una encantadora sonrisa y con afectuosas palabras lo animó a que no abandonara a sus jóvenes y a proseguir cada vez con mayor entusiasmo la obra emprendida; le anunció que encontraría obstáculos al parecer insuperables, pero que todos serían vencidos y allanados si ponía su confianza en la Madre de Dios y en su Divino Hijo.

Finalmente le mostró a poca distancia una casa, que realmente existía y que después supo ser propiedad de un tal señor Pinardi, y una pequeña iglesia en el sitio preciso en el que ahora se encuentra la de San Francisco de Sales con los edificios anexos. Levantando la diestra, la Señora exclamó con voz inefablemente armoniosa: «HAEC EST DOMUS MEA: INDE GLORIA MEA».

Al oír estas palabras, San Juan Bosco se sintió tan emocionado que se estremeció y entonces la figura de la Virgen, que tal era aquella Señora y toda aquella visión desapareció como la niebla en presencia del sol. El, entre tanto, confiado en la bondad y en la misericordia divina, renovó a los pies de la Santísima Virgen la consagración de sí mismo a la obra a la cual había sido llamado.

****

A la mañana siguiente, muy contento por el sueño que había tenido ia noche anterior, Don Bosco se apresuró a visitar la casa que la Virgen le había indicado.

Al salir de su habitación dijo al teólogo Borel:

—Voy a ver una casa a propósito para nuestro Oratorio.

Pero, cual no sería su sorpresa cuando, al ilegar al lugar indicado, en vez de encontrar una casa con una iglesia, halló una morada de gente de mala vida.

Al regresar al Refugio y habiendo sido interrogado por el mismo teólogo, sin más explicación, le dijo que la casa sobre la cual había fundado sus proyectos, no le servía para el fin propuesto.

En otro sueño recibió de la Virgen la explicación, y el sitio le sirvió.

SUERTE DE DOS JÓVENES QUE ABANDONAN EL ORATORIO

SUEÑO 12.—AÑO DE 1846.

(M. B. Tomo II, pág. 511)

Ante los peligros y pérdidas de las almas y frente a la ofensa de Dios, San Juan Bosco nunca pudo permanecer indiferente.

****

En aquellos días San Juan Bosco tuvo un sueño que le causó un dolor profundo. Vio a dos jovencitos, a los cuales

conocía, saliendo de Turín para dirigirse a Becchi; pero cuando llegaron al puente del Po se les echó encima una bestia de aspecto feroz. Esta, después de haberlos embadurnado con su baba, los arrojó al suelo y revoleándolos largo tiempo en el fango los dejó recubiertos de tal suciedad que sólo el mirarlos causaba náuseas.

****

San Juan Bosco narró este sueño a algunos de los que estaban con él, diciendo los nombres de los dos jóvenes que había visto en el mismo; y los hechos demostraron que no se trataba de mera fantasía, pues aquellos dos infelices, después de abandonar el Oratorio se dieron a toda clase de desórdenes.

Testigo del relato de este sueño fue el fiel Buzzetti, una de las primeras figuras del Oratorio a pesar de su condición de coadjutor, vocación que siguió por imposición de los hechos.

Nacido en Caronno Ghiringhelio, provincia de Lombardia, el 7 de febrero de 1832, vivió con San Juan Bosco hasta la edad de cincuenta y nueve años, en que murió en el Oratorio un 13 de julio.

Fue uno de los cuatro escogidos por el Santo para fundar la Congregación Salesiana, recibiendo el hábito talar el día de la Purificación de Nuestra Señora de 1851, fecha en la que en el Oratorio se celebraba también ia fiesta de San Francisco de Sales.

En marzo del año siguiente, como consecuencia de un accidente pirotécnico, perdió el dedo índice de la mano izquierda, accidente que le obligó a dejar la sotana. Continuó viviendo con San Juan Bosco y durante muchos años, debido a su gran delicadeza de conciencia, no se

atrevió a profesar, hasta que en 1878, dio definitivamente su nombre a la Congregación.

ENTREVISTA CON COMOLLO Y PRECIO DE UN CÁLIZ

SUEÑO 13.—AÑO DE 1847.

(M. B. Tomo III, págs. 30-31)

Luis Comollo fue compañero de San Juan Bosco en el Seminario de Chieri; joven de raras virtudes, pronto entabló estrecha amistad con el Santo.

Luis era el monitor de Juan* y *viceversa. Amistad pura, desinteresada, de noble, de verdadera emulación. De salud enfermiza, Comollo ilegó a desmejorar visiblemente y acentuándose el mal, murió santamente el 2 de abril de 1839. Esto afligió profundamente el corazón sensibilísimo de Juan, causándole al mismo tiempo graves trastornos en la salud.

Los dos amigos* y *émulos en la virtud, discurrieron sobre cosas espirituales, llegaron a prometerse recíprocamente, entre broma* y *serio, el comunicarse después de la muerte la suerte corrida al pasar los umbrales de la eternidad; promesa que conocían muchos otros de sus compañeros.

Y precisamente la noche del 3 al 4 de abril o la inmediata siguiente al sepelio de Comollo, hacia la madrugada,* y *cuando todos dormían, oyóse un estruendo formidable en el dormitorio de Juan, mientras una luz vivísima avanzaba hacia su cama* y *una voz le decía clara* y *distintamente:

—¡Bosco, Bosco, me he salvado! Cesó seguidamente el

ruido y poco a poco desapareció la luz.

Juan, incorporado en el lecho y sobrecogido ante aquella visión, distinguió perfectamente la voz de su amigo, quien había venido a cumplir ia palabra empeñada.

Los seminaristas que ocupaban las camas inmediatas, también lo oyeron.

Los más, aterrados, saltaron del lecho y agrupados en torno al vigilante pasaron levantados el resto de la noche, no faltando quienes fueron a refugiarse a la Capilla.

El hecho produjo el consiguiente revuelo, pero todo sirvió para poner de relieve la recia personalidad del seminarista de Becchi.

Este llevó, sin embargo, la peor parte, pues el acontecimiento le costó una enfermedad larga y penosa. Después, amaestrado por esta experiencia, solía aconsejar que no se hicieran tales pactos; pues no es fácil a la flaqueza humana soportar ias relaciones con lo sobrenatural.

Al producirse, pues, el sueño que vamos a exponer a continuación y en el que aparece nuevamente Luis Comollo, habían pasado ya más de seis años de la muerte de éste.

He aquí lo que narra Don Lemoyne:

«La habitación ocupada por San Juan Bosco fue siempre considerada por los jóvenes como el santuario de las más bellas virtudes; como un tabernáculo en el cual la Santísima Virgen se complacía en manifestarle la voluntad divina; como un vestíbulo que ponía al Oratorio en comunicación con ias regiones celestes. Y cuantos se

personaban en ella, no podían por menos de experimentar un sentimiento de profunda reverencia.

Mamá Margarita no pensaba diversamente. Ella misma había trasladado su propio lecho a la habitación más próxima a la de su hijo. Estaba persuadida, pues así se lo habían demostrado algunos detalles, de que su hijo pasaba en oración gran parte de la noche y de *que en aquellos días sucedía algo sorprendente que ella no se sabía explicar.*

En efecto: Margarita contaba al joven Santiago Bellia que en cierta ocasión, algunas horas antes del amanecer, había oído hablar a [San] Juan Bosco en su habitación. Unas veces parecía que contestase a las preguntas que se le hacían y *otras, que respondía a su interlocutor. A pesar de la atención de la buena mujer, no pudo entender ni una sola palabra de aquel extraño diálogo. Por la mañana, aunque tenía la seguridad de que nadie podía entrar en la habitación de [San] Juan Bosco sin que ella lo notase, preguntó a su hijo con quién había estado hablando. Este le contestó:*

—He hablado con Luis Comollo.

—Pero Comollo hace años que murió, —replicó Margarita.

—Y *con todo, es así. He hablado con él.*

San Juan Bosco no añadió explicación alguna, dando muestras de que una gran idea le preocupaba. Encendido el rostro como una brasa y *con los ojos extraordinariamente brillantes, fue presa de una emoción que le duró varios días.*

El joven Santiago Bellia, que figura en este relato, fue uno de ios afortunados elegidos por San Juan Bosco en 1849 para formar la Congregación Salesiana. Vistió el hábito clerical de manos del fundador el 2 de febrero de.1851.
****

«Poco tiempo después —continúa Don Lemoyne— [San] Juan Bosco necesitaba un cáliz y no sabía cómo adquirirlo, pues no disponía de la cantidad necesaria para comprarlo. Cuando he aquí que una noche le fue indicado en un sueño que en su baúl había una cantidad suficiente para tal objeto. A la mañana siguiente fue a Turín para varios asuntos y mientras caminaba con la mente fija en el sueño que había tenido la noche precedente, pensaba al mismo tiempo en la satisfacción que sentiría si aquel sueño se hubiese trocado en realidad; de forma que se decidió a volver a casa para registrar el baúl. Al hacerlo, se encontró en él ocho escudos. Precisamente la cantidad que necesitaba para la compra del cáliz. Ningún extraño podía haber puesto aquella suma allí, porque la casa estaba siempre cerrada. Su madre no disponía de dinero como para proporcionarle semejantes sorpresas, quedando también ella gratamente sorprendida cuando supo lo sucedido».

EL EMPARRADO

SUEÑO 14.—AÑO DE 1847.

(M. B. Tomo III, págs. 32-37)

En 1864, una noche, después de las oraciones, Don Bosco reunía en su habitación para darles una conferencia, según era su costumbre, a los jóvenes que integraban la Congregación, entre los cuales se hallaban Don Victorio

Alasonatti, [Beato] Miguel Rúa, Don Juan Cagliero, Don Celestino Durando, Don José Lazzero* y *Don Julio Barberis. Después de haberles hablado del desapego de las cosas del mundo* y de *la familia, para seguir el ejemplo de Jesucristo, les contó un sueño que había tenido diecisiete años atrás. He aquí sus palabras:
****

«Les he contado ya muchas cosas en forma de sueño de las que podíamos deducir lo mucho que la Santísima Virgen nos ama y nos ayuda; mas, ya que estamos reunidos aquí nosotros solos, para que cada uno de los presentes tenga la seguridad de que es la Santísima Virgen la que quiere nuestra Congregación y a fin de que nos animemos cada vez más á trabajar para la mayor gloria de Dios, os contaré, no ya un sueño, sino lo que la misma Madre de Dios me hizo ver. Ella quiere que pongamos en su bondad toda nuestra confianza. Yo os hablo como un padre a sus queridos hijos, pero deseo que guardéis absoluta reserva sobre cuanto os voy a decir y que nada comuniquéis de esto a los jóvenes del Oratorio o a las personas de fuera, para no dar motivos a malas interpretaciones por parte de los malintencionados.

Un día del año 1847, después de haber meditado yo mucho sobre la manera de hacer el bien, especialmente en provecho de la juventud, se me apareció la Reina de los Cielos y me condujo a un jardín delicioso. En él había un rústico pero al mismo tiempo bellísimo y amplio pórtico construido en forma de vestíbulo. Plantas trepadoras adornaban y cubrían las pilastras, y sus grandes ramas, exuberantes de hojas y de flores, superponiéndose las unas a las otras, se entrelazaban al mismo tiempo, formando un gracioso toldo. Este pórtico daba a un bello sendero, a lo largo del cual se extendía un hermosísimo emparrado, flanqueado y cubierto de maravillosos rosales en plena

floración. También el suelo estaba cubierto de rosas. La Santísima Virgen me dijo:

—Avanza bajo ese emparrado; ese es el camino que debes recorrer.

Me descalcé para no ajar aquellas flores.

Me sentí satisfecho de haberme descalzado, pues hubiera sentido tener que pisar unas rosas tan hermosas. Y sin más, comencé a caminar; pero pronto me di cuenta de que aquellas rosas ocultaban punzantes espinas; de forma que mis pies comenzaron a sangrar. Por tanto, después de haber dado algunos pasos, me vi obligado a detenerme y seguidamente a volver atrás.

—Aquí es necesario llevar el calzado puesto, —dije a mi guía.

—¡Cierto! —me respondió— Se necesita un buen calzado.

Me calcé, pues, y volví a emprender el camino con algunos compañeros, los cuales habían aparecido en aquel momento, pidiéndome que les permitiera acompañarme. Accedí y siguieron detrás de mí bajo el emparrado, que era de una hermosura indecible; pero, conforme avanzaba, me parecía más estrecho y más bajo. Muchas ramas descendían de lo alto y subían como festones; otras avanzaban erectas hacia el sendero. De los troncos de los rosales salían algunas ramas acá y acullá horizontalmente; otras formaban un tupido seto, invadiendo gran parte del camino; otras crecían en distintas direcciones a poca altura del suelo. Todas, sin embargo, estaban cuajadas de rosas; yo no veía más que rosas a los lados, rosas encima de mí,

rosas delante de mis pasos. Mientras tanto sentía agudos dolores en los pies y hacía algunas contorsiones con el cuerpo al tocar las rosas de una y otra parte, comprobando que entre ellas se escondían espinas aún más agudas. Con todo, proseguí adelante. Mis piernas se enredaban en las ramas tendidas por el suelo produciéndome dolorosas heridas; al intentar apartar una rama atravesada en el camino o al agacharme para pasar por debajo de alguna otra, sentía las punzadas de las espinas, no sólo en las manos, sino en todos mis miembros. Las rosas que veía por encima de mí, también ocultaban una gran cantidad de espinas que se me clavaban en la cabeza. A pesar de ello, animado por la Santísima Virgen proseguí mi camino. De cuando en cuando experimentaba punzadas aún más intensas y penetrantes que me producían un dolor agudísimo.

Entretanto, todos aquellos, y eran muchísimos, que me veían caminar bajo aquel emparrado, decían:

¡Oh! Vean cómo [San] Juan Bosco camina siempre entre rosas; él sigue adelante sin dificultades; todo le sale bien.

Pero los tales no veían las espinas que desgarraban mis miembros. Muchos clérigos, sacerdotes y seglares, por mí invitados, comenzaron a seguirme con premura, atraídos por la belleza de aquellas flores; pero cuando se dieron cuenta de que era necesario caminar sobre punzantes espinas y que éstas brotaban por todas partes, comenzaron a decir a voz en grito:

¡Nos han engañado!

—El que quiera caminar sin dificultad alguna sobre las

rosas — les decía yo— que se vuelva atrás; los demás que me sigan.

No pocos volvieron atrás. Después de haber recorrido un buen trecho de camino, me volví para observar a mis compañeros. Pero icuál no sería mi dolor!, al ver que Una gran parte de ellos había desaparecido y otra parte, volviéndome las espaldas, se alejaba de mi. Inmediatamente volví atrás para llamarlos, pero todo fue inútil, pues ni siquiera me escuchaban. Entonces comencé a llorar desconsoladamente y a querellarme diciendo:

—¿Es posible que tenga que recorrer yo solo este camino tan difícil?

Pero pronto me sentí consolado. Vi avanzar hacia mí un numeroso grupo de sacerdotes, de clérigos y de personas seglares, los cuales me dijeron:

—Aquí nos tienes; somos todos tuyos y estamos dispuestos a seguirte.

Poniéndome entonces al frente de ellos reemprendí el camino. Solamente algunos se desanimaron, deteniéndose, pero la mayoría llegó conmigo a la meta.

Después de haber recorrido el emparrado en toda su longitud, me encontré en un nuevo y amenísimo jardín, rodeado de todos mis seguidores. Todos estaban macilentos, desgreñados, cubiertos de sangre. Entonces se levantó una suave brisa y al conjuro de la misma todos sanaron. Sopló nuevamente otro vientecillo y, como por ensalmo, me encontré rodeado de un inmenso número de jóvenes y de clérigos, de coadjutores y de sacerdotes, que comenzaron a trabajar conmigo guiando a aquella

juventud. A algunos no los conocía, otras fisonomías, en cambio, me eran familiares.

Entretanto, habiendo llegado a un paraje elevado del jardín, me encontré con un edificio colosal, sorprendente por su magnificencia artística, y al cruzar el umbral penetré en una espaciosa sala tan rica, que ningún palacio del mundo podría contener otra igual. Estaba completamente adornada con rosas fragantísimas y sin espinas, de las que emanaba un suavísimo olor. Entonces, la Santísima Virgen, que había sido mi guía, me preguntó:

—¿Sabes qué es lo que significa lo que estás viendo ahora y lo que has observado antes?

—No —respondí—, os ruego que me lo expliquéis.
Entonces Ella dijo:

—Has de saber que el camino por ti recorrido entre rosas y espinas significa el cuidado con que has de atender a la juventud; debes caminar con el calzado de la mortificación. Las espinas que estaban a flor de tierra representan los afectos sensibles, las simpatías o antipatías humanas que apartan al educador de su verdadero fin, que lo hieren o lo detienen en su misión, que le impiden avanzar y cosechar coronas para la vida eterna. Las rosas son símbolo de la caridad ardiente que debe ser tu distintivo y el de todos tus seguidores. Las otras espinas son los obstáculos, los sufrimientos, los disgustos que tendréis que soportar. Pero, no te desanimes. Con la caridad y con la mortificación superaras todas las dificultades y llegaras a las rosas sin espinas.

Apenas la Madre de Dios hubo terminado de hablar, volví en mí y me encontré en mi habitación».

****

Notable es la circunstancia y muy digna de señalar, de que San Juan Bosco no habla aquí de un simple sueño, sino de una verdadera y auténtica visión. Al comenzar a expresarse, el siervo de Dios dice categóricamente: «...A fin de que nos animemos a trabajar cada vez más a la mayor gloria de Dios, ies contaré, no ya un sueño, sino lo que la misma Madre de Dios me hizo ver».

Terminando su relato con las siguientes palabras:

«Apenas la Madre de Dios hubo terminado de hablar, volví en mí y *me encontré en mi habitación».*

Tanto una como otra expresión ponen de manifiesto que aquí se trata de una verdadera visión.

ENCUENTRO CON CARLOS ALBERTO

SUEÑO 15.—AÑO DE 1847.

(M. B. Tomo III, págs. 539-540)

La gratitud y el afecto que San Juan Bosco sentía hacia el rey Carlos Alberto fue puesto de manifiesto repetidas veces por el Santo, como lo atestiguan las Memorias Biográficas.

Tras hacer referencia a la liberación de Roma por las tropas francesas y a la entrega de las llaves de la Ciudad Eterna al Papa Beato Pio IX por el general Oudinot, Don Lemoyne continúa:

«Pero si [San] Juan Bosco recibió un gran consuelo al conocer esta noticia, llegó a Turín otra que causó un profundo dolor a él y a sus hijos. Gravemente enfermo de

una antigua dolencia, en Oporto y abrumado bajo el peso de la desventura, Carlos Alberto, confortado con los auxilios de nuestra Santa Religión, murió como un buen cristiano el 28 de julio de 1847. [San] Juan Bosco hizo rezar, como era su deber, por un soberano al cual estimaba y amaba sobremanera y que en repetidas ocasiones había ayudado y protegido a su institución. Su dolor iba unido a una gran esperanza, pues el monarca había sido muy devoto de la Consolata y su caridad para con los pobres había sido excepcional. Sobre su féretro no aletearon las angustiosas dudas que a veces atenazan el corazón sobre el destino eterno de un alma, antes como un amable recuerdo que ocupaba la mente de [San] Juan Bosco, de cuando en cuando, la figura de Carlos Alberto, reverdecía en la fantasía de nuestro fundador, y así, algunos años después nos contaba a dos de sus hijos esta graciosa pesadilla que le había durado toda la noche:

****

Me pareció encontrarme en los alrededores de Turín, paseando por el centro de una gran avenida. Cuando he aquí que viene a mi encuentro el rey Carlos Alberto, el cual, sonriente, se detuvo a saludarme.

—¡Oh, majestad!, —exclamé.

—¿Cómo está usted, [San] Juan Bosco?

—Muy bien, y me alegro mucho de verle.

—Si es así, ¿me quiere acompañar a dar un paseo?

—Con sumo gusto.

—¡Pues, vamos!

Nos pusimos en camino hacia la ciudad. El rey no llevaba puesta ninguna insignia que declarase su dignidad; vestía ropas blancas, aunque no del todo blancas.

—¿Qué piensa de mí?, —me preguntó el monarca.

—Sé que es un buen católico,—le repliqué.

—Para Vos, soy algo más que eso; sabe cómo he amado siempre su obra. Siempre tuve el mayor deseo de verla prosperar. Me habría gustado muchísimo ayudarlo, pero los acontecimientos me lo impidieron.

—Si es así, majestad, me atrevería a hacerle un ruego.

—Hable, hable.

—Le pediría que presidiese la fiesta de San Luis Rey que vamos a celebrar en el Oratorio este año.

—Con mucho gusto: pero tenga presente que la cosa daría mucho que hablar; sería algo inaudito, por lo que parece que no es conveniente una fiesta tan sonada. Con todo, veré la manera de complacerlo, aun sin mi presencia.

Continuamos hablando de otras cosas hasta que llegamos cerca del Santuario de la Consolata. En dicho lugar había como una entrada subterránea en la ladera de una elevada colina y la galería a que daba acceso, en vez de descender, subía.

—Hay que pasar por aquí, —me dijo el rey.

Y doblando las rodillas y tocando casi el suelo con su majestuosa frente, sin cambiar de postura, comenzó a subir

y desapareció.

Entonces, mientras yo examinaba aquella entrada y procuraba penetrar con la vista la oscuridad de las tinieblas, me desperté».
****

Compulsando la fecha de este sueño hemos comprobado que poco después, en el Oratorio se recibió un generoso donativo de la Casa Real.

El corazón de Don Bosco latía al unísono con el de Carlos Alberto, Beato Pío Pp. IX y *el San José Benito Cottolengo* y a *sus jóvenes estuvo reservado el honor de cantar muchas veces en la Catedral la Misa de Réquiem en el aniversario de la muerte del monarca.*

EL PORVENIR DE CAGUERO

SUEÑO 16.—AÑO DE 1854.

(M. B. Tomo V, págs. 105 107)

La Santísima Virgen dio una nueva prueba de su especial protección y de *su maternal agrado por cuanto los alumnos del Oratorio habían hecho en favor de los apestados de Turín, otorgando la curación al joven Juan Cagliero, más tarde Eminentísimo Cardenal de la Santa Madre Iglesia.*

«Mientras no existía ya esperanza alguna en los medios humanos —escribe [Beato] Miguel Rúa— Don Bosco recomendó al enfermo que recurriese a la Virgen, anunciándole al mismo tiempo que sanaría, y yo me quedé asombrado al comprobar la realización de aquella profecía».

Vamos a exponer el hecho con todos sus *pormenores:*

Un día, hacia fines del mes de agosto, Juan Cagliero, cansado por el trabajo realizado en la asistencia de los enfermos, al volver del lazareto a casa se sintió mal y hubo de acostarse. [San] Juan Bosco, que lo amaba como un padre, hizo que se le prodigasen todos los cuidados posibles para salvarlo de las terribles fiebres gástricas que padeció durante dos meses casi; pero todo fue inútil. Dada la gravedad del mal, pocos días después de haber comenzado a guardar cama, Cagliero se confesó y recibió la Sagrada Comunión. Pero las fiebres fueron en aumento de tal manera, que en el término de un mes redujeron al enfermo a los extremos. San Juan Bosco había anunciado en público que ninguno de sus hijos moriría de la epidemia reinante en la ciudad, con tal que todos sé mantuviesen en gracia de Dios. Cagliero, que entonces contaba dieciséis años, confiaba plenamente en las palabras de San Juan Bosco; pero lo peor en su caso era que su enfermedad no provenía ni mucho menos del morbo asiático. En el Oratorio todos estaban convencidos de que el paciente pasaría de un día a otro a la eternidad; el joven enfermo, entretanto, estaba tranquilo.

Dos célebres médicos de Turín, Galvano y Bellingeri, después de una consulta, declararon que se trataba de un caso desesperado y aconsejaron a San Juan Bosco que administrase al paciente los últimos sacramentos, pues probablemente nolilegaría al día siguiente. Entonces el clérigo Buzzetti advirtió a Cagliero del peligro en que se encontraba y *le anunció que [San] Juan Bosco vendría para confesarlo, darle el Viático* y *administrarle la Extremaunción.*

El Santo no tardó en entrar en la habitación del enfermo con la intención de prepararle al gran paso; cuando, habiéndose detenido en el umbral de la puerta, vio ante sus ojos un maravilloso espectáculo:
****

Vio aparecer una hermosísima paloma, la cual, como un objeto luminoso, esparcía a su alrededor destellos de luz vivísima, de forma que toda la habitación estaba intensamente iluminada. Llevaba en el pico una ramita de olivo y volaba una y otra vez alrededor de la habitación. Cuando deteniendo el vuelo sobre el lecho del enfermo, tocó los labios del paciente con el ramito de olivo y después lo dejó caer sobre su cabeza. Y despidiendo una luz más viva aún, desapareció.
****

San Juan Bosco comprendió entonces que Cagliero no moriría, pues le quedaban que hacer muchas cosas para gloria de Dios; que la paz, simbolizada por aquel ramo de olivo, sería anunciada por su palabra; que el resplandor de la paloma significaba la plenitud de la gracia del Espíritu Santo que algún día lo investiría.

Desde aquel momento el Santo alimentó la idea confusa, pero firme, que perduró siempre en él, de que el joven Cagliero seria Obispo. Y sin más, consideró como realizado aquel pronóstico cuando Cagliero partió por primera vez Para América.
****

A esta primera visión sucedió otra. Al llegar San Juan Bosco al centro de la habitación, desaparecieron como por ensalmo las paredes y alrededor del lecho del enfermo vio una gran multitud de figuras extrañas de salvajes, que tenían la mirada fija en el paciente y que llenos de temor parecían pedirle socorro. Dos hombres que sobresalían entre los demás, uno de aspecto fiero y negruzco y otro de

color de bronce, de elevada estatura y porte guerrero, con cierto aspecto de bondad, estaban inclinados sobre el pequeño moribundo.
****

San Juan Bosco comprendió más tarde que aquellas fisonomías correspondían a los salvajes de la Patagonia* y *de la Tierra del Fuego.

Estas dos visiones duraron breves instantes* y *ni el joven enfermo ni los allí presentes se dieron cuenta de nada.

San Juan Bosco, con su acostumbrada serenidad* y *su habitual sonrisa, se acercó al lecho lentamente, mientras Cagliero le preguntaba:

—¿Es acaso ésta mi última confesión? —¿Por qué me haces esa pregunta?, —le replicó San Juan Bosco.

Porqué deseo saber si he de morir.

San Juan Bosco se reconcentró un poco* y *le dijo:

—Dime, Juan ¿te gustaría ir ahora al Paraíso, o quieres mejor curar* y *esperar aún?

—Oh, mi querido [San] Juan Bosco—contestó Cagliero—, elijo lo que sea mejor para mí.

—Para ti sería ciertamente mejor el marcharte ahora mismo al Paraíso, dados tus pocos años. Pero no es ahora tiempo de ello; el Señor no quiere que mueras ahora. Hay muchas cosas que hacer; sanarás* y, *según tu deseo de siempre, vestirás el hábito clerical..., llegarás a ser sacerdote,* y *después... después... — aquí San Juan Bosco

dejó de hablar y quedó un tanto pensativo— y después... con tu breviario bajo el brazo tendrás que dar muchas vueltas... y tendrás que hacer llevar el breviario a otros muchos.... sí, tienes que hacer aún muchas cosas antes de morir... e irás lejos, muy lejos.

Y calló sin decirle adonde iría.

—Si es así —replicó Cagliero— no es necesario que me prepare a recibir los Sacramentos. Yo tengo mi conciencia tranquila. Me confesaré cuando me levante y cuando todos mis compañeros se acerquen a los Sacramentos.

—Bien —le contestó San Juan Bosco—, puedes aguardar hasta que te levantes.

Y ni lo confesó ni le habló más de los últimos sacramentos.

Desde aquel momento Cagliero no se preocupó lo más mínimo de su enfermedad, pues tenía la seguridad de que su curación era cosa ciertísima.

Y, en efecto, no tardó en comenzar a mejorar, entrado en una franca convalecencia. Pero cuando parecía alejado todo peligro, como sus parientes le hubiesen mandado en el mes de septiembre un poco de uva, el muchacho la comió con avidez, como un alimento que él consideraba inofensivo, y volvió a recaer, encontrándose al borde del sepulcro.

Se le hubo de avisar a la madre que volviese a verlo, comunicándosele al mismo tiempo el mal cariz que había vuelto a tomar la enfermedad, y la buena mujer se apresuró a retornar de Castelnuovo. Apenas penetró en la habitación

y vio a su hijo en aquel estado, exclamó dirigiéndose a las personas que le asistían:

—¡Mi Juan está muerto! Por lo que veo, todo ha terminado.

Pero Juan, manifestando la alegría que sentía por la llegada de la madre, sin más comenzó a decirle que pensase en prepararle la sotana de clérigo con todos los demás accesorios, para su vestición clerical. La buena mujer creyó que su hijo deliraba y, en efecto, dijo a [San] Juan Bosco que llegaba en aquel preciso momento:

—Oh, [San] Juan Don Bosco, ¡cuan cierto es que mi hijo está muy malo! Está delirando y me habla de vestir el traje de sacerdote y me ha dicho que le prepare todo lo necesario.

Y el Santo le contestó:

—¡No, no, mi buena Teresa!, vuestro hijo no delira, se ha expresado muy bien; prepararle, pues, todo lo necesario para vestirlo de clérigo; tiene que hacer aún muchas cosas y no puede ni quiere morir.

Cagliero, que lo oía todo, dijo:

—¡Qué, mamá! ¿No lo habéis oído? Usted me hace la sotana y [San] Juan Don Bosco me la impondrá.

¡Sí, sí —exclamó la madre llorando—, ¡pobre hijo mío! Te pondremos un traje, pero Dios quiera que no sea muy distinto del que deseas.

San Juan Bosco procuró tranquilizarla, asegurándole

que vería a su hijo vestido de clérigo, pero la buena mujer seguía diciendo en voz baja:

—Te pondré un traje cualquiera cuando te metan en la caja.

El hijo, en cambio, sin perder la alegría, hablaba con todos los que venían a visitarlo, de la sotana que pronto vestiría. En efecto, porque tal era ia voluntad de Dios, cuando recuperó un tanto las fuerzas, la madre se lo llevó al pueblo. Estaba tan delgado que parecía un cadáver, estaba tan debilitado que no sé podía sostener, en pie sino que tenía que caminar apoyado en un bastón; daba compasión verlo. Y entretanto seguía insistiéndole a la madre que le preparase su equipo de clérigo, y la buena mujer decidió complacerle. Las personas que la veían entregada a esta tarea le preguntaban:

—¿Qué hacéis, Teresa?

—Estoy preparando la sotana para mi hijo.

—Pero si está medio muerto, si apenas se puede sostener en pie.

—Y, sin *embargo, él lo quiere así.*

En una carta que San Juan Bosco le había escrito desde Turín, con fecha del 7 de octubre, le decía: «Muy querido Cagliero. Me complace grandemente el saber que mejoras de salud; nosotros te esperamos para cuando puedas venir, lo principal es que te encuentres perfectamente bien; que sigas tan alegre como de costumbre. Me parece muy bien que te vayas preparando para la vestición... Saluda a tus parientes; rogad todos por

mí y que el Señor os bendiga y os colme de toda suerte de prosperidades. Créeme tuyo afectísimo: [San] Juan Don Bosco».

Se acercaba el día en que Cagliero tenía que regresar a Turín para la vestición. Sus amigos y parientes intentaban quitárselo de la cabeza dado su estado enfermizo, diciéndole que dejase para otra fecha su toma de sotana. Pero él contestó:

—De ninguna manera. Tengo que tomar la sotana ahora, porque así me lo ha dicho [San] Juan Don Bosco.

Otros decían que era demasiado joven, que todavía tenía que hacer el último curso de bachillerato; pero él les contestaba:

—No importa, [San] Juan Don Bosco me lo ha dicho.

Por mera coincidencia, el día que tenía que partir para el Oratorio era el mismo en que su hermano tenía que contraer matrimonio, por lo que éste le insistía para que se quedase a asistir a *aquella fiesta. Juan le respondió:*

Tú haz lo que quieras, que yo, por mi parte, haré también lo que más me plazca; esto es: recibir el hábito clerical.

Los parientes querían retenerlo, diciéndole que si se marchaba, daba muestras de que la persona que el hermano había escogido para esposa no le era grata.

—Mi hermano que haga lo que quiera; les aseguro que estoy contento, contentísimo de la elección que ha hecho. ¿No les basta esto?, —replicó Juan—. ¿Es que queréis que lo

deje consignado en acta notarial que estoy contento?

El 21 de noviembre, Cagliero, perfectamente restablecido, volvía al Oratorio, y el 22, festividad de Santa Cecilia, [San] Juan Don Bosco bendecía el hábito clerical y se lo imponía a su amado hijo. El Rector del Seminario Metropolitano, conónigo A. Vogliotti el 5 de noviembre de 1855 concedía al clérigo Cagliero que viviera con [San] Juan Don Bosco, frecuentando al mismo tiempo las clases del Seminario y dándole el fin de cada curso los correspondientes certificados de estudios para cumplir las disposiciones dadas por su Excia. Rdma. el Señor Arzobispo en una circular publicada el 1 de septiembre de 1834. Idénticos certificados se dieron también a los demás clérigos que vivían en el Oratorio.

San Juan Bosco, entretanto, teniendo siempre ante sí la visión de la paloma y de ios salvajes, parece que confió el secreto a Don Alasonatti.

Este, encontrándose un día con Cagliero, le dijo:

—Tienes que hacerte muy bueno, porque Don Bosco asegura cosas muy notables relacionadas contigo.

En el año de 1855, algunos clérigos y jóvenes rodeaban a San Juan Bosco que estaba sentado a la mesa y bromeaban hablando cada uno de su porvenir. El Santo, quedándose un poco silencioso y adoptando una actitud pensativa y grave, como a veces solía, mirando a cada uno de sus alumnos, dijo:

—Uno de vosotros llegará a ser Obispo.

Esta profecía llenó a todos de admiración, y después

añadió sonriendo:

—Pero Don Juan Bosco será siempre sólo Don Juan Bosco.

Al oír estas palabras todos comenzaron a reír, pues eran simples clérigos y no podían ni sospechar en quién se cumpliría tal predicción. Ninguno de ellos pertenecía a una clase elevada de la sociedad, sino que, al contrario, pertenecían a una clase modesta, más bien pobre y ia dignidad episcopal se elegía, al menos en aquellos tiempos, entre las personas de la nobleza, o al menos entre individuos de rara virtud e ingenio. Por otra parte, la posición de San Juan Bosco y de su Instituto era entonces tan modesta que, humanamente hablando, parecía imposible que uno de sus alumnos fuese elegido para el Episcopado. Tanto más que entonces no se tenía idea de las Misiones exteriores o extranjeras. Pero la misma improbabilidad de tal acontecimiento mantenía viva la predicción e incluso no faltó quien durante algún tiempo alimentó la idea de ser él el candidato.

Estaban presentes cuando San Juan Bosco dijo estas palabras los clérigos Turchi, Reviglio, Cagliero, Francesia, Anfossi y [Beato] Miguel Rúa. Y estos mismos oyeron al siervo de Dios repetir:

—¿Quién iba a decir que uno de vosotros sería elegido Obispo?,

También repitió no pocas veces:

—¡Oh! Observemos a ver si [San] Juan Don Bosco se equivoca. Veo en medio de vosotros una mitra y no será una mitra sola. Pero aquí ya hay una.

Y los clérigos intentaban, bromeando con San Juan Bosco, adivinar quién de ellos, entonces simples clérigos, llegaría a ser Obispo. El siervo de Dios, por su parte, sonreía y callaba. A veces pareció dejar entender algo de lo que había visto en la visión.

Narra Mons. Cagliero: En los primeros años de mi sacerdocio me encontré con [San] Juan Don Bosco al pie de la escalera un tanto cansado. Con amor filial y en tono de broma:

--- [San] Juan Don Bosco, déme la mano —le dije—, ya verá cómo soy capaz de ayudarle a subir las escaleras.

Y él, paternalmente, me tendió su mano, pero al llegar al último tramo me doy cuenta de que intentaba besar mi mano derecha. Inmediatamente la retiré, pero no lo hice a tiempo.

Entonces le dije:

—¿Con esto ha pretendido humillarse o *humillarme?*

—Ni *una cosa ni otra —me respondió—; el motivo lo sabrás a su tiempo.*

En el 1883 ofrecía a Don Cagliero un indicio más claro; porque en el momento de partir para Francia, después de hacer su testamento y dar los recuerdos a cada uno de los miembros del Capítulo Superior, a Cagliero le entregaba una cajita sellada, diciéndole:

—Esto es para ti.

Y se marchó.

Algún tiempo después Don Cagliero se dejó ilevar de la curiosidad y *quiso ver el contenido de aquella cajita* y *he aquí que encontró en ella un precioso anillo.*

Finalmente, en octubre de 1884, habiendo sido elegido Don Cagliero Obispo titular de Magida, este le pidió a San Juan Bosco se dignase revelarle el secreto de treinta años atrás, cuando aseguraba que uno de sus clérigos llegaría a ser Obispo.

—Sí— *le respondió, te lo diré la víspera de tu consagración.*

Y en la víspera de aquel día el Santo paseando a solas con Mons. Cagliero por su habitación, le dijo:

¿Recuerdas la grave enfermedad que padeciste cuando eras joven, al principio de tus estudios?

—Sí, *señor, lo recuerdo —respondió Don Cagliero*—, y *recuerdo también que Vos acudisteis a administrarme los últimos sacramentos* y *no me los administró* y *me dijo que sanaría* y *que con mi breviario iría lejos, muy lejos, a trabajar en el sagrado ministerio sacerdotal...* y... *no me dijo más.*

Pues bien, escucha —prosiguió San Juan Bosco—.

Y *le contó las dos visiones con todas sus particularidades* y *detalles.*

Mons. Cagliero, después de haberlo oído todo, le pidió al Santo que narrase aquella misma noche, durante la

cena, a los hermanos del Capítulo Superior, aquellas visiones. Y como no sabía negarse, especialmente cuando lo que se le pedía redundaba en mayor gloria de Dios y *bien de las almas, condescendió* y *contó delante del Capítulo las mismas cosas que acabamos de exponer.*

Hemos escrito estas páginas —termina Don Lemoyne— aquella misma noche bajo el dictado de Mons. Cagliero.

EL GLOBO DE FUEGO

SUEÑO 17.—AÑO DE 1854.

(M. B. Tomo V. pág. 64)

Se lee en ***las Memorias Biográficas, tomo*** **y** ***página anteriormente citados:***

****

«Durante las solemnes fiestas religiosas que se celebraban en el Oratorio de Turín del 21 al 28 de mayo, en uno de esos días no precisado por las crónicas, San Juan Bosco contó a los jóvenes cómo había visto un globo luminoso, de fuego, sobre el lugar en que más tarde se levantó la Iglesia de María Auxiliadora».

****

Parecía que la Santísima Virgen quisiera indicar con esta señal que no había renunciado a la toma de posesión de aquel lugar.

José Buzzeti, testigo del relato, recordaba en 1887 a San Juan Besco, en Lanzo, este relato, preguntándole a renglón seguido:

—¿No sería tal vez ia cúpula de María Auxiliadora iluminada?

—¿Y por qué no?, —replicó San Juan Bosco.

Hemos de hacer notar al lector que en el presente trabajo hemos incluido bajo él nombre genérico de sueño algunas auténticas visiones de nuestro santo.

GRANDES FUNERALES EN LA CORTE

SUEÑO 18.—AÑO DE 1854.

(TomoV, págs. 176-181) PRIMERA PARTE

El presente sueño está relacionado con la actitud del Parlamento Piamontés y del ministro Cavour, que pretendían poner en vigor la ley Ratazzi, sobre supresión de los bienes eclesiásticos y prácticamente de las Ordenes religiosas. San Juan Bosco, previendo los males que con ello se ocasionarían a la Iglesia, deseaba apartar de ia Casa Real de Saboya las divinas amenazas que sobre ella se cernían, y a él reveladas.

Y, en consecuencia, he aquí el sueño que tuvo hacia finales del mes de noviembre de 1854.
****

«Le pareció encontrarse en el lugar donde se levanta el pórtico central del Oratorio, obra entonces en construcción, junto a la bomba hidráulica colocada en la pared de la Casita Pinardi. Estaba rodeado de sacerdotes y clérigos. De pronto vio que avanzaba hacia el centro del patio un paje de la Corte vestido de uniforme rojo, el cual, apresuradamente llegó adonde San Juan Bosco se encontraba, pareciéndole al Santo oírle gritar:

—¡Una gran noticia!

—¿Qué noticia?, —le preguntó San Juan Bosco.

—¡Anuncia! ¡Gran funeral en la Corte! ¡Gran funeral en la Corte!

San Juan Bosco, ante esta imprevista aparición y al escuchar aquel anuncio quedó como petrificado, mientras el pajecillo volvía a repetir:
—¡Gran funeral en la Corte!

San Juan Bosco quiso entonces preguntarle algo más sobre su fúnebre anuncio, pero al intentar hacerlo, el paje había desaparecido.
****

Habiéndose despertado, el Santo estaba como fuera de sí, y al comprender el misterio de aquella aparición, tomó la pluma y comenzó a redactar una carta dirigida a Víctor Manuel, poniendo en ella de manifiesto cuanto le había sido anunciado y relatando en ella el sueño con toda sencillez.

Después del mediodía llegó al comedor con un poco de retraso. Los jóvenes recuerdan aún cómo siendo aquel año de un frío intensísimo, Don Bosco llevaba puestos unos guantes muy viejos y estropeados y entre las manos un paquete de cartas. Se formó entonces un corro a su alrededor. Estaban presentes Don Alasonatti, Ángel Savio, Cagliero, Francesia, Juan Turchi, Reviglio, Rúa, Afifossi, Buzzetti, Enría, Tomatis y otros, en su mayoría clérigos. San Juan Bosco comenzó a decir sonriendo: —Esta mañana, queridos hijos, he escrito tres cartas a otros tantos personajes: Al Papa, al Rey y al verdugo.

La risa fue general al sentir pronunciar unidos los nombres de estos tres personajes. En cuanto a la referencia

del verdugo, a nadie le cogió de sorpresa, pues todos sabían que el Santo tenía amistad con los empleados de la cárcel y que precisamente el verdugo era un cristiano ejemplar, ejerciendo la caridad para con los pobres lo mejor que podía. Solía escribir las solicitudes que la gente del pueblo quería hace al Rey o a las autoridades y a la sazón le amargaba una pena muy honda, pues había tenido que retirar de las escuelas públicas a un hijo suyo, porque los compañeros huían de él por ser el hijo del verdugo.

En cuanto al Papa Beato Pio IX, nadie ignoraba ia correspondencia que San Juan Bosco mantenía con el Vicario de Cristo. Por tanto, lo que intrigaba a los oyentes era el hecho de que el siervo de Dios hubiese escrito al rey, tanto más que todos sabían lo que el santo pensaba sobre la usurpación de los bienes de la Iglesia. San Juan Bosco no tuvo a sus oyentes en vilo mucho tiempo y así les manifestó de inmediato cuanto había escrito al monarca aconsejándole que no permitiese la tramitación de tan infausta ley. Les narró, pues, el sueño que había tenido, terminando el relato con estas palabras:

—Este sueño me ha causado mucho malestar y me ha fatigado mucho,.

San Juan Bosco parecía muy preocupado en aquella ocasión, exclamando de vez en cuando:

¿Quién sabe?... ¿Quién sabe?... Recemos... recemos... Sorprendidos los clérigos, al oír el relato del sueño comenzaron a hacer cabalas y a preguntarse mutuamente si se sabía si en el palacio real había algún noble enfermo; todos concluyeron que nada se podía asegurar sobre el particular.

San Juan Bosco, entre tanto, llamando al clérigo Ángel Savio, le entregó una carta.

—Copíala —le dijo— y ***anuncia al rey: ¡Gran funeral en la Corte!***

El clérigo Savio hizo lo que se le había indicado, pero el rey, según se supo después por los confidentes del Monarca, leyó el escrito con indiferencia y no hizo caso de lo que se le decía.

SEGUNDA PARTE

Habían pasado unos cinco días de este sueño y ***San Juan Bosco volvió soñar la noche siguiente.***
****

Le pareció estar en su habitación sentado a su escritorio, escribiendo, cuando oyó el ruido de los cascos de un caballo en el patio.

De pronto ve que se abre la puerta y que aparece el pajecillo con su librea roja y que, yendo hasta el centro de la habitación, se detiene y grita:

—¡Anuncia!: No gran funeral en la Corte, sino ¡grandes funerales en la Corte!

Y repitió estas mismas palabras dos veces. Seguidamente se retiró apresuradamente, cerrando la puerta tras de sí. San Juan Bosco deseaba saber algo más, quería interrogarlo, pedirle alguna explicación, para lo cual se levantó de la mesa y corrió al balcón viendo al emisario subir al caballo. Lo llamó, le preguntó por qué había venido para repetirle el mismo anuncio, pero aquél sé alejó gritando:

—¡Grandes funerales en la Corte!

****

Al amanecer, el mismo San Juan Bosco dirigió al rey otra carta, en ia que le contaba este segundo sueño y concluía advirtiendo a su majestad que pensase en conducirse de manera de poder conjurar los graves castigos que se cernían sobre la Casa Real, pidiéndole al mismo tiempo se opusiese a la ley en cuestión.

Por la noche, después de la cena, encontrándose San Juan Bosco en medio de los clérigos, les dijo:

—¿No sabéis que tengo que deciros algo más extraño que lo del otro día?

Y seguidamente les contó cuanto había visto en sueños la noche anterior. Entonces, los clérigos, sin poder disimular su extrañela, le preguntaron qué significarían aquellos anuncios de muerte. Es de suponer la ansiedad general a la espera de que se cumpliesen estos vaticinios.

San Juan Bosco manifestó claramente al clérigo Cagliero y a algunos otros, que se trataba de las amenazas y castigos con que el Señor daría a conocer su indignación contra aquellos que habían acarreado males a su Iglesia y que se estaban preparando otros mayores.

En aquellos días el siervo de Dios se mostraba apenadísimo, oyéndosele exclamar frecuentemente:

—Esta ley atraerá sobre la Casa reinante graves desgracias.

Todas estas cosas se las manifestaba a los suyos para

inducirlos a rezar por el Rey, rogando a la misericordia divina impidiese la dispersión de tantos religiosos y la pérdida de tantas vocaciones.

Entretanto, el rey había confiado aquellas cartas al marqués Fassati, qué después de leerlas se personó en el Oratorio y dijo a Don Bosco;

—¡Oh! ¿Le parece esta una bonita manera de poner en vilo a toda la Corte? El rey está profundamente turbado e impresionado, pero, sobre todo, su indignación no tiene límites.

San Juan Bosco le replicó:

—¿Pero, si lo escrito en las cartas es cierto? Siento haber ocasionado este disgusto a mi soberano, pero, en resumidas cuentas, se trata de su bien y del bien de la Iglesia.

Los avisos dados por San Juan Bosco fueron desoídos. El 28 de noviembre de 1854, el ministro Urbano Raítazzi presentaba a los diputados un proyecto de ley para la supresión de las Órdenes religiosas. El ministro de Finanzas, Camilo Cavour, estaba dispuesto a que dicha ley se aprobara a todo trance. Estos señores se basaban en la idea de que fuera del cuerpo civil no hay ni puede darse sociedad a él superior y de él independiente. Que el Estado lo es todo y que, por tanto, ningún ente moral, ni siquiera la Iglesia Católica, puede existir sin el conocimiento y el consentimiento de la autoridad civil. Por eso, dicho poder, al no reconocer a la Iglesia Católica el derecho de dominio sobre los bienes eclesiásticos y sobre las corporaciones religiosas, defendía que éstas tenían que depender de la autoridad civil debiendo modificarse su forma de existencia

o extinguirse por voluntad de la misma soberanía y, por ende, el Estado, heredero de toda personalidad civil que no tenga sucesión, se convertiría en el propietario único y absoluto de todos sus bienes.

Error colosal, pues tales patrimonios, cuando una Congregación u Orden religiosa dejase de existir por cualquier motivo, no quedaban sin dueño, debiendo ser devueltos a la Iglesia de Jesucristo, representada por el Sumo Pontífice, aunque los adoradores del Estado se empeñasen en negarlo.

La noticia de la presentación de este proyecto de ley ocasionó un vivísimo dolor a los buenos católicos y a San Juan Bosco. El, para secundar la voluntad del cielo, había amonestado reiteradamente al soberano; proceder justo pero peligroso, cuyas consecuencias se podían prever. Otra persona, por serena y resuelta que fuese, en medio de tantas adversidades, habría vivido necesariamente en un continuo estado de inquietud.

San Juan Bosco, en cambio, permaneció siempre imperturbable, encontrando el vigor necesario en el Corazón Sacratísimo de Jesús Sacramentado y en el auxilio de su celestial Madre.

Mientras se discutía la inicua ley contra los bienes eclesiásticos, un doloroso acontecimiento vino a interrumpir la labor de los diputados.

El 5 de enero de 1855 la reina madre María Teresa enfermó de improviso y aunque toda la noche estuvo atormentada por una gran sed, no quiso beber para poder comulgar el día de la Epifanía; pero no pudo levantarse.

El rey Víctor Manuel escribía al general Alfonso La Marmora. «Mi madre y mi esposa no hacen más que repetirme que morirán de disgusto por mi culpa».

La augusta enferma moría el 12 de enero, poco después del mediodía, a la edad de cincuenta y cuatro años. La Cámara, para manifestar al rey su pesar, suspendió sus trabajos.

Gran desgracia fue para el Piamonte la pérdida de María Teresa, que repartía diariamente entre los necesitados limosnas sin cuenta. El luto fue universal, como universales fueron las bendiciones que de todas partes se elevaron a su memoria.

Mientras se cerraba aquel féretro llegaba a manos del rey otra carta misteriosa que decía, sin nombrar a nadie: «Persona iluminada a lo alto ha dicho: si la ley prosigue adelante, nuevas desgracias acaecerán a tu familia. Esto no es más que el preludio de los males futuros. Erunt mala super mala in domo tua. Si no vuelves atrás, abrirás un abismo que no podrás salvar».

El soberano, después de leer esta carta quedó aterrado, y presa de la más viva inquietud no hallaba reposo en nada.

Los solemnes funerales por el alma de María Teresa se celebraron en la mañana del 16, el féretro fue transportado a Superga bajo una temperatura extrema que hizo enfermar a muchos soldados y también al conde de Sangicsto, escudero de la Reina. Aún no había regresado la Corte de rendir los últimos honores a la madre de Víctor Manuel, cuando la familia real fue llamada con urgencia para que asistiese al Viático de la nuera de la difunta. La reina María Adelaida, al sobrevenir la muerte de María

Teresa estaba en el cuarto día del puerperio, habiendo dado felizmente a luz un niño. Ella, que tanto amaba a la reina madre, sintió un tan vivo dolor al enterarse de su muerte, que, atacada por una metro-gastroenteritis, se vio reducida a los extremos. A las tres de la tarde se le administró el Viático, que fue llevado de la Real Capilla de la Santa Sábana. Una multitud inmensa acudía a todos los templos para impetrar del cielo la salud de la soberana. Todo el Piamonte se asoció al dolor de la familia real cumpliéndose aquel dicho de «que en el Piamonte, las desventuras del rey son las desgracias del pueblo». Pero el día 20 le fue administrada la Extremaunción a la enferma, que entró en agonía, expirando a las seis de la tarde en el beso del Señor, a la temprana edad de treinta y tres años.

Y no terminó aquí el luto de la Casa de Saboya. La misma tarde le fue dado el Viático a S. A. R. Don Fernando, duque de Genova, enfermo desde hacía tiempo; era el duque de Genova el único hermano del rey Víctor Manuel. El soberano se sintió abrumado por este cúmulo de dolores.

El día 21, la Cámara de diputados se reunía a las tres de la tarde, y al comunicársele la noticia de la muerte de la reina, deliberó observar trece días de luto y la suspensión de las reuniones por espacio de diez.

Los funerales de María Adelaida se celebraron el 24 de enero, siendo conducido el féretro a Superga.

Los clérigos del Oratorio estaban aterrados al comprobar cómo se realizaban de una manera tan fulminante las profecías de San Juan Bosco, y la impresión era tanto mayor cuanto que formaban parte de cada uno de los cortejos fúnebres de las personas reales desaparecidas.

Circunstancia particular; el frío era tan intenso que el gran maestro de ceremonias de la Corte, al ser trasladado el féretro de la reina Adelaida, permitió al clero usar abrigos especiales y cubrirse la cabeza.

Para el Oratorio aquellos acontecimientos constituían una gran desgracia y los clérigos decían a San Juan Bosco:

—Ya se ha realizado su sueño. ¡En verdad que han sido grandes funerales, según anunciaba el pajecillo! No sabemos si la justicia divina estará ya satisfecha.

San Juan Bosco, en efecto, debía conocer mucho más de lo que había anunciado.

La condesa Felicita Crabosio-Anfossi —cuenta Don Lemoyne— nos mandó el siguiente testimonio por ella firmado: «Corría el año de 1854* y *rogué a [San] Juan Don Bosco que aceptase en el Oratorio a un hermano de leche de mi hijo, que había quedado huérfano de padres. [San] Juan Bosco lo aceptó con la condición de que, estando yo en la Corte como estaba, me presentase a las soberanas para obtener de su caridad dos mil francos que el siervo de Dios necesitaba para poder pagar una deuda urgente.

Yo le prometí hacerlo, y en efecto, estaba resuelta a cumplir mi promesa; pero, después surgieron algunas dificultades que me hicieron diferir las visitas a las augustas señoras, las cuales, en aquel tiempo, se habían ausentado de Turín, viviendo en una finca del conde Cays de Giletta.

Habiendo ido yo también al campo, volví a ia ciudad ya muy avanzado el otoño y seguidamente fui a entrevistarme con [San] Juan Don Bosco, el cual me dijo

inmediatamente:

—He aceptado a su protegido, pero usted no ha cumplido aún su promesa; no habló a las soberanas de mi deuda con el panadero.

—Es cierto —repliqué un poco confusa—, pero tenga la seguridad de que apenas las augustas señoras estén de regreso en Turín, no dejaré de cumplir lo prometido.

Mientras yo hablaba, [San] Juan Don Bosco hacía con la cabeza un movimiento como indicando que no, y con una sonrisa un tanto triste, me dijo:

—¡Paciencia! Pueden suceder tantas cosas que, a lo mejor, a usted no le es posible hablar más con las soberanas.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es así; usted no verá más a las reinas.

Quince días después, encontrándome en la casa de unos nobles, supe el regreso de las soberanas a Turín y que la reina María Teresa estaba tan enferma que le habían administrado los Santos Sacramentos. Pronto recibimos la noticia de su fallecimiento. Ocho días más tarde moría la joven reina María Adelaida, ambas lloradas y veneradas como dos soberanas santas.

Solamente entonces recordé las palabras de [San] Juan Bosco, no dudando de su espíritu verdaderamente profético.

LAS 22 LUNAS

SUEÑO 19.—AÑO DE 1854.

(M. B. Tomo V, págs. 377-378)

En marzo de 1854, día de fiesta, San Juan Bosco, después de la función de Vísperas, reunió a todos los alumnos internos en un local situado detrás de la sacristía y les anunció que les quería narrar un sueño. Estaban presentes, entre otros, el joven Cagliero, Turchi, Anfossi y los clérigos Reviglio y Buzzetti, de cuyos labios oímos la narración que seguidamente vamos a transcribir. Todos estaban persuadidos de que bajo el nombre de sueño, San Juan Bosco solía ocultar las manifestaciones y enseñanzas que recibía del cielo.

He aquí el texto del sueño:

****

Me encontraba en medio de vosotros en el patio y me alegraba en mi corazón al veros tan vivarachos, alegres y contentos. Quiénes saltaban, quiénes gritaban, otros corrían. De pronto veo que uno de vosotros salió por una puerta de la casa y comenzó a pasear entre los compañeros con una especie de chistera o turbante en la cabeza. Era el tal turbante transparente, estando iluminado por dentro, ostentando en el centro una hermosa luna en la que aparecía grabada la cifra 22. Yo, admirado, procuré inmediatamente acercarme al joven en cuestión para decirle que dejase aquel disfraz carnavalesco; pero he aquí que entre tanto el ambiente comenzó a oscurecerse y como a toque de campana el patio quedó desierto, yendo todos los jóvenes a reunirse en fila debajo de los pórticos. Todos reflejaban en sus rostros un gran temor y diez o doce tenían la cara cubierta de mortal palidez. Yo pasé por delante de todos para examinarlos y entre los tales descubrí al que

llevaba la luna sobre la cabeza, el cual estaba más pálido que los demás; de sus hombros pendía un manto fúnebre. Me dirijo a él para preguntarle el significado de todo aquello, cuando una mano me detiene y veo a un desconocido de aspecto grave y noble continente, que me dice:

—Antes de acercarte a él, escúchame; todavía tiene 22 lunas de tiempo; antes de que hayan pasado, este joven morirá. No le pierdas de vista y prepáralo.

Yo quise pedir a aquel personaje alguna otra explicación sobre lo que me acababa de decir y sobre su repentina aparición, pero no logré verle más.

El joven en cuestión, mis queridos hijos, me es conocido y está en medio de vosotros.
****

Un vivo terror se apoderó de los oyentes, tanto más siendo la primera vez que San Juan Bosco anunciaba en público y con cierta solemnidad la muerte de uno de los de casa. El buen padre no pudo por menos de notarlo y prosiguió:

—Yo conozco al de las lunas, está en medio de vosotros. Pero no quiero que os asustéis. Como os he dicho, se trata de un sueño y sabéis que no siempre se debe prestar fe a los sueños. De todas maneras, sea como fuere, la cierto es que debemos estar siempre preparados como nos lo recomienda el Divino Salvador en el Evangelio y no cometer pecados; entonces la muerte no nos causará espanto. Sed todos buenos, no ofendan al Señor y yo entretanto estaré alerta y no perderé de vista al del número 22, el de las 22 lunas o 22 meses, que eso quiere decir, y espero que tendrá una buena muerte.

Esta noticia, si bien asustó mucho al principio a los jóvenes, hizo inmediatamente un grandísimo bien entre ellos, pues todos procuraban mantenerse en gracia de Dios, con el pensamiento de la muerte, mientras contaban las lunas que se iban sucediendo.

San Juan Bosco, de vez en cuando, les preguntaba:
—¿Cuántas lunas faltan aún?

Y los jóvenes respondían:

—Veinte, dieciocho, quince, etc.

A veces, algunos que no perdían una sola de sus palabras, se le acercaban para decirle el número de lunas que habían pasado e intentaban hacer pronósticos, adivinar... pero Don Bosco guardaba silencio.

El joven Piano, que había entrado en el Oratorio en el mes de noviembre, oyó hablar de la luna novena y por los superiores y compañeros vino a saber la predicción de San Juan Bosco. Y también como los demás comenzó a prestar atención a ios acontecimientos.

Finalizó el año de 1854; pasaron algunos meses del 1855 y llegó el mes de octubre, esto es, el correspondiente a la luna vigésima. Cagliero, ya clérigo, había sido encargado de vigilar tres habitaciones situadas cerca de la Casa Pinardi, que servían de dormitorio a algunos jóvenes. Entre ellos había un tal Segundo Gurgo que contaba unos diecisiete años, bien desarrollado y robusto, prototipo del joven saludable, que ofrecía garantía por su aspecto de vivir larga vida hasta alcanzar una extrema vejez.

Su padre lo había recomendado a San Juan Bosco para que lo aceptase como pensionista. Pianista excelente y buen organista, estudiaba música desde la mañana hasta la noche y ganaba un buen dinero dando clases en Turín.

San Juan Bosco, a lo largo del año, había pedido de vez en cuando al clérigo Cagliero informes sobre la conducta de sus asistidos con particular interés. En el mes de octubre io llamó y le dijo:

—¿Dónde duermes?

—En la última habitación y desde ella asisto a las otras dos —replicó Cagliero—.

—¿Y no sería mejor que trasladaras tu cama a la habitación del centro?

—Como usted quiera; pero le hago saber que las otras dos habitaciones no tienen humedad, mientras que una de las paredes de la segunda corresponde al muro del campanario de la iglesia recientemente construido. Por tanto, hay en ella un poco de humedad: se acerca el invierno y podría acarrearme alguna enfermedad. Por otra parte, desde donde estoy instalado ahora, puedo asistir muy bien a todos ios jóvenes de mi dormitorio.

—En cuanto a asistirlos, sé que lo puedes hacer Bien; pero es mejor —replicó San Juan Bosco— que te traslades a la habitación del centro.

Cagliero obedeció, pero después de algún tiempo pidió permiso a San Juan Bosco para llevar su cama nuevamente a la primera habitación.

Don Bosco no se io consintió.

—Continúa —le dijo— donde estás y está tranquilo porque tu salud no se resentirá lo más mínimo.

Cagliero se tranquilizó y algunos días después fue llamado nuevamente por Don Bosco.

—¿Cuántos son en tu nueva habitación?

—Tres —replicó—; yo, el joven Segundo Gurgo y Garovaglia, y el piano que hace el número cuatro.

—Bien —dijo Don Bosco— muy bien. Son tres pianistas y Gurgo les podrá dar lecciones de música. Tú procura no perderlo de vista.

Y no añadió nada más. El clérigo, acuciado por la curiosidad y sospechando algo, comenzó a hacerle algunas preguntas, pero San Juan Bosco le interrumpió diciéndole:

—El por qué de todo esto lo sabrás a su tiempo.

El secreto no era otro sino que en aquella habitación estaba el joven de las 22 iunas.

A principios de diciembre no había ningún enfermo en el Oratorio y San Juan Bosco, subiendo a su tribuna después de las oraciones de la noche, anunció que uno de los jóvenes presentes moriría antes de la fiesta de Navidad.

Ante esta nueva predicción y el próximo cumplimiento de las 22 lunas en la casa reinaba una gran preocupación; los jóvenes recordaban frecuentemente las palabras de San Juan Bosco y temían el cumplimiento de lo anunciado.

San Juan Bosco en aquellos días llamó nuevamente a Cagliero preguntándole si Gurgo se portaba bien y si después de dar las clases de música en ia ciudad, regresaba a casa temprano. Cagliero le respondió que todo procedía normalmente, no habiendo novedad alguna entre sus compañeros.

—Muy bien —añadió el Santo—, estoy contento; procura que todos observen buena conducta y avísame si sucediese cualquier inconveniente.

Y dicho esto no añadió más.

Mas he aquí que hacia la mitad de diciembre Gurgo se siente asaltado por un cólico violento y tan pernicioso que, habiendo sido llamado el médico con toda urgencia, por consejo de este, se le administraron al paciente los últimos Sacramentos. Ocho días duró la penosa enfermedad y Gurgo fue mejorando gracias a los cuidados del doctor Debernardi, de forma que pronto pudo levantarse del lecho convaleciente. El mal había sido conjurado y el médico aseguraba que el joven se había librado de buena. Entre tanto se había avisado al padre del muchacho, pues no habiendo muerto hasta entonces nadie en el Oratorio, San Juan Bosco quería librar a sus jóvenes de tan desagradable espectáculo.

La novena de Navidad había comenzado y Segundo Gurgo pensaba ir su pueblo natal para pasar las Pascuas con sus parientes', puesto que se encontraba casi restablecido de su dolencia. A pesar de ello, cuando se le daban buenas noticias a San Juan Bosco sobre este joven, parecía que el buen padre se resistía a creerlas.

Una vez se hubo personado en el Oratorio el señor Gurgo, al encontrar a su hijo en tan buen estado de salud, obtenido el permiso correspondiente, fue a reservar dos asientos en la diligencia para marchar con él al día siguiente a Novara y de aquí a Pettinengo, donde se repondría del todo, disfrutando de los aires nativos.

Era el domingo 23 de diciembre; Gurgo manifestó aquella tarde deseos de comer un poco de carne, alimento que le había sido prohibido por el médico. El padre por complacerlo fue a buscarla y le hizo cocer en una maquinilla de café. El joven se bebió el caldo y comió ia carne, que ciertamente debía estar medio cruda, en cantidad un poco excesiva. El padre se marchó y en la habitación quedaron Cagliero y el enfermo. Mas he aquí que, a cierta hora de la noche el paciente comienza a quejarse de fuertes dolores de vientre. El cólico se le había repetido de un modo más alarmante. Gurgo llamó por su nombre al asistente:

—¡Caghero, Cagliero!. ¡Ya terminé de darte las clases de piano!

—Ten paciencia, ¡ánimo!, —respondió Cagliero—.

—Ya no iré más a casa. Ruega por mí; no sabes lo mal que me siento. Pide por mí a la Santísima Virgen.

—Sí, lo haré; tú invócala también.

Seguidamente Cagliero comenzó a rezar por el enfermo, pero vencido por el sueño se quedó dormido. Mas he aquí que de pronto el enfermero lo zamarrea e indicando a Gurgo corre a llamar inmediatamente a Don Alasonatti, que dormía en la habitación contigua.

La desolación en la casa fue general. Cagliero se encontró a la mañana siguiente a San Juan Bosco que bajaba las escaleras para ir a celebrar; el buen padre estaba hondamente apenado porque ya le habían comunicado la doloroso noticia.

En el Oratorio se comentó mucho esta muerte. Era la luna vigésima segunda aún no cumplida; y Gurgo, al morir el día 24 de diciembre antes de la aurora, había hecho que se cumpliese la segunda predicción de San Juan Bosco, a saber, que no habría asistido a la fiesta de Navidad.

Después de la comida, jóvenes y *clérigos rodearon silenciosos al Santo.*

De pronto el clérigo Turchi le preguntó si Gurgo era el de las lunas.

—Sí *—replicó San Juan Bosco— él era; ei mismo que vi en el sueño.*

Seguidamente añadió:

—Os daríais cuenta de que yo, hace tiempo, lo puse a dormir en una habitación especial, recomendando a uno de los mejores asistentes que llevase su cama a la misma habitación para que lo tuviese bajo su vigilancia, El asistente fue el clérigo Juan Cagliero.

Y volviéndose al aludido, le dijo:

—Otra vez no hagas tantas observaciones a lo que te diga Bosco. ¿Comprendes ahora por qué yo no quería que abandonases la habitación en que estaba aquel pobrecito?

Tú me lo pediste insistentemente, pero yo no te atendía porque quería que Gurgo tuviese junto a sí a alguien que velase por él. --- Si él viviese aún, podría dar testimonio de las muchas veces que le hablé, como quien no quiere la cosa, de la muerte y de los cuidados que le prodigué para prepararlo a un feliz tránsito.

«Entonces —escribe Don Cagliero— comprendí el motivo de las especiales recomendaciones que me hizo [San] Juan Don Bosco y aprendí a conocer y apreciar mejor la importancia de sus palabras y de sus paternales avisos».

«La noche anterior a la fiesta de Navidad —narra Pedro Enría— aún me recuerdo que [San] Juan Don Bosco subió a la tribuna mirando a su alrededor como si buscase a alguien. Y dijo:

—Es el primer joven que muere en el Oratorio. Ha hecho las cosas bien y esperamos que esté ya en el Paraíso. Os recomiendo a todos que estéis siempre preparados... Y no pudo proseguir porque su corazón estaba muy dolido. La muerte le había arrebatado un hijo».

Habiendo sido Gurgo el primer alumno que moría en la casa desde la fundación del Oratorio, San Juan Bosco quiso hacerle un funeral solemne, aun sin llegar al máximo esplendor. En esta ocasión *el siervo de Dios trató con el párroco de Borgo Dora sobre los derechos parroquiales, por si otros jóvenes eran llamados a la eternidad. El preveía con certeza que acaecerían otras defunciones, a las cuales aludía el sueño, aunque no consta que las anunciase a los alumnos.*

El párroco fue muy deferente con el Oratorio al establecer las condiciones para la conducción de nuestros

difuntos, señalando el coste de las diferentes clases de funerales y concediendo grandes ventajas en los pagos, que eran sufragados, no por los padres de los fallecidos, sino por San Juan Bosco.

Entretanto, durante las fiestas navideñas, San Juan Bosco recomendaba insistentemente a los jóvenes internos y externos, que aplicasen por el alma del pobre Gurgo todas las comuniones que hiciesen.

LA RUEDA DE LA FORTUNA

SUEÑO 20.—AÑO DE 1856.

(M. B. Tomo V, págs. 456-457)

«Don Bosco—escribe [Beato] Miguel Rúa— estuvo dotado en alto grado del don de profecía. Las predicciones hechas por él sobre cosas futuras libres y contingentes que llegaron a realizarse, son tan variadas y numerosas que hacen suponer que el don profético fue en él una cosa habitual. Frecuentemente nos hablaba de sueños *relacionados con su Oratorio y con su Sociedad.*
Entre otros, recuerdo el siguiente:
****

Era por el año 1856.

Soñando —nos dijo— me pareció encontrarme en una plaza donde vi una gran rueda parecida a la llamada "rueda de la fortuna". Inmediatamente comprendí que aquel artefacto representaba el Oratorio, El manubrio de dicha rueda lo manejaba un personaje que invitándome a que me acercase me dijo:

—¡Presta atención!

Y así diciendo hizo dar una vuelta a la rueda. Yo sentí un pequeño ruido que ciertamente no se dejó escuchar más allá del límite del lugar en que me encontraba de pié. El personaje me dijo:

—¿Has visto? ¿Has oído? /

—Sí, repliqué; he visto girar la rueda y he oído un pequeño ruido.

—¿Sabes qué significa una vuelta de la rueda?

—No.

—Significa diez años de existencia de tu Oratorio.

Y así repitió cuatro veces el movimiento del manubrio y la misma pregunta.

Pero a cada vuelta, el ruido aumentaba, de forma que al producirse por segunda vez creí que se habría oído en Turín y en todo el Piamonte:

A la tercera, en Italia; a la cuarta, en Europa, llegando a percibirse en todo el mundo a la quinta vuelta. Seguidamente el personaje añadió: —Esta será la suerte del Oratorio.

Considerando los diferentes estados de la Obra de San Juan Bosco —continúa [Beato] Miguel Rúa— la vio en el primer decenio limitada únicamente a la ciudad de Turín; en el segundo, extendida a las diversas provincias del Piamonte; en el tercero, se dilata su fama e influencia a las distintas regiones de Italia; en el cuarto, se extiende por

diversas naciones de Europa y, finalmente, en el quinto, es conocida y requerida su implantación en todas las partes del mundo».

MAMA MARGARITA

SUEÑO 21 .—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo V, págs. 567-568)

Era el 25 de noviembre de 1856.

Aquella mañana los jóvenes del Oratorio, apenas levantados, se enteraron de la terrible noticia: ¡Mamá Margarita había muerto! Algunos no lo querían creer. ¡Era una desgracia que les tocaba tan de lleno! ¿Qué podrían hacer sin ella?

San Juan Bosco tenía los ojos enrojecidos. No parecía el mismo... ¡Cuánto debía haber llorado!

Un grupo de jovencitos se acercó al buen Padre. Necesitaba que lo animasen e intentaba animar a los demás. Muchos de aquellos muchachos lloraban. San Juan Bosco dijo algunas palabras de consuelo a los que le rodeaban:

—¡Hemos perdido a nuestra Madre! Pero estoy seguro de que ahora nos ayudará desde el Paraíso. ¡Era una santa! ¡Mi madre era una santa!

«San Juan Bosco —abrumado por el dolor— después de los funerales de su madre, se dirigió a su casa, siendo hospedado por su amigo el canónigo Rosaz, que le había brindado, en tan doloroso trance, el alivio de su compañía.

Pero no se detuvo con él más que un día, y al regresar a Turín, continuó rezando fervorosamente y haciendo rezar mucho por el alma de su madre. De ella hablaba siempre con afecto filial, haciendo resaltar, tanto en público como en privado, sus raras virtudes. Dispuso que uno de sus sacerdotes recogiese los hechos edificantes de su vida y los publicase en su recuerdo, para edificación de todos.

En los últimos años de su vida, aun daba muestras el Santo de lo vivo que se conservaba en su corazón el amor hacia la madre, pues al evocarla lloraba de emoción y ios que le asistían de noche recordaban que en sus horas de somnolencia, con frecuencia se le oía llamar a la madre.

Varias veces la vio en sueños; sueños que quedaron profundamente grabados en su mente y que a veces nos solía narrar».
****

En el mes de agosto de 1860, le pareció encontrarla cerca del Santuario de la Consolata, a lo largo de la cerca del Convento de Santa Ana, en la misma esquina de la calle, mientras él regresaba al Oratorio. Su aspecto era bellísimo.

—¿Cómo? ¿Vos aquí?, —le dijo San Juan Bosco—. Pero ¿no habéis muerto?

—He muerto, pero vivo —replicó Margarita—.

—¿Y es feliz?

—Felicísima.

San Juan Bosco, después de algunas otras cosas, le preguntó si había ido al Paraíso inmediatamente después

de su muerte. Margarita respondió que no. Después quiso que le dijese si en el Paraíso estaban algunos jóvenes cuyos nombres le indicó, respondiendo Margarita afirmativamente.

—Y ahora dígame —continuó San Juan Bosco—, ¿qué es lo que goza en el Paraíso?

—Aunque te lo dijese no lo comprenderías.

—Déme al menos una prueba de su felicidad. Hágame siquiera saborear una gota de ella.

Entonces vio a su madre toda resplandeciente, adornada con una preciosa vestidura, con un aspecto de maravillosa majestad y seguida de un coro numeroso. Margarita comenzó a cantar. Su canto de amor de Dios, de una inefable dulzura, inundaba el corazón de dicha elevándolo suavemente a las alturas. Era una armonía expresada como por millares y millares de voces que hacían incontables modulaciones, desde las más graves y profundas, hasta las más altas y agudas, con una variedad de tonalidades y vibraciones, desde las más fuertes hasta las casi imperceptibles, combinadas con un arte y delicadeza tal que lograban formar un conjunto maravilloso.

San Juan Bosco, al percibir aquellas finísimas melodías, quedó tan embelesado que le pareció estar como fuera de sí, y ya no supo qué decir ni qué preguntar a su madre.

Cuando hubo terminado el canto, Margarita se volvió a su hijo diciéndole:

—Te espero en el Paraíso, porque nosotros dos hemos de estar siempre juntos.

Proferidas éstas palabras, desapareció.

LOS PANES

SUEÑO 22.—AÑO 1857.
(M. B. Tomo V, págs. 723-724)

He aquí —escribe *Don Lemoyne— lo que nos contaron en cierta ocasión Don Domingo Bongiovanni, [Beato] Miguel Rúa y* Mons. *Cagliero.*

«Un día [San] Juan Don Bosco dijo en público que nos había visto a todos nosotros comiendo, distribuidos en cuatro grupos distintos. Los jóvenes que integraban cada grupo tenían en la mano un pan de diferente calidad. Unos comían un panecillo reciente, fino, sabroso; otros, un pan ordinario; quienes un pan negro, de salvado, y, por último, los postreros un pan cubierto de moho y agusanado.

Los primeros eran los inocentes, los segundos los buenos; los del pan de salvado, los que se encontraban en desgracia de Dios, pero que no estaban habitualmente en pecado, y los del último círculo o grupo, los que, estancados en el mal, no hacían esfuerzo alguno para cambiar de vida».

«[San] Juan Don Bosco, después de *explicar la causa y los efectos de tales alimentos, aseguró que recordaba perfectamente qué clase de pan comía cada uno de nosotros, añadiendo que* si *íbamos a preguntarle nos diría particularmente la forma en que nos vio. Muchos, en efecto, se presentaron a él y el Santo les fue manifestando el lugar*

que ocupaba en el sueño, dando tales observaciones y detalles sobre el estado de las conciencias de los demandantes, que todos quedaron persuadidos de que lo que [San] Juan Don Bosco había visto no era una ilusión, ni mucho menos una suposición temeraria, sino la mas completa realidad.

Los secretos más ocultos, los pecados callados en la confesión, las intenciones menos rectas al obrar, las consecuencias de una conducta poco recatada; como las virtudes, el estado de gracia, la vocación, en suma, todo cuanto se refería a cada una de las almas de sus jóvenes, quedaba manifiesto y profetizado. Los jóvenes al escucharle quedaban como fuera de sí por el estupor, y *después de sus entrevistas con el Santo, exclamaban como la Samaritana:* Dixit mihi omnia quaecumque feci. *Estas afirmaciones ias hemos oído repetir mil* y *mil veces durante años* y *años».*

Los jóvenes manifestaban a veces a algún compañero de mayor confianza el aviso o confidencia que San Juan Bosco les hacía-, pero el Santo jamás descubría estos secretos a los demás.

El sueño anteriormente expuesto, que se repitió varias veces en formas diversas, mientras le ocasionaba alguna pena al hacerle ver algún espectáculo desagradable, le ofrecía también la seguridad de que un gran número de sus jóvenes vivía habitualmente en gracia de Dios.

LA MARMOTITA

SUEÑO 23.—AÑO DE 1859.

(M. B. Tomo VI, pág. 301)

Por este tiempo solía San Juan Bosco dirigir todas las tardes unas palabras a la Comunidad, en forma de conferencia.

Un viejo amigo de aquellos tiempos —escribe Don Lemoyne— nos contaba lo siguiente:
****

«Una de las primeras palabras que oí a [San] Juan Don Bosco en 1859, fue sobre la frecuencia de los Santos Sacramentos. Los jóvenes recién-llegados de sus casas no se habituaban a ello. San Juan Bosco entonces les contó un sueño. Le pareció hallarse cerca de la puerta del Oratorio observando a los jóvenes a medida que entraban en él.

Veía el estado de alma en que cada uno se hallaba delante de Dios.

Cuando, he aquí que penetró en el patio un hombre con una cajita metiéndose entre los muchachos. Llegada la hora señalada para las confesiones, saco de la caja un marmotita haciéndola bailar. Los jóvenes, en vez de entrar en la iglesia, formaron un corro a su alrededor, riendo y aplaudiendo sus dicharachos, mientras el tal se iba retirando cada vez más de la capilla.
****

San Juan Bosco describió en primer término, sin nombrar a nadie, el estado de la conciencia de algunos jóvenes; después puso de relieve los esfuerzos e insidias empleadas por el demonio para distraerlos y apartarlos de la confesión.

Hablando de aquel animalito, el siervo de Dios hizo reír mucho su auditorio, pero también le obligó a reflexionar seriamente sobre las cosas del alma. Tanto más que, después manifestaba privadamente a los que se lo

pedían, lo que ellos creían que nadie sabía. Y todo cuanto [San] Juan Bosco decía y manifestaba era cierto».

Este sueño indujo a la mayor parte de los jóvenes a confesarse con frecuencia, llegando a ser las comuniones muy nemorosas.

EL GIGANTE FATAL

SUEÑO 24.—AÑO DE 1859.

(M. B. Tomo VI, pág. 300)

En aquellos días —asegura Don Ruffino-—, refiriéndose a las postrimerías del año anteriormente citado, [San] Juan Don Bosco parecía más preocupado que de costumbre.
****

Santo dijo a algunos de los suyos que había tenido un sueño en el cual había visto a un hombre de elevada estatura, el cual, dando vueltas por las calles de Turín, tocaba con dos de sus dedos el rostro de algunos de los transeúntes. Los así señalados se tornaban negros y caían muertos al suelo.
****
¿Se *trataba quizás de una epidemia moral?*

DOCUMENTOS COMPROMETEDORES

SUEÑO 25.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI, págs. 546-547)

Habiendo escrito desde Lyón una carta a San Juan Bosco Mons. Fransoni, Arzobispo de Turín, dicha carta no llegó a su destino.

Poco tiempo después, le fue entregada al Santo una nota del mismo Arzobispo por mediación de un amigo, en la cual el prelado se lamentaba de que [San] Juan Don Bosco no le hubiese contestado, añadiendo que ya nada necesitaba sobre el favor solicitado, pues se había dirigido a otras personas para hacer llegar a su destino ciertas instrucciones.

Sólo algunos años después pudo conocer San Juan Bosco esta nueva prueba de confianza que le había dado su prelado.

Pero ¿cómo se había perdido aquella carta? La habían reconocido en el Correo, abriéndola y secuestrándola por orden ministerial.

San Juan Bosco, como no tenía idea de semejante carta, estaba tranquilo cuando tres días antes del registro dictado contra él, en la noche del miércoles al jueves, tuvo un sueño, que le fue de mucho provecho. He aquí cómo lo contó él mismo:

****

«Me pareció ver entrar en mi habitación una cuadrilla de salteadores que se adueñaron de mi persona y después de revisar todas mis cartas y papeles, registraron todos los armarios y revolvieron todos los escritos.

Entonces, uno de ellos, con aire bondadoso me dijo: —¿Por qué no quitó de en medio tal y tal escrito? ¿Le gustaría que se encontraran aquellas cartas del Arzobispo, que nos podrían proporcionar serios disgustos a usted y a él? ¿Y aquellas otras de Roma que ya casi olvidadas están aquí —e indicaba el sitio— y aquellas otras que están allá? Si las hubiera hecho desaparecer se habría librado de muchas molestias».

****

«Al hacerse de día —continuaba San Juan Bosco— como en plan de broma conté este sueño, que considero como un engendro de mi fantasía. Mas a pesar de ello, puse en orden algunas cosas y quité de en medio algunos escritos, cuya lectura me podía perjudicar.

Tales escritos eran algunas cartas confidenciales, que en realidad nada tenían que ver con la política ni con el gobierno. Pero los enemigos de la Iglesia podían considerar como delito toda instrucción recibida del Papa o del Arzobispo sobre el modo de conducirse de los sacerdotes en ciertas dudas de conciencia.

Por tanto, cuando comenzaron los registros yo había trasladado ya a otra parte todo cuanto hubiera podido dar el menor matiz de relaciones políticas a nuestros asuntos».

Esta es la causa de la desaparición de ciertas cartas autógrafas de los primeros tiempos del Oratorio —continúa Don Lemoyne—. Para este traslado de papeles [San] Juan Don Bosco hubo de servirse de los jóvenes de su mayor confianza, los cuales, en su precipitación, no habiendo entendido bien las órdenes recibidas, quemaron parte de los escritos, parte los escondieron y otros ios entregaron a personas de confianza de Turín. Por eso, la mayor parte de los preciosos documentos que se refieren a las relaciones con la Sede Apostólica; algunas Cartas de Beato Pío Pp. IX; las copias de ias cartas de San Juan Bosco a Papa Beato Pio IX; la correspondencia del 1851 con ei Arzobispo de Turín; las relaciones epistolares con algunos hombres de Estado, especialmente con los ministros; las Memorias y apuntes sobre los sueños, que San Juan Bosco solía escribir y conservar para su consuelo; la narración de gracias concedidas por la Virgen, de hechos milagrosos y de

acciones extraordinarias de los jóvenes, como también datos de pura curiosidad se perdieron para siempre.

No hubo tiempo para hacer una juiciosa selección antes del traslado.

Varios de estos documentos más antiguos los conservaba consigo José Buzzetti y, sin pensar en nada más, los destruyó preocupado únicamente de la seguridad personal de [San] Juan Don Bosco.

Se llegó incluso a olvidar el lugar donde fueron escondidos muchos de estos papeles, y años después fueron encontrados bajo una viga de la Iglesia de San Francisco de Sales.

No debe maravillarnos este lamentable despilfarro, pues los hechos nos demuestran que tal celeridad en el obrar fue cosa obligada; y lo que más llamó la atención de [San] juan Don Bosco, fue que los allanadores buscaron y hurgaron especialmente, en aquellos sitios en los que antes habían estado dichas cartas; esto es, en los lugares indicados en el sueño.

LAS CATORCE MESAS

SUEÑO 26.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI, págs. 708-709)

El 5 de agosto de 1860 se celebró en el Oratorio con toda solemnidad la festividad de Nuestra Señora de las Nieves.

San Juan Bosco cerró ia jornada narrando después de

ias oraciones de la noche, el siguiente sueño:
****

«Se encontraban todos mis jóvenes en un lugar tan ameno como el más hermoso de los jardines, sentados ante unas mesas que ascendiendo desde la tierra en forma de gradas, se elevaban tanto que casi no se divisaban las últimas. Dichas mesas, largas y espaciosas, eran catorce, dispuestas en un amplio anfiteatro y divididas en tres órdenes, sostenido cada uno por una especie de muro en forma de terraplén.

En !a parte baja, alrededor de una mesa colocada en el suelo desnudo y desprovista de todo adorno y sin vajilla alguna, vi a cierto número de jóvenes. Estaban tristes; comían de mala gana y tenían delante de sí un pan semejante al de munición que le dan a los soldados, pero tan rancio y lleno de moho que daba asco. Este pan estaba en el centro de la mesa mezclado con suciedades e inmundicias. Aquellos pobrecitos estaban como los animales inmundos en las pocilgas. Yo les quise decir que arrojasen lejos aquel pan, pero me hube de contentar con preguntar por qué tenían ante sí tan nauseabundo alimento.

Me respondieron:

—Hemos de comer el pan que nosotros mismos nos hemos preparado, pues no tenemos otro.

Aquello representaba a los que están en pecado mortal.

Dicen los Proverbios en el Capítulo I: "Odiaron la disciplina y no abrazaron el temor de Dios y no prestaron atención a mis consejos, y se mofaron de todas mis

correcciones. Comerán, por tanto, el fruto de sus obras y se saciarán de sus pensamientos".

Más a medida que las mesas subían, los jóvenes se mostraban más alegres y comían un pan de mejor calidad. Eran los comensales hermosísimos; dotados de una belleza cada vez más esplendorosa. Las riquísimas mesas a las cuales estaban sentados, estaban cubiertas de manteles raramente trabajados, sobre los cuales brillaban candeleros, ánforas, tazas, floreros de un valor indescriptible, platos con viandas exquisitas, objetos de un precio inestimable. El número de estos jóvenes era crecidísimo.

Representaba aquello a los pecadores convertidos.

Finalmente, las últimas mesas colocadas en lo más alto, tenían un pan que no sabría describir. Parecía amarillo... rojo... y el mismo color del pan era el de los vestidos y el de la cara de los jóvenes que resplandecía circundada de una luz suavísima. Estos gozaban de una alegría extraordinaria y cada uno procuraba hacer partícipe de su gozo al compañero. Por su belleza, luminosidad y esplendor superaban en mucho a cuantos ocupaban puestos inferiores.

Esto representaba el estado de inocencia.

De los inocentes y de los convertidos afirma el Espíritu Santo en el Capítulo I de los Proverbios: "El que me escucha gozará de un sereno reposo, vivirá en la abundancia, libre del temor de los malos".

Pero lo más sorprendente es que reconocí a todos aquellos jóvenes, desde el primero al último, de forma que

al ver ahora a cada uno de ellos me parece contemplarlo allá sentado en su sitio de la mesa que le correspondía. Mientras no podía ocultar mi maravilla ante tal espectáculo, imposible de comprender, vi a un hombre allá a lo lejos.

Corrí a hacerle algunas preguntas, pero tropecé con algo y me desperté, encontrándome en el lecho.
****

Vosotros me habéis pedido que les contara el sueño y *yo os he complacido, pero al mismo tiempo les recomiendo que no le hagan más caso que el que los sueños se merecen.*

Al día siguiente, San Juan Bosco indicó a cada uno el lugar que ocupaba en las mesas. Al hacerlo comenzaron a contar desde la más alta hasta llegar a la más baja.

Se le preguntó si uno podía subir de una mesa inferior a otra superior. Respondió que sí, menos a aquella que estaba por encima de todas, pues los que *descendían de ella no podían volver a ocupar más aquel lugar de privilegio. Era el puesto reservado a los que conservaban la inocencia bautismal. El número de los éstos era tan exiguo como grande el de los segundos y terceros.*

Don Domingo Ruffino y Don Juan Turchi que estaban presentes y que oyeron el relato del sueño, nos legaron testimonio *del mismo y los nombres de algunos de los que estaban sentados en la primera mesa.*

Más que agradecidos, consignaremos algunos datos sobre los dos afortunados testigos y *coetáneos de San Juan Bosco, que nos legaron el texto del sueño que acabamos de relatar.*

Don Domingo Ruffino era natural de Giaveno y fue uno de los primeros profesos de la Sociedad de San Francisco de Sales, el 14 de mayo de 1862.

Según datos que nos ofrecen las Memorias Biográficas, Don Juan Turchi fue ordenado de sacerdote en 1861, cantando su primera Misa el 26 de mayo del mismo año.

SOBRE EL ESTADO DE LAS CONCIENCIAS

SUEÑO 27.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI. pág?. 817-822)

Durante las noches correspondientes a las fechas comprendidas entre el 28 y el 30 de diciembre de 1860, San Juan Bosco tuvo tres sueños, como él los llama y que nosotros, por cuanto hemos visto, oído y comprobado, podemos calificar con toda seguridad, de auténticas visiones celestiales.

Se trata de un mismo sueño tres veces repetido, aunque acompañado de circunstancias diversas.

He *aquí el resumen del mismo, tal como salió de labios del Santo en la noche postrera del año 1860, al relatarlo a todos los jóvenes reunidos para escuchar sus buenas noches.*
****

Me pareció estar durante tres noches en un campo, en Rivalta, en compañía de [San] José Don Cafasso, de Silvio Pellico y del Conde Cays.

La primera noche la pasamos discurriendo sobre ciertos puntos de religión relacionados con los tiempos

actuales. La segunda la dedicamos a conferencias morales en las que proponíamos y resolvíamos diversos casos de conciencia, referentes principalmente a la dirección de la juventud.

Al comprobar que durante dos noches consecutivas había tenido el mismo sueño, determiné contarlo a mis queridos hijos si por acaso volvía a soñar lo mismo por tercera vez.

Y he aquí que en la noche del 30 al 31 de diciembre, me pareció estar nuevamente en el mismo lugar y en compañía de los mismos personajes.

Dejando aparte otra preocupación, me vino a la mente el pensamiento de que el día siguiente, último del año, tenía que dar el aguinaldo, o sea, los recuerdos a mis queridos hijos. Por eso, dirigiéndome a [San] José Don Cafasso, le dije-.

—Vos que sois mi gran amigo, déme el aguinaldo para mis hijos.

El me replicó:

—¡Oh!, despacio. Si quieres que te dé el aguinaldo para tus jóvenes, ve primero y diles que preparen y ajusten bien sus cuentas.

Nos encontrábamos a la sazón en una gran sala, en medio de la cual había una mesa. [San] José Don Cafasso, Silvio Pellico y el Conde Cays fueron a sentarse junto a ella. Yo, para obedecer al primero, salí de la habitación y fui a llamar a mis muchachos, que estaban fuera, haciendo cada uno una suma en un papel que tenían en la mano.

Los jóvenes comenzaron a entrar en la sala uno por uno, llevando consigo sus papeles en los que se veían muchas cantidades para sumar; y presentándose a los mencionados personajes, les enseñaban sus cuentas. Aquellos señores comprobaban el resultado, y si la suma era exacta y los números estaban claros, se los devolvían a cada uno. Pero si las cifras estaban emborronadas ni se dignaban mirarlas.

Los primeros representaban a aquellos que tienen sus cuentas ajustadas; los segundos, los de conciencia embrollada. Estos últimos eran bastante numerosos. Los que salían con sus cuentas aprobadas marchaban contentos de la sala y se dirigían al patio a jugar; los otros, en cambio, se iban tristes y angustiados.

Una gran multitud de jóvenes esperaba a la puerta de aquel salón con el papel en la mano a que le llegase el turno.

Largo tiempo duró esta tarea, hasta que finalmente no se presentó nadie.

Parecía que habían desfilado por allí todos los jóvenes, cuando [San] Juan Don Bosco, al ver a algunos que estaban esperando y no se presentaban preguntó a [San] José Don Cafasso:

—¿Y éstos qué hacen?

—Estos, replicó [San] José Don Cafasso, no tienen ningún número escrito en el papel, por tanto no pueden hacer ninguna suma; pues aquí se trata de saber el total de lo que se posee, de lo que se ha hecho, por eso estos

jóvenes deben ir primero a llenar el papel de números y que vengan después, que entonces podrán hacer la adición.

De esta manera terminó aquella gran revisión de cuentas.

Entonces salí de la sala con los tres personajes, dirigiéndonos al patio, donde vi un gran número de jóvenes: eran aquellos cuyos papeles estaban llenos de cifras colocadas en orden. Se entretenían en correr, saltar y jugar en medio de una alegría extraordinaria. Eran tan felices como otros tantos príncipes. No se pueden imaginar la alegría que yo experimentaba al verlos tan gozosos.

Pero había un cierto número de jóvenes que no participaban de los juegos de los demás sino que se distraían contemplando a sus compañeros. Entre ellos, había unos que tenían una venda en los ojos, otros una densa niebla, otros una nube oscura alrededor de la cabeza. Algunos echaban humo por la cabeza, otros tenían el corazón lleno de tierra, otros vacío de las cosas de Dios. Yo los vi y los conocí perfectamente; de forma que podría nombrarlos uno a uno desde el primero al último.

Entretanto me di cuenta de que en el patio faltaban muchos de mis muchachos y me dije para mí después de haber reflexionado un poco: ¿Dónde están aquellos que tenían el papel completamente en blanco?

Mirando hacia una y otra parte, al fin fijé la vista en un rincón del patio y ¡oh, terrible espectáculo! Vi a uno de los jóvenes tendido en el suelo y pálido como la muerte. Otros estaban sentados sobre un escaño bajo y sucio, otros echados sobre un jergón de paja, otros tirados sobre el desnudo suelo, otros recostados sobre las mismas piedras.

Eran todos aquellos que no tenían sus cuentas ajustadas. Les aquejaba una grave enfermedad que les afectaba bien a los ojos, a la lengua, a los oídos; los órganos atacados aparecían roídos de gusanos. Había uno que tenía la lengua completamente podrida, otro con la boca llena de fango y otro de cuya garganta salía un hedor insoportable. Diversas eran las enfermedades de algunos infelices. Quién tenía el corazón carcomido, débil, corrompido; quién padecía una úlcera, quién otra; había uno en un completo estado de descomposición. Aquello parecía un verdadero hospital. En presencia de semejante espectáculo quedé completamente desconcertado, sin poder dar crédito a cuanto estaba viendo. Entonces exclamé:

—¡Oh! Pero ¿qué es esto?

Y acercándome a uno de aquellos desgraciados, le pregunté:

—Pero ¿no eres tú N. N.?

—Sí —me replicó— yo soy.

—¿Y cómo es que te encuentras en un tan deplorable estado?

—¿Qué quieres?, —me dijo—. Harina de mi costal. ¡Ya ves! Este es el fruto de mis desórdenes.

Me acerqué a otro y obtuve la misma respuesta. Tal espectáculo me producía en el corazón el efecto de una agudísima espina, cuyo dolor se me hizo más tolerable al contemplar lo que seguidamente les voy a contar.

Con el corazón lleno de dolor me dirigí a [San] José

Don Cafasso y le pregunté en tono de súplica:

—¿Qué remedio debo emplear para curar a estos mis pobres hijos?

—Usted sabe como yo lo que se debe hacer —me replicó [San] José Don Cafasso—. No necesita que se lo diga. Medite un poco. Ingeníese.

Después me hizo señal de que le siguiese y acercándose al palacio del cual habíamos salido, abrió una puerta. He aquí que entonces me encontré en un magnífico salón, adornado de oro, de plata y de toda suerte de filigranas; iluminado por millares de lámparas cada una de las cuales despedía una luz tal que mi vista no podía resistir su resplandor.

Tanto la anchura como la longitud de aquel local eran, considerables. En medio de aquel salón, verdaderamente regio, había una amplia mesa colmada de confituras de todas las especies.

Había almendras recubiertas de azúcar de un tamaño extraordinario; bizcochos descomunales, de manera que uno solo habría sido suficiente para saciar a un joven. Al ver esto intenté salir precipitadamente para llamar a mis jóvenes e invitarles a que viniesen a ver aquella mesa, y para que contemplasen el magnífico espectáculo que ofrecía aquel salón. Pero [San] José Don Cafasso me detuvo inmediatamente exclamando:

—¡Despacio! No todos pueden comer de estos bizcochos y de estas almendras. Llamad solamente a los que tienen sus cuentas en orden.

Así lo hice y en un instante la sala se vio llena de

muchachos.

Entonces me dispuse a partir y distribuir aquellos bizcochos y aquellas pastas y almendras artísticamente confeccionados. Pero [San] José Don Cafasso se opuso diciendo:

—¡Calma, calma! No todos los que están aquí son dignos de gustar estos confites; no todos pueden participar de ellos. Y me indicó quiénes eran los indignos.

Entre éstos nombró en primer lugar a los que estaban cubiertos de llagas, los cuales no se encontraban en la sala con los demás porque no tenían sus cuentas ajustadas. Después me indicó los que, a pesar de tener sus cuentas en orden, tenían una niebla delante de los ojos, o el corazón lleno de tierra o vacío de las cosas del cielo.

Yo le dije inmediatamente con aire de súplica:

—Dejad que dé un poco a estos últimos; también son hijos míos muy queridos, tanto más que hay mucha abundancia de confites y no hay peligro alguno de que lleguen a faltar.

—No, no —continuó diciendo—, sólo los que tienen la boca sana pueden gustarlos; los demás, no; no están en condiciones de saborear tales dulzuras; pues como tienen la boca enferma y llena de amargura, las cosas dulces les producirían repugnancia y, por tanto, no las pueden comer.

Me resigné a hacer lo que me decía y seguidamente comencé a distribuir los dulces sólo entre aquellos que me habían sido indicados. Una vez que hube repartido entre ellos bizcochos y almendrados en abundancia, comencé

nuevamente la distribución, dando a cada uno una buena cantidad. Os aseguro que sentía gran complacencia al ver a mis jóvenes comer con tanto gusto aquellas golosinas. En el rostro de cada uno se reflejaba una gran alegría; no parecían los muchachos del Oratorio; tan transfigurados estaban.

Los que permaneciendo en la sala se habían quedado sin dulces, estaban en un rincón de la misma, tristes y disgustados. Lleno de compasión hacia ellos, me dirigí nuevamente a [San] José Don Cafasso y le rogué con insistencia me permitiese distribuir también algunos dulces entre éstos, para que los pudiesen probar.

—No, no —replicó Don Cafasso—, éstos no pueden comerlos. Haced primero que sanen de sus dolencias y los podrán saborear también ellos.

Yo miraba a aquellos pobrecillos. También observaba a los muchos que habían quedado fuera llenos de melancolía y a los cuales no se les había dado nada. Los reconocí a todos y para mayor tormento mío me di cuenta de que algunos tenían el corazón carcomido.

Continué, pues, diciendo a [San] José Don Cafasso:

—Dígame, ¿qué remedio debo emplear; qué debo hacer para curar a estos mis hijitos?

Nuevamente me replicó:

—¡Reflexione, ingeníeselas; Vos sabéis lo que tenéis que hacer!

Entonces le pedí que me diese el aguinaldo prometido

para mis jóvenes.

—¡Bien —replicó—, se lo daré!

Y adoptando la actitud de una persona que se dispone a partir, dijo tres veces en tono cada vez más elevado:

—¡Estén atentos, estén atentos, estén atentos!

Y diciendo esto desapareció con sus compañeros y se desvaneció el sueño.

****

Sí en todo esto hay algo que pueda ser útil a nuestras almas —continuó [San] Juan Don Bosco—, aprovechémoslo. No me agradaría con todo, que alguno contara algo fuera de casa. Yo se los he referido a Vosotros porque son mis hijos, pero no quiero que Vosotros lo deis a conocer a los demás. Entretanto os puedo asegurar que os tengo todavía presente a cada uno de Vosotros tal como os vi en el sueño; sabría decir quién estaba enfermo, quién no; quién comía, quién no. Ahora no quiero ponerme a manifestar aquí en público el estado de cada uno, sino que lo diré en particular a quien así lo desee.

El aguinaldo que les doy en general a todos los del Oratorio, es el siguiente: Frecuente y sincera confesión; frecuente y devota Comunión.

Permítasenos —escribe Don Lemoyne— hacer tres reflexiones sobre este sueño.

La primera empleando palabras de Don Ruffino: "[San] Juan Don Bosco —dice— cuenta solamente el resumen de sus sueños, lo que se refiere e interesa a los jóvenes, si hubiese querido narrar el sueño completo en cada circunstancia, habría necesitado de un grueso volumen.

Todas las veces que se le preguntó prudentemente sobre alguno de sus sueños o visiones se obtuvieron numerosísimas ideas nuevas y nuevos detalles que duplicaban o triplicaban la materia. E incluso, cuando no era interrogado, en ciertas ocasiones dejaba escapar palabras que indicaban sus conocimientos sobre muchos acontecimientos futuros, de una manera confusa, sin saber dar más explicaciones sobre los mismos».

Estas palabras fueron escritas por Don Ruffino en fecha de 30 de enero de 1861 y de ellas se infiere que anteriormente [San] Juan Don Bosco había narrado otros muchos sueños, cuyos textos originales se perdieron, o, al menos, que los que hemos esbozado en los volúmenes precedentes, fueron por él desarrollados con mucha amplitud y abundancia de pensamientos y amonestaciones. Por lo demás, hemos de hacer nuestras estas afirmaciones, pues nosotros mismos, más de cien veces al escuchar estos relatos de labios de [San] Juan Don Bosco, llegamos a las mismas conclusiones.

La segunda sugerencia es de [Beato] Miguel Don Rúa y se refiere a la realidad de los conocimientos que [San] Juan Don Bosco adquiría durante tales sueños, sobre el estado de las conciencias de sus jóvenes.

«Tal vez alguno —escribe— podría suponer que [San] Juan Don Bosco, al poner de manifiesto la conducta de los jóvenes y otras cosas ocultas, pudiese servirse de revelaciones hechas por los mismos jóvenes o por los asistentes. Yo, en cambio, puedo asegurar con toda certeza que jamás, en los muchos años que viví a su lado, que ni yo, ni ninguno de mis compañeros pudimos darnos cuenta de tal cosa. Por otra parte, siendo nosotros entonces jóvenes y estando en medio de los jóvenes, al cabo de breve tiempo podríamos haber descubierto con mucha facilidad que el

[Santo] hacía uso de confidencias hechas por alguno de la casa, ya que los muchachos difícilmente saben guardar un secreto.

Era tan común entre nosotros la persuasión de que [San] Juan Don Bosco nos leía los pecados en la frente, que cuando alguno cometía una falta procuraba evitar el encuentro con él, hasta después de haberse confesado; y esto sucedía mucho más frecuentemente después de la narración de un sueño. Tal persuasión nacía en los alumnos del hecho que yéndose a confesar con él, aunque se tratase de jóvenes que le eran desconocidos, encontraba en ellos y ponía de manifiesto culpas en las que no habían reparado o que pretendían ocultar.

Finalmente haré observar que además del estado de las conciencias, [San] Juan Don Bosco anunciaba en los sueños cosas que era imposible conocer naturalmente con sólo los medios humanos; por ejemplo, la predicción de algunas muertes y otros hechos futuros. Por mi parte, a medida que avanzaba en edad, al considerar estos hechos y revelaciones de [san] Juan Don Bosco, tanto más me convencía de que estuvo dotado por el Señor del espíritu de profecía.

La tercera reflexión es la nuestra —dice Don Lemoyne— y es que de este sueño se deduce que [San] José Don Cafasso hacía el papel de juez de todo lo referente a la religión y a la moralidad; Silvio Pellico dictaminaba sobre la diligencia en el cumplimiento de los deberes escolásticos y profesionales, y el Conde Cays, sobre obediencia y disciplina.

En los dulces nos parece descubrir el alimento de aquellos que comienzan a andar por los caminos del Señor,

y en la pasta de almendras a los que están ya en vía de mayor perfección. De unos y de otros se podría decir con el Salmista: "Los alimentó con el mejor de los trigos y los sació con la miel que salía de la piedra".

El sueño que acabamos de ofrecer a los lectores está tomado de la Crónica de Don Ruffino y de las Memorias personales de Don Bonetti.

Causa verdadero estupor —continúa Don Lemoyne— el comprobar los efectos producidos en los alumnos de [San] Juan Don Bosco durante meses y meses, por el sueño que acabamos de transcribir».

Don Ruffino y Don Bonetti conservaron recuerdo de ello en sus respectivas Memorias, las cuales se complementan recíprocamente. Su lectura refleja lo que sucedió entonces en el Oratorio en el terreno espiritual; las luchas continuas mantenidas entre la virtud y el vicio, entre el espíritu de Dios y el espíritu de las tinieblas; el sucederse alterno en el campo de ias almas, de ias victorias y de ias derrotas, de las caídas y del resurgir de las mismas; de la labor de un sacerdote dotado de un celo ardiente y que sostenido por uña luz especial y por una energía divina, en medio de aquellas formidables y misteriosas batallas, infunde valor y fuerza a quienes luchan varonilmente, socorre a los vencidos y aleja al enemigo obstinado.

He aquí io que nos dice la Crónica de Bonetti en fecha de 1 de enero de 1861.

«[San] Juan Don Bosco no podía quitarse a los jóvenes de encima. El uno quería que le dijese si se encontraba entre los enfermos; el otro, si le había visto con el corazón lleno de tierra; un tercero, si sus cuentas estaban en regla o si se encontraba en el número de aquellos que comían ios

bizcochos y las pastas de almendra. El, cual padre amoroso, deseoso de complacer a todos, pasó casi todo el día atendiendo a los que, uno tras otro, fueron a preguntarle confidencialmente el estado de la propia alma. Y el [Santo] les indicaba el lugar que ocupaban en ei sueño dándoles un aguinaldo particular. El que dio al clérigo Juan Bonetti, fue el siguiente: **"Quaere animas, et dabis animan tuam Domino"** ***¡Cuánto bien produjera este sueño entre los jóvenes no se puede calcular! Baste saber que incluso aquellos que, hasta entonces, no habían cambiado de manera de pensar, ni se habían dejado influenciar por los buenos ejemplos de los compañeros, ni por los saludables avisos y consejos de los superiores, ni por varias tandas de ejercicios espirituales, al oír este sueño no pudieron resistir más, y todos fueron con empeño a hacer su confesión general con el mismo [San] Juan Don Bosco, el cual sentía su corazón inundado de alegría ai comprobar cómo el Señor favorecía de aquella manera a sus queridos hijos.***

En esta ocasión, llevado del deseo de que todos los jovencitos se aprovechasen de aquel favor del cielo, nos dijo tales cosas, que no nos quedó lugar a duda de que aquel sueño misterioso era uno de los que el Señor suele infundir de vez en cuando a ias almas elegidas».

Y continúa ia Crónica de Don Bonetti en ia fecha del 10 de enero.

«En el día de hoy un nuevo acontecimiento ha venido a afirmar a los jóvenes en su creencia de que con aquel sueño misterioso, el Señor quiso revelar a [San] Juan Don Bosco el estado de las conciencias de sus hijos.

He aquí una prueba contundente de ello: "Un joven había callado varias veces un pecado en la confesión. En

estos días de salud, atormentado por el pensamiento del estado lamentable de su alma, determinó hacer una confesión general, y para ello se presentó a Don Picco el cual, precisamente en aquellos días comenzaba a acudir al Oratorio para ayudar a [San] Juan Don Bosco en las confesiones de los jóvenes. Ei muchacho en cuestión hizo una confesión de toda su vida pasada, pero al llegar a aquel pecado que había callado ya varias veces, no se atrevió a confesarlo y lo calló nuevamente. Esta mañana, al bajar [San] Juan Don Bosco de su habitación para ir a la sacristía, se encontró en la escalera al pobre joven y le dijo:

—¿Cuándo vendrás a hacer tu confesión general?

—Ya la he hecho —le respondió—.

—¡No me digas!, —replicó [San] Juan Don Bosco—.

—Sí, *la hice anteayer con Don Picco.*

—No, no has hecho tu confesión general. Y si no dime: ¿Por qué has callado tal pecado?

Al oír estas palabras, el jovencito bajó la cabeza y se le llenaron ios ojos de lágrimas; después comenzó a llorar desconsoladamente y habiendo bajado a la sacristía hizo su confesión de la manera más consoladora».

El Clérigo Juan Cagliero, que había estado presente cuando [San] Juan Don Bosco relataba el sueño y era amigo de todos los alumnos, habló con este alumno, el cual, aunque de mala gana, le contó cuanto [San] Juan Don Bosco le había dicho.

El [Santo] jamás revelaba a nadie más que al

interesado cuanto sabía o conocía por medio de los sueños; pero de las mutuas confidencias que se hacían los jóvenes que habían sido objeto de su exquisita caridad, se ponía siempre en claro que Dios hablaba por su boca.

En la crónica de Don Ruffino correspondiente al 11 de enero se lee:

«Muchos jóvenes están preocupados; bastantes se preparan para hacer una confesión general. Muchísimos desean hablar con [San] Juan Don Bosco, el cual comunica a cada uno de ellos cosas importantísimas relacionadas con lo más íntimo de sus conciencias. A algunos, yo mismo los he visto llorar, como si se les hubiese comunicado una gran desgracia. Otros están contentos porque han podido oír una palabra de seguridad sobre su estado.

Un clérigo, al cual conozco muy bien, le pidió le dijese algo sobre el estado de conciencia en que se encontraba y [San] Juan Don Bosco se lo expuso así:

—No te desanimes, procura apartar tu corazón de las cosas del mundo. Abre bien los ojos *para alejar las tinieblas de tu mente y para conocer la verdadera piedad que se opone a la propia gloria. Procura con la medicina de la Confesión remover todo obstáculo que pudiera hacerlo enfermar. Reaviva tu fe, la cual te hará conocer y amar la vida de piedad. Aquí tienes descrito tu estado.*

En el Oratorio se siente un gran bienestar. [San] Juan Don Bosco dijo en medio de un gran corro de muchachos en tiempo de recreo:

—Hay jóvenes en la casa que aventajan en piedad a [Santo] Domingo Savio. Uno especialmente, poco conocido,

me supo decir después de la Misa, los pensamientos y distracciones que yo tuve durante la misma».

Las crónicas de Bonetti y Ruffino, en fecha 13 de enero continúan:

Un buen número de artesanos, especialmente los encuadernadores, han ido a hacer su confesión general, sin que nadie les incite a ello.

Un alumno, habiéndose encontrado con [San] Juan Don Bosco en el patio, le preguntó:

—Dígame, ¿cómo es que habiéndose confesado casi todos el día de Navidad vio usted a tantos en el sueño en tan deplorable estado?

—Me has preguntado una cosa —replicó el [Santo]— que no te puedo aclarar; yo lo sé, pero, aunque no estoy obligado a secreto, en público no la diré nunca; hay con todo muchas otras que no puedo decirlas ni en privado.

Ese mismo día dijo [San] Juan Don Bosco después de las oraciones:

—Al punto a que han llegado las cosas, me veo obligado a hablar y a descorrer el velo de este sueño. Les dije que io tuve durante tres noches consecutivas. La primera vez en la noche del 28 de diciembre, repitiéndose en las fechas del 29 y del 30. En la primera noche se trataron puntos y cuestiones de teología referentes al tiempo presente, o sea, cosas de actualidad y les aseguro que recibí muchas ilustraciones del cielo.

La segunda noche hablamos sobre diversos temas de

moral, también relacionados con casos de conciencia referentes a jóvenes del Oratorio.

La tercera noche se trataron casos prácticos, por los cuales conocí el estado moral de cada joven en particular.

El primer día no quise hacer caso del sueño porque el Señor nos lo prohíbe en la Sagrada Escritura. Pero en estos días pasados, después de haber hecho algunas experiencias, tras haber hablado con varios jóvenes en particular y de haberles expuesto las cosas tal y como las vi, y de que ellos me asegurasen que todo era como yo les decía, ya no pude seguir dudando, llegando a la convicción de que se trataba de una gracia extraordinaria que el Señor concede a todos los hijos del Oratorio.

Por eso me encuentro en la obligación de decirles que el Señor los llama y les hace sentir su voz y ¡ay de aquellos que cierren sus oídos a sus reclamos!

[San] José Don Cafasso, pues, hizo entrar a todos en una sala y a todos proporcionó un pliego. Algunos tenían sus cuentas ajustadas por completo. Otros nada más que los números, pero les faltaba por hacer la suma.

—¿Y todos aceptaron el pliego que se les ofrecía?, —preguntó el mismo [San] Juan Don Bosco—. No —se respondió a sí mismo— porque muchos se habían quedado fuera, recostados en las yacijas de paja, otros sentados en los escaños; otros tendidos por el suelo o echados sobre el fango: algunos estaban tan cubiertos de heridas y de llagas que causaban repugnancia.

Los que recibieron el papel de manos de [San] José Don Cafasso con las cuentas aprobadas, salieron a hacer

recreo, pero no todos jugaban, pues muchos de ellos tenían los ojos rodeados de una niebla que les impedía ver claro; otros los tenían vendados, no faltando quienes mostraban el corazón carcomido.

Los que tenían sus cuentas ajustadas representan a los de conciencia recta.

Los que tenían el papel con los números escritos, pero sin la suma hecha, con los que tienen la conciencia en regla, pero les falta la adición de la última confesión.

Los que tenían los ojos circundados de niebla o vendados, son los que se dejan dominar por el espíritu de soberbia y por el amor propio. Los que estaban tirados por los suelos podría nombrarlos uno a uno y decirles por qué se encontraban sobre las yacijas de paja, sentados en los escaños o en el mismo suelo. Vi también el interior de los corazones. Muchos los tenían llenos de cosas bellas: de rosas, de azucenas, de fragantísimas violetas. Estas flores simbolizan ias distintas virtudes. ¡Otros en cambio!... El corazón carcomido representa a ios que alimentan odios, rencores, envidias, antipatías, etc., etc.

Algunos tenían el corazón lleno de víboras, símbolo de los pecados mortales; otros lleno de tierra, representación del apego a las cosas del mundo y a los placeres sensuales. Bastantes eran también los de corazón vacío, o sea los que a pesar de estar en gracia de Dios y alejados de ias cosas del mundo y de ios placeres sensuales, al mismo tiempo no procuran llenar ei corazón con la piedad y con el santo temor de Dios. Estos tales viven a la buena y si no caen en el primer lazo que les tiende el demonio no tardarán mucho en malearse.

Por tanto, todos aquellos que no tienen aún en orden las cosas de su alma, iah!, que no aguarden más tiempo a ajustarías. Que vengan a mí y me prometan responder sinceramente a cuanto les pregunte y si no se sienten con ánimo para hablar, hablaré yo por ellos. Por fortuna me encuentro en condiciones de poder decir a cada uno su pasado, su presente y algo del futuro.

Les estoy diciendo cosas que no debiera decir. iAh, queridos jóvenes! Hay un pensamiento que me llena de horror. Les aseguro que jamás habría creído que hubiese en nuestra casa un tan crecido número de jóvenes con ias conciencias tan desordenadas, tan desarregladas. iJamás lo hubiera creído!

¡Cuántos con el cuerpo cubierto de llagas y tendidos por los suelos! Créanme que pasé noches y días terribles.

Una palabra de pláceme a aquellos que han pensado ya en arreglar su conciencia; pero, aun hay muchos que no se han determinado a hacerlo.

Al decir esto, se notaba en su voz la emoción que le embargaba y gruesas lágrimas rodaban de sus ojos. No pocos de los jóvenes lloraban también. Las palabras del [Santo] consiguieron el efecto deseado.

En su crónica del 15 de enero, Don Ruffino dejó consignado:

«Los artesanos continúan haciendo su confesión general.

Hoy, algunos hicieron a [San] Juan Don Bosco la siguiente pregunta:

—¿Cómo es que habiendo tenido este sueño en vísperas de la fiesta de Navidad, tardó tanto en contarlo en público?

—Repetiré lo que les dije en otra ocasión —replicó [San] Juan Don Bosco—.

Después de tener este sueño, no quise por una parte dar importancia a cuanto en él había visto, pero por otra me parecía que la tenía, por eso hube de reflexionar durante algunos días sobre la conducta que debía seguir. Después llamé a un joven de los que había visto en el mismo horriblemente cubierto de llagas y le dije:

—Tú te encuentras en tal estado de conciencia. Lo deducía del estado en que lo había visto.

—El tal me respondió que, efectivamente, era así como yo decía. Llamé a otro y me dio la misma respuesta; coincidiendo su contestación con lo que yo había observado. Vi que también se cumplía en un tercero cuanto yo había visto. Entonces no me cupo ya la menor duda. En aquel sueño se me había manifestado el estado de las conciencias de todos los jóvenes; el estado presente y hasta ei futuro de muchos de ellos.

[San] Juan Don Bosco aseguró también a algunos de sus íntimos:

—Adquirí mayores conocimientos teológicos en aquellas tres noches, que durante todo el tiempo de estudio en el Seminario».

Don Ruffino prosigue en su crónica correspondiente al

16 de enero:

«Hablando [san] Juan Don Bosco con algunos después de la comida, les decía:

—Cuando se trata de la ofensa de Dios, no hay que tener nada en consideración con tal de que se llegue a impedirla.

[Beato] Miguel Don Rúa entonces le preguntó:

—¿Lo que nos ha contado es sueño o realidad?

—Ni yo mismo lo sabría precisar —replicó el Santo— . Lo cierto es que cuando hubo terminado, me encontraba sentado en la cama y por cierto que sentía mucho frío.

Y al decir esto, sonreía.

Que cuanto [San] Juan Don Bosco contaba no eran simples sueños, lo demuestran los efectos de sus relatos.

Cuando Francisco Dalmazzo llegó al Oratorio, Don Bosco le preguntó:

¿Qué quieres ser cuando hayas terminado aquí tus estudios?

—Farmacéutico o algo parecido —respondió el jovencito—

—¿No te agradaría ser sacerdote?

—No, no.

—Con todo, quiero hacerte sacerdote.

Dalmazzo miró a [San] Juan Don Bosco sonriendo y replicó:

—¡Oh! No lo conseguirá.

Han pasado ya tres largos meses del curso y Dalmazzo es uno de los más aficionados a [San] Juan Don Bosco, al que dice ya reiteradamente:

—Si a Vos le place, me haré sacerdote».

Continúa la crónica de Don Ruffino en fecha del 26 de enero:

«Parece ser que [San] Juan Don Bosco vio en sueños a otros jóvenes que ahora no están en el Oratorio.

Como le rodeasen algunos de sus confidentes, recordando el [Santo] a ciertos jóvenes que habían estado en el Oratorio y que al presente llevaban mala vida, exclamó:

—¡Oh, si les pudiese hablar! Yo creo que al ver sus faltas puestas al descubierto se enmendarían. Por ejemplo, a Ard... jamás lo he conocido y, sin embargo, le podría decir el estado de su conciencia.

Dicho esto, guardó silencio y después de permanecer algún tiempo pensativo, continuó:

—Sí por la noche pudiese ver como por la mañana, confesaría a un triple número de jóvenes. Por la mañana, mientras confieso a uno, tengo a muchos delante de mi aguardando turno. A todos los tengo confesados, aunque no

me hayan hablado.

A este conocimiento sobre el estado de las conciencias, se añadía la bondad con que acogía a los penitentes.

En cierta ocasión fue a confesarse con él cierto joven. Una vez terminada la confesión, el penitente le dijo: \
—Tendría todavía una cosa que decirle.

—¿Qué? ¡Habla!

—Desearía que me permitiera besarle los pies.

—No hace falta. Bésame solamente la mano según se acostumbra al sacerdote.

El joven comenzó a llorar copiosamente añadiendo:

—¡Feliz de mi si en el pasado hubiese abierto los ojos como al presente! Vos me habeis hecho ver claro esta noche.

Y se marchó sollozando. Cuando se serenó volvió para tratar con [San] Juan Don Bosco sobre las cosas de su alma».

MORTAL AMENAZA

SUEÑO 28.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo VI, pág. 828)

Las crónicas de Ruffino y de Bonetti, en la fecha correspondiente al 12 de enero de 1860, dicen: «Esta

mañana [San] Juan Don Bosco llamó a un joven a su habitación y le dijo:
****

Esta noche pasada vi a la Muerte que te amenazaba. Cuando estuvo a tu lado la observé en actitud de descargar un golpe terrible sobre ti con su tremenda guadaña. Al ver esto, corrí inmediatamente a detener su brazo; pero ella, dirigiéndose a mí, me dijo:

—Déjame. Este no es digno de vivir. ¿Por qué se ha de tolerar que siga en el mundo quien no corresponde a tus cuidados y abusa de tal forma de las gracias del Señor?

Mas yo insistí para que te perdonara y al fin te dejó».
****

Aquel pobrecito, al oír el relato de este sueño, quedó tan preocupado y conmovido que, entre lágrimas y sollozos, hizo su confesión y formuló numerosos propósitos.

[San] Juan Don Bosco contó aquella misma noche el sueño y todo io sucedido a la Comunidad, sin decir que había sido él quien había tenido el sueño ni indicar la relación del mismo con un alumno del Oratorio.

Todo habría quedado en secreto si el joven C, apenas hubo bajado de la habitación de [San] Juan Don Bosco no se hubiese acercado al clérigo Bonetti para comunicarle, en el seno de la confianza, cuanto el buen padre le había dicho; añadiendo, entre otras cosas, que había sido el mismo [San] Juan Don Bosco quien había tenido aquel sueño y que él era el joven a quien el siervo de Dios había llamado aquella mañana.

El muchacho terminó asegurando con la mayor candidez que desde que hiciera la primera comunión no se había confesado bien, pero que, afortunadamente, al

presente sus cuentas con Dios estaban completamente arregladas.

UN PASEO AL PARAÍSO

SUEÑO 29.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 864-878)

Vamos a proceder a la narración de otro hermoso sueño — escribe Don Lemoyne— que tuvo [San] Juan Don Bosco durante las fechas del 3, 4 y 5 de abril del año 1861.

«Varias circunstancias que en él se admiran —comenta Don Bonetti— convencerán plenamente al lector de que se trata de uno de esos sueños que el Señor se complace en infundir de vez en cuando a sus fieles siervos.

Tanto Don Bonetti como Don Ruffino lo describen minuciosamente tal y como nosotros lo exponemos seguidamente:

En la noche del 7 de abril de 1861, después de las oraciones [San] Juan Don Bosco subió a la tribuna desde donde solía hablar, para decir una buena palabra a los jovencitos y comenzó así:

—Tengo algo muy curioso que contarles. Se trata de un sueño. Un sueño no es una cosa real. Se los digo para que no le den mayor importancia de la que merece. Antes de comenzar mi narración debo hacerles algunas observaciones. Yo se los cuento todo, de la misma manera que me agrada me digan todas sus cosas. Sepan que no tengo secretos para Vosotros, pero lo que se dice aquí debe quedar entre nosotros. No me atrevería a asegurar que se haga reo de pecado quien lo cuente a personas extrañas,

pero es mejor que estas cosas no pasen del dintel del Oratorio. Coméntenlo entre Vosotros, rían, bromeen sobre cuanto les voy a decir, cuanto les plazca, pero sólo con aquellas personas que sean de su confianza y que crean pueden sacar de ello algún provecho, si las consideran convenientemente capacitadas para ello.

El sueño consta de tres partes; lo tuve durante tres noches consecutivas; por eso, hoy les contaré una parte y las otras dos en las noches siguientes. Lo que más admiración me produjo fue que reanudé el sueño la segunda y tercera noche en el punto preciso en que había quedado la noche precedente al despertarme.

PRIMERA PARTE

Los sueños se tienen durmiendo, por tanto, yo dormía al comenzar soñar.

Algunos días antes había estado fuera de Turín, pasando muy cerca de las colinas de Moncalieri. El espectáculo de aquellas colinas que comenzaban a cubrirse de verdor, me quedó impreso en la mente, y, por tanto, bien pudo ser que las noches siguientes, al dormir, la idea de aquel hermoso espectáculo viniese de nuevo a impresionar mi fantasía y ésta avivase en mí el deseo de dar un paseo.

****

Lo cierto es que, en sueños, contemplé una amplia y dilatada llanura: ante mis ojos se levantaba una alta y extensa colina. Estábamos todos parados cuando, de pronto, hice a mis jóvenes la siguiente propuesta:

—¿Vamos a dar un buen paseo?

—Pero ¿adonde?

Nos miramos los unos a los otros; reflexionamos unos instantes y después, no sé por qué causa extraña alguno comenzó a decir:

—¿Vamos al Paraíso?

—Sí, sí; vamos a dar un paseo al Paraíso —replicaron los demás—.

—¡Bien, bien! ¡Vamos!,—exclamaron todos a una—.

Partiendo de la llanura, después de caminar un poco nos encontramos al pie de la colina. Al comenzar a subir por un sendero ¡qué admirable espectáculo! Sobre toda la extensión que podíamos abarcar con la vista, la dilatada ladera de aquella colina estaba cubierta de bellísimas plantas de todas las especies: frágiles y bajas, fuertes y robustas, con todo, estas últimas no eran más gruesas que un brazo. Había perales, manzanos, cerezos, ciruelos, vides de variadísimos aspectos, etcétera, etcétera. Lo más singular era que en cada una de las plantas se veían flores que comenzaban a brotar y otras plenamente formadas y dotadas de bellísimos colores; frutos pequeños y verdes y otros gruesos y maduros; de forma que en aquellas plantas había cuanto de hermoso producen la primavera, el verano y el otoño. La abundancia de frutos era tal, que parecía que las ramas no podrían resistir el peso.

Los jóvenes se acercaban a mí llenos de curiosidad y me preguntaban la explicación de aquel fenómeno, pues no sabían darse razón de semejante milagro. Recuerdo que para satisfacerles un poco les di la siguiente respuesta:

—Tengan presente que el Paraíso no es como nuestra tierra, donde cambian las temperaturas y las estaciones. Han de saber que aquí no hay cambio alguno; la temperatura es siempre igual, suavísima, adaptada a las exigencias de cada planta. Por eso cada una de éstas recoge en sí cuanto de hermoso y de bueno hay en cada estación del año.

Quedamos, pues, completamente extáticos contemplando aquel jardín encantador. Soplaba una suave brisa; en la atmósfera reinaba la más completa calma, se percibía un sosiego, un ambiente de suavísimos perfumes que penetraba por todos nuestros sentidos haciéndonos comprender que estábamos gustando las delicias de todas aquellas frutas. Los jóvenes tomaban de aquí una pera, de allá una manzana, de acullá una ciruela o un racimo de uvas, mientras que, al mismo tiempo, seguíamos subiendo todos juntos la colina.

Cuando llegamos a la cumbre creímos estar en el Paraíso; en cambio, estábamos bien distante de él... Desde aquella elevación, y del lado allá de una gran llanura o explanada que estaba en el centro de una extensa altiplanicie, se divisaba una montaña tan alta que su cúspide tocaba a las nubes. Por ella subía trepando trabajosamente, pero con gran celeridad, una gran multitud de gentes y en lo más elevado estaba Quien invitaba a los que subían a que continuasen sin desmayo la ascensión.

Veíamos a otros descender desde la cumbre a lo más bajo para ayudar a los que estaban ya muy cansados, por haber escalado un paraje difícil y escarpado. Los que, finalmente, llegaban a la meta eran recibidos con gran júbilo, con extraordinario regocijo.

Todos nos dimos cuenta de que el Paraíso estaba allá y, encaminándonos hacia la altiplanicie, proseguimos después en dirección a la montaña para intentar la subida. Ya habíamos recorrido un buen trozo de camino, cuando numerosos jóvenes, emprendiendo una veloz carrera, para llegar antes, se adelantaron en mucho a la multitud de sus compañeros.

Mas, antes de llegar a la falda de aquella montaña, vimos en la altiplanicie un lago lleno de sangre, de una extensión como desde el Oratorio a Plaza Castillo. Alrededor de este lago, en sus orilla, había manos, pies y brazos cortados; piernas, cráneos y miembros descuartizados. ¡Qué horrible espectáculo! Parecía que en aquel paraje se hubiese reñido una cruenta batalla.

Los jóvenes que se habían adelantado corriendo y que habían sido los primeros en llegar, estaban horrorizados. Yo, que me encontraba aún muy lejos y que de nada me había dado cuenta, al observar sus gestos de estupor y que se habían detenido con una gran melancolía reflejada en sus rostros, les grité:

—¡Por qué esa tristeza? ¿Qué les sucede? ¡Sigan adelante!

—¿Sí? ¿Qué sigamos adelante? Venga, venga a ver —me respondieron—.

Apresuré el paso y pude contemplar aquel espectáculo.

Todos los demás jóvenes que acababan de llegar y que poco antes estaban tan alegres, quedaron silenciosos y llenos de melancolía.

Yo, entretanto, erguido sobre la playa del lago misterioso, observaba a mi alrededor. No era posible seguir adelante. De frente, en la orilla opuesta, se veía escrito en grandes caracteres: "PER SANGUINEM".

Los jóvenes se preguntaban unos a otros:

—¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir todo esto?

Entonces pregunté a uno, que ahora no recuerdo quién era, el cual me dijo:

—Aquí está la sangre vertida por tantos y tantos que alcanzaron ya la cumbre de la montaña y que ahora están en el Paraíso. ¡Esta es la sangre de los mártires! ¡Aquí está la sangre de Jesucristo, con la que fueron rociados los cuerpos de aquellos que dieron testimonio de la fe! Nadie puede ir al Paraíso sin pasar por este lago y sin ser rociado con esta sangre. Esta sangre defensora de la Santa Montaña representa a la Iglesia Católica. Todo aquel que intente asaltarla morirá víctima de su locura. Todas estas manos y todos estos pies truncados, estas calaveras deshechas, los miembros cortados en pedazos que veis diseminados por las orillas, son los restos miserables de los enemigos que quisieron combatir contra la Iglesia. ¡Todos fueron destrozados! ¡Todos perecieron en este lago!

Aquel joven, en el curso de su conversación, nombró a numerosos mártires, entre los cuales también a los soldados del Papa, caídos en el campo de batalla por defender el poder temporal del Pontificado.

Dicho esto, señalando hacia nuestra derecha, en dirección Este, nos indicó un inmenso valle, cuatro o cinco

veces más extenso que el valle de sangre y añadió:

—¿Ven allá, aquel valle? Pues allá irá a parar la sangre de aquellos que siguiendo este camino escalarán la montaña; la sangre de los justos, de los que morirán por la fe en los tiempos venideros.

Yo procuraba animar a mis jóvenes, que no podían disimular el terror que los invadía al ver y escuchar aquellas cosas, diciéndoles que si moríamos mártires, nuestra sangre sería recogida en aquel valle, pero que nuestros miembros no serían arrojados a las orillas como los que habíamos visto.

Entretanto, los muchachos se apresuraron a ponerse en marcha. Bordeando las orillas del lago, teníamos a nuestra izquierda la cumbre de la colina que habíamos cruzado y a la derecha el lago y la montaña. A cierta distancia, donde terminaba el lago de sangre, había un paraje plantado de encinas, laureles, palmeras y otras plantas diversas. Nos introdujimos en él para comprobar si era posible el acceso a la montaña; pero, he aquí que ante nuestra vista se ofreció otro nuevo espectáculo. Vimos otro lago enorme, lleno de agua y en ella una gran cantidad de miembros partidos y descuartizados. En la orilla se veía escrito en caracteres cubitales: "PER AQUAM".

—¿Qué es esto? ¿Quién nos explicará el significado de esto?

—En este lago está —nos dijo UNO— el agua que brotó del costado de Jesucristo; la cual fue poca en cantidad, pero aumentó en forma considerable y sigue aumentado y aumentará en el futuro. Esta es el agua del Santo Bautismo, con el cual fueron lavados y purificados los que escalaron

ya esta montaña y con la que deberán ser bautizados y purificados los que han de subir a ella en el porvenir. En ella tendrán que ser bañados todos aquellos que quieran ir al Paraíso» Al Paraíso se llega, o por medio de la inocencia o por medio de la penitencia. Nadie puede salvarse sin haberse bañado en este agua.

Seguidamente, señalando los restos humanos, prosiguió:

—Esos miembros pertenecen a aquellos que atacaron a la Iglesia en el tiempo presente.

Seguidamente vimos mucha gente y también a algunos de nuestros jóvenes caminando sobre las aguas con una celeridad extraordinaria; con tal rapidez, que apenas si tocaban la superficie con la punta de los pies y, casi sin mojarse, llegaban a la otra orilla.

Nosotros contemplábamos atónitos aquel portento cuando nos fue dicho:

—Estos son los justos, porque el alma de los santos, cuando está separada del cuerpo y el mismo cuerpo cuando está glorificado, no sólo puede caminar ligera y velozmente sobre el agua, sino también volar por el mismo aire.

Entonces, todos los jóvenes desearon correr sobre las aguas del lago, como aquellos a los cuales habían visto. Después me miraron como para interrogarme con la mirada, pero ninguno se atrevía a iniciar la marcha. Yo les dije:

—Por mi parte, no me atrevo; es una temeridad creerse tan justos como para poder cruzar sobre esas aguas sin

hundirse.

Entonces todos exclamaron:

—¡Si usted no se atreve, mucho menos nosotros!

Proseguimos adelante, siempre girando alrededor de la montaña, cuando he aquí que llegamos a un tercer lago, amplio como el primero y lleno de fuego, en el cual se veían trozos de miembros humanos despedazados.

En la orilla opuesta se leía un cartel: "PER IGNEM".

—Aquí —nos dijo AQUEL tal— está el fuego de la caridad de Dios y de los santos; las llamas del amor y del deseo, por las que deben pasar los que no lo hicieron por la sangre y el agua. Este es también el fuego con que fueron atormentados y consumidos por los tiranos, los cuerpos de tantos mártires. Muchos son los que tuvieron que pasar por aquí para llegar a la cumbre de la montaña. Estas llamas servirán también de suplicio a los enemigos de la Iglesia.

Por tercera vez veíamos triturados a los enemigos del Señor en el campo de sus derrotas.

Nos apresuramos, pues, a seguir adelante y del lado allá de este lago vimos otro a manera de amplísimo anfiteatro que ofrecía un aspecto aún más horrible. Estaba lleno de bestias feroces, de lobos, osos, tigres, leones, panteras, serpientes, perros, gatos y otros muchísimos monstruos que estaban con sus fauces abiertas prestos a devorar a quien se acercara. Vimos mucha gente caminando sobre sus cabezas. Algunos jóvenes comenzaron a correr sobre ellos, pasando sin temor sobre las cabezas de aquellas alimañas sin sufrir el menor daño. Yo quise

llamarlos y les gritaba con todas mis fuerzas:

—¡No! ¡Por caridad! ¡Deténganse! ¡No prosigan! ¿No ven cómo esos animales están dispuestos a destrozarlos y a devorarlos después?

Pero mi voz no fue escuchada y continuaron caminando sobre los dientes y sobre las cabezas de aquellos animales, como sobre la más segura de las sendas.

El intérprete de siempre me dijo entonces:

—Estos animales son los demonios, los peligros y los lazos del mundo. Los que pasan impunemente sobre las cabezas de las alimañas son las almas justas, los inocentes. ¿No recuerdas que está escrito: *Super aspidem et basiliscum ambulabunt et conculcabunt leonem et draconem?* A estas almas se refería el profeta San David. Y en el Evangelio se lee: *Ecce dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones et super omnem virtutem inimici: et nihil vobis nocebit.*

Entonces nos preguntamos:

—¿Cómo haremos para pasar al lado de allá?

¿Tendremos que caminar también nosotros sobre esas horribles cabezas?

—¡ Sí, sí, vamos!, —me dijo uno.

—¡Oh! Yo no me siento con valor para hacerlo —respondí—, sería una presunción el suponerse tan justo como para poder pasar ilesos sobre las cabezas de esos monstruos feroces. Vayan Vosotros si querréis; yo no voy.

Y los jóvenes volvieron a exclamar:

—¡Ah, si Vos no se atreve, mucho menos nosotros!

Nos alejamos del lago de las bestias y a poco contemplamos una extensa zona de terreno, ocupada por una gran muchedumbre. Parecía o era realidad que a algunos les faltaba la nariz, a otros las orejas, algunos tenían la cabeza cortada; quiénes estaban sin brazos; éstos sin piernas, aquéllos sin manos o sin pies. Unos no tenían lengua y a otros les habían sacado los ojos. Los jóvenes estaban maravillados de ver a toda aquella pobre gente tan mal parada, cuando UNO dijo:

—Estos son los amigos de Dios; los que por salvarse mortificaron sus sentidos: el oído, la vista, la lengua, haciendo además muchas obras buenas. Gran número de ellos perdieron las partes del cuerpo de que se ven privados, por las grandes obras de penitencia a que se entregaron o por el trabajo a que se dieron en aras de amor a Dios o al prójimo.

Los de la cabeza cortada son los que se consagraron al Señor de una manera particular.

Mientras considerábamos estas cosas, vimos una gran muchedumbre de personas, parte de las cuales habían atravesado el lago y subían la montaña poniéndose en contacto con otros que, habiendo llegado antes a la cumbre, descendían para darles la mano y les animaban a que subieran. Después, estos últimos aplaudían, exclamando:

—¡Bien! ¡Bravos!

Al oír aquel ruido de aplausos y aquellas voces, me desperté y me di cuenta de que estaba en la cama.

Esta es la primera parte del sueño, esto es, lo que soñé la primera noche.
****

En la noche del 8 de abril [San] Juan Don Bosco se presentó ante los jóvenes que estaban deseosos de oír la continuación del relato.

Antes de comenzar dio algunos avisos disciplinares.

El siervo de Dios se dio cuenta de la impaciencia de los jóvenes* y *echando una mirada a su alrededor, prosiguió después de una breve pausa con aspecto sonriente:

PARTE SEGUNDA

¡Recordarán que había un gran lago que llenar de sangre, al fondo del valle, próximo al primer lago!

Después de haber contemplado las varias escenas anteriormente descritas y de recorrer la altiplanicie de que les hablé, nos encontramos ante un paso libre por el que podemos proseguir nuestro camino.

Proseguimos, pues, adelante yo y mis jóvenes a través de un valle que nos llevó a una gran plaza. Penetramos en ella; la entrada de dicha plaza era ancha y espaciosa, pero después se iba estrechando cada vez más, de forma que al fondo, cerca ya de la montaña, terminaba en un sendero abierto entre dos rocas por el que apenas si podía pasar un hombre de una vez. La plaza estaba llena de gente alegre que se divertía despreocupadamente, dirigiéndose al

mismo tiempo al sendero que llevaba a la montaña.

Nosotros nos preguntábamos unos a otros:

—¿Será este el camino que conduce al Paraíso?

Entretanto, los que se encontraban en aquel lugar se dirigían uno tras otro con la idea de pasar por aquella angostura, y para conseguirlo tenían que recogerse bien las ropas, encoger los miembros cuanto podían e incluso abandonar el equipaje o cuanto llevaban consigo.

Esto me dio a entender que en realidad, aquel era el camino del Paraíso, puesto que para ir al cielo no basta solamente estar libre de pecado, sino también de todo pensamiento, de todo afecto terrenal, según él dicho del Apóstol: *Nihil coinquinatum intrabit in eo.*

Nosotros estuvimos observando a los que pasaban por espacio como de una hora. Pero icuan necio fui! En vez de intentar el paso de aquel sendero, preferimos volver atrás para ver lo que había al otro lado de la plaza. Habíamos divisado otra muchedumbre de gente en aquel lugar y deseábamos saber qué era lo que hacían. Atravesamos, pues, por un camino muy ancho y cuyo fin no podía ser apreciado por el ojo humano. Allí contemplamos un extraño espectáculo. Vimos a numerosos hombres y también a bastantes de nuestros jóvenes uncidos con animales de diversas especies. Algunos estaban aparejados con bueyes.

Yo pensaría:

—¿Qué querrá decir esto?

Entonces recordé que el buey es el símbolo de la

pereza y deduje que aquellos jóvenes eran los perezosos. Los conocía a todos: eran los lentos, los flojos en el cumplimiento de sus deberes. Y al verlos me decía a mí mismo:

—Sí, sí; les está muy bien empleado. No quieren hacer nada y ahora tienen que soportar la compañía de ese animal.

Vi a otros uncidos con asnos. Eran los testarudos. Así aparejados tenían que soportar pesadas cargas o pacer en compañía de aquellos animales. Eran los que no hacían caso de los consejos, ni de las órdenes de los superiores. Vi a otros uncidos con mulos y con caballos y recordé lo que dice el Señor: *Factus est sicut equus et mulus quibus non est intelectus.* Eran los que no quieren pensar nunca en las cosas del alma: los desgraciados sin seso.

Vi a otros que pacían en compañía de los puercos: se revolcaban en las inmundicias y en el fango como esos animales y como ellos hozaban en el cieno. Eran los que se alimentan solamente de cosas terrenas; los que viven entregados a las bajas pasiones; los que están alejados del Padre Celestial. ¡Oh lamentable espectáculo! Entonces me recordé de lo que dice el Evangelio del Hijo pródigo: que quedó reducido al más miserable de los estados *luxuriose vivendo.*

Vi después muchísima gente y a numerosos jóvenes en compañía de gatos, de perros, gallos, conejos, etc., etc.; o sea, a los ladrones, a los escandalosos, a los soberbios, a los tímidos por respeto humano, y así sucesivamente.

Al contemplar esta variedad de escenas, nos dimos cuenta de que el gran valle representaba el mundo. Observé detenidamente a cada uno de aquellos jóvenes y

desde allí nos dirigimos a otro lugar también muy espacioso, que formaba parte de la inmensa llanura. El terreno ofrecía un poco de pendiente, de forma que caminábamos casi sin darnos cuenta.

A cierta distancia vimos que el paraje tomaba el aspecto de un jardín y nos dijimos:

—¿Vamos a ver qué es aquello?

—¡Vamos!, —exclamaron todos—.

Y comenzamos a encontrar hermosísimas rosas encarnadas.

—¡Oh, qué bellas rosas! ¡Oh, qué bellas rosas!, —gritaban los jóvenes mientras corrían a cogerlas—. Pero, apenas las tuvieron en sus manos, se dieron cuenta de que despedían un olor desagradable en extremo. Los muchachos no pudieron disimular su desagrado. Vimos también numerosísimas violetas, en apariencia lozanas, y que creímos despedirían agradable fragancia; pero cuando nos acercamos a cogerlas para formar algunos ramilletes, nos dimos cuenta de que sus tallos estaban marchitos y que despedían un olor hediondo.

Proseguimos siempre adelante y he aquí que nos encontramos en unos encantadores bosquecillos cubiertos de árboles tan cargados de frutos que era un placer el contemplarlos. En especial, los manzanos, ¡qué deliciosa apariencia tenían! Un joven corrió inmediatamente y cortó de un rama una hermosa fruta de apariencia fragante y madura, mas apenas le hubo clavado los dientes, la arrojó indignado lejos de sí. Estaba llena de tierra y de arena y al gustarla sintió deseos de vomitar.

—Pero ¿qué es esto?, —nos preguntamos—.

Uno de nuestros jóvenes, cuyo nombre no recuerdo, nos dijo:

—Esto significa la belleza y la bondad aparente del mundo. ¡Todo en él es insípido, engañoso!

Mientras estábamos pensando adonde nos conduciría nuestro sendero, nos dimos cuenta de que el camino que llevábamos descendía casi insensiblemente. Entonces, un jovencito observó:

—Por aquí vamos bajando cada vez más; me parece que no vamos bien.

—Ya veremos, —le respondí—.

Y seguidamente apareció una muchedumbre incalculable que corría por aquel mismo camino que llevábamos nosotros. Unos iban en coche, otros a caballo, otros a pie. Quiénes saltaban, brincaban, cantaban y danzaban al son de la música y al compás de los tambores.

El ruido y la algarabía eran ensordecedores.

—Vamos a detenernos un poco —nos dijimos— y observemos a esta gente antes de proseguir en su compañía.

Entonces un joven descubrió en medio de aquella multitud a algunos que parecían dirigir a cada una de las comparsas. Eran individuos de agradable apariencia, vestidos de una manera elegante, pero por debajo del sombrero asomaban los cuernos. Aquella llanura, pues, era

el mundo pervertido dirigido por el maligno. *Est vía quae videtur recta, et novissima ejus ducunt ad morten.*

De pronto UNO dijo:

—Mirad cómo los hombres van a parar al infierno casi sin darse cuenta.

Después de haber contemplado esto y de oír estas palabras, llamé a los jóvenes que iban delante de mí, los cuales vinieron a mi encuentro corriendo y gritando:

—¡Nosotros no queremos seguir por ahí!

Y seguidamente volvieron precipitadamente hacia atrás deshaciendo el camino recorrido y dejándome solo.

—Sí, tenéis razón —les dije cuando me uní a ellos—; huyamos pronto de aquí; volvamos atrás, de otra manera, sin darnos cuenta, iremos también nosotros a parar al infierno.

Quisimos, pues, volver a la plaza de la que habíamos partido y seguir el sendero que nos conduciría a la montaña del Paraíso; pero cual no sería nuestra sorpresa cuando, tras un largo caminar, nos encontramos en un prado. Nos volvimos a una y otra parte sin lograr orientarnos.

Algunos decían:

—Hemos equivocado el camino.

Otros gritaban:

—No; no nos hemos equivocado: el camino es este.

Mientras los jóvenes discutían entre sí y cada uno quería mantener el propio parecer, yo me desperté.
****

Esta es ia segunda parte del sueño correspondiente a ia segunda noche. Más, antes que se retiren, escuchen. No quiero que den importancia a mi sueño, pero recordad que los placeres que conducen a la perdición no son más que aparentes; sólo ofrecen una belleza exterior. Estén en guardia contra aquellos vicios que nos hacen semejantes a los animales, hasta el punto de emparejarnos con ellos; especialmente icuidado con ciertos pecados que nos asemejan a los animales inmundos! iOh, cuan deshonroso es para una criatura racional, tener que ser comparada a los bueyes y a los asnos! iCuan abominable es para quien fue creado a imagen y semejanza de Dios y constituido heredero del Paraíso, revolcarse en el fango como los cerdos al cometer aquellos pecados que la Escritura señala al decir: **Luxuriose vivendo.**

Solamente les he contado las circunstancias principales del sueño y de forma resumida; pues, si se los hubiese expuesto tal y como fue, hubiera sido demasiado largo. Igualmente, ayer por la noche solamente les hice un resumen de cuanto vi. Mañana les contaré la tercera parte.

En efecto en la noche del sábado 9 de abril, [San] Juan Don Bosco continuaba:

PARTE TERCERA

No quería contarles mis sueños. Antes de ayer, apenas hube comenzado mi narración, me arrepentí de la promesa que les hice; y hoy habría deseado no haber dado principio a la exposición de lo que desean saber. Pero he de decir

que si guardo silencio, conservando mi secreto para mí, sufro mucho, y, en cambio, publicándolo, me proporciono un desahogo que me hace mucho bien. Por tanto, proseguiré el relato.

Mas antes he de advertir que en las noches precedentes tuve que suprimir muchas cosas, de las que no era conveniente hablarles, pasando por alto otras, que se pueden ver con los ojos, pero que no se pueden expresar con palabras.

****

Después de contemplar, pues, como de corrida, todas aquellas escenas ya descritas; después dé haber visto lugares diversos y las maneras de ir al infierno, nosotros queríamos a toda costa llegar al Paraíso. Pero yendo de una parte a otra, nos desviamos del camino atraídos por otras cosas. Finalmente, después de adivinar la senda que debíamos seguir, llegamos a la plaza en la que había concentrada tanta gente, toda ella dispuesta a llegar a la montaña; me refiero a aquella plaza de tan colosales proporciones que terminaba en un paso estrecho y difícil entre dos rocas. El que lo atravesaba, apenas había salido a la otra parte, debía pasar un puente bastante largo, muy estrecho y sin barandilla, debajo del cual se abría un espantoso abismo.

—¡Oh! Allá está el camino que conduce al Paraíso — nos dijimos—; aquel es. ¡Vamos!

Y nos dirigimos hacia él. Algunos jóvenes comenzaron a correr dejándonos atrás. Yo hubiera querido que me esperaran, pero ellos estaban empeñados en llegar antes que nosotros; mas al llegar al paso estrecho se detuvieron asustados sin atreverse a seguir adelante. Yo les animaba incitándoles a pasar:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¿Qué hacen?

—Sí, sí —me replicaron—; vengáis Vos y hagáis la prueba. Nos estremece la idea de tener que pasar por un lugar tan estrecho y después tener que atravesar el puente; si diéramos un paso en falso, caeríamos dentro de aquellas aguas turbulentas encajonadas en el abismo y nadie daría más con nosotros.

Pero, finalmente, hubo uno que se decidió a ser el primero en avanzar, siguiéndole después otro y así, todos pasamos del lado de allá, encontrándonos al pie de la montaña. Dispuestos a emprender la subida no encontramos sendero alguno que nos la facilitase, y al bordear la falda nos salieron al paso multitud de dificultades e impedimentos. Unas veces era una serie de macizos desordenadamente dispuestos; otras, una roca que era necesario salvar; ahora un precipicio, ya un seto espinoso que se oponía a nuestro paso. La subida se ofrecía cada vez más empinada, por lo que nos dimos cuenta de que era grande la fatiga que nos aguardaba. A pesar de ello, no nos desanimamos, comenzando lo escalada con la mayor valentía. Después de un corto espacio de penosa ascensión en la que lo mismo nos servíamos de las manos que de los pies, ayudándonos recíprocamente, los obstáculos comenzaron a desaparecer y, al fin nos encontramos ante un sendero practicable por el que pudimos subir cómodamente.

Cuando he aquí que llegamos a cierto lugar de la montaña en el que vimos a numerosa gente que sufría de manera horrible; grande fue nuestra sorpresa y compasión al observar tan extraño espectáculo. No les puedo decir lo que vi, porque les causaría una pena demasiado intensa y,

por otra parte, no serían capaces de resistir mi descripción. Nada, pues, les diré sobre esto, prosiguiendo adelante mi relato.

Entretanto vimos también a otras numerosas personas que subían por las laderas de la montaña hasta llegar a la cumbre, donde eran acogidas por los que las aguardaban con manifestaciones de júbilo y grandes aplausos. Al mismo tiempo, oímos una música verdaderamente divina: un conjunto de voces dulcísimas que modulaban suavísimos himnos. Esto nos animaba más y más a continuar la subida. Mientras proseguíamos adelante yo pensaba y le decía a mis jóvenes:

—Pero, nosotros que queremos llegar al Paraíso ¿estamos ya muertos? Siempre he oído decir que antes es necesario ser juzgado. ¿Y nosotros hemos sido juzgados?

—No —me respondieron—. Nosotros estamos todavía vivos; aun no hemos sido juzgados. Y reíamos al hacer tales comentarios.

—Sea como fuere —volví a decir—; vivos o muertos prosigamos adelante para poder ver lo que hay allá arriba: algo habrá.

Y aceleramos la marcha.

A fuerza de caminar, llegamos por fin a la cumbre de la montaña. Los que estaban ya en la cima, se aprestaban a festejar nuestra llegada, cuando me volví hacia atrás para comprobar si estaban conmigo todos los jóvenes; pero con gran dolor pude constatar que me encontraba casi solo. De todos mis compañeros, sólo tres o cuatro habían permanecido junto a mí.

—¿Y los demás?, —pregunté mientras me detenía bastante contrariado.

—¡Oh! —me dijeron—; se han quedado por el camino, quiénes en una parte, quiénes en otra; pero tal vez lleguen aquí.

Miré hacia abajo y los vi esparcidos por la montaña, entretenidos unos en buscar caracoles entre las piedras; otros, en hacer ramos de flores silvestres; éstos, en coger frutas verdes; aquéllos, en perseguir mariposas; algunos, en perseguir grillos; no faltando quienes se habían sentado a descansar sobre un matorral bajo la sombra de una planta.

Entonces comencé a gritar con todas mis fuerzas, mientras me descoyuntaba los brazos por atraer la atención de aquellos muchachos, llamándoles al mismo tiempo a cada uno por su nombre, incitándoles a que se dieran prisa, pues no era aquel el momento más oportuno para detenerse.

Algunos atendieron a mis indicaciones, llegando a ocho los que se juntaron a mí, pero los demás no me hicieron caso y continuaron ocupados en aquellas bagatelas sin preocuparse de momento por escalar la cumbre. Yo no quería de ninguna manera llegar al Paraíso con tan exiguo acompañamiento; por eso, resuelto a ir en busca de los remisos, dije a los que me acompañaban:

—Voy a bajar en busca de aquéllos; ustedes quédense aquí.

Dicho y hecho. A cuantos encontraba en mi bajada les ordenaba proseguir hacia arriba. A unos les hacía una

advertencia, a otros un amable reproche; a este, le daba una reprimenda; a aquél, una palmada; al otro, un empujón. —Sigan para arriba, por caridad —les decía afanosamente—; no se detengan con esas bagatelas.

De esta manera al encontrarme de nuevo al pie de la montaña ya había avisado a casi todos. Vi a algunos que, cansados por la fatiga de la ascensión y desanimados por lo que aún les quedaba por escalar, habían resuelto volver hacia abajo. Por mi parte, determiné emprender de nuevo la subida para reunirme con los jóvenes que habían quedado en la cumbre, pero tropecé con una piedra y me desperté.

****

«Ya tienen hecho el relato del sueño. Sólo deseo de Vosotros dos cosas. Les vuelvo a repetir que no cuenten fuera de casa a ninguna persona extraña, nada de cuanto les he dicho, pues si alguien del mundo oyera estas cosas, tal vez las tomaría a risa. Yo se las cuento para hacerlos pasar un rato agradable. Comenten, pues, el sueño entre Vosotros cuanto quieran, pero deseo que no le den más importancia que la que se puede dar a los sueños. Además quieto recomendarles otra cosa y es, que ninguno venga a preguntarme si estaba o no estaba, quién era o quién no era; qué hacía o qué dejaba de hacer, si se hallaba entre los pocos o entre los muchos, qué lugar ocupaba, etc., etc.; porque sería repetir la música de este invierno. Al contestar a tantas preguntas podría ser para algunos más perjudicial que útil y yo no quiero inquietar las conciencias.

Solamente les quiero hacer presente que si el sueño no hubiera sido un sueño, sino una realidad y en verdad hubiéramos tenido que morir entonces, entre tantos jóvenes como están aquí reunidos, si nos hubiéramos dirigido al Paraíso sólo un número insignificante habría llegado a la

meta. De setecientos o tal vez de ochocientos, quizás tres o cuatro. Pero, no se alarmen; entendámonos. Les explicaré esta exorbitante desproporción: Quiero decir que sólo tres o cuatro habrían llegado directamente al Paraíso sin pasar algún tiempo por las llamas del Purgatorio. Algunos permanecerían en esté lugar de expiación algunos minutos, otros tal vez un día, otros varios días o varias semanas; en resumen, que casi todos tenían que pasar un período más o menos largo allí.

¿Quieren saber qué es lo que hay que hacer para evitar el Purgatorio? Procuren ganar todos ias indulgencias que puedan. Si practican aquellas devociones a ias que van anexas indulgencias, tras cumplir los requisitos señalados se entiende; si ganan indulgencias plenarias, irán directamente al Paraíso».

[San] Juan Don Bosco no dio de este sueño explicación alguna personal y práctica a cada uno de ios alumnos, como en otras ocasiones; haciendo muy contadas reflexiones sobre las distintas escenas presenciadas en el mismo. No era cosa fácil el hacerlo.

He aquí las aclaraciones que de este sueño hace Don Lemoyne como fruto de sus propias reflexiones y sirviéndose a veces de las mismas palabras de [San] Juan Don Bosco.

1. --- La colina que [San] Juan Don Bosco encuentra al principio parece que representa el Oratorio. Prevalece en ella una vegetación joven. No existen árboles añosos de tronco alto y grueso. En todas las estaciones se recogen flores y frutos; lo mismo sucederá en el Oratorio. Este, como todas las obras de Dios, se mantiene de la beneficencia, de la cual dice el Eclesiástico en el Capítulo XL, que es como un jardín bendecido por Dios que da preciosos frutos; frutos

de inmortalidad, semejante al Paraíso terrenal, entre los demás árboles estaba el árbol de la vida.

2. --- El que sube a la montaña es el hombre dichoso descrito en el Salmo LXXXIII, cuya fortaleza radica toda en el Señor. A pesar de encontrarse en esta tierra, en este valle de lágrimas, ascensiones in corde suo disposuit, *está dispuesto a subir continuamente hasta llegar al tabernáculo del Altísimo o sea, al cielo. Y en su compañía otros muchos. Y el legislador Jesucristo le bendecirá, le colmará de gracias celestiales, e irá de virtud en virtud y llegará a ver a Dios en la bienaventurada Sión y será eternamente feliz.*

3. --- Los lagos son como el compendio de la historia de la Iglesia. Aquellos miembros innumerables que se veían descuartizados a las orillas de los mismos, pertenecen a los perseguidores de la Iglesia, a los herejes, a los cismáticos y a los cristianos rebeldes.

De ciertas palabras del sueño se deduce que [San] Juan Don Bosco había visto algunos acontecimientos presentes y futuros.

«A unos cuantos en privado —dice la crónica— al hablarles el [Santo] de aquel valle vacío que estaba del lado allá del lago de sangre, les dijo. Ese valle se ha de llenar especialmente de la sangre de los sacerdotes y pudiera ser que muy pronto».

«Estos días —continúa el cronista— [San] Juan Don Bosco ha ido a visitar al Cardenal De Angelis. Su Eminencia le dijo:

—Cuénteme algo que me cause alegría.

—Le *contaré un sueño, —le replicó [San] Juan Don Bosco—.*

—Le escucharé con sumo gusto.
El [Santo] comenzó a narrar lo que anteriormente hemos descrito pero con mayor número de detalles y consideraciones; pero al llegar a la descripción del lago de sangre, el Cardenal se tornó serio y melancólico. Entonces [San] Juan Don Bosco interrumpió el relato diciendo:

—¡Aquí termino!

—Prosiga, prosiga, —le dijo el Cardenal—.

—Basta, ya basta —concluyó [San] Juan Don Bosco— y *prosiguió hablando de cosas amenas.*

La escena que representa el paso estrechísimo entre las dos rocas el puentecillo de madera, símbolo de la Cruz de Jesucristo, la seguridad de pasar a la otra parte en quien está sostenido por la fe, el peligro de caer en el precipicio al avanzar sin rectitud de intención, los obstáculos de toda suerte hasta llegar al lugar en que el sendero se hace más practicable; todo esto, si no estamos en un error, se refiere a las vocaciones religiosas.

Los que estaban en la plaza debían ser jovencitos llamados por Dios a servirle en la Sociedad Salesiana. En efecto, se hace constar que la gente que estaba esperando el momento de entrar por el sendero que conducía al Paraíso, estaba contenta, parecía feliz y se divertía: características todas aplicables de una manera, especial a la juventud. Añadamos que al subir la montaña, unos se detenían y otros volvían atrás. ¿No representa esto el

enfriamiento en la propia vocación? [San] Juan Don Bosco dio a esta parte del sueño un significado que indirectamente podía aplicarse a la vocación, pero no creyó oportuno hablar más explícitamente de ello.

5. --- En la montaña, apenas vencidos los obstáculos que se ofrecieron en su falda, el siervo de Dios vio una multitud víctima del sufrimiento.

«Algunos le preguntaron privadamente —escribe Don Bonetti— y él les respondió: Este lugar representa el Purgatorio. Si tuviese qué hacer una plática sobre dicho tema, no haría otra cosa que describir lo que vi».

Añadamos una postrera e importante observación, aplicable a este sueño y a todos los demás. En estos sueños o visiones, que así las podemos llamar, entra casi siempre en escena un personaje misterioso que hace de guía y de intérprete.

—¿Quién podrá ser?

He aquí la parte más sorprendente y bella de estos sueños que [San] Juan Don Bosco, tras narrarlos, conservaba en el secreto de su corazón.

LA LINTERNA MÁGICA

SUEÑO 30.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 897-916)

Con singular acuerdo nos ofrecen numerosas crónicas particulares del Oratorio un sueño narrado por el mismo Don Bosco, en el cual vio su Obra de Valdocco y los frutos que produciría en el porvenir; el estado de las conciencias

de sus alumnos; los que eran llamados al estado eclesiástico o a servir a Dios en la Pía Sociedad o a llevar vida de seglares y *el porvenir de la naciente Congregación. El siervo de Dios soñó, pues, la noche precedente al dos de mayo y el sueño le duró casi seis horas. Apenas amaneció se levantó del lecho para tomar algunos apuntes sobre las escenas principales* y *anotar los nombres de algunos personajes que había visto desfilar a través de su fantasía mientras dormía.*

En la narración de dicho sueño *invirtió tres buenas noches consecutivas, hablando a sus jóvenes desde la tribuna que le sollian colocar debajo del pórtico una vez rezadas las oraciones de costumbre.*

El dos de mayo estuvo hablando por espacio, casi, de tres cuartos de hora.

El exordio, como sucedía siempre que comenzaba una de estas narraciones, parece un poco confuso y extraño, lo que juzgamos natural, por razones que hemos expuesto ya en otros lugares y por las que someteremos al juicio de nuestros lectores.

Comenzó, pues, el siervo de Dios a hablar así a los jóvenes después de haberles anunciado el tema de sus buenas noches:

Este sueño se refiere solamente a los estudiantes. Muchísimas cosas de las que vi en él no sería capaz de describirlas, por falta de inteligencia y por insuficiencia de palabras.
****

Me parecía haber salido de mi casa de Becchi. Me dirigía por un sendero que conducía a un pueblo próximo a

Castelnuovo, llamado Capriglio. Quería visitar un campo arenoso de nuestra propiedad, que estaba situado en un vallecillo detrás del caserío llamado Valcappone; la cosecha de este campo apenas si produce para pagar los impuestos. En mi niñez estuve varias veces trabajando en aquel sitio.

Había recorrido ya un buen trecho de camino, cuando cerca de aquel campo me encontré con un hombre como de unos cuarenta años, de estatura ordinaria, barba larga y bien cuidada y de rostro moreno. Vestía un traje que le llegaba hasta las rodillas, llevaba ceñidos los costados y sobre la cabeza una especie de gorrito blanco. Se hallaba en actitud de quien espera a alguien. El tal me saludó familiarmente como si yo fuese para él persona conocida desde mucho tiempo; después me preguntó:

—¿Adonde vas?

Mientras detenía el paso, le repliqué:

—Voy a ver un campo que tenemos por estos contornos. Y tú, ¿qué haces aquí?

—No seas curioso —me contestó—. No necesitas saberlo.

—Bien. Pero al menos haz el favor de decirme tu nombre y quién eres, pues, me he dado cuenta de que me conoces. Yo, en cambio, no te conozco.

—No hace falta que te diga ni mi nombre, ni mis cualidades. Ven. Prosigamos juntos.

Me puse en camino con él y después de avanzar unos

pasos me vi en un extenso campo cubierto de higueras. Mi compañero me dijo:

—¿No ves qué hermosos higos hay aquí? Si quieres puedes coger y comer de ellos.

Yo le respondí maravillado:

—En este campo nunca hubo higos.

Y él añadió:

—Pues ahora los hay; ahí los tienes. —Pero no están maduros; todavía no es tiempo de higos. —Pues a pesar de ello, mira: los hay ya muy hermosos y en punto; si quieres probarlos date prisa porque se hace tarde.

Y como yo no me moviese, mi amigo insistió:

—Date prisa; no pierdas tiempo, que se acerca la noche. —Pero ¿por qué me das tanta prisa? No, no quiero higos; me agrada verlos, regalarlos, pero no me son agradables al paladar.

—Si es así, sigamos adelante; pero recuerda lo que dice el Evangelio de San Mateo, cuando habla de los grandes acontecimientos que sucederán a Jerusalén. Decía Cristo a los Apóstoles: *Ab arbore fici discite parabolam. Cum jam ramus ejus tener fuerit et folia nata, scitis quia prope est aestas.* Y ahora está muy cerca, puesto que los higos comienzan a madurar.

Reemprendimos la marcha y he aquí que apareció otro campo sembrado de viñas. El desconocido me dijo inmediatamente:

—¿Quieres uvas? Si no te agradan los higos, ahí tienes uvas: coge come.

—¡Oh! Ya las cogeremos a su tiempo en la viña.

—Pues aquí también las hay.

—¡A su tiempo!—, le respondí.

—Pero, ¿no ves cuánta uva madura?

-—¿Posible? ¿Y en esta estación?

—Pero date prisa, que se hace tarde y no hay tiempo que perder.

—¿Qué prisa tenemos? Con tal de que al final del día me encuentre en mi casa...

—Te repito que te des prisa, pues pronto se hace de noche.

—Si se hace de noche volverá otra vez el día.

—No es cierto; ya no volverá el día.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quieres decir?

—Que se acerca la noche.

—Pero ¿de qué noche me estás hablando? ¿Quieres decir que debo preparar la mochila para partir? ¿Que debo ir pronto a mi eternidad?

—Se aproxima la noche: dispones de muy poco tiempo.

—Dime al menos si será pronto. ¿Cuándo he de partir?

—No seas tan curioso. *Non plus sápere quam oportet sápere.*

—Así decía mi madre a los entrometidos —pensé para mí—; y después proseguí en alta voz:

—Por ahora no quiero uvas.

Seguimos avanzando lentamente y tras breve caminar llegamos al campo de nuestra propiedad, en el qué encontramos a mí hermano José cargando un carro. Al verme se acercó para saludarme; después saludó a mi compañero, pero viendo que éste no respondía al saludo ni le hacía caso, me preguntó si el tal había sido condiscípulo mío:

—No —le dije—, es la primera vez que lo veo.

Entonces José le dirigió de nuevo la palabra diciéndole:

—Oiga, por favor, dígame su nombre; tenga la bondad de contestarme; que yo sepa con quién hablo.

Pero el guía continuaba sin hacerle caso. Mi hermano, extrañado, se dirigió nuevamente a mí para preguntarme:

—Pero ¿quién es éste?

—No lo sé, no ha querido decírmelo.

Ambos insistimos para que nos dijese de dónde venía, pero el otro volvió a repetir: *Non plus sápere quam oportet sápere.*

Entretanto mi hermano se había alejado y no volví a verle, mientras que el desconocido, dirigiéndose a mí, me dijo:

—¿Quieres ver algo extraordinario?

—De buena gana— respondí.

—¿Quieres ver a tus muchachos tal y como son actualmente? ¿Cómo serán en el futuro? ¿Quieres contarlos?

—¡Oh!, sí, sí.

—Ven, pues.

Entonces sacó no sé de dónde una gran máquina, que no sabría describir, la cual constaba de una gran rueda. Y mientras la colocaba en el suelo le pregunté:

—¿qué significa esa rueda?
—La eternidad en las manos de Dios— me respondió.

Y tomando la manivela de aquella rueda, la hizo girar. Después me dijo:

—Toma el manubrio y dale una vuelta.

Así lo hice y después mi acompañante añadió:

—Ahora mira dentro.

Observé la máquina y vi que tenía un gran cristal en forma de lente, casi de un metro y medio de diámetro, emplazado en el centro de la misma y fijo en la rueda. Alrededor de la lente se leía: *Hic est óculus qui humilia réspicit in coelo et in térra.*

Inmediatamente apliqué la cara a la lente. Miré y ioh, espectáculo maravilloso! Vi en el interior de aquel artefacto a todos los jóvenes del Oratorio.

—Pero ¿cómo es posible?—, me decía para mí. Hasta ahora no vi a ninguno de mis hijos en esta región y ahora los contemplo a todos reunidos. ¿Pero no están en Turín?

Miré por encima y a los lados de la máquina, pero fuera de la lente a nadie veía. Levanté el rostro para expresar mi admiración al compañero, pero apenas pasados unos instantes me ordenó que diese una segunda vuelta a la manivela, y vi una singular y extraña separación de jóvenes. A un lado los buenos y a otro los malos. Los primeros radiantes de felicidad; los otros, que afortunadamente no eran muchos, daban compasión. Yo los reconocí a todos, pero iqué distintos eran de lo que los compañeros creían! Unos tenían la lengua agujereada; otros los ojos completamente extraviados; quiénes sufrían dolor de cabeza producido por repugnantes úlceras, no faltando los que tenían el corazón roído por los gusanos. Cuanto más los miraba, más afligido me sentía.

—Pero ¿es posible que estos sean mis hijos?, —exclamé—. No comprendo lo que pueden significar estas extrañas enfermedades.

Al escuchar estas palabras, el que me había conducido

a la rueda, me dijo:

—Escúchame: la lengua agujereada significa las malas conversaciones; la vista extraviada, los que interpretan o juzgan de una manera torcida los designios de Dios, prefiriendo la tierra al cielo; la cabeza enferma, representa el menosprecio de tus avisos y consejos y la satisfacción de los propios caprichos; los gusanos son las malas pasiones que corroen el corazón; también están ahí los sordos, los que no quieren escuchar tus palabras para no ponerlas en práctica.

Después me hizo una señal, y yo, dando una tercera vuelta a la rueda, apliqué el ojo a la lente del aparato. Vi entonces a cuatro jóvenes atados con gruesas cadenas. Los observé atentamente y los conocí a los cuatro. Pedí explicación al desconocido y me respondió:

—Lo puedes comprender fácilmente: son los que no escuchan tus consejos y si no cambian de conducta corren el peligro de ir a parar a la cárcel y acabar en ella sus días por sus delitos o graves desobediencias.

—Desearía tomar nota de sus nombres para no olvidarlos —le dije—, pero el amigo me respondió.
—No hace falta; están ya todos anotados; aquí los tienes escritos en este cuaderno.

Entonces me di cuenta de que mi acompañante tenía un cuadernillo en la mano. Me ordenó que diese otra vuelta al manubrio y después de hacerlo, me puse nuevamente a mirar. Vi a otros siete jóvenes, todos de aspecto huraño y desconfiado, con un candado que les cerraba los labios. Tres de ellos se tapaban también los oídos con las manos. Me separé entonces del cristal y quise anotar con lápiz sus

nombres, pero aquel hombre me volvió a decir:

—No hace falta; aquí los tienes escritos en este cuaderno que llevo siempre conmigo. Y se opuso en absoluto a que yo escribiese. Yo, lleno de estupor y dolorido por aquella extraña actitud, pregunté el significado de aquel candado que cerraba los labios de aquellos infelices. El me respondió:

—¿No lo entiendes? Estos son los que callan.

—Pero ¿qué es lo que callan?

—¡Callan!

Entonces comprendí que se trataba de la Confesión. Eran los que incluso, cuando el confesor les pregunta, no responden, o responden evasivamente, o faltan a la verdad. Dicen sí cuando deben responder no y viceversa.

El amigo continuó:

—¿Ves aquellos tres que además de llevar un candado en la boca se tapan los oídos con las manos? ¡Qué condición tan deplorable la suya! Esos son los que no solamente callan pecados en la confesión, sino que además no quieren escuchar en manera alguna los avisos, los consejos, las ordenes del confesor. Son los que no prestarán oído a tus palabras, aunque parezca que las escuchan y que estaban dispuestos a obrar diversamente. Podrían quitarse las manos de donde las tienen, pero no quieren hacerlo. Los otros cuatro escucharon tus consejos, tus exhortaciones, pero no se aprovecharon de ellas.

—¿Y cómo haría para quitarles ese candado?

—*Ejiciatur superbia e córdibus eorum.*

—Amonestaré a éstos —proseguí—, pero para los que se tapan los oídos con las manos hay pocas esperanzas.

Aquel hombre me dio después un consejo; a saber, que cuando dijese dos palabras desde el pulpito, una fuera sobre la manera de confesarse bien; y por mi parte prometí obedecerle. No diré que solamente hablaré de esto, porque me haría pesado, pero sí que inculcaré con frecuencia una máxima tan necesaria. En efecto, es mucho mayor el número de los que se condenan por confesarse mal que los que van al infierno por no confesarse, porque aun los malos alguna vez se confiesan, pero son muchísimos los que no se confiesan bien.

El personaje misterioso me hizo dar otra vuelta a la manivela.

Miré después y vi a otros tres jóvenes en una situación espantosa.

Cada uno de ellos tenía un mono enorme sobre las espaldas. Al observar atentamente pude comprobar que aquellos animales tenían cuernos. Cada uno de ellos con las patas delanteras apretaban fuertemente las gargantas de sus infelices víctimas de forma que el rostro de aquellos desgraciados muchachos se tomaba de un color rojo sanguinolento, y sus ojos, inyectados en sangre, parecía que iban a saltar de sus órbitas. Con las patas de atrás les apretaban los muslos de manera que a duras penas les consentían moverse y con la cola, que les llegaba hasta el suelo, les enredaban las piernas hasta el punto que les hacían imposible el caminar. Esto representaba a los

jóvenes que después de los ejercicios espirituales continúan en pecado mortal, especialmente contra la pureza y la modestia, habiéndose hecho reos en materia grave contra el sexto mandamiento. El demonio les apretaba la garganta para no dejarles hablar cuando debían hacerlo; les hacía enrojecer hasta perder la cabeza, y proceder de una manera irracional, haciéndoles esclavos de una vergüenza fatídica, que, en lugar de conducirlos a la salvación, los lleva a la ruina. Mediante sus estratagemas les hacen saltar los ojos de las órbitas, para que no puedan ver sus miserias y los medios para salir del estado miserable en que se encuentran, haciéndoles víctimas de su aprensión y repugnancia hacia los Santos Sacramentos. Los tienen aprisionados por los muslos y por las piernas., para que no puedan moverse ni dar un paso por el camino del bien; tal es el predominio de la pasión, a causa del hábito contraído, que llegan a creer imposible la enmienda.

Les aseguro, queridos jóvenes, que derramé abundantes lágrimas al contemplar aquel espectáculo. Habría deseado precipitarme a salvar a aquéllos infelices, pero apenas me separaba de la lente, nada veía. Quise entonces tomar nota de los nombres de los tres desgraciados, pero el amigo me replicó:

—Es inútil, pues están ya escritos en este libro que tengo en la mano.

Entonces, con el corazón lleno de una emoción indecible y con lágrimas en los ojos, me volví al compañero y le dije.

—Pero ¿es posible que se encuentren en semejante estado estos tres pobres jóvenes a los cuales he dado tantos consejos y a los que tantos cuidados he dedicado en

la confesión y fuera de ella?

Y seguidamente le pregunté qué es lo que deberían hacer para arrojar de encima a tan horribles monstruos.

Entonces, mi compañero, comenzó a decir muy de prisa y entre dientes estas palabras: Labor, sudor, fervor.

—Es inútil; si hablas así no te entenderé nada.

¡Vaya! Estás acostumbrado al empeño de las gramáticas y al uso de las construcciones en las clases ¿y no comprendes? Presta atención: Labor, punto y coma; sudor, punto y coma; fervor, punto. ¿Has entendido?

—He comprendido el sentido material de las palabras, pero es necesario que tú me digas el significado.

Y el guía continuó:

Labor in assiduis opéribus; sudor in poenitentiis continuis; fervor in oratiónibus ferkéntibus et perseverántibus. Pero, por estos es inútil que te sacrifiques; no conseguirás ganártelos, pues no quieren sacudir el yugo de Satanás, del cual son esclavos.

Entretanto, yo seguía mirando por la lente y me atormentaba pensando:

—Pero ¿todos éstos se han de perder irremisiblemente? ¿Es posible? ¿Aun después de haber hecho los ejercicios espirituales? ¿También aquéllos? ¿Y aquellos otros? ¿Después de haber hecho tanto por ellos... después de haber trabajado tanto..., después de tantos sermones... después de tantos consejos como les he dado... ¡y de tantas promesas!..., después de haberles avisado

tantas veces? ¡Jamás me habría esperado semejante desengaño! Y no encontraba punto de reposo.

Entonces mi intérprete comenzó a reprenderme:

—¡Oh, el soberbio! ¿Y quién eres tú para pretender convertir a las almas con tu trabajo? ¿Porque amas a los jóvenes pretendes que correspondan a tus desvelos? ¿Acaso crees que amas más a las almas que Nuestro Divino Salvador y que has sufrido y padecido por ellas más que El? ¿Piensas que tu palabra es más eficaz que la de Jesucristo? ¿Acaso predicas tú mejor que El? ¿Te imaginas que has tenido mayor caridad y que tu solicitud ha sido más grande para con tus jóvenes que la que El empleó para con sus Apóstoles? Tú sabes que vivían con El continuamente, que gozaban ininterrumpidamente del cúmulo de sus beneficios, que oían día y noche sus amonestaciones y los preceptos de su doctrina, que contemplaban sus obras que debían ser un vivo estímulo para la santificación de sus costumbres. ¡Cuánto no hizo y dijo en favor de Judas Iscariotes! Y, con todo, Judas Iscariotes le traicionó y murió impenitente [y ahora esta en infierno – Gehenna]. ¿Eres tú acaso mejor que los Apóstoles? Pues bien, los Apóstoles eligieron siete diáconos, solamente siete, seleccionados con la mayor solicitud, y, con todo, uno prevaricó. ¿Y tú, entre quinientos, te maravillas de este pequeño número que no corresponde a tus cuidados? ¿Pretendes conseguir que entre ellos no haya ninguno malo, ningún pervertido? ¡Oh, el soberbio!

Al oír esto callé, pero no sin sentir mi alma oprimida por el dolor.

—Por lo demás, consuélate— prosiguió aquel hombre, viéndome tan abatido. Y me hizo dar otra vuelta a la rueda, mientras decía:

—¡Admira la generosidad de Dios! Observa cuántas almas te quiere regalar. ¿Ves ese gran número de jóvenes? Volví a mirar a través de la lente y vi una muchedumbre inmensa de jóvenes, a los cuales desconocía por completo.

—Sí, los veo —respondí—, pero no los conozco.

—Pues bien, éstos son los que el Señor te dará en lugar de aquellos que no corresponden a tus cuidados. Ten presente que por cada uno de ellos el Señor te dará cien.

—¡Ah! ¡Pobre de mí!, —exclamé—; tengo la casa llena; ¿dónde colocaré a todos estos jóvenes nuevos?

—No te preocupes. Por ahora tienes sitio para todos. Más adelante, Aquel que te los envía, te indicará dónde los tienes que albergar. El mismo te proporcionará el sitio.

—No es tanto el lugar donde colocarlos lo que me preocupa, cuanto la manera de darles de comer.

No pienses ahora en eso; el Señor proveerá.

—Si es así, perfectamente— repliqué lleno de consuelo.

Y observando durante largo rato y con gran complacencia a aquellos jóvenes, retuve la fisonomía de muchos de ellos, de forma que ahora los reconocería si los volviese a ver.

****

Y ahí terminó de hablar [San] Juan Don Bosco en la noche del dos de mayo.

II

En la noche del tres de mayo el [Santo] proseguía su relato.

A través de aquel cristal pudo ver la vocación de cada uno de sus alumnos. En esta ocasión fue conciso y categórico en sus palabras. No dio nombre alguno, dejando para otra ocasión las preguntas que hizo a su guía y las explicaciones que oyó de labios de este en relación con ciertos símbolos y alegorías que habían desfilado ante su vista.

El clérigo Ruffino nos legó algunos nombres sirviéndose de las confidencias que le hicieran algunos de los mismos jóvenes a quienes [San] Juan Don Bosco había dicho lo que sobre ellos había visto en el sueño, dejando constancia de ello. Dicha nota llevaba fecha de 1861.

Nosotros entretanto —continúa Don Lemoyne— para mayor claridad en la exposición y para evitar demasiadas repeticiones, formaremos un todo único, introduciendo en el relato los nombres omitidos y las explicaciones consiguientes; pero éstas, en la mayoría de los casos, no serán presentadas en forma dialogada. Con todo seremos exactos, citando literalmente cuanto escribió el cronista.
[San] Juan Don Bosco, pues, comenzó a decir:
****

El desconocido continuaba junto al aparato de la rueda y de la lente. Yo me sentía muy contento por haber visto a tantos jovencitos que vendrían a vivir con nosotros, cuando me fue dicho:

—¿Quieres contemplar algo más hermoso?

—Sí, sí, veamos.

—¡Da una vuelta a la rueda!

Así lo hice, mirando después a través de la lente. Vi a todos mis jóvenes divididos en numerosos grupos, algo distante los unos de los otros y ocupando una amplia extensión. Hacia una parte divisé un terreno sembrado de legumbres y hortalizas y cubierto en parte de pastos, en cuyos linderos crecían algunas hileras de vides silvestres. En dicho campo, los jóvenes de uno de los grupos trabajaban la tierra empleando azadas, palas, bieldos de dos puntas, picos y rastrillos. Estaban además divididos en cuadrillas que tenían sus respectivos jefes. Les presidía el Caballero Oreglia de Sara Esteban, el cual distribuía entre ellos herramientas de labor de toda suerte y obligaba a trabajar a los que no tenían ganas de hacerlo. A lo lejos, al fondo de aquel terreno, vi a algunos jóvenes arrojando la simiente a la tierra.

El segundo grupo se encontraba en la otra parte, en un extenso campo de trigo cubierto de doradas espigas. Un largo foso servía de lindero entre este y los demás campos cultivados que se veían por doquier y cuyos límites se perdían en el horizonte lejano. Los jóvenes que trabajaban en él se dedicaban a recoger las mieses, pero no todos realizaban la misma labor. Unos segaban y hacían grandes gavillas; otros las amontonaban; quiénes espigaban, quién conducía un carro; este trillaba, aquél arreglaba las hoces, el otro las distribuía, el de más allá tocaba la guitarra. Les aseguro que era un hermoso espectáculo de sorprendente variedad.

En aquel campo, a la sombra de añosos árboles, se veían numerosas mesas con el alimento necesario para

toda aquella gente; y más allá, a poca distancia, un amplio y magnífico jardín cercado, de abundante sombra y cubierto de macizos de las más bellas y variadas flores.

La separación entre los que labraban la tierra y los segadores representaba a los que abrazan el estado eclesiástico y a los que no siguen esta vocación. Yo, con todo, no entendía aquel misterio y volviéndome a mi guía, le dije:

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes son los que cavan?

—¿Aún no lo entiendes?, —me replicó)—. Los que cavan son los que trabajan solamente para sí mismos, esto es, los que no son llamados al estado eclesiástico sino al laical.

Y entonces comprendí inmediatamente que aquellos trabajadores eran los artesanos, a los cuales en su estado, les basta pensar en la salvación de la propia alma, sin que tengan especial obligación de dedicarse a la de los demás.

—¿Y los segadores que se encuentran en la otra parte del campo?—, repliqué.

Y pronto supe que eran los llamados al estado eclesiástico, de forma que ahora sabría decir quién se hará sacerdote y quién seguirá otra carrera.

Mientras contemplaba yo con verdadera curiosidad aquel campo de trigo, vi que Provera distribuía las hoces entre los segadores, lo que significaba que podría llegar a ser Rector de un Seminario o Director de una Comunidad religiosa o de una casa de estudios o algo más. Ha de notarse que no todos los que trabajaban recibían la hoz de sus manos, ya que los que acudían a él eran solamente los

que formarían parte de nuestra Congregación; los demás la recibían de otros distribuidores que no eran de los nuestros, lo que quería indicar que estos últimos se harían sacerdotes, pero para dedicarse al Sagrado Ministerio fuera del Oratorio. La hoz es símbolo de la palabra de Dios.

Provera no entregaba la hoz inmediatamente a quienes se la pedían. A algunos les ordenaba que fuesen antes a comer; y, en efecto, estos iban a tomar un bocado aquí y allá: símbolo de la piedad y del estudio.

A Santiago Rossi le mandó que fuese a tomar un bocado. Aquellos a quienes se les daba esta orden se dirigían a un bosquecillo donde estaba el clérigo Durando muy ocupado, entre otras cosas, preparando las mesas para los segadores y dándoles de comer. Esta ocupación indicaba a los destinados de una manera especial a promover la devoción al Santísimo Sacramento.

Mateo Calliano era el encargado de dar de beber a los segadores.

Costamagna segundo se presentó también pidiendo una hoz, pero Provera lo mandó al jardín por dos flores. Lo mismo sucedió a Quattróccolo. A Rebuffo se le ordenó que fuese por tres flores, prometiéndosele, en cambio, que después se le entregaría la hoz. También estaba allí Olivero.

Entre tanto los jóvenes se habían desparramado por entre las espigas. Muchos estaban alineados; otros, delante de un cantero ancho; algunos, junto a otro más estrecho. Don Ciattino, párroco de Maretto, segaba con la hoz que le había entregado Provera. Lo mismo hacían Francesia y Vibert, Perucati, Merlone, Momo, Garino, Iarach, los cuales

habrían de dedicarse a la salvación de las almas mediante el ministerio de la predicación, si correspondían a su vocación.

Quiénes segaban más, quiénes menos. Bondioni trabajaba desesperadamente, pero nada violento puede ser de mucha duración. Otros manejaban las hoces con todas sus fuerzas, sin lograr cortar la mies. Vascheti empuñó una hoz y comenzó a segar hasta que se salió fuera del campo yéndose a trabajar a otra parte. A otros varios les sucedió lo mismo. Entre los que segaban había muchos que no tenían la hoz afilada; a algunas hoces les faltaba la punta. Algunos las tenían tan gastadas que al querer emplearlas destrozaban y estropeaban la mies.

A Domingo Ruffino se le encargó de segar un bancal muy ancho; su hoz cortaba muy bien, pero le faltaba la punta, símbolo de la humildad: era el deseo de ocupar el grado más elevado entre los iguales. Acudió a Francisco Cerrutti para que se la arreglara. En efecto, vi a Cerrutti arreglando algunas hoces; señal de que debía de inculcar en los corazones ciencia y piedad, lo que quería decir que sería enseñante, por eso se le veía manejar diestramente el martillo. Golpear con esta herramienta quería decir dedicarse a la enseñanza del clero. Provera le presentaba las hoces estropeadas. Don Ronchetti y otros recibían las que necesitaban ser afiladas, pues se dedicaban a esto. El oficio de afilar representaba a los que se encargaban de formar al clero en la piedad. Viale fue a coger una hoz que no estaba afilada, pero Provera le dio otra que acababa de ser pasada por la piedra. Vi también a un herrero preparando las herramientas de metal empleadas en la agricultura: era Costanzo.

Mientras todos se entregaban con ardor, cada uno a su

trabajo, Fusero hacía las gavillas, lo que indicaba la conservación de las conciencias en la gracia de Dios; pero, detallando aún más y viendo en las gavillas representados a los simples fieles, no destinados al estado religioso, se sobrentendía que ocuparía en el porvenir un puesto de enseñante en la instrucción de los clérigos.

Había algunos que le ayudaban a atar las gavillas y recuerdo haber visto entre otros a Don Turchi y a Ghivarello. Esto representa a los destinados a poner orden en las conciencias, especialmente mediante la práctica del ministerio de la Confesión, entre los adeptos o aspirantes al estado eclesiástico.

Otros transportaban gavillas en un carro, símbolo de la gracia de Dios. Los pecadores convertidos han de montar en este carro para seguir la recta vía de la salvación, que tiene como término el cielo.

El carro comenzó a moverse cuando estuvo completamente cargado de gavillas. Tiraban de él, no los jóvenes, sino dos bueyes, símbolo de la fuerza o esfuerzo perseverante. Algunos iban conduciéndolo. Delante de todos ellos [Beato] Miguel Don Rúa, que era el que guiaba, lo que quiere decir que su misión sería dirigir las almas hacia el cielo. Don Savio seguía detrás con una escoba recogiendo las espigas y las gavillas que se caían.

Esparcidos por el campo estaban los espigadores, entre los cuales Juan Bonetti y José Bongiovanni; esto es: los que atendían a los pecadores obstinados. Bonetti especialmente está designado por el Señor para buscar a los desgraciados que han escapado de la hoz de los segadores.

Fusero y Anfossi amontonaban gavillas en el campo, para que fuesen trilladas a su debido tiempo: esto tal vez quería decir que a su debido tiempo desempeñarían alguna cátedra.

Otros, como Don Alasonatti, ataban las gavillas, representación de los que administran el dinero, vigilan para que se cumplan las reglas; enseñan las oraciones y el canto sagrado, cooperando, en suma, moral y materialmente, a encaminar a las almas hacia la meta de la salvación.

Un espacio de terreno estaba preparado como para trillar las gavillas en él. Don Juan Cagliero, que se había dirigido al jardín en busca de algunas flores, las distribuía entre los compañeros y él con un ramito en la mano se encaminó hacia la era para comenzar la faena. Esta labor simboliza a los destinados por Dios para la instrucción del pueblo llano.

A lo lejos se divisaban algunas negras humaredas que levantaban sus penachos al cielo. Era el efecto de la labor de los que recogían los rastrojos y sacándolos fuera del campo sembrado de espigas, los amontonaban y les prendían fuego. Esto simboliza a los destinados a separar a los buenos de los malos, labor reservada a los directores de nuestras futuras casas. Entre éstos estaban Don Francisco Cerrutti, Tamietti, Domingo Belmonte, Pablo Albera y otros que actualmente cursan sus primeros estudios, siendo aún muy jóvenes.

Todas las escenas anteriormente descritas se desarrollaban al mismo tiempo. Entre aquella multitud de jóvenes vi a algunos que llevaban unas antorchas encendidas para alumbrar a los demás a pesar de que era

pleno mediodía. Eran los que habían de servir de ejemplo a los demás obreros del Evangelio, iluminando al clero con su conducta. Entre ellos estaba Pablo Albera, el cual, además de llevar la antorcha, tocaba también la guitarra, indicio de que indicaría el camino a seguir a los sacerdotes animándoles al cumplimiento de su misión. Se aludía a algún otro cargo que ocuparía en la Iglesia.

Mas, en medio de tanto movimiento, no todos los jóvenes al alcance de mi vista se ocupaban de algún trabajo. Uno de ellos tenía una pistola en la mano, esto es, tenía vocación de militar, pero aún no se había decidido a seguirla.

Algunos otros, con las manos en la cintura, observaban a los segadores, dispuestos a seguir su ejemplo; otros parecían indecisos, pero al considerar la dureza del trabajo, no se resolvían a empuñar la hoz. No faltaban tampoco quienes acudían presurosos a la faena. Algunos, al llegar el momento de tener que comenzar a segar, permanecían ociosos; otros empuñaban la hoz al revés, entre ellos Molino: símbolo de los que hacen lo contrario de lo que deben hacer. Muchísimos se alejaban para coger uvas silvestres, representando a los que pierden el tiempo en cosas extrañas a su ministerio.

Mientras yo contemplaba lo que sucedía en el campo del trigo, vi un grupo de jóvenes cavando la tierra; ofrecían un espectáculo singular. La mayor parte de aquellos muchachos trabajaba con singular interés, mas tampoco faltaban los negligentes. Algunos manejaban la azada al revés; otros golpeaban la tierra, pero la herramienta no penetraba en ella; no faltaban quienes a cada azadonada se les salía el hierro del mango. El mango representa la rectitud de intención.

Observé entonces que algunos que al presente son artesanos, estaban en el campo de los que segaban, y, en cambio, otros que ahora son estudiantes se encontraban entre los que cavaban la tierra. Intenté tomar nota de cuanto veía, pero mi intérprete me mostraba siempre el cuaderno y no me permitía escribir.

Al mismo tiempo vi también a muchos jóvenes que estaban sin hacer nada, no sabían resolverse a ponerse a segar o a cavar la tierra.

Los dos Dalmazzo, Primo Ganglio y Monasterolo con otros muchos, estaban mirando, pero ya habían tomado una decisión.

También me di cuenta de que algunos, saliendo del grupo de los cavadores, mostraban deseos de ir a segar. Uno corrió al campo de trigo tan decidido que no se preocupó antes de adquirir una hoz. Avergonzado de aquel necio proceder, volvió atrás para pedirla. El que las distribuía no quería dársela y el tal le urgía para que se la proporcionase.

—Aún no es tiempo— le respondió el distribuidor.

—Sí que lo es, dámela.

—No; ve antes a coger dos flores del jardín.

—¡Ah!, —exclamó el solicitante encogiéndose de hombros—; iré a coger todas las flores que quieras.

—No, solamente dos.

Se dirigió seguidamente al jardín, pero al llegar a él

se dio cuenta de que no había preguntado qué flores eran las que tenía que coger, y se apresuró a desandar él camino.

—Has de cortar —le dijeron— la flor de la caridad y la flor de la humildad.

—Ya las tengo.

—Eso es lo que te dice tu presunción, pero en realidad no las tienes.

Y aquel joven se revolvía en un acceso de cólera y daba saltos impulsado por la ira que le dominaba.

—No es este el momento más oportuno par enfadarse de esa manera —le dijo el distribuidor—, negándose resueltamente a entregarte la herramienta que le había pedido. Ante tal actitud, el infeliz se mordía los puños de rabia.

Al contemplar semejante espectáculo, aparté la vista de la lente a través de la cual había contemplado tantas cosas, sintiéndome lleno de emoción por las aplicaciones morales que me había sugerido mi amigo.

Quise rogarle aún que me diera algunas explicaciones más y él añadió:

—El campo sembrado de trigo representa a la Iglesia: la mies es el fruto de la cosecha; la hoz es el símbolo de los medios empleados para conseguir dicho fruto, sobre todo la palabra de Dios; la hoz sin punta representa la falta de piedad, y sin filo la carencia de humildad; salirse del campo mientras se siega, quiere decir abandonar el Oratorio o la Pía Sociedad.

III

La noche del cuatro de mayo [San] Juan Don Bosco se disponía a finalizar la narración del sueño en el que había visto representados en el primer grupo a los alumnos estudiantes del Oratorio y en *el segundo a los que eran llamados al estado eclesiástico.*

Hemos llegado, pues, al tercer cuadro o visión en la que, en apariciones sucesivas [San] Juan Don Bosco vio a todos los que en 1861 dieron su nombre a la Pía Sociedad de San Francisco de Sales; el prodigioso engrandecimiento de la misma y el lento ocaso de los primeros salesianos a los que habían de seguir los continuadores de la Obra.

El siervo de Dios aquella noche habló así:
****

Después de haber contemplado a mi placer la escena de la siega, tan rica en detalles, el amable desconocido me dijo:

—Ahora dale diez vueltas a la rueda; cuéntalas y después mira a través de la lente.

Me puse a hacer lo que me había sido ordenado y tras haber dado la décima vuelta, me puse a mirar tras el cristal. Y he aquí que vi a los mismos jóvenes a los que recordaba haber contemplado días antes en edad adolescente, convertidos en adultos de aspecto viril; a otros con larga barba o con los cabellos blancos.

—Pero ¿cómo puede ser esto? Hace apenas unos días aquél era un niño al que casi se le podía tomar en brazos, ¿y hoy es ya tan mayor?

El amigo me contestó:

—Es natural; ¿cuántas vueltas has dado?

—Diez.

—Pues bien: del 61 al 71. Todos tienen ya diez años más de edad.

—¡Ah! ¡Comprendido!

Y como continuase observando a través d la lente pude ver panoramas desconocidos, casas nuevas que nos pertenecían y a muchos jóvenes dirigidos por mis queridos hijos del Oratorio, convertidos ya en sacerdotes, en maestros, en directores, que se dedicaban a instruirles y proporcionarles honestas diversiones.

—Vuelve a dar otras diez vueltas —me dijo el personaje— y llegaremos al 1881. Tomé el manubrio y la rueda dio otras diez vueltas. Miré y solamente vi a la mitad de los jóvenes que había contemplado la primera vez, casi todos ya con el pelo blanco y algunos un poco encorvados.

—¿Y los otros, dónde están?—, pregunté.

—Ya forman parte del número de los más— me respondió el guía.

Esta considerable disminución del número de mis muchachos me causó un vivo desasosiego, pero me consoló el contemplar en un cuadro inmenso, países nuevos y regiones desconocidas y una gran multitud de jóvenes bajo la custodia y dirección de nuevos maestros que dependían

aún de mis primeros alumnos.

Después di otras diez vueltas a la rueda he aquí que solamente vi una cuarta parte de los jóvenes que había contemplado pocos momentos antes; todos ellos se habían trocado en ancianos de barbas y cabellos blancos.

—¿Y todos los demás?—, pregunté.

—Forman parte ya del número de los más. Estamos en 1891.

Y he aquí que ante mi vista se desarrolló una escena conmovedora.

Mis hijos sacerdotes, agotados por la fatiga, estaban rodeados de niños, a los cuales yo no había visto nunca; muchos de fisonomía y de color distinto de los que habitualmente viven en nuestros países.

Di aún otras diez vueltas a la rueda y solamente pude ver un tercio de mis primitivos jóvenes, ya decrépitos, cargados de espaldas, desfigurados, macilentos, en los últimos años de su vida. Entre otros, me recuerdo haber visto a [Beato] Miguel Don Rúa, tan viejo y desfigurado que era difícil reconocerlo, ¡tanto había cambiado!

—¿Y los demás?—, pregunté.

—Pertenecen ya al número de los más. Estamos en 190Í.

En algunas casas no encontré a ninguno de los antiguos; maestros y directores me eran completamente desconocidos; la muchedumbre de los jóvenes era cada vez

más numerosa; las casas aumentaban cada vez más y el personal directivo había crecido también de una manera admirable.

—Ahora —continuó mi amable intérprete— darás otras diez vueltas y verás cosas que te llenarán de consuelo las unas, y otras que te proporcionarán una gran angustia.

Y di otras diez vueltas.

—¡Estamos en 1911!—, exclamó el misterioso amigo.

—¡Ah, mis queridos jóvenes! Vi nuevas casas, jóvenes nuevos, directores y maestros con hábitos y costumbres nuevas.

¿Y mis jóvenes del Oratorio de Turín? Busqué una y otra vez entre una gran muchedumbre de muchachos y solamente pude ver a uno de Vosotros con los cabellos blancos, consumido por la edad, rodeado de una hermosa corona de jóvenes, a los cuales contaba los comienzos de nuestro Oratorio, recordándoles y repitiéndoles las cosas aprendidas de labios de [San] Juan Don Bosco; y les señalaba una fotografía que estaba colgada de la pared del locutorio. ¿Y los otros alumnos ancianos, los superiores de las casas que había visto ya envejecidos?

Tras una nueva señal tomé el manubrio y di algunas vueltas más. Después, solamente vi una llanura desolada sin ser viviente alguno:

—¡Oh!, —exclamé aterrado—. ¡Ya no veo a ninguno de los míos! ¿Dónde están, pues, ahora todos los jóvenes a los cuales acogí y que eran tan vivarachos y robustos y los que se encuentran actualmente conmigo en el Oratorio?

—Pertenecen ya al número de los más. Has de saber que han pasado diez años cada vez que hacías girar la rueda otras tantas veces.

Hice la cuenta y resultó que habían transcurrido cincuenta años y que alrededor del 1911 todos los alumnos actuales del Oratorio habrían muerto.

—¿Quieres ver ahora otro espectáculo sorprendente?— me dijo aquel buen hombre.

—Sí— le respondí.

—Entonces presta atención si te agrada ver y saber algo más. Da una vuelta a la rueda en sentido contrario, y ahora cuenta tantas vueltas cuantas has dado anteriormente.

La rueda giró.

—¡Ahora, mira!—, me dijo el guía.

Miré y he aquí que vi ante mí una cantidad inmensa de jovencitos, todos desconocidos, de una infinita variedad de costumbres, pueblos, fisonomías y lenguas, de forma que por mucho que me esforcé sólo pude apreciar una mínima parte de ellos con sus superiores, directores, maestros y asistentes.

—A éstos, en realidad, no los conozco— dije a mi guía.

—Pues a Pesar de ello —me respondió—, son hijos tuyos. Escúchalos hablan de ti y de tus primeros hijos que fueron sus superiores y que ya no existen; recuerdan las

enseñanzas que de ti y de ellos recibieron.

Seguí observando con atención, pero cuando aparté la vista de la lente, la rueda comenzó a girar por sí sola a tanta velocidad y haciendo tal ruido, que me desperté, encontrándome en el lecho presa de un cansancio mortal.
****

«A hora que ies he contado estas cosas, Vosotros pensaráis:

—¡Quién sabe! A lo mejor [San] Juan Don Bosco es un hombre extraordinario, un personaje, tal vez un santo. Mis queridos jóvenes, para impedir que se susciten conversaciones necias en torno a mi persona, les dejo en plena libertad de creer o no creer en estas cosas, de darles más o menos importancia; sólo les ruego que no tomen nada de cuanto les he referido a risa al comentarlo, ya con los compañeros ya con personas de fuera. Me complace el decirles que el Señor dispone de muchos medios para manifestar a los hombres su voluntad. A veces se sirve de los instrumentos más ineptos e indignos, como se sirvió en otro tiempo de la burra de Balaán haciéndola hablar y del falso profeta del mismo nombre, que predijo muchas cosas referentes al Mesías.

Por eso, lo mismo puede suceder conmigo. Les digo además que no se fijen en mis obras para regular las suyas. Lo que deben hacer es tomar en cuenta lo que les digo, pues tengo la certeza de que de esa forma cumplirán la voluntad de Dios y todo redundará en provecho de sus almas. Respecto a lo que hago, no digan nunca: Lo ha hecho [San] Juan Don Bosco y, por tanto, está bien; no. Observen primero mis acciones, si ven que son buenas, imítenlas; si acaso me ven hacer algo que no está bien, guárdense mucho de imitarlo: deséchenlo como cosa mal hecha».

El efecto que produjo en el Oratorio el relato de este sueño lo sabremos por los que escucharon su relato de labios de Don Bosco.

El canónigo Jacinto Ballesio en su obrita: "Vita intima di Don Giovanni Bosco", añadiendo algunos detalles omitidos por la crónica, escribe al comentar el sueño precedente: «[San] Juan Don Bosco era todo para nosotros e incluso durante el brevísimo tiempo que dedicaba al descanso, su pensamiento estaba fijo en sus hijos. El poeta cantó que "sogna il guerrier le schiere"; *[San] Juan Don Bosco soñaba con sus jóvenes. Pero ¿qué digo soñar?, las de [San] Juan Don Bosco eran visiones celestiales. El las narraba como sueños, pero yo y todos estábamos persuadidos de que se trataba de auténticas, de sorprendentes visiones. Recuerdo aquella en la que vio a los 400 muchachos del Oratorio, estudiantes y artesanos, en diversas actitudes y en circunstancias diferentes, que representaban el estado moral de cada uno. El [Santo] contó cuanto había visto, durante varias noches consecutivas, después de los oraciones, y lo hizo con tal viveza de colorido y con tal fuerza expresiva, que parecía un anuncio profético. A algunos los vio resplandecientes de luz; a otros, con el alma y el corazón lleno de tierra; a otros, asediados, acompañados o atacados por animales diversos, símbolo de las tentaciones, de las ocasiones peligrosos y de los pecados. Este relato expuesto por [San] Juan Don Bosco con sencillez, gravedad y afecto paterno, dando al mismo tiempo mucha importancia a lo que decía, causó en todos la mayor y más saludable impresión. Todos los presentes, uno después de otro, quisieron saber de labios del siervo de Dios lo que sobre cada uno había visto, pudiendo comprobar con gran admiración que cuanto el buen padre les decía se adaptaba perfectamente a la más estricta*

realidad.

En el Oratorio fue tan grande el saludable efecto de este relato, según se pudo apreciar por la conducta de los jóvenes, que mayor no se habría podido esperar de la más fructífera de las misiones. Todas estas cosas extraordinarias que apenas si he mencionado, no se pueden achacar a una atenta observación de la vida ordinaria o a los conocimientos que el mismo [San] Juan Don Bosco hubiese podido recabar de ias confidencias que le hacían ios jóvenes o a las relaciones con sus colaboradores. El [Santo] hablaba y obraba estas maravillas de tal modo, que a nosotros, que ya no éramos niños; no se nos ocurría otra explicación plausible o razonable, sino que se trataba de dones extraordinarios que el cielo le concedía. Y refiriéndonos simplemente al sueño o visión que acabamos de indicar, ¿cómo habría podido ver y recordar con tal exactitud el estado de cada uno de los cuatrocientos jóvenes, entre los cuales se hallaban los que acababan de ingresar en el Oratorio y otros muchos que no se confesaban con él, los cuales al oír de labios del [Santo], la descripción viva e íntima de sus almas, de sus inclinaciones y pasiones, de sus actos más ocultos, reconocían que les había dicho la verdad?»

Escribe Mons. Cagliero: «Yo me encontraba presente cuando [San] Juan Don Bosco, en el año 1861, contó el sueño de la rueda, en el cual dio el porvenir de nuestra naciente Congregación. Narraba estos sueños, porque habiéndose aconsejado con [San] José Don Cafasso, éste le había dicho que siguiese adelante tuta concientia, *en darles importancia, pues juzgaba que era para gloria de Dios y bien de las almas. Tal opinión la supimos de labios de [San] Juan Don Bosco sus amigos más íntimos, poco antes de la muerte de [San] José Don Cafasso.*

La atención que prestaban los jóvenes a sus palabras causaba sorpresa e imponía en gran manera.

Entretanto [San] Juan Don Bosco, haciendo gala de una prodigiosa memoria y de una extraordinaria lucidez mental, al ser interrogado sobre el particular reservadamente, sabía indicar el nombre del interesado y *el oficio que en el campo de trigo desempeñábamos muchísimos de nosotros, dando al mismo tiempo la oportuna explicación.*

Empleó el [Santo] en contar este sueño tres noches consecutivas, sirviendo su relato para nuestros comentarios generales y dando pie para frecuentes conversaciones entre los jóvenes del Oratorio y nuestro buen padre, quedando todos persuadidos de que en él se le había manifestado, no sólo el porvenir del Oratorio, sino también de toda la Congregación. [San] Juan Don Bosco se complacía en repetir a sus íntimos las descripciones del campo cubierto de mieses ondulantes, de las diversas actitudes de los segadores y de los que distribuían las herramientas.

Aseguraba entonces que nuestra Pía Sociedad, tan combatida y obstaculizada, sería aprobada a pesar de todas las probabilidades en contra y que contra el parecer de muchos, considerados como personas doctas y prudentes, subsistiría, progresaría grandemente alcanzando un gran incremento; cosas todas que yo oí a mis compañeros y repetidas veces al mismo [Santo].»
****

Respecto a los tres jóvenes que tenían el monazo sobre las espaldas, Don Francisco Dalmazzo atestiguaba con juramento: «Recuerdo muy bien que [San] Juan Don Bosco, hablando de éstos, añadía que si deseaban saber

algo más concreto, se apresurasen a entrevistarse con él. Más de cincuenta muchachos del Oratorio se presentaron al buen padre, temerosos de tener en la conciencia alguna cosa oculta; pero [San] Juan Don Bosco dijo a cada uno de ellos:
****

—No eres tú.

Habiéndose encontrado después, casualmente, en el patio, en ocasiones distintas, con aquellos tres infelices, les advirtió de la realidad del desgraciado estado en que se encontraban. Uno de ellos era condiscípulo mío y me lo dijo a mí confidencialmente, manifestándome su admiración de que [San] Juan Don Bosco pudiese conocer aquellas cosas.

Por otra parte, yo también tuve algunas pruebas personales sobre la facilidad con que [San] Juan Don Bosco escudriñaba los corazones, pues repetidas veces me reveló el estado de mi conciencia sin que yo le hubiese preguntado nada. La misma impresión tenían algunos de mis compañeros, los cuales confesaron ingenuamente que, a pesar de haber callado en la confesión pecados graves, [San] Juan Don Bosco había sabido ponerles de manifiesto con toda precisión, el estado en **que se** ***encontraban.»***

De uno de los cuatro encadenados tuvimos noticias por el teólogo Borel.

Habiendo ido dicho teólogo en 1866 a ejercer su ministerio a las cárceles, al regresar al Oratorio traía a [San] Juan Don Bosco un encargo de parte del joven Bec... di...; condenado por desertor del ejército. El prisionero pedía al [Santo] "El joven instruido" y al mismo tiempo le mandaba a decir:

—¿Recuerda que me dijo que en el sueño de la rueda me había visto encadenado? Ciertamente yo era uno de los cuatro; pero he de comunicarle para su consuelo, que me encuentro en la prisión, no por haber cometido un delito, sino por haber huido del cuartel por serme insoportable la rigidez de la vida militar.

[San] Juan Don Bosco fue a visitarlo llevándolo al mismo tiempo el libro que le había pedido.

Además de la prisión, el [Santo], después de aquel sueño, le pronosticó que sufriría otras vicisitudes. Al terminar sus estudios se había despedido del buen padre, diciéndole que tenía intención de entrar en una Congregación religiosa.

—¡Quédate con nosotros!, —le aconsejó Don Bosco, queriéndole inducir a formar parte de la familia del Oratorio—. No te alejes de mí; aquí tendrás lo que deseas.

Pero el joven estaba resuelto a marcharse.

Si es así, márchate —concluyó el [Santo]—. Te harás jesuita, pero te mandarán a tu casa. Entrarás en los Capuchinos y no perseverarás. Finalmente, acuciado por el hambre y después de varias peripecias, volverás al Oratorio en demanda de un trozo de pan.

Todo esto parecía poco verosímil, pues el joven en cuestión disponía de un patrimonio de unas 60,000 liras y su familia era la más acomodada del pueblo. Mas a pesar de todo, sucedió al pie de la letra cuanto [San] Juan Don Bosco le había predicho.

Habiendo entrado primeramente en los jesuitas y

después en los Capuchinos, no pudo adaptarse a las reglas siendo despedido tras un breve lapso de tiempo. Gastó el dinero de que disponía y después de algunos años apareció en el Oratorio en un estado de la más extrema miseria. Fue amablemente acogido, permaneció en él un año y se volvió a marchar, pues era muy amante de la vida bohemia. El mismo interesado contaba el cumplimiento de esta profecía en ei año 1901.

Entretanto, clérigos y alumnos habían comenzado a asediar a [San] Juan Don Bosco desde el cuatro de mayo, preguntándole en qué parte del campo les había visto, si entre los que cavaban o entre los segadores y la ocupación que desempeñaban. El buen padre satisfizo a todos. Al exponer el sueño hemos dado a conocer algunas de sus respuestas; no pocas de ellas, como se pudo constatar después, fueron verdaderas predicciones.

[San] Juan Don Bosco había visto ai clérigo Molino, ocioso, con la hoz en la mano, observando cómo trabajaban los demás; después pudo apreciar cómo se acercaba al foso que rodeaba el campo y después de saltarlo y arrojar el sombrero, le vio salir corriendo. Molino pidió a [San] Juan Don Bosco explicación de todo aquello y escuchó de sus labios esta respuesta:

—Tú cursarás, no cinco, sino seis años de teología y después dejaras la sotana.

Molino quedó estupefacto al escuchar estas palabras, que le parecieron extrañas y lejos de la realidad; pero los hechos comprobaron que [San] Juan Don Bosco tenía razón. Dicho joven cursó cuatro años de teología en el Oratorio y otros *dos en Asti y después de hacer los ejercicios espirituales para la ordenación, habiendo ido a San Damián de Asti, que era su pueblo natal para pasar solamente un*

día y poner en claro cierto asunto, dejó la sotana y no volvió más.

El clérigo Vaschetti era considerado con toda razón como una de las columnas del Colegio de Giaveno. Cuando [San] Juan Don Bosco le dijo que lo había visto salir del campo y saltar el foso, le respondió con despecho:

—¡Se ve que ha soñado!

En efecto, por entonces no pensaba abandonar a [San] Juan Don Bosco. Habiendo salido del Oratorio, pues era libre de hacerlo, y* como *visitase a [San] Juan Don Bosco siendo ya joven sacerdote, el siervo de Dios le recordó su respuesta brusca pero filial.

—¡Me recuerdo, es cierto?—, replicó Vaschetti.

Y [San] Juan Don Bosco:

—Era aquí al Oratorio adonde Dios te llamaba. Por lo demás espero que el Señor te dará sus gracias; pero tendrás que luchar.

Y en efecto, Dios ayudó a Vaschetti, el cual hizo mucho bien como párroco.

El clérigo Fagnano no quería preguntar a [San] Juan Don Bosco el lugar que ocupaba en el sueño, bien por cortedad, bien porque habiendo llegado al Oratorio hacia pocos meses del Seminario de Asti, no creía mucho en aquellas revelaciones. Acuciado, sin embargo, por los compañeros, se acercó al siervo de Dios* y *le preguntó qué había visto a través de aquella lente relacionado con él.

—Te vi en el campo, pero tan distante que apenas si te podía reconocer. Estabas trabajando en medio de hombres desnudos.

El clérigo Fagnano no dio demasiada importancia a aquellas palabras, pero las recordó cuando en un día de María Auxiliadora se vio en una playa en el Estrecho de Magallanes comiendo moluscos durante dos días y con el barco a la vista que no se podía aproximar a causa de la tempestad. Y vio a los hombres desnudos de la Tierra del Fuego, lugar en que plantó la Cruz y levantó su misión.

A Don Ángel Savio, [San] Juan Don Bosco le aseguró que le había visto en países muy lejanos.

A las preguntas de Domingo Belmonte, contesto:

—Tú darás gloria a Dios con la música.

Y seguidamente añadió una palabra que causó en el joven profunda impresión; pero después que se hubo alejado unos pasos se borró por completo de su memoria, y, por mucho que recapacitó, no volvió a recordarla. [San] Juan Don Bosco lo había visto conduciendo un carro tirado por cinco mulos. El fruto de sus fatigas sería prodigioso. Maestro y asistente general en el Colegio de Mirabello, profesor en el de Atassio, primeramente prefecto y después director en Borgo San Martino; director y párroco en Sampierdarena, con todos estos cargos también desempeñó el de maestro de música, contribuyendo al esplendor y decoro de las funciones religiosas. Finalmente, fue prefecto general de la Sociedad y director del Oratorio de Turín, contando siempre con el afecto y la confianza de los hermanos y de ios alumnos.

[San] Juan Don Bosco —leemos en la Crónica— dijo también a Avanzino el oficio que desempeñaba en el sueño; después añadió:

—Dios quiere que hagas eso.

Avanzino, que no manifestó a nadie el oficio o misión a que según el sueño estaba destinado, porque no quería someterse a ella, decía después confidencialmente a algunos de sus íntimos:

—[San] Juan Don Bosco me descubrió cosas que yo no había dicho a nadie en el mundo.

A Go... le dijo también [San] Juan Don Bosco:

—Tú serías llamado al estado eclesiástico, pero te faltan tres virtudes: humildad, caridad, castidad.

Añadió que la hoz no se la proporcionaría Don Provera.

El joven Ferrari, que decía querer abrazar el estado eclesiástico, no fue a preguntar el porvenir que le aguardaba según el sueño; por el contrario, seguía tomándolo a broma a pesar de que muchos le insistían para que se presentase al [Santo]. Al fin, se encontró en circunstancias tales que no pudo evitar el encuentro con [San] Juan Don Bosco, el cual le dijo que lo había visto en el campo de trigo y que a despecho de aquellos que lo habían enviado a coger flores, comenzó a segar con entusiasmo, pero que al final volvió la vista atrás y pudo comprobar que no había hecho nada.

—¿Qué quiere decir esto?—, preguntó entonces el joven.

—Pues, quiere decir —replicó [San] Juan Don Bosco— que si no cambias de estilo, esto es, si sigues obrando según tu capricho, llegarás a ser un sacerdote negligente o un religioso despreocupado.

Pero los jóvenes del Oratorio no se contentaban con las noticias dadas a cada uno en particular. Deseaban tener más amplias explicaciones del sueño, que se les resolviesen ciertas dificultades que no habían comprendido, que se les satisficiese plenamente la curiosidad que sentían, cosas todas que les mantenía en cierto estado de nerviosismo.

Había algunos dotados de gran ingenio, inteligencia y tan listos que habrían puesto en un gran aprieto a otro que no hubiese estado tan seguro de la realidad de su relato, como el [Santo].

[San] Juan Don Bosco, por su parte, no temía caer en contradicción y en la noche del cuatro de mayo —dice la Crónica— habló dando facultad a cada uno de los alumnos para que preguntaran cuanto quisieran, pues él mismo deseaba aclarar algunas cosas referentes al sueño, que no hubieran entendido bien.

En la noche del cinco de mayo muchos manifestaron sus dificultades.

—En primer lugar: ¿qué representa la noche?, preguntaron algunos.

[San] Juan Don Bosco respondió:

—La noche representa la muerte que se acerca: Venit nox quando nemo potest operari, ha dicho Nuestro Señor.

Los jóvenes entendieron que estaban próximos los últimos días del buen padre y, después de unos minutos de penoso silencio, requirieron de él que les dijera los medios que tenían que poner en práctica para que aquella noche se alejase lo más posible.

Hay dos medios para conseguirlo —replicó [San] Juan Don Bosco—. El primero sería no tener más esta clase de sueños, pues me arruinan extraordinariamente la salud. Y el segundo, que los empedernidos en el mal no obligaran en cierta manera al Señor a obrar de una forma violenta para librarlos del pecado.

—Y los higos y las uvas, ¿qué simbolizan?

—Las uvas y los higos, que en parte estaban maduros y en parte no, quiere decir que algunos hechos que precedieron a la noche se cumplieron ya y que otros se cumplirán. A su tiempo les diré cuáles son los hechos ya cumplidos. Los higos indican grandes acontecimientos que tendrán lugar muy pronto en el Oratorio. A este respecto tendría muchas cosas que decirles, pero no es conveniente que se las comunique por ahora, lo haré más adelante. Les puedo añadir que los higos, como símbolo de los jóvenes, pueden significar también dos cosas: o maduros por haberse ofrecido a Dios en el sagrado ministerio, o maduros para ofrecerse a Dios en la eternidad.

Séanos permitido —comenta Don Lemoyne— exponer una idea nuestra personal, a saber, que entre los higos ciertamente habría algunos amargos al paladar, por eso [San] Juan Don Bosco no los quiso escoger aunque se excusase de hacerlo aduciendo un pretexto diferente.

Que el Valle de Valcappone representase el Oratorio nos parece muy lógico, pues en él tuvo origen, o al menos en la región en que está enclavado, la Obra de [San] Juan Don Bosco. Lo mismo representan el carro del hermano José que fue siempre un generoso bienhechor del siervo de Dios y la rueda con la lente a través de la cual el siervo de Dios vio todo lo anteriormente descrito.
****

Los alumnos continuaron haciendo sus preguntas.
****

Prosigue Don Ruffino:

—¿Y los que tenían los monos sobre las espaldas, qué quiere decir?

—Representa —respondió [San] Juan Don Bosco— el demonio de la deshonestidad. Este demonio, cuando quiere arrojarse encima de alguno, no se presenta por delante, sino por la espalda, esto es, oculta la fealdad del pecado, no la deja ver, lo hace aparecer como cosa de nada. Estos monos gigantescos aprietan el cuello de sus víctimas, ahogando la palabra cuando los tales desgraciados quisieran confesarse. Aquellos infelices tenían ios ojos desorbitados para indicar que, quien es victima de este pecado, no puede ver las cosas del cielo. Mis queridos jóvenes: No olviden aquellas tres palabras: Labor, sudor, fervor, y podrán alcanzar la más completa victoria sobre todos los demonios que les vengan a tentar contra la virtud de la modestia.

—¡Y qué medios hay para quitar el candado de la boca?

[San] Juan Don Bosco respondió las misma palabras que le había dicho aquel amigo misterioso: Auferatur

superbia de cordibus eorum.

Le hicieron otras preguntas respecto el trabajo que cada uno realizaba, pidiéndole las correspondientes explicaciones:

—¿Qué más nos puede decir sobre el campo de trigo?

—Los que en el trabajan son ios llamados al estado eclesiástico; de forma que sé quién se hará sacerdote y quién no. Mas no piensen que los que estaban cavando eran los excluidos absolutamente del ministerio. ¡Oh, no! Vi a algunos artesanos segar el trigo con los demás. A los tales los reconocí y los dedicaré a estudiar. Algún otro iba a coger la hoz, pero el que las distribuía no se la quiso dar, porque le faltaba alguna virtud. Si la adquiere, el Señor le llamará si no se hace indigno de la vocación. Pero, tanto los que cavaban como los que segaban, cumplían la voluntad de Dios y estaban en el camino de la salvación.

—¿Qué significaban los bocados de comida y las flores?

—Había quienes iban al campo y deseaban segar, pero Provera no les quería proporcionar la herramienta, porque no estaban aún capacitados para trabajar y, en cambio, les decía:

—A ti te falta una flor. O bien: te faltan dos flores. Debes tomar todavía un par de bocados.

Estas flores simbolizaban, bien la virtud de la caridad, bien la virtud de la humildad, bien la pureza. Los bocados de alimento significan el estudio y la piedad. Al oír esto, los jóvenes iban a coger las flores indicadas o a comer los

bocados que les habían dicho y después volvían en busca de la hoz.

También le preguntaron sobre las escenas que había visto cada vez que daba diez vueltas a la rueda, relacionadas con el desarrollo de la Pía Sociedad.

[San] Juan Don Bosco respondió:

—Un largo intervalo de tiempo separaba a cada diez vueltas de la rueda, para que yo pudiera examinar tranquilamente todos los detalles de las escenas que se ofrecían a mi vista. Desde el principio, después de las primeras vueltas, contemplé a la Congregación ya formada y bien ordenada y a un buen número de hermanos y de jóvenes ocupando las distintas casas. Al sucederse las vueltas, apreciaba vez por vez un nuevo espectáculo. Ya no veía a muchos de los que había contemplado anteriormente; después aparecían otros individuos para mi completamente desconocidos, y los que una vez viera jóvenes, los veía más tarde viejos y decrépitos. El número de los muchachos crecía cada vez de una manera más rápida y desorbitada.

Los alumnos le recordaron también que el personaje del sueño le había dicho:

—Verás cosas que te servirán de consuelo y otras que te llenarán de angustia. Por eso le preguntaron si a cada diez vueltas había visto a sus hijos en la misma condición, en el mismo oficio, siguiendo una misma línea de conducta o si habían cambiado a peor en las escenas sucesivas. [San] Juan Don Bosco no quiso decirlo; con todo, exclamó:

—Causa pena y llena el alma de desolación el ver las

muchas vicisitudes a que uno ha de someterse en el curso de la vida. Les aseguro que si en mi juventud hubiera previsto las peripecias que habría tenido que soportar desde hace algunos años a esta parte, me habría dejado ganar por la desanimación.

Los alumnos se mostraban también maravillados por el número de casas y colegios que el [Santo] aseguró tendría en el futuro, ya que al presente sólo contaba con el Oratorio de Valdocco. Pero el buen padre repetía:

—¡Ya verán, ya verán!

[San] Juan Don Bosco hablaba de esta forma tan familiar a toda la comunidad, pero se reservó algunas cosas para decirlas solamente a sus clérigos. En efecto, les manifestó que entre los que estaban trabajando en el campo de trigo, había visto a dos que llegarían a ser obispos. Esta noticia cundió por el Oratorio en un abrir y cerrar de ojos. Los alumnos comenzaron a hacer cabalas, intentando adivinar los nombres de los candidatos. [San] Juan Don Bosco no había querido ser más explícito, mientras ios muchachos pasaban revista a los nombres de todos los clérigos. Al fin se pusieron de acuerdo en que el primer obispo sería el clérigo Juan Cagliero, y manifestaron sus sospechas de que el segundo fuese Pablo Albera. Estas voces corrieron por la casa durante mucho tiempo. Hasta aquí Don Ruffino.

Nosotros podemos añadir que nadie pensó en el estudiante Santiago Costamagna, ni sospechó lo más mínimo que a él le reservaba el Señor una mitra.

[San] Juan Don Bosco, entretanto —continúa la Crónica— dijo que pondría a estudiar a algunas artesanos

que había visto segando o recogiendo espigas en el campo, y, en efecto, desde el día que contó el sueño el joven artesano Craverio comenzó a estudiar. Otro artesano, a la sazón encuadernador, pasó también a la sección de los estudiantes.

El [Santo] no dio a conocer su nombre.

El cuarto fue un alumno que había entrado en el Oratorio como artesano y que estaba aprendiendo el oficio de sastre; a este lo vio [San] Juan Don Bosco en el sueño arrancando la hierba nociva. El mismo joven manifestó confidencialmente al clérigo Ruffino que su conducta pasada había dejado algo que desear, pero que en poco tiempo demostró tal espíritu de piedad que fue propuesto como modelo y se le vio practicar actos de virtud difíciles de olvidar, sobresaliendo especialmente por su profunda humildad. Estando en los estudiantes sucedió por dos veces que habiendo otro joven que llevaba el mismo nombre, en la nota semanal del estudio, por error del encargado, recibió un bene y un fere optime. Cuando se dan estas casos de equivocación, sucede casi siempre que los jóvenes, incluso los mejores, suelen reclamar contra la injusticia involuntaria, y si no se lamentan, al menos procuran hacer reconocer su inocencia y la rectificación de la nota.

Pero nuestro jovencito, sin inmutarse por nada, a los que le manifestaban su extrañeza, pues el error había sido manifiesto, induciéndole, por tanto, a reclamar, les decía simplemente:

—¡Me lo mereceré!

Y nada hizo para que se rectificase aquella nota;

estando dispuesto a someterse a la privación del premio prometido a quienes a largo del año hubiesen sacado óptime todas las semanas.

Como complemento de cuanto nos brindan las Memorias Biográficas y ias Crónicas particulares sobre el sueño que acabamos de exponer, ofrecemos a continuación algunos datos biográficos sobre los personajes más importantes que intervienen en él.

El profesor Oreglia, de San Esteban, profesó en la Sociedad Salesiana el 14 de mayo de 1862. Habiendo hecho los Ejercicios Espirituales según el método Ignaciano en 1860, abrazó el estado religioso, permaneciendo con [San] Juan Don Bosco hasta 1869, en que entró en la Compañía de Jesús.

Don Francisco Provera, natural de Mirabello, entró en el Oratorio el 14 de octubre de 1858. [San] Juan Don Bosco, al recibirle entre sus jóvenes, exclamó: "El Señor nos ha mandado otro [Santo] Domingo Savio".

El año que tuvo lugar el sueño de la rueda era simple clérigo, ocupando el cargo de Consejero del Capítulo Superior dos años antes de su muerte, ocurrida el 13 de abril de 1874.

Figura destacada en el campo literario fue el clérigo Juan Francesia. Emitió su primera profesión el 14 de mayo de 1862. Al erigirse las tres primeras inspectorías de ia Congregación, Don Francesia se encargó de ia Piamontesa, permaneciendo en el cargo de Inspector durante veinticuatro años.

El 29 de octubre de 1865 fue nombrado Director

Espiritual de la Congregación. Murió el 17 de enero de 1930, a la edad de noventa y un años. Asistió, en 1929, a la Beatificación de [San] Juan Don Bosco. Y en esa ocasión varios Antiguos Alumnos, colombianos y argentinos especialmente, le presentaron varios retratos del Beato, rogándole les dijera cuál era el más parecido. El se decidió por el de Rollini. Y, entretanto, se cumplía al pie de la letra el pronóstico de cómo lo había visto en el Sueño. El Cardenal Cagliero había muerto poco antes.

Don Francisco Cerrutti entró en el Oratoria de Valdocco el 11 de noviembre de 1856 hizo los votos perpetuos en manos de [Beato] Miguel Don Rúa el 11 de enero de 1886. Fue Prefecto General de la Congregación desde el 7 *de noviembre de 1886. Murió en Alasio el 25 de marzo de 1917, a los setenta y tres años de edad. Estuvo dotado de extraordinaria cultura* y *esclarecido ingenio.*

Don José Bongiovani ingresó en el Oratorio en 1854; fue contemporáneo de [Santo] Domingo Savio, con el que trabó estrecha amistad. Fue, además, uno de los primeros en dar su nombre a la Compañía de la Inmaculada, siendo fundador de la del Santísimo Sacramento y del Clero Infantil. Ordenado sacerdote, murió a la temprana edad de treinta y tres años.

Don Domingo Belmonte nació en Genola el siete de septiembre de 1843, ingresando en el Oratorio a ios diecisiete años de edad. Hizo la profesión perpetua el 29 de octubre de 1871. Al celebrarse el IV Capítulo General de la Congregación Salesiana sucedió a [Beato] Miguel Don Rúa en el cargo de Prefecto General el 1º de octubre de 1871. Murió el 18 de febrero de 1901.

Don Pablo Albera fue recibido por el mismo [San] Juan Don Bosco en el Oratorio, a la edad de trece años. Sucedió

a Don Francesia en el cargo de Director Espiritual de la Congregación en 1869. En el año 1892 es elegido Catequista General, visitando las Casas de América desde el 1900 al 1903. En 1910 es nombrado segundo sucesor de [San] Juan Don Bosco, visitando las Casas de Europa de 1911 a 1915.

Ocupando el cargo de Rector Mayor, fue elevado a la Púrpura Cardenalicia Mons. Cagliero.

LAS DOS CASAS

SUEÑO 31 .—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, pág. 947)

En él mes de mayo de 1861 se hizo una vez más palpable la protección de María Auxiliadora sobre el Oratorio.

Carlos Buzzetti estaba ultimando las últimas construcciones que le habían sido confiadas y llevaba los trabajos con tal rapidez que, en el mes de noviembre, las obras estaban terminadas. Con todo, había que dar los últimos retoques al subterránea que serviría de cantina; estando en estos trabajos, uno de los arcos cedió. Era pleno día y los albañiles estaban quitando la armadura del mismo. Uno de los obreros quedó suspendido en el aire por un travesaño, pero deslizándose sobre el mismo pudo llegar al vano de una ventana. Otro quedó sostenido por un trozo de arco que no llegó a desprenderse. Un tercero estuvo a punto de ser alcanzado por una viga, pero esta, al caer, quedó apoyada en el muro a poca distancia del afortunado. El cuarto quedó sepultado bajo un montón de escombros. Al oír el ruido producido por el derrumbamiento acudió

personal de todas partes de la casa. Se temía que uno de los albañiles estuviese malherido o muerto bajo el peso de los ladrillos. Con gran inquietud se comenzó el desescombro. ¡Gracia singular de María! El obrero fue extraído sin herida grave alguna. Las pocas contusione sufridas desaparecieron pronto y su salud no sufrió quebranto alguno.

Según cuenta Anfossi, también [San] Juan Don Bosco al oír lo ocurrido acudió inmediatamente, pero al encontrarse con Buzzetti; que venía a comunicarle que no había sucedido desgracia alguna, sonriendo, según su costumbre, dijo:

—El demonio ha querido meter el rabo una vez más, pero ¡adelante!, nada hay que temer.

Algunas noches después de este incidente, [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño que le recordó otro habido en 1856 cuando se derrumbó parte del edificio en construcción.
****

Le pareció encontrarse en su habitación preocupado por aquella catástrofe, cuando vio entrar al Canónigo Gastaldi, que le dijo:

—No se aflija porque se le haya caído la casa.

[San] Juan Don Bosco lo miró fijamente, extrañado de aquellas palabras, y el canónigo, después de mirarle a él, continuó:

—No se aflija porque se le haya caído la casa; surgirán dos: una para los sanos y otra para los enfermos.
****

El [Santo] recordó siempre este sueño y esta promesa,

persuadido de que con el tiempo se levantaría cerca del Oratorio una Casa hospital, grande o pequeña, no importa, provista de todo lo necesario para atender a los salesianos y a ios alumnos enfermos.

Carlos Buzzetti comenzó a frecuentar el Oratorio en 1842, era entonces peón de albañil y con el tiempo llegaría a ser maestro de obras.

Era natural de Caronno Ghiringhello y en ese mismo tiempo llevó a su hermano José a Turín para que aprendiese también el oficio de albañil; pero el muchacho se aficionó tanto con [San] Juan Don Bosco y a su Oratorio que, a veces, prefería quedarse con el [Santo] en vez de ir a pasar los primeros días del invierno con su familia, como hacían sus hermanos y sus amigos.

El Canónigo Gastaldi nació en Turín ei mismo año que [San] Juan Don Bosco. Habiendo sido elevado a la Sede Arzobispal de San Máximo a propuesta del [Santo], este nombramiento fue causa de una de las más dolorosas pruebas con que la Providencia quiso acrisolar la virtud de [San] Juan Don Bosco.

Murió el 25 de marzo de 1883.

LOS DOS PINOS

SUEÑO 32.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 954-955)

Don Ruffino nos dejó consignado en su Crónica personal, entre otros, el siguiente sueño:

Por aquellos días —escribe—[San] Juan Don Bosco nos

habló así:

****

Parecióme encontrarme en Castelnuovo, en medio de unos prados, en compañía de algunos jóvenes esperando algo con qué obsequiar a [Beato] Pío Pp. IX en su fiesta onomástica, cuando he aquí que vemos venir por el aire de la parte de Buttigliera un gran pino de un grosor imponente y de una altura extraordinaria.

El pino se acercaba a nosotros en posición horizontal, después se enderezó, adoptando la vertical, osciló y pareció que iba a caer encima de los que lo contemplábamos. Asustados, quisimos huir e hicimos la señal de la cruz, cuando he aquí que soplo un viento impetuoso que transformó a aquel árbol en un temporal de relámpagos, truenos, rayos y granizo.

Poco después vimos otro pino menos grueso que el anterior, avanzando en la misma dirección, y que se colocaba encima de nosotros; después, siempre en posición horizontal, comenzó a descender. Nosotros huimos temiendo ser aplastados, mientras tanto hacíamos la señal de la cruz. El pino descendió casi a ras del suelo, permaneciendo suspendido en el aire; sólo sus ramas tocaban la tierra. Mientras estábamos observándolo, he aquí que sopló un vientecillio que lo transformó en lluvia. No comprendiendo el significado de aquel fenómeno, nos preguntábamos unos a otros:

—¿Qué quiere decir esto?

Y he aquí que uno, a quien no conocía, dijo:

—Haec est pluvia quam dabit Deus tempore suo.

Después, otro desconocido, añadió:

—Hic est pinus ad ornandum locum habitationis meae.

Y me citó el lugar de la Sagrada Escritura en el que se lee este versículo, pero no lo recuerdo.

****

Yo creo que el primer pino era símbolo de las persecuciones, de las tempestades que caen sobre aquellos que permanecen fieles a la Iglesia.

El segundo representa a la misma Iglesia, que será como lluvia fecunda y benéfica para aquellos que le sean fieles.

El siervo de Dios no añadió más explicación —continúa Don Lemoyne— y nosotros no vamos a discutir si el sueño admite o no otro sentido, limitándonos a hacer una comparación.

El pino de tamaño colosal y de un diámetro excepcional que se levanta erguido en medio de la tierra ¿no se asemeja al árbol que vio Nabucodonosor y que describe el profeta San Daniel, cuya altura llegaba al cielo, tan rico en ramas verdes y frondosas que desde lejos parecía una floresta? ¿No es símbolo de un poderío extraordinario, de una actitud de desafío y de rebelión contra Dios y de una amenaza de exterminio dirigida a sus siervos? Pero desaparece de la tierra herido por la ira del Señor: Un viento ardiente e impetuoso seca sus ramas, lo envuelve en la tempestad y lo consume con el fuego.

El pino segundo, que también era alto y esbelto, pero no en tanto grado como el anterior, representaba tal vez, no tanto a la Iglesia en general cuanto a una porción

elegida de la misma, como sería una congregación religiosa, por ejemplo, la Sociedad de San Francisco de Sales. Esto parece indicar el lugar que sirvió de escenario a este espectáculo. La posición horizontal de este árbol en contraposición con la vertical del primero, es símbolo de la humildad, virtud fundamental. El versículo a que alude [San] Juan Don Bosco es el 13 del capítulo LX de San Isaías: Gloria Libani ad te veniet, abies et buxus et pinus simul, ad ornandum locum sanctificationis meae; et locum pedum meorum glorificabo.

EL PAÑUELO DE LA VIRGEN

SUEÑO 33.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 972-975)

En la noche del 18 de junio, [San] Juan Don Bosco contó a los jóvenes la siguiente historia o sueño, como lo definió en otra ocasión. Su forma de narrar era siempre tal que bien pudo decir el clérigo Ruffino al recordarla lo que Baruch de las visiones de San Jeremías: «Pronunciaba con la boca estas palabras como si las estuviese leyendo y yo las escribía en el libro con la tinta» (Baruch XXXVI).

[San] Juan Don Bosco, pues, habló así:

«Era la noche del 14 al 15 de junio. Después que me hube acostado, apenas había comenzado a dormirme, siento un gran golpe en la cabecera, algo así como si alguien diese en ella con un bastón. Me incorporé rápidamente y me acordé de seguida del rayo; miré hacia una y otra parte y nada vi. Por eso, persuadido de que había sido una ilusión y de que nada había de real en todo aquello, volví a acostarme.

Pero apenas había comenzado a conciliar el sueño cuando, he aquí que el ruido de un segundo golpe hiere mis oídos despertándome de nuevo. Me incorporo otra vez, bajo del lecho, busco, observo debajo de la cama y de la mesa de trabajo, escudriño los rincones de la habitación; pero nada vi.

Entonces, me puse en las manos del Señor, tomé agua bendita y me volví a acostar. Fue entonces cuando mi imaginación, yendo de una parte a otra, vio lo que ahora os voy a contar.

Me pareció encontrarme en el pulpito de nuestra iglesia dispuesto a comenzar una plática. Los jóvenes estaban todos sentados en sus sitios con la mirada fija en mí, esperando con toda atención que yo les hablase. Mas yo no sabía de qué tema tratar o cómo comenzar el sermón. Por más esfuerzos de memoria que hacía, esta permanecía en un estado de completa pasividad. Así estuve por espacio de un poco de tiempo, confundido y angustiado, no habiéndome ocurrido cosa semejante en tantos años de predicación. Mas, he aquí que poco después veo la iglesia convertida en un gran valle. Yo buscaba con la vista los muros de la misma y no los veía como tampoco a ningún joven. Yo estaba fuera de mí por la admiración, sin saberme explicar aquel cambio de escena.

—Pero ¿qué significa todo esto?, —me dije a mí mismo—. Hace un momento estaba en el pulpito y ahora me encuentro en este valle. ¿Es que sueño? ¿Qué hago?

Entonces me decidí a caminar por aquel valle. Mientras lo recorría busqué a alguien a quien manifestarle mi extrañeza y pedirle al mismo tiempo alguna explicación.

Pronto vi ante mí un hermoso palacio con grandes balcones y amplias terrazas o como se quieran llamar, que formaban un conjunto admirable. Delante del palacio se extendía una plaza. En un ángulo de ella, a la derecha, descubrí un gran número de jóvenes agrupados, los cuales rodeaban a una Señora que estaba entregando un pañuelo a cada uno de ellos.

Aquellos jóvenes, después de recibir el pañuelo subían y se disponían en fila uno detrás de otro en la terraza que estaba cercada por una balaustrada.

Yo también me acerqué a la Señora y pude oír que en el momento de entregar los pañuelos, decía a todos y a cada uno de los jóvenes estas palabras:

—No lo abran cuando sople el viento, y si este los sorprende mientras lo están extendiendo, vuélvanse inmediatamente hacia la derecha, nunca a la izquierda.

Yo observaba a todos aquellos jóvenes, pero por el momento no conocí a ninguno. Terminada la distribución de los pañuelos, cuando todos los muchachos estuvieron en la terraza, formaron unos detrás de otros una larga fila, permaneciendo derechos sin decir una palabra. Yo continué observando y vi a un joven que comenzaba a sacar su pañuelo extendiéndolo; después comprobé cómo también los demás jóvenes iban sacando poco a poco los suyos y los desdoblaban, hasta que todos tuvieron el pañuelo extendido. Eran los pañuelos muy anchos, bordados en oro con unas labores de elevadísimo precio y se leían en ellos estas palabras, también bordadas en oro: *Regina virtutum.* Cuando he aquí que del septentrión, esto es, de la izquierda, comenzó a soplar suavemente un poco de aire, que fue arreciando cada vez más hasta convertirse en un

viento impetuoso. Apenas comenzó a soplar este viento, vi que algunos jóvenes doblaban el pañuelo y lo guardaban; otros se volvían del lado derecho. Pero una parte permaneció impasible con el pañuelo desplegado. Cuando el viento se hizo más impetuoso comenzó a aparecer y a extenderse una nube que pronto cubrió todo el cielo. Seguidamente se desencadenó un furioso temporal, oyéndose el fragoroso rodar del trueno; después comenzó a caer granizo, a llover y finalmente a nevar.

Entretanto, muchos jóvenes permanecían con el pañuelo extendido, y el granizo, cayendo sobre él, lo agujereaba traspasándolo de parte a parte; el mismo efecto producía la lluvia, cuyas gotas parecía que tuviesen punta; el mismo daño causaban los copos de nieve. En un momento todos aquellos pañuelos quedaron estropeados y acribillados perdiendo toda su hermosura.

Este hecho despertó en mí tal estupor que no sabía qué explicación dar a lo que había visto. Lo peor fue que habiéndome acercado a aquellos jóvenes a los cuales no había conocido antes, ahora, al mirarlos con mayor atención, los reconocí a todos distintamente. Eran mis jóvenes del Oratorio. Aproximándome aún más, les pregunté:
—¿Qué haces tú aquí? ¿Eres tú fulano?

—Sí, aquí estoy. Mire, también está fulano, y el otro y el otro.

Fui entonces adonde estaba la Señora que distribuía los pañuelos; cerca de Ella había algunos hombres a los cuales dije:

—¿Qué significa todo esto?

La Señora, volviéndose a mí, me contestó:

—¿No leíste lo que estaba escrito en aquellos pañuelos?

—Sí: *Regina virtutem.*

—¿No sabes por qué?

—Sí que lo sé.

—Pues bien, aquéllos jóvenes expusieron la virtud de la pureza al viento de las tentaciones. Los primeros, apenas se dieron cuenta del peligro huyeron, son los que guardaron el pañuelo; otros, sorprendidos y no habiendo tenido tiempo de guardarlo, se volvieron a la derecha; son los que en el peligro recurren al Señor volviendo la espalda al enemigo. Otros, permanecieron con el pañuelo extendido ante el ímpetu de la tentación que les hizo caer en el pecado.

Ante semejante espectáculo me sentí profundamente abatido y estaba para dejarme llevar de la desesperación al comprobar cuan pocos eran los que habían conservado la bella virtud, cuando prorrumpí en un doloroso llanto.
Después de haberme serenado un tanto, proseguí:

—Pero ¿cómo es que los pañuelos fueron agujereados no sólo por la tempestad, sino también por la lluvia y por la nieve? ¿Las gotas de agua y los copos de nieve no indican acaso los pecados pequeños, o sea, las faltas veniales?

—Pero ¿no sabes que en esto *non datur parvitas materiae?* Con todo, no te aflijas tanto, ven a ver.

Uno de aquellos hombres avanzó entonces hacia el balcón, hizo una señal con la mano a los jóvenes y gritó:

—¡A la derecha!

Casi todos los muchachos se volvieron a la derecha, pero algunos no se movieron de su sitio y su pañuelo terminó por quedar completamente destrozado. Entonces vi el pañuelo de los que se habían vuelto hacia la derecha disminuir de tamaño, con zurcidos y remiendos, pero sin agujero alguno. Con todo, estaban en tan deplorable estado que daba compasión el verlos; habían perdido su forma regular. Unos medían tres palmos, otros dos, otros uno.

La Señora añadió:

—Estos son los que tuvieron la desgracia de perder la bella virtud, pero remedian sus caídas con la confesión. Los que no se movieron son los que continúan en pecado y, tal vez, tal vez, caminan irremediablemente a su perdición.

Al fin, dijo: *Nemini dicito, sed tantum ádmone.*
****

La desgracia a que alude [San] Juan Don Bosco en el sueño es el rayo que cayó en el dormitorio de San Luis del Oratorio, en el que descansaban unos sesenta jóvenes artesanos, en ia noche del 15 de mayo de 1851.

LAS DISTRACCIONES DE LA IGLESIA

SUEÑO 34.—AÑO DE 1861.

(M. B. Tomo VI, págs. 1060-1061)

En la noche del 24 de noviembre de 1861, según refiere Don Ruffino. [San] Juan Don Bosco contó un sueño o apólogo, comenzando así:
****

Los sueños se tienen durmiendo; por tanto, yo estaba durmiendo. Mi imaginación me llevó a la iglesia donde estaban reunidos todos los jóvenes. Comenzó la Misa y he aquí que vi a muchos criados vestidos de rojo y con cuernos, esto es, a numerosos diablillos que daban vueltas entre los jóvenes como ofreciéndoles sus servicios.

A unos le presentaban el trompo; delante de otros la hacían bailar; a éste le ofrecían un libro, a aquél castañas asadas. A quién, un plato de ensalada o un baúl abierto en el que había guardado un trozo de mortadela; a algunos le sugerían el recuerdo del pueblo natal, a otros les susurraban al oído las incidencias del último partido de juego, etcétera, etcétera.

Algunos eran invitados con los hechos a tocar el piano, los cuales accedían a la invitación; a otros le llevaban el compás de la música; en suma, cada joven tenía su propio sirviente que le invitaba a realizar actos ajenos a la iglesia. Algunos diablillos estaban también encaramados sobre las espaldas de ciertos jóvenes y se entretenían en acariciarles y lisarles los cabellos con las manos.

Llegó el momento de la Consagración. Al toque de la campanilla todos los jóvenes se arrodillaron desapareciendo los diablillos, a excepción de los que estaban sóbre los hombros de sus víctimas. Unos y otros volvieron la cara hacia la puerta de la iglesia sin hacer acto alguno externo de adoración.

Terminada la Elevación, he aquí que se vuelve a

repetir la escena anterior, reanudándose los pasatiempos y volviendo a desempeñar cada criado su papel.

****

Si quieren que les dé una explicación de este sueño, hela aquí: creo que en él están representadas las diversas distracciones a las que, por sugestión del demonio está expuesto cada joven en la iglesia. Los que no desaparecieron en el momento de ia Elevación, simboliza a los jóvenes víctimas del pecado. Estos no necesitan que el demonio les presente motivos de distracción, porque ya le pertenecen; por eso, el enemigo les acaricia, lo que quiere decir que sus víctimas son incapaces de hacer oración.

LOS JUGADORES

SUEÑO 35.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 50-51)

En el Oratorio estaba ordenado que el dinero enviado por los padres de los alumnos fuese entregado al Prefecto, el cual lo administraría prudentemente según las necesidades y deseos de sus dueños respectivos. Medida muy razonable para evitar numerosos desórdenes.

He aquí lo que leemos en la Crónica de Don Bonetti: El día 31 de enero, paseaba [San] Juan Don Bosco después del almuerzo bajo los pórticos, con algunos jóvenes, cuando de repente se detuvo y llamando al Diácono Juan Cagliero le dijo en voz baja:

—Oigo sonido de dinero y no sé dónde se está jugando. Ve y busca a estos tres jóvenes —y les dijo sus nombres— y los encontrarás jugando.

—Inmediatamente comencé a hacer lo que me había sido indicado --- prosigue el mismo Cagliero—, buscando por una parte y otra, sin lograr localizar a los muchachos que [San] Juan Don Bosco me había indicado; cuando he aquí que veo ante mí a uno de los tres.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde te habías escondido, pues hace mucho tiempo que te estoy buscando sin poderte encontrar?

—Estaba en tal y en tal lugar.

—¿Y qué hacías allí?

—Jugaba a los dados. * *—¿Con quién?*

—Con **N y** *con R.*

—Estabas jugando dinero, ¿verdad?

El joven dijo alguna palabra de excusa sin negar que, en efecto, había estado jugando dinero.

Entonces me dirigí al lugar que me había indicado, que era muy escondido, pero no encontré a los otros dos. Continué buscando y llegué a saber con toda exactitud que los tales, diez minutos antes, habían estado jugándose acaloradamente una buena cantidad.

Seguidamente fui a comunicar a [San] Juan Don Bosco el resultado de mi gestión.
****

El [Santo] contó que la noche precedente había visto durante el sueño a aquellos tres jóvenes jugando apasionadamente el dinero.

PREDICCIÓN DE UNA MUERTE

SUEÑO 36.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 123-125)

Escribe Don Bonetti:

«El 21 de marzo por la noche, [San] Juan Don Bosco subió a su pequeña tribuna para dar las buenas noches a los jóvenes. Después de hacer una breve pausa, como para tomar aliento, comenzó:

****

Tengo que contarles un sueño. Figúrense la hora del recreo en el Oratorio en la que se oyen animadísimos gritos de júbilo por todas partes. Me parecía estar apoyado en la ventana de mi habitación observando a mis jóvenes, que iban y venían por el patio y se divertían alegremente jugando, corriendo y saltando.

Cuando de pronto oí un gran estrépito a la entrada de la portería y dirigiendo allá la mirada vi entrar en el patio a un personaje, de elevada estatura, de frente espaciosa, con los ojos extrañamente hundidos, larga barba y unos cabellos también blancos y ralos que desde la cabeza calva le caían sobre los hombros. Apareció envuelto además en un lienzo fúnebre que apretaba contra el cuerpo con la mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba una antorcha de una llama de un color azul oscuro. Este personaje caminaba lentamente, con gravedad. A veces se detenía y con la cabeza y el cuerpo inclinado miraba a su alrededor como si buscase algo que se le hubiese perdido.

En esta actitud recorrió el patio dando algunas vueltas

y pasando por entre los jóvenes que continuaban su recreo. Yo me encontraba estupefacto, pues no sabía quién fuese, por lo que no le quitaba la vista de encima.

Al llegar al sitio por donde ahora se entra en el taller de carpintería, se detuvo delante de un joven que estaba para lanzarse contra otro del bando contrario de la partida de marro y extendiendo su largo brazo acercó la tea a la cara del muchacho.

—Este es— dijo, e inclinó y levantó dos o tres veces la cabeza.

Sin más, lo detuvo en aquel ángulo y le presentó un papelito que sacó de entre los pliegues del manto.

El joven tomó el billetito, lo desdobló y comenzó a leer mientras cambiaba de color, quedándose completamente pálido y preguntando seguidamente:

—¿Cuándo? ¿Pronto o tarde?

Y el viejo, con voz sepulcral, le replicó:

—Ven. Ya ha sonado la hora para ti.
—¿Puedo al menos continuar el juego?

—Aun durante el juego puedes ser sorprendido.

Con esto aludía a una muerte repentina.

Tal joven temblaba, quería hablar, excusarse, pero no podía.

Entonces el espectro, dejando caer una punta de su

manto, señaló con la mano izquierda el pórtico.

—¿Ves allí? —dijo al joven—. Aquel ataúd es para ti. Pronto, ven.

Se veía la caja mortuoria colocada en el centro del portal que da entrada a la huerta.

—No estoy preparado; soy aún demasiado joven— gritaba el muchacho.

Pero el otro, sin proferir una palabra más, salió de prisa del Oratorio, de forma más precipitada de la que había entrado.

Cuando se ausentó el espectro y mientras pensaba yo quién pudiera ser, me desperté».

****

«De lo que les acabo de decir pueden deducir que uno de vosotros debe prepararse, porque el Señor le llamará muy pronto a la eternidad.

Yo, que contemplé aquella escena, sé quién es, pues lo vi cuando el espectro le presentó el papelito; está aquí presente, escuchándome, pero no diré su nombre a nadie hasta que haya muerto.

Con todo, haré cuanto esté de mi parte para prepararlo a bien morir. Ahora que cada uno reflexione, pues a lo mejor mientras se va repitiendo: tal vez sea fulano, le podría tocara quien esto dice.

Yo les he dicho ya las cosas tales y como son, pues de no haberlo hecho, el Señor podría pedirme cuenta el día de mañana diciéndome:

—¡Perro! ¿Por qué no ladraste a su tiempo? Que cada uno piense en ponerse bien con Dios especialmente en estos tres días que restan para la Novena de la Anunciata.

Hagamos con este fin oraciones especiales y que cada uno, en éste tiempo, rece al menos una Salve a María Santísima, por el que tiene que morir. Así al partir de esta vida se encontrará con algunos centenares de Salves que le serán de gran provecho».

Al bajar de su tribuna, algunos jóvenes le preguntaron privadamente más detalles sobre el sueño que acababa de referir, rogándole que, ya que no quería decir el nombre del que había de morir, al menos indicase si la muerte anunciada sería pronto o tarde. El siervo de Dios contestó que tal vez no pasarían dos solemnidades que comenzasen con P sin que aquel vaticinio se cumpliese.

—Podría suceder —dijo— que no pasasen ni siquiera una y que el tal muriese dentro de dos o tres semanas.

Este relato hizo estremecer a todos, pues cada uno temía ser el jovencito indicado en el sueño.

Como en otras ocasiones, la narración de [San] Juan Don Bosco causó un gran bien y *como cada uno pensaba en sus asuntos, desde el día siguiente las confesiones comenzaron a ser más numerosas que de costumbre; muchos jóvenes durante varios días asediaron a [San] Juan Don Bosco preguntándole por cuenta propia, si eran ellos los que debían morir en breve.*

Insistentes fueron ias preguntas, pero el buen padre cambiaba de conversación y *nada decía sobre el particular.*

Dos ideas quedaron fijas en la mente de todos, a saber: que la muerte sería repentina; que la predicción se verificaría antes de que se celebraran dos solemnidades que comenzaran por P, esto es: Pascua y Pentecostés. La primera caía aquel año el 20 de abril.

La expectación en el Oratorio era enorme cuando el 16 de abril —continúa la Crónica de Don Bonetti— moría en su casa el joven Luis Fornasio.

Hay algunas cosas que notar a este respecto.

Cuando [San] Juan Don Bosco dijo que uno había de morir, este joven que en un principio no era de mala conducta, comenzó a vivir como un verdadero modelo.

En los primeros días le pidió a [San] Juan Don Bosco le permitiera hacer su confesión general. El siervo de Dios no quería acceder porque la había hecho ya una vez, pero como el muchacho insistió, el buen padre determinó complacerlo.

La hizo dos o tres veces. El mismo día que pidió este favor o en la misma fecha en que comenzó su confesión, empezó a sentirse mal.

Permaneció unos días en el Oratorio algo molesto. Habiendo venido dos de sus hermanos a visitarlo y enterados de su malestar, pidieron a [San] Juan Don Bosco que dejara a Luis ir a casa durante algún tiempo.

[San] Juan Don Bosco concedió el permiso.

Aquel mismo día o el día anterior, Fornasio había terminado de hacer su confesión general, recibiendo ia Sagrada Comunión.

Fue a su casa, estuvo unos días levantado, pero después guardó cama.

La gravedad del mal se acentuó atacándole a la cabeza, privándole de la razón y *del uso de la palabra, de forma que ya no pudo ni confesar ni comulgar más.*

[San] Juan Don Bosco fue a Borgaro a visitarlo; Fornasio lo reconoció, quería hablarle pero no podía, siendo tal el sentimiento que se apoderó de él que comenzó a llorar y con él toda la familia. Al día siguiente moría.

Al saberse en el Oratorio la noticia de este fallecimiento, varios clérigos preguntaron a [San] Juan Don Bosco si Fornasio era el joven que había visto en el sueño *recibiendo el papelito de manos del espectro, y el siervo de Dios dio a entender que no era él.*

Con todo, muchos estaban convencidos de que *la profecía se había cumplido en la persona de Fornasio.*

Aquella misma noche del 16 de abril, [San] Juan Don Bosco dio a conocer a ios alumnos la triste noticia, describiendo la muerte de Luis Fomasio haciendo observar, al mismo tiempo, que aquel acontecimiento daba a todos una gran lección.

—El que tiene tiempo que no aguarde a más adelante. No nos dejemos engañar por el demonio con la esperanza de ajustar las cosas de nuestra alma en punto de muerte.

Como le preguntaran públicamente si Fornasio era ei que debía morir, respondió que por entonces no quería decir nada. Añadió, sin embargo, que era costumbre en el

Oratorio que ios jóvenes muriesen de dos en dos y que uno llamase al otro, que por eso *todos debían estar en guardia poniendo en práctica el aviso del Señor de estar preparados:* **Estote parati quia qua hora non putatis Filius hominis veniet.**

Al bajar de la tribuna dijo claramente a algún sacerdote y a un clérigo, que no era Farnasio quien en el sueño había recibido el billetito de manos del espectro.

El 17 de abril, durante el recreo después del almuerzo, [San] Juan Don Bosco se encontraba en el patio rodeado de cierto número de jóvenes, los cuales le preguntaron con interés:

—Díganos el nombre del que tiene que morir.

El siervo de Dios sonriendo hizo señal con la cabeza de que no lo diría, pero los jóvenes insistieron.

—Si *no nos lo quiere decir a nosotros, dígaselo al menos a [Beato] Miguel Don Rúa.*

[San] Juan Don Bosco seguía resistiéndose.

—Díganos al menos la inicial del nombre— presionaban algunos.

—¿Quieren saberlo? —dijo al fin—. Pues se los diré: El que recibió el papelito de manos del personaje tiene un nombre que comienza con la misma letra que el nombre de María.

Lo que [San] Juan Don Bosco acababa de decir no tardó en saberse en toda la casa.

Los jóvenes pretendían esclarecer el misterio, mas era cosa difícil, pues había más de treinta alumnos cuyo apellido comenzaba por M. No faltaron, sin embargo, los espíritus desconfiados. Había en casa un enfermo gravé llamado Luis Marchisio, de cuya curación se dudaba mucho; y, en efecto, el 18 de abril fue llevado a casa de sus familiares.

Algunos, sospechando que [San] Juan Don Bosco aludiese a Marchisio, decían: —Si es Marchisio, también yo sabría adivinar que uno tiene que morir y que su nombre comienza por la misma letra que el nombre de María.

Don Bonetti, después de rellenar en la Crónica las lagunas de los meses de marzo y abril, prosigue su narración haciendo notar la realidad de la predicción hecha por [San] Juan Don Bosco al contar el sueño del 21 de marzo.

Había pasado ya un mes de tal vaticinio, mermando en algunos la saludable impresión que las palabras del siervo de Dios habían producido en sus ánimos. Muchos, en cambio, continuaban preguntándose:

—¿Quién morirá? ¿Cuándo morirá? La primera P correspondiente a la fiesta de Pascua ha pasado.

Y he aquí que el 25 de abril muere improvisadamente de un ataque apoplético, el joven Victorio Maestro, de trece años de edad, natural de Viora, Mondoví.

Hasta el día de la predicción había gozado este joven —que era de extraordinaria virtud y encendida piedad Eucarística—, de una perfecta salud; pero desde hacía un

par de semanas padecía una fuerte afección a los ojos, quedando por la noche privado por completo de la vista, desde hacía dos o tres días padecía también un ligero dolor de estómago.

El médico le ordenó que por la mañana no se levantase con los demás, sino que descansase hasta más tarde.

[San] Juan Don Bosco, una mañana, habiéndoselo encontrado por la escalera le preguntó:

—¿Quieres ir al Paraíso?

—Sí, sí,—, *replicó Maestro.*

—Pues bien; prepárate— añadió el siervo de Dios.

El joven miró a [San] Juan Don Bosco un poco turbado, pero creyendo que hablaba en broma, reaccionó inmediatamente.

Por lo demás, el buen padre, que estaba sobre aviso, iba preparando al joven con prudentes consejos induciéndole a hacer su confesión general, después de la cual Maestro quedó contentísimo.

El 24 de abril un jovencito, al ver a Maestro sentado en un escaño de la enfermería, tuvo una singular idea y acercándose a [San] Juan Don Bosco le preguntó:

—¿Es cierto que el que se quiere morir es Maestro?

—¡Y yo qué sé! —replicó el[Santo]—, pregúntaselo a él.

El jovencito subió a la enfermería y lo preguntó a Maestro.

Este comenzó a reír y fue a pedirle a [San] Juan Don Bosco le dejase pasar unos días con la familia.

Con mucho gusto —replicó el buen padre—; pero antes de marchar es necesario que el médico extienda un certificado de tu enfermedad.

Esta respuesta sirvió de gran consuelo al joven que razonaba de esta manera:

—Tiene que morir uno en el Oratorio; si me marcho a mi casa es señal de que yo no soy; pasaré unas vacaciones más largas y volveré curado.

El viernes 25, Maestro se levantó con los demás y después de asistir a la Santa Misa, volvió a su habitación; pero sintiéndose muy cansado se acostó, manifestando antes a los compañeros su satisfacción por marchar a casa.

Entretanto a las nueve sonó la señal para la clase, y los compañeros, después de despedirse de Maestro y desearle unas felices vacaciones y un buen regreso, marcharon a sus aulas mientras el enfermo quedó solo en el dormitorio. A las diez vino a verle el enfermero para comunicarle que el médico llegaría dentro de unos instantes, que se levantara y fuera a la enfermería para hablar con él y pedirle el certificado que le había dicho [San] Juan Don Bosco.

Poco después se oyó la señal de la llegada del médico y un joven de la habitación contigua a la del muchacho, que también estaba indispuesto, se acercó a la puerta del

dormitorio de Maestro y dijo en alta voz:

—Maestro, Maestro, es hora de ir a la visita del médico

Lo llama una y otra vez y Maestro no responde. El compañero creyó que se hubiera quedado dormido.

Entonces se acercó al lecho, lo toma por un brazo, lo vuelve a llamar, lo sacude, pero todo inútil: estaba inmóvil.

Imposible explicar el espanto del compañero; inmediatamente comenzó a gritar:

—¡Maestro ha muerto, Maestro ha muerto!

Corrió a comunicar la noticia a la enfermería y el primero con quien tropezó fue con [Beato] Miguel Don Rúa, el cual aun llegó a tiempo de darle la absolución al moribundo mientras exhalaba el último suspiro, se le comunicó después la desgracia a Don Alasonatti, y yo —dice Don Bonetti—fui a llamar a [San] Juan Don Bosco.

La noticia de aquel fallecimiento se esparció como un relámpago por clases y talleres. Muchos acudieron al dormitorio y se arrodillaron ante el cadáver, rezando por el alma del difunto. Algunos esperaban que estuviese aún vivo, y se acercaron al lecho con tisanas y licores fuertes. Pero todo fue inútil. Cuando llegó [San] Juan Don Bosco apenas lo vio perdió toda esperanza: aquella vida se había apagado.

El pesar era general, especialmente porque Maestro se había ido de este mundo sin tener al lado ni un solo compañero.

[San] Juan Don Bosco, al contemplar la consternación que se había apoderado de los jóvenes, los tranquilizó sobre la salvación eterna de Maestro.

Había comulgado el miércoles, y desde la festividad de los Santos hasta la fecha había observado una conducta tal, que daba a entender que aquel jovencito estaba preparado para morir.

Clérigos y jóvenes desfilaron ante el cadáver y al llorar su muerte, reconocían que con ella se había cumplido el sueño de [San] Juan Don Bosco.

El [Santo] habló por la noche a todos de tal forma, que arrancó lágrimas de los ojos de su auditorio. Hizo resaltar cómo Dios se había llevado a dos jóvenes del Oratorio en el espacio de nueve o diez días, sin que ninguno de los dos hubiese podido recibir los auxilios de la Religión».

—¡Cuan engañados están -—exclamaba— los que dicen que ajustarán sus cuentas al fin de la vida! Pero, demos gracias al Señor que se ha dignado llamar a la eternidad a dos compañeros, los cuales, tenemos la seguridad de ello, se encontraban preparadas para este paso. ¡Cuánto mayor sería nuestro dolor si el Señor hubiese permitido que partiesen de nuestro lado otros que observan en casa una conducta poco satisfactoria!

Esta muerte fue una bendición del Señor. Durante la mañana y la noche del sábado los jóvenes pedían en gran número hacer su Confesión general. [San] Juan Don Bosco los tranquilizaba dirigiéndoles algunas palabras.

Después dijo claramente:

—A Maestro fue al que vi en el sueño recibiendo el papelito de manos del espectro. Lo que me consuela grandemente es que él, como varios me aseguraron, se acercó a los Sacramentos en la misma mañana del viernes, de forma que su muerte fue repentina, pero no imprevista.

En la mañana del domingo 27 de abril, fue conducido al cementerio el cadáver del infortunado joven.

Cuando el siervo de Dios vio en el sueño al espectro presentando el billetito a Maestro, pudo apreciar que la escena se desarrollaba delante del portón que conducía al huerto; desde allí el misterioso personaje indicó al joven el ataúd colocado debajo de dicho portón, a pocos pasos de distancia.

Cuando llegaron los empleados de pompas fúnebres, pasando por la escalera central, transportaron el féretro hacia el lugar en que [San] Juan Don Bosco había visto al espectro y a su víctima; allí los funerarios pidieron unos banquillos para colocar el ataúd, esperando al sacerdote y a ios alumnos que habían de acompañar al cadáver al cementerio.

Hemos de añadir que al llegar Don Cagliero y ver el féretro en aquel lugar, siendo así que en circunstancias análogas la costumbre había sido colocar el ataúd al final de los pórticos junto a la puerta de la escalera próxima a la iglesia, se mostró contrariado por aquella novedad, y tanto más al saber que los de la funeraria habían hecho llevar allí los banquillos que estaban colocados con anterioridad en el lugar tradicional. Por tanto Don Cagliero insistió para que la caja fuese llevada al sitio de costumbre, pero aquellos hombres después de decir algunas palabras entre dientes,

no quisieron mover el féretro de donde estaba.

En aquel instante [San] Juan Don Bosco salía de la iglesia y mirando conmovido la escena:

—¡Miren!, —dijo a Don Francesia y a algunos otros que estaban cerca de él— ¡qué coincidencia!... En el sueño vi la caja en ese mismo lugar.

Sobre este hecho nos dejó también una relación Don Segundo Merlone.

Según él, aunque ninguno de los alumnos había llegado a saber que el compañero que había de morir era Maestro, dos de la casa conocían el nombre del infortunado y algo más.

A fines de febrero murió un joven que hacía algún tiempo había salido del Oratorio. Dos clérigos veteranos, ordenados in sacris, *uno de los cuales era Don Juan Cagliero, al enterarse de lo ocurrido, una mañana al subir las escaleras* y *al encontrarse con [San] Juan Don Bosco que bajaba al patio, le anunciaron esta pérdida para él siempre doloroso. [San] Juan Don Bosco respondió:*

—No será ese solo; antes que pasen dos meses, deberán morir otros dos.
****

Y añadió los nombres.
****

Con frecuencia el siervo de Dios hacía semejantes confidencias bajo secreto, a quien sabía dotados de prudencia, para que, sin que los jóvenes indicados se dieran cuenta, fueron por ellos amigablemente estimulados a observar buena conducta, a frecuentar los Sacramentos; y

para que al mismo tiempo los vigilasen teniéndolos apartados de todo peligro.

Ambos clérigos asumieron de buena gana este encargo de aquel custodio celestial, pero al mismo tiempo, tomando un trozo de papel escribieron la profecía, la fecha en que [San] Juan Don Bosco la había anunciado, los nombres de los interesados y después firmaron. Seguidamente fueron a la Prefectura y, sellando el escrito, lo depositaron en ella para que fuese celosamente guardado.

Mons. Cagliero, cuarenta y siete años después, confirmó cuanto hemos dicho y recordaba la compasión que sintió a raíz de la revelación de [San] Juan Don Bosco, al ver a aquellos dos jovencitos correr alegremente de una parte a otra del patio entregados a sus juegos, sin sospechar lo más mínimo, sobre la muerte, aunque no desgraciada, que les estaba reservada; y el cumplimiento de la profecía en el tiempo señalado y la emoción que experimentó el mismo Prefecto cuando se quitaron los sellos al papel escrito dos meses antes.

LAS DOS COLUMNAS

SUEÑO 37.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo VIl, págs. 169-171)

>> Sigue imagen en siguiente página>>



El 26 de mayo de 1862 [San] Juan Don Bosco había prometido a sus jóvenes que les narraría algo muy agradable en los últimos días del mes.

El 30 de mayo, pues, por la noche les contó una parábola o semejanza según él quiso denominarla.

He aquí sus palabras:
****

«Les quiero contar un sueño. Es cierto que el que sueña no razona; con todo, yo que les contaría a Vosotros hasta mis pecados si no temiera que salieran huyendo asustados, o que se cayera la casa, les lo voy a contar para su bien espiritual. Este sueño lo tuve hace algunos días.

Figúrense que están conmigo a la orilla del mar, o mejor, sobre un escollo aislado, desde el cual no ven más tierra que la que tienen debajo de los pies. En toda aquella superficie líquida se ve una multitud incontable de naves dispuestas en orden de batalla, cuyas proas terminan en un afilado espolón de hierro a modo de lanza que hiere y traspasa todo aquello contra lo cual llega a chocar. Dichas naves están armadas de cañones, cargadas de fusiles y de armas de diferentes clases; de material incendiario y también de libros, y se dirigen contra otra embarcación mucho más grande y más alta, intentando clavarle el espolón, incendiarla o al menos hacerle el mayor daño posible.

A esta majestuosa nave, provista de todo, hacen escolta numerosas navecillas que de ella reciben las órdenes, realizando las oportunas maniobras para defenderse de la flota enemiga. El viento le es adverso y la agitación del mar favorece a los enemigos.

En medio de la inmensidad del mar se levantan, sobre las olas, dos robustas columnas, muy altas, poco distante la una de la otra. Sobre una de ellas campea la estatua de la Virgen Inmaculada, a cuyos pies se ve un amplio cartel con esta inscripción: *Auxilium Christianorum.*

Sobre la otra columna, que es mucho más alta y más

gruesa, hay una Hostia de tamaño proporcionado al pedestal y debajo de ella otro cartel con estas palabras: *Salus credentium.*

El comandante supremo de la nave mayor, que es el Romano Pontífice, al apreciar el furor de los enemigos y la situación apurada en que se encuentran sus leales, piensa en convocar a su alrededor a los pilotos de las naves subalternas para celebrar consejo y decidir la conducta a seguir. Todos los pilotos suben a la nave capitaneada y se congregan alrededor del Papa. Celebran consejo; pero al comprobar que el viento arrecia cada vez más y que la tempestad es cada vez más violenta, son enviados a tomar nuevamente el mando de sus naves respectivas.

Restablecida por un momento la calma, el Papa reúne por segunda vez a los pilotos, mientras la nave capitana continúa su curso; pero la borrasca se torna nuevamente espantosa.

El Pontífice empuña el timón y todos sus esfuerzos van encaminados a dirigir la nave hacia el espacio existente entre aquellas dos columnas, de cuya parte superior todo en redondo penden numerosas áncoras y gruesas argollas unidas a robustas cadenas.

Las naves enemigas dispónense todas a asaltarla, haciendo lo posible por detener su marcha y por hundirla. Unas con los escritos, otras con los libros, con materiales incendiarios de los que cuentan gran abundancia, materiales que intentan arrojar a bordo; otras con los cañones, con los fusiles, con los espolones: el combate se torna cada vez más encarnizado. Las proas enemigas chocan contra ella violentamente, pero sus esfuerzos y su ímpetu resultan inútiles. En vano reanudan el ataque y

gastan energías y municiones: la gigantesca nave prosigue segura y serena su camino.

A veces sucede que por efecto de las acometidas de que se le hace objeto, muestra en sus flancos una larga y profunda hendidura; pero apenas producido el daño, sopla un viento suave de las dos columnas y las vías de agua se cierran y las brechas desaparecen.

Disparan entretanto los cañones de los asaltantes, y al hacerlo revientan, se rompen los fusiles, lo mismo que las demás armas y espolones. Muchas naves se abren y se hunden en el mar. Entonces, los enemigos, encendidos de furor comienzan a luchar empleando el arma corta, las manos, los puños, las injurias, las blasfemias, maldiciones, y así continúa el combate.

Cuando he aquí que el Papa cae herido gravemente. Inmediatamente los que le acompañan acuden a ayudarle y le levantan. El Pontífice es herido una segunda vez, cae nuevamente y muere. Un grito de victoria y de alegría resuena entre los enemigos; sobre las cubiertas de sus naves reina un júbilo indecible. Pero apenas muerto el Pontífice, otro ocupa el puesto vacante. Los pilotos reunidos lo han elegido inmediatamente; de suerte que la noticia de la muerte del Papa llega con la de la elección de su sucesor. Los enemigos comienzan a desanimarse.

El nuevo Pontífice, venciendo y superando todos los obstáculos, guía la nave hacia las dos columnas, y al llegar al espacio comprendido entre ambas, la amarra con una cadena que pende de la proa a un áncora de la columna que ostenta la Hostia; y con otra cadena que pende de la popa la sujeta de la parte opuesta a otra áncora colgada de la columna que sirve de pedestal a la Virgen

Inmaculada. Entonces se produce una gran confusión. Todas las naves que hasta aquel momento habían luchado contra la embarcación capitaneada por el Papa, se dan a la huida, se dispersan, chocan entre sí y se destruyen mutuamente. Unas al hundirse procuran hundir a las demás. Otras navecillas que han combatido valerosamente a las órdenes del Papa, son las primeras en llegar a las columnas donde quedan amarradas.

Otras naves, que por miedo al combate se habían retirado y que se encuentran muy distantes, continúan observando prudentemente los acontecimientos, hasta que, al desaparecer en los abismos del mar los restos de las naves destruidas, bogan aceleradamente hacia las dos columnas, llegando a las cuales se aseguran a los garfios pendientes de las mismas y allí permanecen tranquilas y seguras, en compañía de la nave capitana ocupada por el Papa. En el mar reina una calma absoluta.
****

Al llegar a este punto del relato, [San] Juan Don Bosco preguntó a [Beato] Miguel Don Rúa:

—¿Qué piensas de esta narración?

[Beato] Miguel Don Rúa contestó:

—Me parece que la nave del Papa es la Iglesia de la que es Cabeza: las otras naves representan a los hombres y el mar al mundo. Los que defienden a la embarcación del Pontífice son los leales a la Santa Sede; los otros, sus enemigos, que con toda suerte de armas intentan aniquilarla. Las dos columnas salvadoras me parece que son la devoción a María Santísima y al Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

[Beato] Miguel Don Rúa no hizo referencia al Papa caído y muerto y [San] Juan Don Bosco nada dijo tampoco sobre este particular. Solamente añadió:

—Has dicho bien. Solamente habría que corregir una expresión. Las naves de los enemigos son las persecuciones. Se preparan días difíciles para ia Iglesia. Lo que hasta ahora ha sucedido es casi nada en comparación a lo que tiene que suceder. Los enemigos de la Iglesia están representados por las naves que intentan hundir la nave principal y aniquilarla si pudiesen. ¡Sólo quedan dos medios para salvarse en medio de tanto desconcierto! Devoción a María. Frecuencia de Sacramentos: Comunión frecuente, empleando todos los recursos para practicarlos nosotros y para hacerlos practicar a los demás siempre y en todo momento. ¡Buenas noches!

Las conjeturas que hicieron los jóvenes sobre este sueño fueron muchísimas, especialmente en lo referente al Papa; pero [San] Juan Don Bosco no añadió ninguna otra explicación.

Cuarenta y ocho años después —en 1907— el antiguo alumno, canónigo Don Juan Ma. Bourlot, recordaba perfectamente las palabras de [San] Juan Don Bosco.

Hemos de concluir diciendo que César Chiala y sus compañeros, consideraron este sueño como una verdadera visión o profecía, aunque [San] Juan Don Bosco al narrarlo parece que no se propuso otra cosa que, inducir a los jóvenes a rezar por la Iglesia y por ei Sumo Pontífice inculcándoles al mismo tiempo la devoción al Santísimo Sacramento y a María Santísima.

EL SACRILEGIO

SUEÑO 38.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 193-194)

En la primera semana de julio de 1862, hablando [San] Juan Don Bosco a sus sacerdotes les recomendaba una gran caridad y paciencia al confesar a los jóvenes para no perder su confianza; y al **mismo** ***tiempo les aseguraba que la prudencia necesaria y la eficacia de palabra para ganar los corazones, eran dones del Señor que se obtenían con la oración frecuente, con la más perfecta pureza de intención y con actos de penitencia y sacrificio, como hacen los confesores celosos.***

Después, siguió hablando de las confesiones sacrílegas de los jóvenes al callar de propósito cosas que se han de manifestar necesariamente y les contaba el siguiente hecho que le había sucedido a él mismo.
****

Una noche soñé y vi en el sueño a un joven que tenía el corazón roído por los gusanos y que él mismo se quitaba y arrojaba de sí aquellos animales con la mano. No hice caso del sueño. Mas he aquí que a la noche siguiente veo al mismo joven, que tenía junto a sí un perro que le mordía el corazón. No dudé de que el Señor quería conceder alguna gracia a aquel muchacho y que el pobrecito tenía algún embrollo en la conciencia.
****

«Cierto día le dije de improviso:

—¿Quieres hacerme un favor?

—Sí, sí... Si ***de mí depende.***

—-Si quieres, puedes hacérmelo.

—Pues *bien; dígame lo que desea, que lo haré.*

—¿Estás seguro?

—¡Seguro!

—Dime: *¿no has callado ningún pecado en la confesión?*

Quiso negármelo, pero inmediatamente añadí: —¿Y esto y *esto otro, por qué no lo confesaste? Entonces me miró al rostro, comenzó a llorar* y *me dijo: —Tiene usted razón: hace dos años que me quiero confesar de eso* y *dejándolo de una vez para otra no me he atrevido a hacerlo.*

Entonces lo animé y *le dije lo que tenía que hacer para ponerse en paz con Dios».*

Así habló [San] Juan Don Bosco en aquella ocasión dando sabios consejos a sus colaboradores, para que ejerciesen con éxito el difícil arte de salvar las almas; por su parte se dedicaba en cuerpo y *alma a hacer de sus jóvenes otros tantos hijos de Dios.*

EL CABALLO ROJO

SUEÑO 39.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 217-218)

Las crónicas del mes de julio relatan nuevas maravillas sobre [San] Juan Don Bosco.

Don Ruffino escribió en la suya: «1 de julio. [San] Juan

Don Bosco dijo a algunos que le rodeaban después del almuerzo:

—Este *mes tendremos que asistir a un funeral.*

En distintas ocasiones repitió lo mismo una y ***otra vez, pero siempre ante un reducido número de oyentes.***

Estas confidencias despertaban en los clérigos una gran curiosidad, de forma que, en las horas de recreo, cuando las ocupaciones se lo permitían, rodeaban al [Santo] con la esperanza de oír de sus labios alguna novedad, y ***una de ellas fue, como lo comprendieron más tarde, la intención de [San] Juan Don Bosco de fundar un instituto para atender a las niñas. En efecto, así lo consignaron por escrito Don Bonetti*** y ***Don César Chiala.***

El 6 de julio el buen padre narró a algunos de sus hijos el siguiente sueño que tuvo en la noche del 5 al 6 de dicho mes. Estaban presentes Francesia, Savio, [Beato] Miguel Rúa, Cerrutti, Fusero, Bonetti el Caballero Oreglia, Anfossi, Durando, Provera y ***algún otro.***
****

Esta noche —comenzó [San] Juan Don Bosco— tuve un sueño singular. Soñé que me encontraba con la marquesa Barolo y que paseábamos por una placita situada delante de una llanura extensísima. Veía a los jóvenes del Oratorio correr, saltar, jugar alegremente. Yo quería dar la derecha a la marquesa, pero ella me dijo: —No; quédese donde está.

Después comenzó a hablar de mis jóvenes y me decía:

—¡Es tan buena cosa que se ocupe de los jóvenes! Pero déjeme a mí el cuidado de las jóvenes; así iremos de

acuerdo. Yo le repliqué:

—Pero, dígame: ¿Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para redimir solamente a los jovencitos o también a las jovencitas?

—Sé —replicó— que nuestro Señor ha redimido a todos: niños y niñas.

—Pues bien; yo debo procurar que su sangre no se haya derramado inútilmente, tanto para las jóvenes como para los jóvenes.

Mientras estábamos ocupados en esta conversación, he aquí que entre mis jóvenes que estaban en la placita comenzó a reinar un extraño silencio. Dejaron todos sus entretenimientos y se dieron a la huida, quiénes hacia una parte, quiénes hacia otra, llenos de espanto.

La marquesa y yo detuvimos el paso y quedamos durante unos momentos inmóviles. Buscando la causa de aquel terror dimos unos pasos hacia adelante. Levanto un poco la vista y he aquí que al fondo de la llanura veo descender hasta la tierra un caballo grande... tremendamente grande... La sangre se me heló en las venas. —¿Sería como esta habitación?—, preguntó Francesia. —¡Oh, mucho más grande! —replicó [San] Juan Don Bosco—. Sería de grande y de alto como tres o cuatro veces más que este local, y más que el palacio Madama. En resumidas cuentas, que era una bestia descomunal. Mientras yo quería huir temiendo la inminencia de una catástrofe, la marquesa Barolo perdió el sentido y cayó al suelo. Yo casi no podía tenerme de pie, tanto me temblaban las rodillas. Corrí a esconderme detrás de una casa que había a mucha distancia, pero de allá me echaron

diciéndome:

—¡Márchese, márchese; aquí no tiene que venir!

Entre tanto yo me decía a mí mismo:

—¡Quién sabe qué diablo será este caballo! No huiré, me adelantaré para examinarlo más de cerca. Y aunque temblaba de pies a cabeza, me armé de valor, volví atrás y me acerqué.

—¡Ah! ¡Qué horror! ¡Aquellas orejas tiesas! ¡Aquel hocico descomunal!

A veces me parecía ver mucha gente encima de él; otras veces, que tenía alas, de forma que exclamé:

—Pero ¡esto es un demonio!

Mientras lo contemplaba, como estaba en compañía de algunos, pregunté a uno de los presentes:

—¿Qué quiere decir este enorme caballo?

El tal me respondió:

—Este es el caballo rojo: *Equus rufus,* del Apocalipsis.

Después me desperté y me encontré en la cama muy asustado y durante toda la mañana, mientras decía Misa; en el confesionario tenía delante a aquel animal.
Ahora deseo que alguno averigüe si este *"equus rufus",* se nombra verdaderamente en las Sagradas Escrituras, y cuál es su significado.
****

Y encargó a Durando de que buscase la manera de resolver el problema. [Beato] Miguel Don Rúa hizo observar que, realmente en el Apocalipsis, capítulo VI, versículo IV, se habla del caballo rojo, símbolo de ia persecución sangrienta contra la Iglesia, como explica en las notas de la Sagrada Escritura, Mons. Martini. He aquí las palabras textuaíes del libro sagrado:

Et cum aperuisset sigillum secundum, audivi secundum animal, dicens: Veni et vide. Et exivit alius equus rufus: et qui sedebat super illum datum est ei ut sumeret pacem de térra, et ut invicem se interficiant et datus est ei gladius magnus.

En el sueño de [San] Juan Don Bosco parece que el caballo representase a la democracia sectaria, que procediendo furiosamente contra ia Iglesia avanzaba alentando contra el orden social, sin detenerse ni un solo paso; se imponía a los gobiernos, en las escuelas, en los municipios, en los tribunales, anhelando realizar la obra destructora comenzada con el apoyo y *complicidad de las autoridades constituidas, en perjuicio de la sociedad religiosa* y de todo *piadoso instituto y del derecho común de propiedad.*

[San] Juan Don Bosco dijo:

—Sería necesario que todos los buenos y nosotros en nuestra pequeñez procurásemos con celo y entusiasmo poner un freno a esta bestia que irrumpe por doquier alocadamente.

¿De qué manera? Poniendo en guardia a los pueblos mediante el ejercicio de la caridad y con la buena prensa que contrarreste las falsas doctrinas de semejante monstruo, orientando el pensamiento de los pueblos y *los*

corazones hacia la Cátedra de Pedro. En ella está el fundamento indudable de toda autoridad que procede de Dios, la llave maestra que conserva todo orden social; el código inmutable de los deberes y los derechos de los hombres; la luz divina que disipa los errores de las más enconadas pasiones; aquí el fiel guardián y el defensor poderoso de la moral evangélica y de la ley natural; aquí la confirmación de la sanción inmutable de los premios eternos reservados a quienes observan la ley del Señor y las penas igualmente eternas para los transgresores de la misma.

Pero la Iglesia, la Cátedra de San Pedro y el Papa, son una misma cosa. Por tanto, para que estas verdades fuesen acatadas por todos, [San] Juan Don Bosco quería que se hiciesen toda suerte de esfuerzos por deshacer las calumnias contra el Pontificado y que se diesen a conocer los inmensos beneficios que Roma reporta a la vida social y se procurase avivar en todos los corazones, sentimientos de gratitud, fidelidad y amor hacia la Cátedra de Pedro.

LA SERPIENTE Y EL AVE MARÍA

SUEÑO 40.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 238-239)

En su crónica particular escribe Don Provera en fecha correspondiente a la última semana de agosto:

«[San] Juan Don Bosco tuvo una nueva prueba de los continuos asaltos promovidos por el demonio contra las almas, de los perjuicios que ocasiona, de la necesidad de emplearse en continuas batallas para rechazarlo y arrancarle sus víctimas. Militia est vita hominum super

terram.

Un centenar de alumnos habían regresado de casa para prepararse, después de los exámenes de reparación, al nuevo curso escolar.

El 20 de agosto de 1862, después de rezadas las oraciones de la noche y de dar algunos avisos relacionados con el orden de la casa, el buen padre dijo:

Quiero contarles un sueño que tuve hace algunas noches.

Tal vez se trata de la noche precedente a la festividad de la Asunción —observa Don Lemoyne—.
****

Soñé que me encontraba en compañía de todos los jóvenes en Castelnuovo de Asti, en casa de mi hermano. Mientras todos hacían recreo, viene hacia mí un desconocido y me invita a acompañarle. Le seguí y me condujo a un prado próximo al patio y allí me indicó entre la hierba una enorme serpiente de siete u ocho metros de longitud y de un grosor extraordinario. Horrorizado al contemplarla, quise huir.

—No, no, —me dijo mi acompañante—; no huya; venga conmigo.

—¡Ah!, —exclamé—, no soy tan necio como para exponerme a un tal peligro.

—Entonces —continuó mi acompañante—, aguarde aquí.

Y seguidamente fue en busca de una cuerda y con ella

en la mano volvió nuevamente junto a mí y me dijo:

—Tome esta cuerda por una punta y sujételа bien; yo cogeré el otro extremo y me pondré en la parte opuesta y así la mantendremos suspendida sobre la serpiente.

—¿Y después?

—Después se la dejaremos caer sobre la espina dorsal.

—¡Ah! No; por caridad. Pues ¡ay de nosotros si lo hacemos! La serpiente saltará enfurecida y nos despedazará.

—No, no; déjeme a mi —añadió el desconocido—, yo sé lo que me hago.

—De ninguna manera; no quiero hacer una experiencia que me puede costar la vida.

Y ya me disponía a huir, cuando el tal insistió de nuevo, asegurándome que no había nada que temer; y tanto me dijo que me quedé donde estaba dispuesto a hacer lo que me decía.

El, entretanto, pasó del lado de allá del monstruo, levantó la cuerda y con ella dio un latigazo sobre el lomo del animal. La serpiente dio un salto volviendo la cabeza hacia atrás para morder al objeto que la había herido, pero en lugar de clavar los dientes en la cuerda, quedó enlazada en ella mediante un nudo corredizo. Entonces el desconocido me gritó:

—Sujete bien la cuerda, sujételа bien, que no se le escape.

Y corrió a un peral que había allí cerca y ató a su tronco el extremo que tenía en la mano; corrió después hacia mí, cogió la otra punta y fue a amarrarla a la reja de una ventana.

Entretanto la serpiente se agitaba, movía sus espirales y daba tales golpes con la cabeza y con sus anillas en el suelo, que sus carnes se rompían saltando en pedazos a gran distancia. Así continuó mientras tuvo vida; y, una vez que hubo muerto, sólo quedó de ella el esqueleto pelado y mondado.

Entonces, aquel mismo hombre desató la cuerda del árbol y de la ventana, la recogió, formó con ella un ovillo y me dijo:

—¡Preste atención!

Metió la cuerda en una cajita, la cerró y después de unos momentos la abrió. Los jóvenes habían acudido a mi alrededor. Miramos el interior de la caja y nos quedamos maravillados. La cuerda estaba dispuesta de tal manera, que formaba las palabras: ¡Ave María!

—Pero ¿cómo es posible?, —dije—. Tú metiste la cuerda en la cajita a la buena de Dios y ahora aparece de esa manera.

—Mira —dijo él—: la serpiente representa al demonio y la cuerda el Ave María, o mejor, el Rosario, que es una serie de Avemarias con la cual y con las cuales se puede derribar, vencer, destruir a todos los demonios del infierno.

Hasta aquí —concluyó [San] Juan Don Bosco— llega la

primera parte del sueño. Hay otra segunda parte más interesante para todos. Pero ya es tarde y por eso la contaremos mañana por la noche. Entretanto tengamos presente lo que dijo aquel desconocido respecto al Ave María y el Rosario. Recemos devotamente ante cualquier asalto de la tentación seguros de que saldremos siempre victoriosos. Buenas noches.

****

«Séanos permitido —dice Don Lemoyne— hacer algún comentario, ya que [San] Juan Don Bosco no dio ninguna interpretación a esta escena.

El peral que aparece en el sueño es el mismo al que el [Santo] amarrara una cuerda asegurando el otro tramo de la misma a otro árbol poco distante, para entretener con juegos de destreza a sus coterráneos, obligándoles de esta manera a escuchar sus lecciones de catecismo. Nos parece poder comparar este peral con aquella planta de la cual se lee en "El Cantar de los Cantares", capítulo 11, versículo 3: **Sicut malus ínter ligna silvarum, sic dilectus meus ínter filios.**

El comentarista Tirino y otros renombrados intérpretes de la Sagrada Escritura, hacen notar que el peral representa aquí a cualquier árbol frutal. Dicha planta, productora de una sombra agradable y salutífera, es símbolo de Jesucristo, de su cruz, de la virtud de la cual dimana la eficacia de la oración **y** ***la seguridad de la victoria. ¿Será este el motivo por el que un extremo de la cuerda fatal para la serpiente, fue atada al peral? Y la otra punta amarrada al enrejado de la ventana podría simbolizar que al morador de aquella casa*** **y a sus** ***hijos les había sido confiada la misión de propagar el Rosario por todas partes.***

A sí parece que lo comprendió [San] Juan Don Bosco.

En Becchi instituyó la fiesta anual del Santo Rosario; quiso que los alumnos de sus casas rezasen todos los días la tercera parte del mismo; en sus pláticas y mediante la publicación de numerosos folletos procuró resucitar esta devoción en el seno de la familia. Defendía siempre que el Rosario era un arma capaz de proporcionar la victoria, no sólo a los individuos, sino a toda la Iglesia. Por eso sus discípulos publicaron todas ias Encíclicas de León XIII sobre esta oración tan del agrado de María.

Expuesta a nuestros lectores —continúa Don Lemoyne— nuestras pobres ideas sobre el significado de la casita de Murialdo y del árbol visto por [San] Juan Don Bosco en el sueño, hagamos uso de la Crónica de Don Provera, que nos ofrece otras diversas circunstancias del sueño, citando algunas palabras de [San] Juan Don Bosco.

Dice así: «El 21 de agosto por la noche estábamos todos impacientes por oír la segunda parte del sueño que [San] Juan Don Bosco había anunciado proclamando de gran interés y provecho para todos, pero nuestros deseos no quedaron satisfechos. [San] Juan Don Bosco subió, como de costumbre, a su tribuna y dijo:

—Ayer noche les anuncié que hoy les iba a contar la segunda parte del sueño, pero muy a pesar mío creo que no debo mantener mi palabra.

Seguidamente, de todas partes se elevó un murmullo que indicaba la contrariedad y el disgusto general. El [Santo], después de dejar que se serenasen los ánimos, prosiguió:

—¿Qué quieres? Lo pensé ayer noche, lo he pensado hoy y me he convencido de que no es conveniente contar la segunda parte dei sueño, pues contiene cosas que no querría se supiesen fuera de casa. Conténtense, pues, con sacar algún provecho de lo que les dije al narrarles la primera parte.

Al día siguiente, que era 22 de agosto, le rogamos insistentemente que si no quería hacerlo en público, al menos nos contase en privado la segunda Parte del sueño. Se resistía a condescender con nuestros deseos, mas después de reiteradas súplicas accedió y nos aseguró que por la noche continuaría el relato. Así lo hizo. Rezadas las oraciones, continuó:

****

«Dadas sus continuas peticiones, contaré la segunda parte del sueño. Si no todo, al menos les diré aquello que puedo referirles. Pero antes es necesario que señale una condición, a saber, que nadie escriba ni diga fuera de casa lo que voy a contar. Comentadlo entre Vosotros, tomadlo a risa si quieren, hagáis lo que os plazca, pero sólo entre Vosotros».

Mientras hablábamos el personaje aquel y yo sobre el significado de la cuerda y de la serpiente, me volví hacia atrás y vi algunos jóvenes que cogiendo los pedazos de la carne de la serpiente, se los comían. Entonces les grité inmediatamente:

—Pero ¿qué es lo que hacen? ¿Están locos? ¿No saben que esa carne es venenosa y que les hará mucho daño?

No, no —me respondían los jóvenes—, está muy buena. Pero, después de haberla comido, caían al suelo, se hinchaban y se tornaban duros como una piedra.

Yo no sabía darme paz, porque a pesar de aquel espectáculo, cada vez era mayor el número de los jóvenes que comían de aquellas carnes. Yo gritaba al uno y al otro; daba bofetadas a éste, un puñetazo a aquél, intentando impedir que comiesen; pero era inútil. Aquí caía uno, mientras que allá comenzaba a comer otro. Entonces llamé a los clérigos en mi auxilio y les dije que se mezclaran entre los jóvenes y se organizaran de manera que ninguno comiera aquella carne. Mi orden no obtuvo el efecto deseado, sino que algunos de los mismos clérigos se pusieron también a comer las carnes de la serpiente cayendo al suelo al igual que los demás. Yo estaba fuera de mí cuando vi a mi alrededor a un tan gran número de muchachos tendidos por el suelo en el más miserable de los estados.

Me volví entonces al desconocido y le dije:

—Pero ¿qué quiere decir esto? Estos jóvenes saben que esta carne les ocasiona la muerte, y con todo la comen. ¿Cuál es la causa?

El me contestó:

—Ya sabes que *animalis homo non pércipit ea quae Dei sunt.*

—Pero ¿no hay remedio para que estos jóvenes vuelvan en sí?

—Sí que lo hay.

—¿Y cuál sería?

—No hay otro más que el yunque y el martillo.

—¿El yunque? ¿El martillo? ¿Y cómo hay que emplearlos?

—Hay que someter a los jóvenes a la acción de ambos instrumentos.

—¿Cómo? ¿Acaso debo colocarlos sobre el yunque y luego golpearlos con el martillo?

Entonces mi compañero, explicando su pensamiento, dijo:

—Mira: el martillo significa la Confesión; el yunque, la Comunión; es necesario hacer uso de estos dos medios.

Puse manos a la obra y comprobé que eran los indicados unos remedios eficacísimos, aunque para algunos resultasen inútiles; tales eran los que no hacían buenas confesiones.

****

«Cuando los jóvenes se hubieron retirado a los dormitorios — continúa Don Provera— pregunté a [San] Juan Don Bosco por qué sus órdenes a los clérigos de que impidiesen a los jóvenes comer las carnes de la serpiente no habían conseguido el efecto deseado.

El siervo de Dios me respondió:

—No todos obedecieron; por el contrario, vi a algunos de los clérigos, como ya dije, comer también de aquellas carnes».

Estos sueños —continúa Don Lemovne— representan en resumidas cuentas la realidad de la vida. Con las palabras

y con los hechos [San] Don Bosco refleja la realidad de la vida, el estado de una comunidad en la que en medio de grandes virtudes, también existen miserias humanas. Y no hay que maravillarse de ello, tanto más que el vicio por su propia naturaleza tiende a expandirse más que la virtud, de aquí la necesidad de una vigilancia continua.

Alguien podrá objetar que habría sido más conveniente atenuar u omitir algunas descripciones un tanto enojosas; pero nuestro parecer no es el mismo. Si la historia ha de cumplir su noble oficio de maestro de la vida, debe describir el pasado tal y como fue en realidad, para que las generaciones futuras puedan animarse ante el ejemplo del fervor y de la virtud de los que les precedieron y, al mismo tiempo, conocer sus faltas y errores deduciendo de ellos la prudencia con que debe regular los propios actos. Una narración que sólo presentase un lado de la realidad histórica, conducirá irremisiblemente a un falso concepto de la misma. Errores y defectos repetidas veces cometidos, al no ser reconocidos como tales, volverán a ser causa de nuevas transgresiones sin gran esperanza de enmienda. Una mal entendida apología, de nada sirve a los benévolos, ni convierte ajos mal dispuestos; en cambio, una franqueza ilimitada engendra crédito y confianza.

Por tanto, nosotros, al exponer nuestra manera de pensar, diremos, además, que [San] Juan Don Bosco dio del sueño las explicaciones más adecuadas a las inteligencias de los jóvenes, dejando entrever otras de no menor importancia, no presentándolas con toda claridad, porque no creyó llegado el momento oportuno para hacerlo. En efecto: en los sueños vemos que el [Santo] habla no solamente del presente, sino también del porvenir lejano, como sucede en el de la rueda y en otros que iremos exponiendo.

Las carnes podridas del monstruo ¿no podrían significar el escándalo que hace perder la fe; la lectura de los libros inmorales, irreligiosos? ¿Qué indican la caída al suelo, la hinchazón, la dureza de los miembros, sino la desobediencia al superior, la soberbia, la obstinación en el mal, la malicia?

El veneno es el mismo con que ha contaminado aquella comida maldita el dragón descrito por Job en el capítulo XLI, que aseguran los Santos Padres ser figura de Lucifer. El versículo 15 de dicho capítulo, dice así:

«Su corazón es duro como la piedra». Y así se trueca el corazón de los miserables envenenados, de los rebeldes obstinados en el mal.

¿Y cuál será el remedio contra tal dureza? [San] Juan Don Bosco emplea un símbolo un tanto oscuro, pero que en sustancia señala un remedio sobrenatural. A nosotros se nos ocurre esta explicación: Es necesario que la gracia preveniente, obtenida mediante la oración y con *los sacrificios de los buenos, encienda los corazones endurecidos y los haga maleables; que los dos Sacramentos, esto es, el martillo de la humildad y el yunque de la Eucaristía sobre el cual el hierro recibe una forma decisiva, artística, para que después de ser templada, pueda ejercer su eficacia divina. Que el martillo que golpea* y *el yunque que sostiene concurran a realizar la obra que en nuestro caso no es otra que la reforma del corazón llagado, pero dócil al mismo tiempo. Será entonces cuando éste, rodeado de un nimbo de espléndidos rayos de luz, vuelva a ser lo que fuera en otro tiempo.*

LOS COLABORADORES DE DON BOSCO

SUEÑO 41 .—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 336-337)

[San] Juan Don Bosco aseguraba, con mucha frecuencia, que el Señor realizaría todos sus designios sobre el Oratorio sirviéndose de los jóvenes a él pertenecientes.

Don Pablo Albera recuerda una de las conferencias de aquel tiempo dada al personal, perteneciente a la incipiente Sociedad Salesiana, la cual produjo un efecto extraordinario entre los oyentes.

En ella contó [San] Juan Don Bosco a sus hijos que había tenido un sueño.

****

Un sueño en el cual pareció verse rodeado de jóvenes y de sacerdotes. Habiéndoles propuesto que se pusiesen en camino para subir a una alta montaña que se encontraba poco distante, todos se manifestaron conformes. En la cumbre de la misma estaban preparadas las mesas para un espléndido banquete que había de ser realzado con música y otros festejos. Se pusieron, pues, todos en viaje; la subida era empinada y fatigosa, sembrada de dificultades a veces difíciles de superar y otras casi impracticables a causa del cansancio, de forma que al llegar a determinado lugar todos se sentaron.

[San] Juan Don Bosco también se sentó, y después de animar a sus compañeros a continuar la subida, se puso de pie y reemprendió la marcha a un paso apresurado. Pero habiéndose vuelto para ver a los que le seguían, comprobó que todos le habían abandonado, dejándolo solo. Bajó

inmediatamente y fue en busca de ellos y después de reunirlos nuevamente, los encaminó otra vez hacia la cumbre áspera; pero pronto le abandonaron.

Entonces pensó que tenía que subir a aquella altura, no solo, sino en compañía de otros muchos. Aquella es mi meta... esta es mi misión... ¿Cómo haré para llevarla a cabo? ¡Ya comprendo!

Los primeros en seguirme fueron personas recogidas, virtuosas, de buena voluntad, pero a las cuales no había probado y que, por tanto, no tenían mi espíritu, no estaban acostumbrados a superar los senderos difíciles, no estaban unidos entre sí ni conmigo mediante la práctica de especiales virtudes... Por eso, me abandonaron... Pero yo pondré remedio a este fracaso... Este desengaño me causó gran amargura... Ya veo lo que tengo que hacer... Sólo puedo contar con los que fueren formados por mí... Por eso, volveré a las faldas del monte... Reuniré a muchos niños; me haré amar de ellos; los adiestraré para que sepan soportar sin desmayo pruebas y sacrificios... Me obedecerán de buena gana... subiremos juntos al monte del Señor.

****

Y dirigiéndose de una manera especial a los que estaban allí congregados, les aseguró que había puesto en ellos sus esperanzas y durante un buen espacio de tiempo, les estuvo animando con palabra encendida, a que fuesen fieles a su vocación, en vista de las incontables gracias que la Virgen les concedería **y** ***del premio seguro que el Señor les tenía preparado.***

Entre aquellos jóvenes que habían respondido prontamente y con devoto entusiasmo a la llamada de [San] Juan Don Bosco, estaba el diácono José Bongiovanni, el promotor de la Compañía de la Inmaculada, fundador y

presidente de la Compañía del Santísimo Sacramento y del Clero Infantil, que fue ordenado sacerdote en las témporas del 20 de diciembre de aquel año.

ASISTENCIA A UN NIÑO MORIBUNDO

SUEÑO 42.—AÑO DE 1862.

(M. B. Tomo Vil, págs. 345-346)

He aquí el relato que nos legó en su crónica el joven Jerónimo Sutil. «El sábado, 20 de diciembre, [San] Juan Don Bosco, después de las oraciones de costumbre, dijo a los jóvenes estas precisas palabras:

—Para la fiesta de Navidad, uno de nosotros irá al Paraíso.

La enfermería estaba completamente vacía y cada uno de los presentes pensaba con cierta inquietud en sus asuntos particulares. El domingo 21 transcurrió sin novedad alguna; la enfermería continuaba vacía; muchos fueron a visitarla para asegurarse de ello. Por la noche, en el teatro se representaba el drama "Cosme II visitando las cárceles".

El día 22, después de la función de iglesia, celebrábase la Novena de Navidad; José Blangino, ejemplar alumno de diez años, natural de San Albano, comenzó a sentirse mal y marchó a la enfermería. En pocas horas el mal se agravó y el médico perdió toda esperanza de curación».

Don Francisco Provera continúa en su crónica: «La noche del 23 de diciembre se le administró el Santo Viático al jovencito Blangino. Hacia las diez [San] Juan Don Bosco estaba en la enfermería y hablaba del peligro de muerte en

que se encuentra el enfermito. [Beato] Miguel Don Rúa dijo:

—Si [San] Juan Don Bosco quiere que yo pase aquí la noche, por si el enfermo necesita los últimos auxilios de la Religión, estoy dispuesto a hacerlo.

-—No es necesario —replicó [San] Juan Don Bosco—; hasta las dos de la noche no habrá peligro; vete a dormir tranquilo, deja ordenado que a esa hora te vayan a llamar, pues entonces deberás estar aquí.

En efecto, a la hora indicada, el jovencito recibió la Extremaunción y media hora después había entregado su alma a Dios».

****

Por la mañana [San] Juan Don Bosco contó que la noche precedente había soñado con Blangino, al cual había visto moribundo. He aquí sus palabras:

«Soñé que el Prefecto Don Alasonatti estaba arrodillado rezando; mi madre, muerta hacía seis años y yo, asistíamos al enfermo. Ella estaba arreglando algunas cosas alrededor de la cama y yo estaba sentado a cierta distancia del paciente. Mi madre se acercó al lecho y dijo:

—Está muerto.

—¿Está muerto?, —pregunté yo—.

—Sí, está muerto.

—Mirad a ver qué hora es.

—Pronto serán las tres.

Don Alasonatti entretanto exclamó:

—¡Oh! Quisiera el Señor que todos nuestros jóvenes tuviesen una muerte tranquila.

Después de esto me desperté. Seguidamente sentí un golpe fortísimo, como si alguien golpease en la pared. Inmediatamente exclamé:

—Blangino parte ahora para la eternidad.

Abro los ojos para comprobar si había luz; pero no vi nada. Recé entonces el *De profundis,* persuadido de que el joven había muerto, y mientras lo rezaba oí que sonaban en el reloj las dos y media».

****

En la noche de Navidad un número muy consolador de comuniones sufragaba el alma del querido difunto y los jóvenes, como sucedía en casos semejantes, se estrechaban cada vez más alrededor de [San] Juan Don Bosco.

He aquí lo que dicen las crónicas sobre el joven Jerónimo Sutil, que nos legó la primera parte de este relato:

«Vino también a buscar refugio en el Oratorio el joven **y** ***buen músico Jerónimo Sutil, que era buscado en Venecia por la policía por haber pronunciado algunas palabras imprudentes. Este tal se aficionó a [San] Juan Don Bosco y durante muchos años alegró la vida del Oratorio con sus canciones venecianas, y habiendo marchado a Francia, regresó después a Valdocco. Vivió siempre como fervoroso cristiano».***

EL ELEFANTE BLANCO

SUEÑO 43.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, págs. 356-360)

No habiendo podido dar [San] Juan Don Bosco el aguinaldo el ultimo día del año a todos ios alumnos, por no encontrarse en casa, al regresar de Borgo Cornalese, el día cuatro de enero, que era domingo, les prometió que se lo daría en la noche de la fiesta de la Epifanía.

Era, pues, el 6 de enero de 1863* y *todos los jóvenes, artesanos* y *estudiantes, reunidos en el mismo lugar, esperaban con ansiedad el suspirado aguinaldo.

Rezadas las oraciones, el buen padre subió a su tribuna* y *comenzó a decir así:

«Esta es la noche del aguinaldo. Todos los años cuando se aproximan las fiestas de Navidad suelo dirigir al Señor oraciones especiales, para que me inspire algún aguinaldo, que pueda servir para vuestro bien espiritual.

Pero este año he redoblado mis súplicas, puesto que el número de los jóvenes que me escuchan es mucho mayor. Pasó, sin embargo, el último día del año, llegó el jueves, el viernes y... nada de nuevo. En la noche del viernes fui a acostarme, cansado de las fatigas del día, pero no pude pegar un ojo en toda ella, de forma que por la mañana me encontraba medio muerto de cansancio. No perdí la serenidad por eso, antes bien, me alegré, pues sabía que cuando el Señor me va a manifestar algo, suelo pasar muy mal la noche precedente.

Continué mis ocupaciones en Borgo Cornalese y en la

noche del sábado llegué entre vosotros. Después de confesar me fui a dormir, y debido al cansancio motivado por las pláticas y por las confesiones de Borgo y por lo poquísimo que había descansado las noches precedentes, me quedé dormido. Y aquí comienza el sueño que me ha de servir para daros el aguinaldo.

****

Mis queridos jóvenes: Soñé que era día festivo, la hora del recreo después del almuerzo y que se divertían de mil maneras. Me pareció encontrarme en mi habitación con el caballero Vallauri, profesor de bellas letras. Habíamos hablado de algunos temas literarios y de otras cosas relacionadas con la religión; de pronto oigo a la puerta el tac-tac de alguien que llama.

Corro a abrir; era mi madre, muerta hacía seis años, que me dice asustada:

—Ven a ver, ven a ver.

—¿Qué hay?, —le pregunté—.

Sin más me condujo al balcón y he aquí que veo en el patio en medio de los jóvenes un elefante de colosal tamaño.

—Pero ¿cómo puede ser eso?, —exclamé—. ¡Vamos, vamos!

Y lleno de pavor miraba al caballero Vallauri y éste a mí como si nos preguntásemos la causa de la presencia de aquella bestia descomunal en medio de los muchachos. Sin pérdida de tiempo bajamos los tres al patio.

Muchos de Vosotros, como es natural, se habían

acercado a ver al elefante. Este parecía de índole dócil; se divertía correteando con los jóvenes; los acariciaba con la trompa; era tan inteligente, que obedecía los mandatos de sus pequeños amigos como si hubiera sido amaestrado y domesticado en el Oratorio desde sus primeros años, de forma que numerosos jóvenes le acariciaban con toda confianza y le seguían por doquier. Mas no todos estaban alrededor de aquella bestia. Pronto vi que la mayor parte huían asustados de una parte a otra buscando un lugar de refugio, y que al fin entraban en la iglesia.

Yo también intenté penetrar en ella por la puerta que comunica con el patio, pero al pasar junto a la estatua de la Virgen, colocada cerca de la bomba, toqué la extremidad del manto de Nuestra Señora como para invocar su patrocinio, y entonces Ella levantó el brazo derecho. Vallauri quiso imitarme haciendo lo mismo por la otra parte y la Virgen levantó el brazo izquierdo.

Yo estaba sorprendido sin saber explicarme un hecho tan extraño.

Llegó entretanto la hora de las funciones sagradas y Vosotros se dirigieron todos a la iglesia. También yo entré en ella y vi al elefante de pie al fondo del templo cerca de la puerta.

Se cantaron las Vísperas y después de la plática me dirigí al altar acompañado de Don Alasonatti y de Don Savio para dar la bendición con el Santísimo Sacramento. Pero en el momento solemne en el que todos estaban profundamente inclinados para adorar al Santo de los Santos, vi, siempre al fondo de la iglesia en el centro del pasillo, entre las dos hileras de los bancos, al elefante arrodillado e inclinado, pero en sentido inverso, esto es, con

la trompa y los colmillos vueltos en dirección a la puerta principal.

Terminada la función, quise salir inmediatamente al patio para ver lo que sucedía; pero como tuve que atender en la sacristía a alguien que me quería comunicar una noticia, hube de detenerme un poco.

Mas he aquí que poco después me encuentro bajo los pórticos mientras ustedes reanudaban en el patio sus juegos. El elefante, al salir de la iglesia, se dirigió al segundo patio, alrededor del cual están los edificios en obra. Tengan presente esta circunstancia, pues en aquel patio tuvo lugar la escena desagradable que voy a contarles seguidamente.

De pronto vi aparecer allá al final del patio un estandarte en el que se veía escrito, con caracteres cubitales: *Sancta María, succurre míseris.* Los jóvenes formaban detrás procesionalmente. Cuando de repente y sin que nadie lo esperara, vi al elefante que al principio parecía tan manso, arrojarse contra los circunstantes dando furiosos mugidos y cogiendo con la trompa a los que estaban más próximos a él, los levantaba en alto, los arrojaba al suelo, pisoteándolos y haciendo un estrago horrible. Mas a pesar de ello, los que habían sido maltratados de esa manera no morían, sino que quedaban en estado de poder sanar de las heridas espantosas que les produjeran las acometidas de la bestia.

La dispersión entonces fue general: unos gritaban; otros lloraban; otros, al verse heridos pedían auxilio a los compañeros, mientras, cosa verdaderamente incalificable, algunos jóvenes a los que la bestia no había hecho daño alguno, en lugar de ayudar y socorrer a los heridos, hacían

un pacto con el elefante para proporcionarle nuevas víctimas.

Mientras sucedían estas cosas (yo me encontraba en el segundo arco del pórtico junto a la bomba), aquella estatuita que ven allá ([San] Juan Don Bosco indicaba la estatua de la Santísima Virgen) se animó y aumentó de tamaño; se convirtió en una persona de elevada estatura, levantó los brazos y abrió el manto, en el cual se veían bordadas, con exquisito arte, numerosas inscripciones. El manto alcanzó tales proporciones que llegó a cubrir a todos los que acudían a guarnecerse debajo de él: allí todos se encontraban seguros. Los primeros en acudir a tal refugio fueron los jóvenes más buenos, que formaban un grupo escogido, pero al ver la Santísima Virgen que muchos no se apresuraban a acudir a Ella, les gritaba en alta voz:

—Venite ad me omnes!

Y he aquí que la muchedumbre de los jóvenes seguía afluyendo al amparo de aquel manto, que se extendía cada vez más y más.

Algunos, en cambio, en vez de acogerse a él, corrían de una parte otra, resultando heridos antes de ponerse en seguro. La Santísima Virgen, angustiada, con el rostro encendido, continuaba gritando, pero cada vez eran más raros los que acudían a Ella.

El elefante proseguía causando estragos, y algunos jóvenes, manejando una y dos espadas, situándose en una y otra parte, dificultaban a los compañeros que se encontraban en el patio, amenazándolos o impidiéndoles que acudiesen a María. A los de las espadas el elefante no les molestaba lo más mínimo.

Algunos de los muchachos que se habían refugiado cerca de la Virgen animados por Ella comenzaron a hacer frecuentes correrías; y en sus salidas conseguían arrebatar al elefante alguna presa, y trasportaban al herido bajo el manto de la estatua misteriosa, quedando los tales inmediatamente sanos. Después, los emisarios de María volvían a emprender nuevas conquistas. Varios de ellos, armados con palos, alejaban a la bestia de sus víctimas, manteniendo a raya a los cómplices de la misma. Y no cesaron en su empeño aun a costa de la propia vida, consiguiendo poner a salvo a casi todos.

El patio aparecía ya desierto. Algunos muchachos estaban tendidos en el suelo, casi muertos. Hacia una parte, junto a los pórticos, se veía una multitud de jóvenes bajo el manto de la Virgen. En otra, a cierta distancia, estaba el elefante con diez o doce muchachos que le habían ayudado en su labor destructora, esgrimiendo aún insolentemente en tono amenazador sus espadas. Cuando he aquí que el animal, irguiéndose sobre las patas posteriores, se convirtió en un horrible fantasma de largos cuernos; y tomando un amplio manto negro o una red, envolvió en ella a aquellos miserables que le habían ayudado, dando al mismo tiempo un tremendo rugido. Seguidamente los envolvió a todos en una espesa humareda y abriéndose la tierra bajo sus pies desaparecieron con el monstruo.

Al finalizar esta horrible escena miré a mi alrededor para decir algo a mi madre y al caballero Vallauri, pero no los vi.

Me volví entonces a María, deseoso de leer las inscripciones bordadas en su manto, y vi que algunas estaban tomadas literalmente de las Sagradas Escrituras, y

otras un poco modificadas. Leí estas entre otras muchas:

Qui elucidant me, vitam aetemam habebunt: qui me invenerit, inveniet vitam; si quis est parvulus veniat ad me; refugium peccatorum; salus credentium; plena omnis pietatis, mansetúdinis et misericordiae. Beati qui custodiunt vias meas.

Tras la desaparición del elefante todo quedó tranquilo. La Virgen parecía como cansada por su mucho gritar. Después de un breve silencio dirigió a los jóvenes la palabra, diciéndoles bellas frases de consuelo y de esperanza; repitiendo la misma sentencia que ven bajo aquel nicho, mandadas escribir por mí: *Qui elucidant me, vitam aetemam habebunt.* Después dijo:

—Vosotros que habéis escuchado mi voz y han escapado de los estragos del demonio, han visto y podido observar a sus compañeros pervertidos. ¿Quieren saber cuál fue la causa de su perdición? *Sunt colloquia prava:* las malas conversaciones contra la pureza, las malas acciones a que se entregaron después de las conversaciones inconvenientes. Vieron también a sus compañeros armados de espadas: son los que procuran su ruina alejándolos de Mí; los que fueron la causa de la perdición de muchos de sus condiscípulos. Pero *quos diutius expectat durius damnat.* Aquellos a los cuales espera Dios durante más largo tiempo, son después más severamente castigados; y aquel demonio infernal, después de envolverlos en sus redes, los llevó consigo a la perdición eterna. Ahora ustedes, márchense tranquilos, pero no olviden mis palabras: Huyan de los compañeros que son amigos de Satanás; eviten las conversaciones malas, especialmente contra la pureza; pongan en Mí una ilimitada confianza, y mi manto les servirá siempre de refugio seguro.

Dichas estas y otras palabras semejantes, se esfumó y nada quedó en el lugar que antes ocupara, a excepción de nuestra querida estatuita.

Entonces vi aparecer nuevamente a mi difunta madre; otra vez se alzó el estandarte con la inscripción: *Sancta María, succurre míseris.* Todos los jóvenes se colocaron en orden detrás de él y así procesionalmente dispuestos, entonaron la loa: Alaba a María ¡oh, lengua fiel!

Pero pronto el canto comenzó a decaer; después desapareció todo aquel espectáculo y yo me desperté completamente bañado en sudor. Esto es cuanto soñé.
****

«¡Oh hijos míos! Deduzcan ustedes mismos el aguinaldo: los que estaban bajo el manto, los que fueron arrojados por los aires, los que manejaban la espada se darán cuenta de su situación si examinan sus conciencias. Yo solamente les repetiré las palabras de la Santísima Virgen: **Venite ad me, omnes.** ***recurrid todos a Ella; en toda suerte de peligros invoquen a María, y les aseguro que serán escuchados. Por lo demás, los que fueron tan cruelmente maltratados por la bestia, hagan el propósito de huir de las malas conversaciones, de los malos compañeros; y los que pretendían alejar a los demás de María, que cambien de vida o que abandonen esta casa. Quien desee saber el lugar que ocupaba en el sueño, que venga a verme a mi habitación y yo se lo diré. Pero lo repito: los ministros de Satanás, que cambien de vida o que se marchen. ¡Buenas noches!»***

Estas palabras fueron pronunciadas por [San] Juan Don Bosco con tal unción y con tal emoción, que los jóvenes, pensando en el sueño, no le dejaron en paz durante más de

una semana. Por las mañanas las confesiones fueron numerosísimas y después del desayuno un buen número se entrevistó con el siervo de Dios, para preguntarle qué lugar ocupaba en el sueño misterioso.

Que no se trataba de un sueño, sino más bien de una visión, lo había afirmado indirectamente [San] Juan Don Bosco mismo, al decir: «Cuando el Señor quiere manifestarme algo, paso..., etc.... Suelo elevar a Dios especiales plegarias, para que me ilumine...»

Y después, al prohibir que se bromease sobre el tema de esta narración.

Pero aún hay más.

En esta ocasión el mismo siervo de Dios escribió en un papel los nombres de los alumnos que en el sueño había visto heridos, de los que manejaban la espada y de los que esgrimían dos; y enseñó la lista a Don Celestino Durando, encargándole de vigilarlos. Don Durando nos proporcionó dicha lista, que tenemos ante la vista, los heridos son 13, a saber: los que probablemente no se refugiaron bajo el manto de la Virgen; los que manejaban una espada eran 17; los que esgrimían dos, se reducían a tres. Una nota al lado de un nombre indica un cambio de conducta. Hemos de observar también que el sueño, como veremos más adelante, no se refería solamente al tiempo presente, sino también al futuro.

Sobre la realidad del sueño, los mismos jóvenes fueron los mejores testigos. Uno de ellos decía: «No creía que [San] Juan Don Bosco me conociese tan bien; me ha manifestado el estado de mi alma, y las tentaciones a que estoy sometido, con tal precisión, que nada podría añadir».

A otros dos jóvenes, a los cuales [San] Juan Don Bosco aseguraba haberlos visto con la espada, se les oyó exclamar: «¡Ah, sí, es cierto; hace tiempo que nos hemos dado cuenta de ello; lo sabíamos!» Y cambiaron de conducta.

Un día, después del desayuno, hablaba de su sueño y tras haber manifestado que algunos jóvenes se habían marchado y otros tendrían que hacerlo, para alejar las espadas de la casa, comenzó a comentar la astucia de los tales, como él la llamaba; y a propósito de ello refirió el siguiente hecho:

Un joven escribió hace poco tiempo a su casa endosando a las personas más dignas del Oratorio, como superiores y sacerdotes, graves calumnias e insultos. Temiendo que [San] Juan Don Bosco pudiese leer aquella carta, estudió y encontró la manera de que llegase a manos de sus parientes sin que nadie lo pudiese impedir. Después del desayuno lo llamé; se presentó en mi habitación y tras de hacerle recapacitar sobre su falta, le pregunté el motivo que le había inducido a escribir tantas mentiras. El negó descaradamente el hecho; yo le dejé hablar, después, comenzando por la primera palabra, le repetí toda la carta.

Confundido y *asustado, se arrojó llorando a mis pies, diciendo:*

—Entonces ¿mi carta no ha salido?

—Sí, *—le respondí—*; *a esta hora está en tu casa; debes pensar en la reparación.*

Algunos preguntaron al [Santo] cómo lo había sabido;

pero [San] Juan Don Bosco respondió sonriendo con una evasiva.

He aquí lo que nos dicen las Memorias Biográficas sobre uno de los personajes que intervienen en este sueño: el caballero Vallauri:

Otro personaje celoso, defensor de los propios méritos, incapaz de admitir opiniones contrarias a las suyas, era el célebre Tomás Vallauri, doctor en Bellas letras. Pariente del difunto médico Vallauri, había conocido en el domicilio de este a [San] Juan Don Bosco.

El profesor había hecho públicas algunas ideas propias, algún juicio, sobre los autores latino-cristianos, injuriándoles al asegurar que, siendo la finalidad de los mismos la enseñanza y defensa de la religión, habían descuidado e incluso adulterado la lengua. Este artículo cayó en manos de [San] Juan Don Bosco, el cual estudió la manera de rectificar el criterio de su autor. La ocasión no se hizo esperar, habiendo venido el profesor Vallauri a visitarle, el [Santo] comenzó a hablarle en estos términos:

—Me satisface grandemente el haber llegado a conocer un escritor, cuyo nombre es famoso ya en toda Europa y que honra tanto a la Iglesia con sus obras.

Vallauri, observando la mirada bonachona de [San] Juan Don Bosco, le interrumpió diciéndole:

—¿Quiere acaso darme un zurriagazo?

—Mire, señor profesor -—continuó [San] Juan Don Bosco-—, basándome en su criterio, quiero manifestarle simplemente mi pensamiento: Vos sostenéis que ios autores

latino-cristianos no escribieron con elegancia sus obras; mientras que a San Jerónimo se le compara por su modo de escribir con Tito Livio, a Lactancio con Cicerón y a otros con Salustio y con Tácito. [San] Juan Don Bosco no añadió más: Vallauri reflexionó un poco y después añadió:

—[San] Juan Don Bosco, tiene razón; dígame qué es lo que debo corregir; obedeceré ciegamente. Es la primera vez que someto mi juicio al de otro.

Y desde aquel día solía repetir al hablar de [San] Juan Don Bosco:

—¡Estos son los sacerdotes que me agradan! ¡Gente sincera!

EL BOLSO DE LA VIRGEN

SUEÑO 44.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, págs. 472-473)

En la mente y en el corazón de [San] Juan Don Bosco ocupaba siempre un lugar de preferencia la figura amabilísima de la Santísima Virgen.
****

Una noche de los primeros días de julio, el [Santo] decía a sus oyentes que había tenido un sueño en el que había visto a una persona (y parece que fuese la Virgen) que pasaba entre los jóvenes a los que presentaba un bolso ricamente bordado, para que cada uno sacase a suerte un billetito de los muchos que había en el interior del mismo.

[San] Juan Don Bosco se puso al lado de la aparición. A medida que los jóvenes iban sacando los papelitos, el [Santo] iba anotando la frase o palabras en cada uno de

ellos escrita. Terminó su breve relato añadiendo que todos sacaron su billete, a excepción de un joven que permaneció apartado de los demás, y como [San] Juan Don Bosco hubiese querido ver lo que había escrito en el papelito correspondiente al tal que había quedado en el fondo del bolso, leyó esta palabra: Muerte.

****

Después del relato invitó a cada uno de los muchachos a que se presentasen a él para comunicarles lo que había escrito en sus respectivos billetes. Los alumnos eran en casa unos 700 y a cada uno les fue diciendo una palabra ó una frase profética o de consejo, variadísima y adaptada a las propias necesidades espirituales. Y lo más sorprendente es, que después de muchos años se recordaba de cuanto había dicho a cada uno de los jóvenes.

Don Sebastián Mussetti, de la Colegiata de Carmagnola, a la sazón jovencito del Oratorio, supo de labios de [San] Juan Don Bosco que en su billete se hallaba escrita esta palabra: Constancia.

Habiéndose encontrado con el [Santo] después de muchos años, oyó que Don Bosco le decía en tono solemne:

~¡Qh! Recuérdate: ¡Constancia!

Pero aún hay más, asegura el Canónigo. Un grupo de jóvenes se puso en guardia llevando nota de cuantos se presentaban a [San] Juan Don Bosco para preguntarle sobre el contenido del propio billetito, y no hubo nada más que uno que no lo hiciera. Este tal fue un joven de Ivrea que terminaba aquel año los estudios de bachillerato.

UNA MUERTE PROFETIZADA

SUEÑO 45.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, pág. 550)

Copiamos de la crónica de Don Ruffino:

«El 1 de noviembre, por la noche, [San] Juan Don Bosco contó a los jóvenes de una manera un tanto jocosa, un breve sueño que había tenido, con estas palabras:

****

No sé si fue motivado por el pensamiento de la festividad de los Santos y de la conmemoración de los fieles difuntos, lo cierto es que la noche pasada soñé que se había muerto un joven y que yo lo acompañaba a la sepultura.

No les quiero decir con esto que alguno de Vosotros debáis morir inmediatamente; pero puedo asegurar que he tenido varios de estos sueños y todos se han realizado..

****

Dos días después [San] Juan Don Bosco volvió a hablar sobre la muerte y dijo:

—Nosotros estamos acostumbrados a hacer un poco de bien y a preparar un fondo de oraciones en favor de aquel que muera primero en la casa. También ahora debemos hacer lo mismo. No quiero decir que en breve tendremos que lamentar el paso a la eternidad del que deba gozar de este depósito espiritual, pero más tarde esto tendrá que suceder. Por eso, al tal, preparémosle un capital que produzca mucho fruto.

El que se quede en este mundo se alegrará de permanecer entre los vivos; y el que muera se sentirá contento de encontrarse con los sufragios preparados de antemano».

«[San] Juan Don Bosco —continúa la crónica de Don Ruffino— proponía a los jovencitos todas las noches una florecilia para practicar. La primera en aquella ocasión fue el sufragar a las almas del Purgatorio.

El 25 de noviembre había muerto en el Colegio de Mirabello el joven Antonio Boriglione, de oficio zapatero, de dieciocho años de edad, el cual había sido enviado desde el Oratorio a Mirabello para que se restableciese en su quebrantada salud y *para que al mismo tiempo se ocupase de algún trabajo manual.*

[San] Juan Don Bosco aseguró públicamente que no era Boriglione al que había hecho referencia en el sueño y que el que tendría que morir según había indicado a principios de noviembre en su relato, estaba ya avisado, al menos de una manera indirecta, de que se preparase».

La crónica de Don Ruffino continúa en otro lugar:

«Hasta hoy no supimos en el Oratorio la muerte de Luis Prete, natural de Agliano, a la edad de veinte años. Desde hacía algún tiempo se encontraba enfermo en su casa. Pasó a la eternidad el cinco de diciembre.

Al comunicar la infausta nueva a la comunidad, [San] juan Don Bosco dijo:

—¿No será el joven Prete el indicado en el sueño? Ni lo afirmo ni lo niego. Lo único que les aseguro es que en esta casa los muchachos mueren de dos en dos; lo que no quiere decir que ahora vaya a suceder lo mismo, pero sí hemos de admitir que así ha sucedido siempre. Cuando fallece un alumno, a los quince o veinte días se nos va a la eternidad

otro. Ahora veremos si sucede lo mismo.

Tal vez este segundo joven fue Francisco Besucco, que falleció santamente el 9 de enero de 1864».

EL FOSO Y LA SERPIENTE

SUEÑO 46.—AÑO DE 1863.

(M. B. Tomo Vil, págs. 550-551)

En la noche del 13 de noviembre [San] Juan Don Bosco habló así: » Ayer por la mañana hicimos el Ejercicio de la Buena Muerte. Durante todo el día estuve obsesionado por la idea del buen fruto producido por semejante práctica. Mas temo que alguno de Vosotros no lo haya hecho bien; esta noche pasada tuve un sueño que les voy a contar:
****

Me encontraba en el patio con todos los jóvenes de la casa, que se entretenían en saltar y correr por él. Salimos del Oratorio para ir de paseo y después de algún tiempo nos detuvimos en un prado. En él los muchachos reanudaron sus juegos y cada uno iba en competencia con los demás para ver quién era el que más saltaba; cuando descubrí en medio del prado un pozo sin brocal. Me acerco para examinarlo y asegurarme de que no ofrecía peligro alguno, cuando veo en el fondo una horrible serpiente. Su grosor era como el de un caballo, mejor dicho, como el de un elefante; su cuerpo informe y todo recubierto de manchas amarillentas. Inmediatamente me retiré lleno de horror y comencé a observar a los jóvenes que en buen número habían comenzado a saltar de una a otra parte del pozo y icosa extraña!, sin que me viniese a la mente la idea de prohibírselo o de avisarles del peligro a que se exponían. Vi a algunos pequeños tan ágiles que lo saltaban sin dificultad

alguna. Otros, mayores, como eran más pesados, iniciaban el salto con mayor brío, pero alcanzaban menor altura y a veces iban a caer en el mismo borde; y he aquí que entonces asomaba y volvía a desaparecer la cabeza de serpiente de aquel horrible monstruo mordiendo a unos en un pie, a otros en una pierna, a otros en diversos miembros del cuerpo. A pesar de esto, aquellos incautos eran tan temerarios que seguían saltando sin parar, no quedando nunca ilesos. Entonces un joven me dijo, señalando a un compañero:

—Mira, este saltará una vez y lo hará mal; saltará la segunda y se quedará ahí.

Me daba lástima entretanto ver a muchos jóvenes tendidos por los suelos, este con una llaga en una pierna, aquél con un brazo malherido y otro con la misma dolencia en el corazón. Yo les pregunté:

—¿Por qué corrían a saltar sobre aquel pozo exponiéndose a tan gran peligro? ¿Por qué después de haber sido mordidos una y otra vez volvían a repetir ese juego funesto?

Y ellos respondieron mientras suspiraban:

—No estamos todavía acostumbrados a saltar.

Y yo:

—No había necesidad alguna de hacerlo.

Y ellos replicaron:

—¿Qué quieres? No estamos acostumbrados. No

creíamos que íbamos a padecer este mal.

Pero entre todos me llamó la atención uno que me hizo temblar de horror: era el que me había sido señalado. Intento saltar y cayó dentro del pozo. Después de unos instantes el monstruo lo escupió fuera, negro como el carbón, pero aun no estaba muerto, pues continuaba hablando. Yo y otros estábamos allí haciéndole preguntas mientras temblábamos de espanto.

****

Hasta aquí Don Ruffino, cuya crónica no añade más sobre el particular.

Nada dice sobre la interpretación del sueño ni de los avisos dados por [San] Juan Don Bosco a buen seguro a los jóvenes en general y a algunos en particular, avisos tanto más necesarios cuanto que comenzaba el curso. Y ¿qué diremos nosotros? ¿Nos aventuraremos a dar una explicación? —Añade Don Lemoyne—.

El pozo es el mismo lugar al que el libro de los Proverbios denomina: **Fovea profunda, puteus angustus** **y** ***que termina en*** **puteum interitus,** ***como asegura el Salmo LIV. Fosa profunda, pozo estrecho, pozo de perdición. En él el demonio de la impureza, como explica San Jerónimo en la Homilía XI*** in ***Corinthios.***

En el sueño no parece que se trate de almas esclavas ya del pecado, sino de las que se exponen al peligro de cometerlo. Comienza con la bagatela y con la alegría de una recreación, pero pronto cambia la escena.

Los pequeños saltan sin dificultad y con toda seguridad, porque en ellos aún no están vivas las pasiones, nada entienden del mal, la diversión absorbe todos sus

pensamientos y el Ángel del Señor protege su inocencia y sencillez. Pero no se dice que volvieran a saltar, pues tal vez oyeron sumisos el aviso de un amigo. Los otros jóvenes mayores se disponían también a saltar. No tenían experiencia. No eran ágiles como los pequeños; sentían el peso de las primeras luchas para conservar la virtud: la serpiente está escondida. Parece que se preguntaran: ¿acaso existe un peligra mortal en pretender saltar el pozo? Y sin más, comienzan a saltar. Un primer brinco consiste en contraer ciertas amistades particulares; en aceptar un libro no aprobado por la censura; en dar cabida en el corazón a un afecto demasiado vehemente. Es un salto, acostumbrarse a ciertos tratos demasiado libres; el alejarse de los buenos compañeros; el faltar a ciertas reglas o avisos a los que los superiores conceden mucha importancia para las buenas costumbres.

Pero el primer salto ocasiona la primera herida de la serpiente venenosa. Algunos saltan incólumes, y adoctrinados por la prudencia no repetían la prueba; pero había también quienes, despreciando el peligro, volvían a afrontarlo, para su daño, de una manera temeraria.

El que cayó en el pozo y fue arrojado fuera, parece simbolizar la caída en pecado mortal, quedando la esperanza de volver á sanar mediante los Sacramentos.

Del que queda en el pozo sólo hay que decir: qui amat periculum in illo peribit.

LOS CUERVOS Y LOS NIÑOS

SUEÑO 47.—AÑO DE 1864.

(M. B. Tomo Vil, págs. 649-650)

Cuenta la Crónica de Don Ruffino:

«El día 14 de abril, [San] Juan Don Bosco habló por la noche a los estudiantes y, al día siguiente, a los artesanos, también después de las oraciones.

Relató en tal ocasión los dos sueños siguientes que tuvo, el uno antes y el otro después de los Ejercicios Espirituales. Aseguraba el [Santo] que aquellos sueños le produjeron un profundo terror.
****

Érala noche precedente a la *Dominica in Albis,* y me pareció encontrarme en el balcón de mi habitación viendo cómo los jóvenes se divertían. Cuando he aquí que veo aparecer un enorme lienzo blanco que cubría todo el patio, debajo del cual los jóvenes continuaban sus juegos. Mientras contemplaba aquella escena, veo una gran cantidad de cuervos que comenzaron a volar sobre el lienzo, a girar por una parte y por otra hasta que introduciéndose por la extremidad del mismo, se arrojaron sobre los muchachos para picarles.

El espectáculo que se ofreció a mi vista fue desolador: a unos les sacaban los ojos; a otros les picaban la lengua, haciéndosela mil pedazos; a éste le daban picotazos en la frente y a aquel otro le herían el corazón. Pero, lo que más admiración causaba, era, como yo me decía a mí mismo, que ninguno de los jóvenes gritaba o se lamentaba, sino que todos permanecían indiferentes, como insensibles, sin intentar siquiera defenderse.

—¿Estoy soñando —me decía a mí mismo— o estoy despierto? ¿Es posible que éstos se dejen herir sin lanzar un grito de dolor?

Pero al rato sentí un clamor general y después veo a los heridos que comienzan a agitarse, que gritan, que haciendo gran ruido se separan los unos de los otros. Maravillado ante aquel espectáculo, comencé a pensar en el significado de cuanto veía.

—Tal vez, —pensaba entre mí— como es el sábado *in Albis,* el Señor me quiere dar a entender su deseo de cubrirnos a todos con su gracia. Esos cuervos serán los demonios que asaltan a los jóvenes.

Pero, cuál no sería mi sorpresa, al comprobar que el lunes disminuían las Comuniones, el martes mucho más y el miércoles de una manera alarmante; hasta el punto de que, mediada la Misa, ya había terminado de confesar.

Nada quise decir, pues estando próximos los Ejercicios Espirituales esperaba que todo quedaría solucionado.

Ayer, 13 de abril, tuve otro sueño. A lo largo del día había estado confesando; por tanto, mi imaginación estaba ocupada con el pensamiento de las almas de los jóvenes, como lo está casi siempre. Por la noche fui a descansar, pero no podía lograrlo; estaba medio dormido, medio despierto, hasta que al fin me quede dormido.

Entonces, me pareció encontrarme otra vez en el balcón siguiendo con la vista el recreo de los jóvenes.

Vi a todos aquellos que habían sido heridos por los cuervos y los observé atentamente. Más, de pronto, apareció un personaje con un vasito lleno de un bálsamo en una mano. Iba acompañado de otro que llevaba un pañito. Ambos se dedicaron a curar las heridas de los jóvenes, las

cuales, al contacto con el bálsamo, quedaban inmediatamente cicatrizadas. Hubo, sin embargo, algunos que al ver a aquellos dos personajes acercarse, se apartaron de ellos y no quisieron ser curados. Y, lo que más me desagradó, fue que los tales formaban un número bastante respetable. Me preocupé de escribir sus nombre en un trozo de papel, pues los conocía a todos, pero mientras lo hacía me desperté y me encontré sin el papel.

****

Con todo, hice un esfuerzo para retenerlos en la memoria, y ***al presente los recuerdo a casi todos. Tal vez me podría olvidar de alguno, pero creo que serían contados. A hora iré hablando, poco a poco, con los interesados*** y ***procuraré inducirles a sanar de sus heridas.***

Denle la importancia que queráis a este sueño; lo que les puedo asegurar es que si le prestan plena fe no causarán perjuicio alguno a sus almas.

Les recomiendo encarecidamente que estas cosas no salgan del Oratorio.

Yo se lo cuento todo, pero deseo que todo permanezca en casa.

El Cronista no hace comentario alguno sobre este sueño, ni ofrece ninguna otra explicación, tal vez considerando que las palabras del relato expuesto por [San] Juan Don Bosco ofrecen ya en sí una interpretación.

LAS DIEZ COLINAS

SUEÑO 48.—AÑO DE 1864.

(M. B. Tomo VII, págs. 796-800)

Se lee en el Libro de San Daniel Profeta —escribe Don Lemoyne— en el Capítulo I, versículo 17, que cuatro jóvenes de familias nobles que habían sido llevados esclavos de Jerusalén a Babilonia por el Rey Nabucodonosor, como permanecieran fieles a las leyes del Señor, pueris his dedit Deus scientiam et disciplinam in omni libro et sapientia; Danieli autem intelligentiam omnium visionum et somniorum. Daniel recibió de Dios la gracia de saber distinguir los sueños inspirados por el Señor de los que eran accidentales y fortuitos y de conocer lo que Dios quería decirle en ellos.

Tal, y por el mismo motivo, fue, en gran parte al menos, la gracia que el cielo concedió a [San] Juan Don Bosco, con los sueños que hasta aquí hemos narrado; como también evidentemente, según nuestro parecer, con el que seguidamente vamos a exponer y que fue narrado por el [Santo] en la noche del 22 de octubre de 1864.

[San] Juan Don Bosco había soñado la noche precedente. Al mismo tiempo, un joven llamado C... E..., **de** ***Casal Monferrato, tuvo también el mismo sueño, pareciéndole que se encontraba con [San] Juan Don Bosco y que hablaba con él. Al levantarse estaba tan impresionado que fue a contar cuanto había soñado a su profesor, el cual le aconsejó que se entrevistara con el [Santo]. El joven obedeció inmediatamente y se encontró con [San] Juan Don Bosco que bajaba las escaleras en su busca para hacer lo mismo.***

****

Le pareció encontrarse en un extensísimo valle ocupado por millares y millares de jovencitos; tantos eran, que el [Santo] no creyó nunca hubiese tantos muchachos en el mundo. Entre aquellos jóvenes vio a los que estuvieron y

a los que están en la casa y a los que un día estarían en ella. Mezclados con ellos estaban los sacerdotes y los clérigos de la misma.

Una montaña altísima cerraba aquel valle por un lado. Mientras [San] Juan Don Bosco pensaba en lo que haría con aquellos muchachos, una voz le dijo:

---¿Ves aquella montaña? Pues bien, es necesario que tú y los tuyos ganen su cumbre.

Entonces, él dio orden a todas aquellas turbas de encaminarse al lugar indicado. Los jóvenes se pusieron en marcha y comenzaron a escalar la montaña a toda prisa. Los sacerdotes de la casa corrían delante animando a los muchachos a la subida, levantaban a los caídos y cargaban sobre sus espaldas a los que no podían proseguir a causa del cansancio. [San] Juan Don Bosco, con los puños de la sotana vueltos, trabajaba más que ninguno y tomando a los muchachos de dos en dos los lanzaba por el aire en dirección a la montaña, sobre la cual caían de pie, correteando después alegremente por una y otra parte.

Don Cagliero y Don Francesia recorrían las filas gritando:

—¡Animo, adelante! ¡Adelante; ánimo!

En poco más de una hora aquellos numerosos grupos de jóvenes habían alcanzado la cumbre: [San] Juan Don Bosco también había ganado la meta.

—¿Y ahora qué haremos?— dijo.

Y la voz añadió:

—Debes recorrer con tus jóvenes esas diez colinas que contemplas delante de tu vista, dispuestas una detrás de otra.

—Pero ¿cómo podremos soportar un viaje tan largo, con tantos jóvenes tan pequeños y tan delicados?

—El que no pueda servirse de sus pies, será transportado —se le respondió—.

Y he aquí que, en efecto, aparece por un extremo de la colina un magnífico carruaje. Tan hermoso era que resultaría imposible el describirlo, pero algo se puede decir. Tenía forma triangular y estaba dotado de tres ruedas que se movían en todas direcciones. De los tres ángulos partían tres astas que se unían en un punto sobre el mismo carruaje formando como la techumbre de un emparrado. Sobre el punto de unión se levantaba un magnífico estandarte en el que estaba escrita con caracteres cubitales, esta palabra: INOCENCIA. Una franja corría alrededor de todo el carruaje formando orla y en la cual aparecía la siguiente inscripción: *Adjutorio Dei Altissimi Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

El vehículo, que resplandecía como el oro y que estaba guarnecido de piedras preciosas, avanzó llegando a colocarse en medio de los jóvenes. Después de recibida una orden, muchos niños subieron a él. Su número era de unos quinientos. ¡Apenas quinientos entre tantos millares y millares de jóvenes, eran inocentes!

Un vez ocupado el carro, [San] Juan Don Bosco pensaba por qué camino habría de dirigirse, cuando vio ante su vista una larga y cómoda senda, sembrada al

mismo tiempo de espinas. De pronto aparecieron seis jóvenes que habían muerto en el Oratorio, vestidos de blanco y enarbolando una hermosísima bandera en la que se leía: POENUENTIA. Estos fueron a colocarse a la cabeza de todas aquellas falanges de muchachos que habían de continuar el viaje a pie.

Seguidamente se dio la señal de partida. Muchos sacerdotes se lanzaron al varal del carruaje, que comenzó a moverse tirado por ellos. Los seis jóvenes vestidos de blanco les siguieron. Detrás iba toda la muchedumbre de los muchachos. Acompañados de una música hermosísima indescriptible; los que iban en el carruaje entonaron el *Laúdate, pueri, Dominum.*

[San] Juan Don Bosco proseguía su camino como embriagado por aquella melodía de cielo, cuando se le ocurrió mirar hacia atrás para comprobar si todos los jóvenes le seguían. Pero ioh doloroso espectáculo! Muchos se habían quedado en el valle y otros muchos se habían vuelto atrás. Presa de indecible dolor decidió rehacer el camino ya hecho para persuadir a aquellos insensatos de que continuaran en la empresa y para ayudarlos a seguirlo. Pero se le prohibió terminantemente.

—Si no les ayudo, estos pobrecitos se perderán— exclamó lleno de dolor.

—Peor para ellos, —le fue respondido—. Fueron llamados como los demás y no quisieron seguirte. Conocen el camino que hay que recorrer y eso basta.

[San] Juan Don Bosco quiso replicar; rogó, insistió, pero todo fue inútil.

—También tú tienes que practicar la obediencia— le dijeron.

Y sin decir más, prosiguió su camino.

Aun no se había rehecho de este dolor, cuando sucedió otro lamentable incidente.

Muchos de los jóvenes que se encontraban en el carruaje, poco a poco, habían caído a tierra. De los quinientos apenas si quedaban ciento cincuenta bajo el estandarte de la inocencia.

A [San] Juan Don Bosco le parecía que el corazón le iba a estallar en el pecho por aquella insoportable angustia. Abrigaba, con todo, la esperanza de que aquello fuese solamente un sueño; hacía toda clase de esfuerzos para despertarse, pero cada vez se convencía más de que sé trataba de una terrible realidad. Tocaba las palmas y oía el ruido producido por sus manos: gemía y percibía sus gemidos resonando en la habitación; quería disipar aquella terrible pesadilla y no podía.

—¡Ah, mis queridos jóvenes!— exclamó al llegar a este punto de la narración del sueño. Yo he visto y he reconocido a los que se quedaron en el valle; a los que volvieron atrás y a los que cayeron del carruaje. Los reconocí a todos. Pero no duden que haré toda suerte de esfuerzos a mi alcance para salvarlos. Muchos de Vosotros por mí invitados a que se confesaran, no respondieron a mi llamada. Por caridad, salven sus almas.

Muchos de los jovencitos que cayeron del carro fueron a colocarse poco a poco entre las filas de los que caminaban detrás de la segunda bandera.

Entretanto, la música del coche continuaba, siendo tan dulce, que el dolor de [San] Juan Don Bosco fue desapareciendo.

Habíamos pasado ya siete colinas y al llegar a la octava, la muchedumbre de jóvenes llegó a un bellísimo poblado en el que se tomaron un poco de descanso. Las casas eran de una riqueza y de una belleza indescriptibles.

Al hablar a los jóvenes sobre aquel lugar, exclamó:

—Les diré con Santa Teresa lo que ella afirmó de las cosas del Paraíso: son cosas que si se habla de ellas pierden valor, porque son tan bellas que es inútil esforzarse en describirlas. Por tanto, sólo añadiré que las columnas de aquellas casas parecían de oro, de cristal y de diamante al mismo tiempo, de forma que producían una grata impresión, saciaban a la vista e infundían un gozo extraordinario. Los campos estaban repletos de árboles en cuyas ramas aparecían, al mismo tiempo, flores, yemas, frutos maduros y frutos verdes. Era un espectáculo encantador.

Los jovencitos se desparramaron por todas partes; atraídos unos por una cosa, otros por otra, y deseosos al mismo tiempo de probar aquellas frutas.

Fue en este poblado donde el joven de Cásale, del que hemos hablado, se encontró con [San] Juan Don Bosco, entablando con él un prolongado diálogo. Ambos recordaban después las preguntas y respuestas de la conversación que habían mantenido. ¡Singular combinación de dos sueños!

[San] Juan Don Bosco experimentó aquí otra extraña sorpresa. Vio de pronto a sus jóvenes como si se hubiesen tornado viejos; sin dientes, con el rostro lleno de arrugas, con los cabellos blancos; encorvados, caminando con dificultad, apoyados en bastones. El siervo de Dios estaba maravillado de aquella metamorfosis, pero la voz le dijo:

—Tú te maravillas; pero has de saber que no hace horas que saliste del valle, sino años y años. Ha sido la música la que ha hecho que el camino te pareciera corto. En prueba de lo que te digo, observa tu fisonomía y te convencerás de que te estoy diciendo la verdad.

Entonces a [San] Juan Don Bosco le fue presentado un espejo. Se miró en él y comprobó que su aspecto era el de un hombre anciano, de rostro cubierto de arrugas y de boca desdentada.

La comitiva, entretanto, volvió a ponerse en marcha y los jóvenes manifestaban deseos de cuando en cuando de detenerse para contemplar algunas cosas que eran para ellos completamente nuevas. Pero [San] Juan Don Bosco les decía:

—Adelante, adelante, no necesitamos de nada; no tenemos hambre, no tenemos sed, por tanto, prosigamos adelante.

Al fondo, en la lejanía, sobre la décima colina despuntaba una luz que iba siempre en aumento, como si saliese de una maravillosa puerta. Volvió a oírse nuevamente el canto, tan armonioso, que solamente en el Paraíso se puede oír y gustar una cosa igual. No era una música instrumental, sino más bien producida por voces humanas. Era algo imposible de describir, y tanto fue el

júbilo que inundó el alma de [San] Juan Don Bosco, que se despertó encontrándose en el lecho.

****

He aquí la explicación que el [Santo] hizo del sueño.

—El valle es el mundo. La montaña, los obstáculos que **impiden** ***despegarnos de él. El carro, lo entienden. Los grupos de jóvenes a pie, son los que, perdida la inocencia, se arrepintieron de sus pecados.***

[San] Juan ***Don Bosco añadió también que las diez colinas representaban los diez Mandamientos de la Ley de Dios, cuya observancia conduce a la vida eterna.***

Después añadió que si había necesidad de ello estaba dispuesto a decir confidencialmente a algunos jóvenes el papel que desempeñaban en el sueño, si se quedaron en el valle o si se cayeron del carruaje.

Al bajar [San] Juan Don Bosco de la tribuna, el alumno Antonio Ferraris se acercó a él y le contó delante de nosotros, que oímos sus palabras, que en la noche anterior había soñado que se encontraba en compañía de su madre, la cual le había preguntado que si para la fiesta de Pascua iría a casa a pasar unos días de vacaciones, y que él había dicho que antes de dicha fecha habría volado al Paraíso... Después, confidencialmente dijo algunas palabras al oído de [San] Juan Don Bosco. Antonio Ferraris murió el 16 de marzo de 1865.

Nosotros —continúa Don Lemoyne— escribimos el sueño inmediatamente y la misma noche del 22 de octubre de 1864, le añadimos al final la siguiente apostilla: «Tengo la seguridad de que [San] Juan Don Bosco en sus explicaciones procuró velar lo que el sueño tiene de más

sorprendente, al menos respecto a algunas circunstancias. La explicación de los diez Mandamientos no me satisface. La octava colina sobre la cual [San] Juan Don Bosco hace una parada y el contemplarse en el espejo tan anciano, creo que quiere indicar que el [Santo] moriría pasados los setenta años. El futuro hablará».

Este tiempo ha pasado y nosotros tenemos que ratificar nuestra opinión. El sueño indicaba a [San] Juan Don Bosco la duración de su vida. Confrontemos con éste el de la Rueda, que sólo pudimos conocer algunos años después.

Las vueltas de la rueda proceden por decenios: se avanza de una a otra colina de diez en diez años. Las colinas son diez, representando unos cien años que es el máximo de la vida del hombre.

En el primer decenio vemos a [San] Juan Don Bosco, aún niño, comenzando su misión entre sus compañeros de Bechi, dando así principio a su viaje; después comprobamos cómo recorre siete colinas, esto es, siete decenios, llegando, por tanto, a los setenta años de edad; sube a la octava colina y en ella descansa: contempla casas y campos maravillosos, o mejor dicho, su Pía Sociedad, que ha crecido y producido frutos por la bondad infinita de Dios. El camino a recorrer en la octava colina es aún largo y el [Santo] emprende la marcha; pero no llega a la novena colina porque se despierta antes. Y así finalizó su carrera en el octavo decenio, pues murió a los setenta y dos años y cinco meses de edad.

¿Qué opina el lector de todo esto? Añadiremos que la noche siguiente, habiéndonos preguntado [San] Juan Don Bosco a nosotros mismos, cuál era nuestro pensamiento

sobre este sueño, le respondimos que nos parecía que no se refería solamente a los jóvenes, sino que también quería significar la dilatación de la Pía Sociedad por todo el mundo.

Pero ¿cómo? —replicó uno de nuestros hermanos—; tenemos ya Colegios en Mirabello y en Lanzo y se *abrirá algún otro más en el Piamonte. ¿Qué más quiere?*

—Son muy diferentes los destinos anunciados por el sueño— dijimos.

Y [San] Juan Don Bosco aprobaba sonriente nuestra opinión.

LA VINA

SUEÑO 49.—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, págs. 11-15)

El 16 de enero, [San] Juan Don Bosco habló así a los jóvenes del Oratorio, después de las oraciones de la noche:

La mitad de enero ha pasado ya. ¿Cómo hemos empleado el tiempo? Esta noche, si les parece bien, les contaré un sueño que tuve anteayer.
****

Me pareció encontrarme de viaje en compañía de todos los jóvenes del Oratorio y de otros muchos a los cuales no conocía. Nos detuvimos a desayunar en una viña y todos mis acompañantes se desparramaron por acá y por allá para comer fruta. Unos comían higos, otros uvas; quiénes albaricoques, quiénes guindas. Yo estaba en medio de mis muchachos y cortaba racimos de uva, cogía higos y

los distribuía entre todos, diciendo:

—Para ti; toma y come.

Me parecía que estaba soñando y sentía que así fuese, pero al fin me dije:

—Sea lo que fuere, dejemos que los jóvenes coman.

Entre las hileras de las vides estaba el dueño.

Cuando restauramos nuestras fuerzas, proseguimos la marcha atravesando la viña; el camino era difícil. La viña, como acontece ordinariamente, ofrecía en toda su amplitud profundos surcos, de manera que unas veces había que subir, otras teníamos que bajar y, de cuando en cuando, menudeaban los saltos. Los más fuertes lo hacían con facilidad, pero los más pequeños al intentarlo caían al foso. Esto me disgustaba sobre manera, por lo que mirando a mi alrededor encontré un camino que bordeaba la viña. Entonces me dirigí hacia él en compañía de todos mis jóvenes.

Pero el dueño de la viña me detuvo y me dijo:

—Mire, no vaya por ese camino; es impracticable, está cubierto de piedras, de espinas, de fango y de fosos; continúe por el camino que había elegido anteriormente.

Yo le repliqué:

—Tiene razón; pero estos pequeños no pueden andar a través de esos surcos.

—¡Oh!, eso pronto se arregla —continuó el otro—; que

los mayores lleven a cuestas a los menores y podrán saltar aunque vayan cargados con tal peso.

No me convencí de lo que me acababa de decir y me dirigí con todos mis jóvenes al límite de la viña, junto al camino que había visto y comprobé que mi interlocutor me había dicho la verdad. El camino era infame, impracticable. Vuelto a Don Francesia. le dije: —*Incidit in Scyllam qui vult vitare Charibdim.*

Y fue forzoso, tomando por un sendero, atravesar de la mejor manera posible toda la viña, siguiendo el consejo del dueño de la misma.

Al llegar al final nos encontramos con un tupido vallado de espinas y nos abrimos en él un paso con mucha dificultad; bajando por una pendiente nos hallamos después en un valle amenísimo, lleno de árboles y cubierto de jugosos pastos. En medio de aquel prado vi a dos jóvenes antiguos alumnos del Oratorio, los cuales, apenas me divisaron se dirigieron a mí y me saludaron. Nos detuvimos a hablar y uno de ellos, después de cambiar conmigo algunas impresiones:

—¡Mira qué hermosura!— me dijo, enseñándome dos pájaros que tenía en la mano.

—¿Qué pájaros son esos?—, le pregunté.

—Una perdiz y una codorniz que he cogido.

—¿Está viva la perdiz?—, le pregunté nuevamente.

—¡Claro! ¡Mírala!—, me dijo mientras me entregaba una hermosísima perdiz de algunos meses.

—¿Come sola?

—Ya empieza a hacerlo.

Y mientras le daba de comer me di cuenta de que tenía el pico dividido en cuatro partes. Le manifesté mi extrañeza, preguntando a aquel joven el motivo de aquel fenómeno.

—¿Cómo? —me replicó—. ¿[San] Juan Don Bosco no sabe eso? Lo mismo significa el pico de la perdiz dividido en cuatro partes, que la misma perdiz.

—No comprendo.

—¿Que no comprendes habiendo estudiado tanto? ¿Qué nombre se le da a la perdiz en latín?

—*Perdix.*

—Pues ahí tiene la clave del misterio.

—Hazme el favor de hablar claro.

—Mire: fíjese en las letras que componen el vocablo perdix. P quiere decir *perséverantia;* E, *Aeternitas te expectat;* R, *Referí unusquisque secundum opera sua, prout gessit, sive bonum, sive malum;* D, *Dempto nomine.* Echada a un lado la fama, la gloria, la ciencia, la riqueza. I, significa *ibit.* He aquí lo que representan las cuatro partes del pico: los novísimos.

—Tienes razón, he comprendido; pero, dime: ¿Y la X dónde la dejas? ¿Qué quiere decir?

—¿Cómo? ¿Habiendo estudiado tantas matemáticas no sabe qué quiere decir la X?

—Sé que la X representa la incógnita.

—Pues bien, cambie el término y llámelo lo desconocido: Irá a un lugar desconocido *(in locum suum).*

Sin salir de mi asombro y mientras atendía a estas explicaciones, fe pregunté:

—¿Me regalas esta perdiz?

—Sí; con mucho gusto. ¿Quiere ver también la codorniz?

—Sí; enséñamela.

E inmediatamente me presentó una hermosa codorniz, al menos eso parecía. La tomé en mis manos, le levanté las alas y vi que estaba toda cubierta de llagas y, poco a poco, se fue tornando tan fea y asquerosa, despidiendo un hedor tan pestilente que provocaba náuseas.

Entonces pregunté al joven qué significaba aquel cambio.

Y me respondió:

—¡Vos sois sacerdote y no sabéis estas cosas! ¡Vos que habéis estudiado Sagrada Escritura! ¿Recordad cuando los hebreos, estando en el desierto, murmuraron de Dios y él Señor les mandó codornices y comieron de ellas, y aún las estaban gustando, cuando millares de ellos fueron castigados por la mano divina? Por tanto, este animal

quiere decir que mata más gente la gula que la espada y que el origen de la mayor parte de los pecados proviene de este vicio.

Entonces di las gracias al joven por sus explicaciones.

Entretanto, en los vallados, sobre los árboles, entre la hierba, iban apareciendo perdices y codornices en gran número; unas y otras semejantes a las que tenía en la mano mi joven acompañante. Los muchachos comenzaron a cazar procurándose así la comida.

Después continuamos el viaje. Todos los que comieron perdices se tornaron robustos y pudieron seguir adelante. Cuantos comieron codornices se quedaron en el valle, dejaron de seguirme y, a poco, los perdí de vista, no volviéndoles a ver más.

Pero de pronto, mientras caminaba, la escena cambió por completo.

Me pareció estar en un inmenso salón más grande que el Oratorio, comprendido el patio; todo aquel local estaba ocupado por una gran multitud de personas. Miré a mi alrededor y no conocí a nadie, no había allí ni un solo individuo del Oratorio.

Mientras estaba contemplando todo aquello sin poder salir de mi extrañeza, se me acercó un hombre diciéndome que había un pobrecito que estaba gravemente enfermo, en peligro de muerte, que tuviese la bondad de ir a confesarlo. Yo le respondí que con sumo gusto lo haría; y sin más lo seguí.

Entramos en una habitación y me acerqué al paciente;

comencé a confesarlo, pero viendo que se iba debilitando poco a poco y temiendo que se muriese sin la absolución, corté por lo sano y se la di. Apenas lo hube hecho, el desgraciado murió. Su cadáver comenzó inmediatamente a despedir mal olor, hasta tal punto que era imposible soportarlo. Entonces dije que era necesario enterrarlo cuanto antes y pregunté por qué hedía de aquel modo. Me fue respondido:

—El que muere tan pronto, pronto es juzgado.

Salí de allí. Me sentía muy cansado y pedí que me dejasen descansar.

Me aseguraron que inmediatamente sería complacido y me hicieron subir por una escalera que conducía a otra habitación.

Al entrar en ella vi a dos jóvenes del Oratorio que hablaban entre sí; uno de ellos tenía un envoltorio. Les pregunté:

—¿Qué tienes ahí? ¿ Qué haces aquí?

Me pidieron excusas por encontrarse en aquel lugar, pero no me respondieron a lo que les había preguntado. Yo les volví a decir:

—Les he preguntado que por qué se encuentran aquí.

Ellos se miraron y después me dijeron que prestase atención.

Seguidamente abrieron el envoltorio y sacaron de él, extendiéndolo, un paño fúnebre. Yo miré a mi alrededor y vi en un rincón tendido y muerto a un joven del Oratorio. Pero

no lo reconocí.

Pregunté a los dos jóvenes quién era, pero se excusaron y no me lo quisieron decir. Me acerqué al cadáver; observé su rostro: por un lado me parecía conocerlo, y por otro, no; así que no pude identificarlo.

Decidido entonces a saber quién era, fuere como fuere, bajé de nuevo la escalera y me encontré en el gran salón. La multitud de gente desconocida había desaparecido y en su lugar estaban los jóvenes del Oratorio. Apenas éstos me vieron se apiñaron a mi alrededor diciéndome:

—Don Bosco, Don Bosco, ¿no sabe? Ha muerto un joven del Oratorio.

Yo les pregunté el nombre del difunto y ninguno quiso contestarme; los unos me mandaban a los otros, nadie quería hablar. Pregunté con mayor insistencia, pero se excusaban y no me lo querían decir. En tal estado de inquietud, después de haber fracasado en mi intento, me desperté encontrándome en mi lecho.

El sueño había durado toda la noche, y por la mañana me encontré tan cansado y maltrecho que en realidad parecía que había estado viajando toda la noche.

Deseo que las cosas que les cuento no salgan del Oratorio; hablen de ellas entre Vosotros todo cuanto quieran, pero que queden siempre en casa.
****

Al día siguiente de haber contado este sueño, [San] Juan Don Bosco marchó a Lanzo para visitar el Colegio allí

existente, y habiendo regresado el 18 al Oratorio, después de las oraciones, dijo a los jóvenes, entre otras cosas:

«Ciertamente que desearán saber algo sobre el sueño que les conté antes de mi marcha. Solamente les voy a explicar el significado de la perdiz y de la codorniz. La perdiz es la representación de la virtud, y la codorniz, del vicio. Esto último lo pueden deducir del hecho de que la codorniz fuera tan bella exteriormente y después, vista de cerca, apareciera cubierta de llagas debajo de las alas y despidiera un hedor insoportable: todas estas cosas representan las acciones deshonestas. Entre los jóvenes, unos comían con avidez y glotonería la carne de la codorniz, a pesar de estar en mal estado; son los que se entregan al vicio del pecado. Los que preferían la perdiz son los que tienten temor a la virtud y la practican. Algunos tenían en una mano la perdiz y en la otra la codorniz, y comían de esta última; son los que conociendo la belleza de la virtud no quieren aprovecharse de la gracia de Dios para hacerse buenos. Otros, teniendo en una mano la perdiz y en la otra la codorniz, comían la perdiz, lanzando miradas codiciosas a la codorniz; tales son los que siguen la virtud pero con desgana, como por fuerza; de éstos se puede asegurar que si no cambian de proceder, una vez u otra caerán. Otros comían la perdiz mientras veían a la codorniz saltar delante de ellos sin darle importancia ni hacer caso; son ios que siguen la senda de la virtud y aborrecen el vicio, considerándolo con desprecio. Otros comían un poco de codorniz y un poco de perdiz, y son los que alternan entre el vicio y la virtud y así se engañan con la esperanza de no ser tan malos.

Vosotros me diréis: ¿Quién de nosotros comió la codorniz y quién la perdiz? A muchos ya se lo he dicho; los demás, si quieren saberlo, que vengan a verme y se lo

diré».

He aquí el comentario de Don Lemoyne:

«¿Qué diremos nosotros del sueño anteriormente referido?

[San] Juan Don Bosco, según su costumbre, no refirió todas sus circunstancias; no dio todas las explicaciones, limitándose a lo relacionado con la conducta de sus jovencitos y a *alguna previsión sobre el porvenir. Y, con todo, estudiando sus palabras, si no nos equivocamos, vemos que en ellas resaltan tres ideas; El Oratorio, la Pía Sociedad y las Ordenes Religiosas.*

Vamos a exponer algunos de nuestros pensamientos, remitiéndonos al juicio de los más expertos:

1º —La viña es el Oratorio. [San] Juan Don Bosco, en efecto, distribuye como dueño, toda suerte de frutas a los jóvenes. Se trata de una de aquellas viñas espirituales predichas por Isaías en el Capítulo XLV: "Plantarán las viñas y *comerán el fruto.* Plantabunt vineas et comedent fructus earum. *La escena sucede evidentemente en plena vendimia.*

2º —El viaje de [San] Juan Don Bosco; el consejo del dueño de la viña, a saber, que los más robustos, o sea los Salesianos, llevasen sobre sus hombros a los más pequeños, ¿no podría indicar la necesidad de que el tirocinio espiritual de los congregantes no estuviese del todo separado de la vida activa?

Y el sendero de la viña que bordea el camino, siguiendo la misma dirección e idéntica meta, ¿no puede

simbolizar el nuevo instituto fundado por [San] Juan Don Bosco?

3º —La perdiz. Uno de los caracteres de este animal es la astucia. Cornelio a Lapide comentando el capítulo XVII de Jeremías, cita la epístola XLVII de San Ambrosio, en la que se describen la astucia y artes, a veces afortunadas, de la perdiz para huir del cazador y para salvar su nido. La frase que con frecuencia solía [San] Juan Don Bosco repetir a sus hijos, era precisamente ésta ¡Sed astutos! Con esto les quería indicar, como medio para huir de los lazos del demonio, el recuerdo de la eternidad.

4º —La codorniz. El vicio de la gula es la muerte de las vocaciones.

5º —La gran sala y la multitud que la ocupaba, personas todas desconocidas para el [Santo], debían tener un significado especial y alguna particularidad interesante. [San] Juan Don Bosco no creyó oportuno decir palabra alguna sobre ello. ¿No podría tener relación con la futura obra de los Cooperadores Salesianos?

6º —En cuanto al enfermo moribundo, [San] Juan Don Bosco nos dijo algún tiempo después a nosotros los sacerdotes: «Era un ex alumno del Oratorio de! que quiero pedir informes para ver si en realidad ha muerto».

7º —¿Y el joven muerto? Parece que se trata de Don Ruffino, tan amado por [San] Juan Don Bosco; lo que explicaría la actitud de los jóvenes al no querer comunicar la noticia. El [Santo] no lo reconoció; en cambio, el sueño lo preparaba para tan sentida pérdida, sin amargarle con una doloroso realidad. Don Ruffino era un ángel de virtud y en aquellos días se encontraba bien. Pero murió el 16 de julio

de aquel mismo año. Expuestas nuestras opiniones —concluye Don Lemoyne—, dejando que **unusquisque abundet in sensu suo,** ***continuemos*** **fe** ***lectura de cuanto nos ofrecen las crónicas.***

>>Sigue Parte II>>

PARTE II: SUEÑOS 50>101
http://iteadjmj.com/LIBROSP/sjb2.pdf

PARTE III: SUEÑOS 102>153
http://iteadjmj.com/LIBROSP/sjb3.pdf

INDICE DE SUEÑOS DE SAN JUAN BOSCO
http://iteadjmj.com/LIBROSP/indicesjb.pdf

MATERIAS DE SUEÑOS DE SAN JUAN BOSCO
http://iteadjmj.com/LIBROSP/materiassjb.pdf